

NICOLE NEGRÓN



HERENCIA
MALDITA



LA REALIDAD EN MI MUNDO
ES LA FANTASÍA EN EL TUYO

Herencia Maldita

Nicole Negrón

Sinopsis

Luego de diecisiete años de estar bajo el cuidado de su padre y su protector. El manto del engaño cae, dejando al descubierto un mundo fantástico hacia su vista, sin embargo, lo que nunca espera es que esa vida empeore. Llevándola a un oscuro universo, lleno de secretos, donde encuentra seres despreciables ante los humanos también conocidos como brujos, quienes se dejan guiar por el odio y la avaricia.

Shayza se encuentra en medio de una profecía: La perdición del mundo humano será producto del heredero de una poderosa bruja, nacido diecisiete años atrás en Windville.

Pero al cumplir unos días de nacido, le fue arrebatado a su madre.

En el clan de esta mujer había una rata, un brujo tan poderoso que podía transformarse en quien quisiera, un asesino de cazadores y de su propia sangre.

¿Querría al pequeño para desatar una guerra entre ambos mundos?

I

Vigilada

Shayza

Otro día frío, sombrío y nublado, pero no es novedad en esta isla. La brisa lleva de un lado a otro las hojas que yacen en el suelo, mientras que las que siguen en las copas de cada árbol se balancean, provocando su distintiva melodía. Agarro con mis dientes el libro que traje conmigo al salir de casa. Trepo por el árbol más frondoso del que el bosque es dueño, me acomodo en una de sus gruesas ramas, dejando colgadas mis piernas y, de esta manera, retomo mi lectura, olvidando mi entorno, a la vez que recito la primera palabra en voz alta.

Estando allí, el ruido de los arbustos moviéndose, creado por alguien o algo, me hace volver a la realidad; miro en su dirección sin encontrar al culpable. Decidida a ver lo que provoca tanto alboroto, bajo con cuidado sin apartar la mirada de ellos.

—Si-si hay alguien allí, ¡salga de inmediato! —exclamo con voz temblorosa. Si se tratase de algún animal bastante grande, no tengo a Castiel para defenderme. «Sé que me escapé de su cuidado, pero... quién me manda».

Al no recibir respuesta alguna, me dispongo a estar alerta en todo momento y a hacerme un costal de papas si aparece algún oso, lobo u otro animal que pueda comerme de un bocado. Mi alborotada melena rojiza es visible desde lo lejos para cualquier ser y la altura que poseo me hace resaltar entre las demás chicas de la villa. Estando de pie entre aquellos arbustos y el árbol, una gran mano toca mi hombro, provocando que una bandada de aves huya al escuchar mi grito.

—Tranquila, señorita Shayza, solo soy yo. —La ronca voz de Castiel hace acto de presencia, suspiro un tanto aliviada, pero mi corazón aún se quiere salir de su lugar e ir a parar al otro lado del mundo.

Castiel es un hombre alto, con cabello cobrizo, liso hasta los hombros, con barba y bigote, cuerpo tonificado y ojos azules que me recuerdan al lapislázuli. Tiene cuarenta y tres años, pero parece de unos veintitantos, supongo que es porque hace ejercicio y lleva una buena alimentación. Aunque a veces su temperamento es el de un niño y otras como el de un viejo de

sesenta años.

—¿Por qué escapó esta vez? —pregunta con preocupación.

Doy la vuelta, buscando una excusa digna para darle; lo veo a los ojos, las palabras quedan atrapadas en mi garganta al momento de toparme con esos zafiros. «Debe ser ingeniosa y bien planificada, si no he firmado mi sentencia». Me ve tan profundamente, haciéndome creer por un momento que está viendo mi alma, analizando cada pecado que haya cometido en mi corta vida; lo cual me pone un poco nerviosa (quizás esa es la palabra correcta para el escalofrío que da un paseo por mi columna). Carraspeo un poco la garganta antes de hablar.

—Verás, lo hice porqué... —Pienso con detenimiento lo que puedo decir a continuación. Mientras veo a cualquier otro lado, un pequeño conejo gris alcanza mi campo visual, dándome la excusa perfecta—, vi un lindo conejo gris con ojos amarillentos y un pequeño toque de verde en ellos. Ya sabes, me gustan mucho. —Me encojo de hombros evitando encontrarme con su mirada —, bueno, no lo pude alcanzar y al llegar aquí, aproveché para leer un poco. —Le muestro el libro.

Aunque para mí la excusa no suena tan convincente, lo es para él, haciendo que su expresión de preocupación se relaje y deje de analizar mi alma.

—La entiendo —confirma—, pero como ya le he dicho antes, los alrededores son peligrosos... aún me necesita.

«No te lo tomes a mal, Cass, pero tardaste más de media hora en notar mi ausencia o eso puedo calcular».

Se acerca para abrazarme y acariciar mi espalda con movimientos circulares. Desde pequeña, su calor y el latir de su corazón me tranquilizan, sin embargo, sigo preguntándome qué habrá provocado aquel ruido, pero ya lo tengo aquí, aunque al ver al pequeño animal pudo haber sido otro de su especie. Castiel lleva cuidándome desde mi llegada a esta vida, es decir, diecisiete años. Es una especie de niño guardaespaldas. Nunca tuve claro el motivo por el cual lo contrataron, sé que la villa no es un lugar muy seguro, pero solo voy al colegio y vuelvo a casa, y claro, él es quien me lleva y busca.

Aunque hayan pasado tantos años, se encuentra igual a como lo recuerdo de niña, solo que, para ese entonces, su cabello estaba corto. Mientras, mi progenitor pasa de los cincuenta, y su cabello café se está tornando un tanto grisáceo, las arrugas se notan cada vez más en su rostro y su vientre se ha inflado un poquito.

Vivo con ambos, mi madre nos abandonó cuando nací, o al menos eso dice

papá, pero nunca supe si fue por haber muerto o si se fue lejos a empezar una nueva vida. Sin embargo, tengo miedo de saber la verdad; imaginarme en la situación de cualquiera de las dos opciones me provoca angustia. Ni siquiera tengo fotos tuyas, al menos me hubiera dejado eso. Aunque, siendo justa, para esto se debe tener un buen motivo; desconozco cuál sea y no sé cómo indagar más sobre el asunto.

—Pequeña, su padre la está buscando —avisa serio—, quiere hablar de algo sumamente importante con usted.

«“Pequeña”. ¡Cómo les gusta decirme así! ¿De qué querrá hablar? Ya de por sí es extraño que no venga a buscarme junto al pelirrojo».

—Ya te dije que no me llames así —le reprocho—. Es molesto. —Golpeo suavemente su hombro de forma amistosa.

—Molesto es ser golpeado cada vez que lo digo, pequeña. —Hace énfasis en la última palabra, lo miro sorprendida y con la boca abierta a la vez que entrecierro los ojos.

—¡Tú quieres morir! —exclamo, haciéndolo sonreír en respuesta, luego comienza a hacerme cosquillas.

—¿Qué me hará? ¿Hm? —pregunta en tono burlón. No paro de reír, me hace falta el aire y, de seguro, mi cara se ha puesto roja como un tomate.

—De-detente —logro expresar, apartándome.

El hombre rascacielos comienza a correr, adentrándose al bosque, así que voy tras él, pues no hemos terminado de hablar. Siento cómo el viento golpea mi cara, a la vez que revuelve mi cabello, dejándolo hecho un nido de pájaros; el aire huele a madera húmeda con una mezcla de varias flores cuyos nombres no sabría identificar.

Los pájaros que no escucharon mi grito cantan en armonía y el agua del río hace eco en mis oídos. Es broma, esto no es una novela; el bosque huele a fango por haber llovido a cántaros horas antes, la humedad esponja mi cabello, haciéndome ver como un puercoespín con un nido de pájaros. Comienzo por cansarme de correr porque, mientras más lo hago, más se llenan de barro mis zapatillas.

Sin perder de vista mi objetivo, paro en seco repetidas veces para no golpear a los animales que cruzan enfrente a mí para llegar a su destino incierto. Después de un rato correteándolo sin poderlo alcanzar, soy consciente de *algo*, mientras mi garganta comienza a secarse. Además de que he venido a este lugar tantas veces que ya memoricé lo que se encuentra en él, pero los lugares por donde voy tras Cass son desconocidos. ¡Es como estar en

un lugar totalmente distinto! Cosa que me sorprende y confunde.

—Cas...tiel, ¿dó-dónde estamos? —pregunto, tomando varias bocanadas de aire, intentando controlar mi respiración.

—Ya pronto lo sabrá —responde sonriente. Se detiene a varios metros enfrente de mí para observarme de pies a cabeza. De cierta forma, su expresión es de preocupación—. Si quiere, podemos descansar; sé que usted no es muy amante de los deportes. —Inhalo con fuerza, aguantando la rara sensación en mis pulmones.

—No, no, no. Estoy de maravilla —anuncio sonriéndole, mientras mantengo mi espalda encorvada y sujeto las costillas del lado izquierdo.

Es lindo que se preocupe, aunque también en su deber, pues para eso le pagan, pero me desagrada que no pueda decirme cuál es nuestro destino. Por fin, con el aire llegando correctamente a mis pulmones, retomo el camino, esta vez con pasos suaves.

Andando, a la vez que leo una página donde me quedé, sintiendo curiosidad por mi alrededor, levanto la vista y unas gigantescas plantas de color rojo, naranja y turquesa alcanzan mi campo visual, pero casi de golpe para verlas mejor. «Bellísimas». Sus colores son tan llamativos que provocan en mí el deseo incontrolable de tocarlas, extendiendo lentamente y con timidez la mano; «realmente quiero tocarlas». Cass agarra mi curiosa extremidad a solo unos instantes de sentir las hojas en mis largos y delgados dedos. Al estar tan sumergida en el deseo, su acto me espanta.

—No debería tocarlas, son venenosas —comenta—. Lo siento, fue... fue mi culpa por no prestarle la atención necesaria —menciona arrepentido.

«Concuerdo contigo, pero no comprendo ese sentimiento, ese deseo».

Lo miro con la boca entreabierta, lo que ha empezado a ser un viaje en busca del mundo desconocido, iba a terminar con mi repentina muerte de forma estúpida. «Fantástico... si voy a morir, que sea de una manera original e inimaginable». En el resto del camino, él no suelta mi mano, ni siquiera cuando estoy por caerme: de hecho, la sujeta con más fuerza, provocándome un gemido de dolor (reconozco que es fuerte, pero no a tal magnitud). Lleva mi mano hasta la altura de sus labios dejándole un beso, con el cual, extrañamente, se deshace del dolor.

—¿Se encuentra mejor? —Regresa a verme con una dulce sonrisa.

—Tarado, ¿q-qué haces? —balbuceo. Me zafó de su agarre, apreciando cómo la vergüenza empieza a apoderarse de mí.

«Idiota...».

—Es un hechizo de sanación —explica, fingiendo desinterés—. Cuando era una niña *pequeña*... —Vuelve a hacerle énfasis en aquella palabra para molestarme—, y se hacía algún raspón mientras jugaba, venía donde mí, llorando para que lo hiciera. ¿Lo recuerda?

—¡Pues claro! —expreso avergonzada—. Pero ya no soy una niña llorona —adviento, giro mi rostro, evitando verle, simulando indignación hacia sus palabras.

—Si usted lo dice... —comenta sin convicción, retoma su camino, dejándome con la palabra en la boca.

Fastidiada, apuro el paso hasta alcanzarlo para poder reclamarle (nuestra relación es como la de unos hermanos), pero el sentimiento de que alguien nos observa desde la lejanía me hace detener el paso y logro contemplar un río, cuya agua se aprecia pura, cosa que no es normal en este lugar y con unas flores preciosas en su alrededor.

—Ya, dime dónde estamos —demando, mirándolo con curiosidad y asombro—. Esto no lo había visto antes. —Señalo el cuerpo de agua, suspira antes de dirigirme la palabra—. Además...

—Señorita —expresa, llamando mi atención e interrumpiéndome—, no soy yo quien debe contárselo, espere hasta llegar donde su padre —añade con un poco de fastidio.

—¡No! —exclamo, enfocándome en que no sé a dónde voy—. Dímelo tú, si no, no iré a ningún lado. —Me siento sobre una roca con los brazos y piernas cruzadas, pero esto no es más que un berrinche para él. Niega con la cabeza, se acerca a mí y me toma al hombro como si fuera una pluma—. ¡Suéltame pelirrojo! —ordeno, pataleteando y golpeando su espalda, pero no funciona. Por lo visto, mis golpes son como algodones cayendo sobre él.

—Tranquila, estamos cerca —habla al fin y gruño molesta. «Me trata como una niña indefensa». Haga lo que haga no me bajará hasta llegar, así que intento decirle sobre la sensación de ser vigilada.

—Oye..., hace unos metros atrás, sentí que algo nos observaba.

—Aunque mienta, iré donde Patricio —avisa, tomando como broma lo antes dicho.

—Es en serio, me sentí observada, lo extraño es que es la primera vez —insisto.

—Si la tranquiliza, cuando se encuentre hablando con su padre, revisaré los alrededores.

Termino creyendo su palabra para poder observar el perímetro, el lugar

está inundado de una flora magnífica, es el paraíso de éstas, pero no hay ningún animal, algo que no entiendo, pues sigue siendo de día. A lo lejos, noto con dificultad, entre los árboles, unos orbes penetrantes de color amarillo, mi boca se abre al igual que mis ojos, golpeo la espalda de Cass para llamar su atención, pero solo me baja.

—Ya llegamos —susurra en mi oreja, volteo a verlo y, sin poder decir nada, señalo la dirección donde se encuentra *eso*. Me ve sin comprender, gira la cabeza a donde le indico, pero ya no hay nada, cosa que me deja pensando si he perdido la cabeza.

Decido darme la vuelta, delante de nosotros se encuentra una gigantesca y antigua cabaña de color café y blanco con el típico estilo victoriano, sinónimo de que alguien de clase media alta vive allí. Alrededor del lugar hay árboles tan altos y frondosos que apenas dejan pasar la luz del sol, lo que provoca que tengamos escasa iluminación. Mientras admiro el desconocido lugar, visualizo a mi padre, quien sale de la cabaña (por no decir mansión). Ese hombre, comparado con Cass, parece una hormiga, pero no tengo entendido si este fue el motivo por el cual lo contrató, además de que no tenemos mucho dinero.

—Mi pequeña —expresa de manera triste, al mismo tiempo que extiende sus brazos mientras baja los escalones.

«Tantos sinónimos y antónimos que tiene la palabra...».

—Papá... —Trato de sonreírle, pero fallo en el intento—, ¿dónde estamos?

—Entremos, hay alguien esperando por ti. —Ignora rotundamente mi pregunta a la misma vez que me estruja entre sus brazos. Pongo cara de incompreensión, prácticamente he permanecido alejada de la sociedad, a excepción del colegio donde no tengo amigos, por el simple hecho de ser apodada como *la hija del diablo*, gracias a mi peculiar heterocromía.

«¿Quién querrá verme? ¿Por qué no me dice dónde estamos? ¿Por qué tanto secreto? ¿En qué clase de *reality show* estamos? Si es que de este tipo de cosas se trata, al menos es lo que entendí cuando mis compañeros de clase lo mencionaron».

Esas preguntas dan vueltas en mi cabeza, porque solo he tenido dos amigos, pero ellos ya no viven aquí.

II

Nueva realidad, nuevo hogar

Shayza

Al poner un pie dentro del lugar, examino con detenimiento cada rincón por si consigo alguna abertura de escape (una ventana, pasadizo secreto en un librero, cualquiera podría servirme). Mientras lo hago, miro por la ventana que está a mi izquierda, tratando de encontrar aquellos ojos, pero nada. Pudo haber sido producto de mi imaginación o, al menos, eso quiero pensar.

Una alfombra de terciopelo rojo sangre cubre el suelo, las paredes son blancas, con varias pinturas colgando de ellas, el salón está perfectamente amueblado con sofás modernos de color turquesa y jarrones que, a simple vista, lucen lujosos.

El retrato pintado de alguien llama mi atención; es de una joven mujer muy parecida a mí. Tiene el cabello rizo, de color cobrizo, su ojo derecho es verde y el otro negro (justo como los míos), su piel blanca, pero sin pecas, lleva un vestido ajustado de color negro, marcando cada curva de su cuerpo. El cabello lo tiene recogido y en sus pequeñas manos sostiene una calavera mientras sonríe sin mostrar los dientes.

—Es hermosa, ¿cierto? Se trata de su madre —susurra alguien detrás de mí y mi cuerpo da un brinco.

«Hay dos posibilidades; que fuera mi madre o mi hermana gemela. Gracias por aclararme una pregunta que jamás me planteé, pero ¿por qué tienen una pintura de ella?». Doy la vuelta, topándome con un hombre de gran estatura, apariencia siniestra que le provocaría temor hasta al más valiente, cabello negro hasta la cintura, de ojos color azul claro, y piel tan blanca que por un momento creo confundirlo con el hermano de Blancanieves.

—¿Q-quién eres? —Su apariencia hace temblar mi voz. «Definitivamente no será él a quien le pregunte sobre la pintura».

—Mi nombre es Ezequiel, es un placer volver a verla, señorita. —Se presenta haciendo una leve reverencia.

«¿Soy un tipo de princesa y no lo sabía?». Observo detenidamente a aquel hombre antes de contestar, entreatro la boca rogando que las palabras logren

salir de ella.

—¿Es usted quién quería verme? —Trato de sonar igual de cortés y relajada. Si es cierto que se alegra de verme, no soy quien para arruinar sus perspectivas. Claro, suponiendo que tenga alguna.

—Así es, hacía años no la veía —comenta—. Ya es toda una mujer, ni se ha de acordar de mí. —Me señala de pies a cabeza.

«¿Hace cuánto no me ve? Sinceramente no recuerdo a nadie con ese perfil».

—Ante las leyes, aún soy una niña —menciono, a la vez que hago las comillas con mis dedos. «¿Por qué me tiro sola al fuego?».

Me encuentro en esa etapa de la adolescencia donde vivo desesperada por ser mayor y, probablemente, cuando llegue ese momento tan anhelado, terminaré tirándome de un precipicio al darme cuenta de la realidad sobre las cosas. Ríe negando con la cabeza, como si él supiera algo que yo no o como si pensara que aún soy inmadura (algo por lo cual no lo culparía). Se aleja para sentarse en uno de los sillones en la sala.

—Ven, Shayza —ordena papá, tomo asiento frente a ambos. Siento curiosidad, pero la incertidumbre de por qué tuve que venir gana la batalla.

—Cariño, no sé cómo vayas a tomar esto... Ezequiel, ¿podrías dejarnos solos? —Voltea a verlo.

—Sí —afirma, levantándose y desapareciendo por una habitación cerca de donde estamos. El rostro de mi padre evidencia tristeza como si lo que está a punto de decirme me fuese a destruir, esto hace que comience a preocuparme.

—Cariño... —Da una pausa, a la vez que mira sus zapatos con inquietud—. Debes... Vivir aquí con Ezequiel y Castiel —informa, clavando sus ojos en los míos, provocando que lo vea sin comprensión. Por un segundo, siento cómo me falta el aire y pierdo la capacidad de procesar información.

«Espera, espera, espera... Esto debe ser una broma, ¿verdad? ¿Cómo se supone que yo responda a eso? Incluso, ¿cómo se supone que yo reaccione ante esto!». Ríe nerviosa, confundiendo. Él nunca bromearía con algo de este calibre, prácticamente soy su pequeña. Abrumada: esa es la única palabra —aparte de sus sinónimos— que define con exactitud este sentimiento que comienza a crecer en mi interior. El cambio de vivir con él para vivir con un extraño y Castiel es algo repentino. «Ya sé cómo es Castiel, pero ¿y el otro?».

—¡No lo conozco! ¡Ni sé qué raras costumbres ha de tener! —exclamo en defensa, deseando que todo sea una mentira.

—¡Shayza...! No seas maleducada, es hermano de tu padre —se apresura

a decir, haciéndome dudar sobre si realmente es mi progenitor.

—Pero... es la verdad. Además, tú no tienes hermanos —aclaró, confundida.

—Yo no soy tu verdadero padre —revela de golpe, bajando y llevando las manos a su rostro con evidente tristeza.

—¿Qué? ¿Esto es real? —pregunto, desmoronándome en el sillón—. Ya sé, es una broma por escaparme, ¿verdad? —Me acomodo de repente.

—No, cariño —responde levantando la mirada, dejando al descubierto sus ojos cristalinos.

—No, no te creo. —Niego con la cabeza, él se acerca y toma mis manos.

—Hija, jamás he sido tan sincero contigo —confiesa, dejando escapar varias lágrimas, algo que le da un vuelco a mi corazón.

—Pero... —Me pongo de pie y comienzo a rondar por el salón—, ¿por qué ahora? Casi esperan que sea mayor para contarme —menciono en forma de reproche.

—Él así lo decidió —dice, viéndome a los ojos—, créeme, también me duele, te considero como una hija de sangre.

Mi sonrisa sarcástica se borra en un abrir y cerrar de ojos, resoplo pasando mi mano por el cabello, apreciando cómo mis sentidos se nublan por aquella revelación.

Diecisiete años engañada. Puede que uno o dos no hubiera sido tan malo, o al menos eso quiero pensar; pero esa cantidad es un fuerte golpe de realidad y una gran espina en mi corazón, en mis sentimientos. «¡Llevo tiempo viviendo a base de mentiras!». No puedo creerlo, lo hubiera esperado de cualquiera menos de alguien con quien he crecido, con quien he vivido experiencias un tanto maravillosas. También duele que Castiel supiera de esto y no me lo haya confesado.

Aún aturdida por la noticia, me pongo en marcha hacia la puerta principal, decidida a salir de ese lugar que me quieren obligar a ver como un nuevo hogar. Al forzarla una y otra vez como imbécil, mi cerebro capta la señal de buscar otra salida, corro por un amplio pasillo lleno de pinturas que se encuentra al lado de la ventana por la que miré, así sean dos minutos quiero estar lejos de ellos (ya que pensar en escapar al final no será más que una pérdida de tiempo, Cass me alcanzaría rápidamente).

Afligida y desesperada por huir una vez más de la realidad, entro en la primera habitación que, al girar la manija, abre. Apoyo la espalda en ella, soltando un gran suspiro, el cual también podría haber sido un grito ahogado.

«No sé qué es peor, si la noticia de mudarme repentinamente o esta sensación de engaño por parte de los únicos hombres con los cuales he convivido».

Después de saber cuántos minutos permanecí con los ojos cerrados y llenos de lágrimas, decido abrirlos para encontrarme con una linda y amplia habitación; justo en el centro posee una cama de pilares con la cenefa revoloteando por el viento que entra gracias a la ventana abierta, a su lado se encuentra un sillón de cuero color negro, en las paredes hay unas diminutas luces parecidas a las que usaban en antaño, debajo de ellas un armario de madera y al lado de la ventana se halla un escritorio hecho a mano con el tallado de un búho en la esquina posterior. Sobre él permanece un libro con la portada azul y letras de color dorado que despierta mi curiosidad por pensar que me es familiar.

Dejo a un lado el que portaba bajo mi brazo, tomo el nuevo, recibiendo como sorpresa de que se trata del que mi padre, (quien resulta que no lo es), me leía de pequeña; al abrirlo y leer el primer párrafo, vuelve a dolerme el pecho. «¿Cómo un recuerdo tan bonito puede volverse tan agri dulce?». Sigo pasando las páginas, observando sus ilustraciones, pero alguien me interrumpe tocando a la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta desde el otro lado.

—Claro... —respondo desanimada, sentándome sobre la cama. Al ver que quien habla es Castiel, salto como resorte— A ver, ¿puedes decirme a dónde me trajiste? —cuestiono con un poco de enfado.

—Veo que encontró su habitación —comenta, ignoro lo que dice viéndolo fijamente a los ojos, no pienso dejarlo ir sin que me dé una respuesta clara.

—¿Y responderás mi pregunta o lo tendré que googlear? —pregunto, comenzando a desesperarme.

«No sé qué sea eso de googlear, pero lo usan mucho en el colegio cuando alguien no entiende algo. Aunque claro, lo dicen los de clase media alta».

—Está..., en las tierras de su padre —responde con absoluta desconfianza.

—¿Dónde está mi espectacular padre? —cuestiono de manera sarcástica.

—Señorita, sé que esto no es fácil, pero intente tomarlo con más seriedad —solicita.

—Ya, bueno. —Froto mis rodillas resignada, a la vez que me siento—, pero ¿cómo pudiste?

—Decirle no estaba a mi alcance, así que me disculpo por ello —dice con

lástima en sus ojos—. Contestando a su pregunta, él está en un viaje de negocios, muy pronto lo conocerá —anuncia despreocupado.

«¿Un viaje de negocios? Adivino, en Inglaterra, espera no, en Nueva York. ¿Esto se puede volver más cliché? ¿Negocios de qué? Aunque pensándolo bien... Si se arma una balacera, no quiero saber el porqué de ella y negar todo delante de la policía, pareciendo una víctima».

—Al menos dime su nombre —ordeno.

—Kaibron —responde en un cuarto de segundo.

«Suena a una mala manera de decir “cabrón” en inglés».

—¿Kaibron? —expreso sorprendida, levantando una ceja.

—Sí, señorita —confirma—. Kaibron... La dejaré sola, luego le traeré sus pertenencias, por el momento, siéntase libre de tomar lo que esté en los cajones. —Camina hasta la puerta con la intención de irse.

—Espera. —Lo detengo antes de que cruce la puerta—, ¿dónde está mi madre? ¿Sabes dónde puedo encontrarla? —Mira el suelo sujetando la puerta con una mano.

—Ella... murió —responde con un poco de desagrado.

—¿En serio? ¿Tanto te costaba contármelo, Cass?

—Usted nunca preguntó, supuse que no le importaba —contesta y observo cómo su mandíbula se tensa.

Soy una tonta en pensar que, por haber sabido la verdad de quien es mi padre, lo que pensaba de mi madre sería una mentira. «¿Por qué sigues clavándote el puñal en el pecho, niña? ¿Eres masoquista?».

—¿Sabes?... No entiendo cómo pueden hacerme esto. Es decir, ¿creen que podré acoplarme a vivir aquí de la noche a la mañana? ¿Realmente piensan eso? —cuestiono, pasando mis dedos por la cubierta del libro, evitando que me vea al borde del llanto.

—Por mi parte, comprendo cómo se siente. Yo jamás la traicionaría —advierde, haciéndome dudar si creerle, camina hasta mí y se sienta a mi lado—. Mire, no puedo contradecir a su padre.

—Lo entiendo, pero el dolor seguirá aquí. —Palpo mi pecho—. ¿Me prometes que siempre estarás conmigo?

—Sí, señorita —afirma, acariciando mi hombro, se pone de pie y procede a salir de la habitación. Encontrándome sola, me recuesto sobre la cama, liberando las lágrimas que aguanté delante de él.

Lo que no comprendo es por qué Kaibron ha vuelto a buscarme. Teniendo una cabaña como esta, representa que tiene bastante dinero; tranquilamente

pudo seguir con su vida o bien hacer una nueva, morir en un ataúd hecho de oro y con diamantes incrustados.

Las preguntas aquí son: «¿Por qué volvió? ¿Cuál es su verdadero motivo?». Tomó una decisión sin consultarme o bien sin ver si me afectaba hasta los huesos, no me tuvo en cuenta, decidió alejarme de quien me crió cuando él estaba a saber dónde y con quien. Vino a meterse en mi vida cual espina al pie y así pretende que yo lo acepte. Lo peor de todo esto es que, al ser menor, debo hacer todo lo que digan (llega a ser frustrante). Faltan cinco meses para cumplir los dieciocho, con eso bastaría para que toda esta locura acabe o tal vez no, inventado alguna ley absurda para su beneficio.

Después de mi lucha interna, casi desequilibrio emocional, dudas al respecto y traición de mi protector, hago todo el ritual para antes de dormir, ya que, prácticamente, mi opinión de joven no es eficaz contra la de un adulto (tampoco soy capaz de salir a ver qué sucede). Me siento sobre la cama, agarro nuevamente el libro de mi infancia y vuelvo a leerlo.

Ese pequeño ejemplar porta tantos recuerdos que una vez fueron asombrosos y ahora son una hermosa patada en el hígado; lo cierro y sostengo sobre mi pecho, mientras veo por la ventana con lágrimas en los ojos, lo dejo de lado estrujando las manos sobre mi rostro, apartando cada gota salada. Alejo ambas manos volviendo a percibir aquella mirada penetrante desde la copa de uno de los árboles, haciendo que me levante de golpe, froto mis ojos creyendo que me he vuelto loca, sin embargo, no hay nada.

III

Conociéndolo un poco más

Shayza

Me encuentro en un lugar oscuro. Por alguna razón, siento que estoy siendo vigilada, lo cual me aterra. Busco a mi alrededor alguna manera de lograr escapar de su vista, no puedo dar con él, pero sí apreciar cómo me persigue, cómo nota el terror que me está causando. Volteo para ver detrás de mi espalda, topándome con aquellos penetrantes ojos amarillos, parecidos a los de un gato.

Despierto de golpe, aún con el libro en las manos; ni siquiera noté cuando cerré los ojos, aunque es obvio. Miro mi alrededor hasta encontrar el reloj, marca las doce y media del mediodía. He dormido más de la cuenta, debería sentirme relajada, pero no es así. «¿Por qué soñé con esos ojos?». Asustada, observo por la ventana, deseando no volver a toparme con ellos.

Me toma alrededor de quince minutos alistarme, me pongo lo primero que encuentro: un pantalón oscuro, una blusa con cuello en forma de v y mangas largas de color púrpura, unas zapatillas de color blanco que se encontraban en el armario. Amarro mi cabello en una coleta alta y me coloco un poco de labial que portaba en mi pantalón del día anterior, luego salgo de allí.

Con pasos ligeros, llego al salón, el cual se encuentra a oscuras porque las ventanas están ocultas tras unas cortinas de color rojo sangre. «Sea o no sea producto de mi imaginación, ya no podrá encontrarme». Aprecio el olor a comida proveniente de la cocina. Curiosa, entro, encontrándome a Ezequiel, quien está tranquilamente leyendo el periódico; tan sumergido en él, que no se percata de mi presencia o simplemente de mi existencia.

El lugar es espacioso y reluciente, sus pisos son losas de color blanco hueso, las paredes igual, pero de algunas cuelgan adornos difíciles de describir. En el centro de la habitación hay una isleta con la superficie de mármol grisáceo, la alacena es de color caoba y cada una de sus puertas tienen un mango con forma de cuerno. Las sillas son altas y, también, caoba, en su espaldar tienen tallado el rostro de un venado; en el techo: una lámpara colgante, transparente y llena de lentejuelas; hay una puerta corrediza de

cristal seguida de un ventanal, gracias a él no hay necesidad de encender las luces, aunque afuera haya inmensos árboles.

—Buenas tardes —digo con temor.

—Buenas tardes, señorita —responde dejando de lado el periódico—. ¿Durmió bien?

Su cara representa cansancio, las ojeras son notables desde un kilómetro y su cabello está semi despeinado.

—Sí —digo cabizbaja, aunque sea un acto descortés.

«Se supone que de ahora en adelante viviré con él, toca acostumbrarme, pero ¿dónde está el pelirrojo?».

—Es una buena noticia, Castiel salió a entrenar —responde mi pregunta interna y no puedo evitar poner una expresión de asombro—, ya sabe cómo es respecto al ejercicio.

—Sí, lo sé —confirmo, viendo más allá del ventanal en busca del sol o alguna otra cosa.

Suele comer bien, entrena cada mañana y alguna que otra vez lo vi combatir en solitario. A veces me pregunto si es un ex-soldado o un ex-asesino a sueldo.

—¿Tiene hambre? —cuestiona, poniéndose de pie antes que le dé mi respuesta. Asiento, tratando de evitar cualquier contacto visual.

Al llegar a la isleta, tomo asiento en una de sus sillas con cuidado de no caerme y recuesto mis brazos sobre ella, agarro un salero, empiezo a jugar con él pasándolo de una mano a otra y dejando caer un poco de su contenido sobre la isleta. «Sea lo que Ezequiel haya cocinado, huele increíble». Permanece de espaldas a mí, su cabello está recogido y viste semi formal; una camisa de manga larga azul claro, jeans de mezclilla azul marino y zapatos cerrados de color negro.

—Aquí tiene. —Coloca dos platos hondos frente a mí, sin verme.

Sale humo de cada uno indicando que, si lo como ahora, podía quemarme la lengua o bien el alma. El más pequeño contiene arroz blanco, mientras que el otro, algún tipo de caldo con verduras en trozos y pedazos de carne de res. Vuelve a su lugar para proseguir con su lectura (quizás, haya otro asesinato o robo).

Tomo una cuchara volviendo a ver la comida, dudando si consumirla, su color verdoso me parece desagradable, lo contrario a su exquisito aroma. Después de la batalla en si comerlo o no, la fría mirada de Ezequiel me obliga a hacerlo. Tal vez su apariencia no es agradable a la vista, pero su sabor es

magnífico y más al acompañarlo con el arroz. Debería de dejar de juzgar por las apariencias, al menos con la comida.

Luego de terminar, me pongo de pie, llevo el plato al fregadero, busco en la nevera algo para beber y regreso a mi asiento. De cierta forma, quiero preguntarle sobre mis padres, ya que Castiel no regresa y necesito saberlo lo antes posible. Coloco la mano en mi pecho, tomando una bocanada de aire. No debo llorar, al menos no delante de un desconocido. Vuelvo a ponerme de pie, decidida a salir de allí antes de empezar a desmoronarme.

—¿A dónde va? —indaga detrás de mí. Abro la boca en un intento de responderle, pero vuelvo a cerrarla al sentir un nudo en la garganta y me quedo inmóvil en el marco de la puerta—. ¿Desea saber más respecto a sus padres?

«¿Cómo lo supo? ¿Tan transparente soy?». Inhalo y exhalo, limpio mis ojos por si alguna lágrima se ha escapado y doy media vuelta, asintiendo mientras aguanto las ganas de dejarlo salir todo.

—Siéntese —ordena, señalando donde había estado momentos antes y hago lo indicado—. Su padre tiene un negocio grande, por decirlo así, pero no estoy autorizado para contarle de qué se trata.

«Entonces la posibilidad de ser mafioso sigue en pie... ¡Me encanta! Cuéntame más...».

—¿Cuándo regresa? —pregunto, bajando la cabeza.

—Pronto, señorita —avisa—, se pondrá muy feliz al verla. —Río para mis adentros. «¿Se pondrá muy feliz al verme? Como todos estos años en los que nunca me buscó».

—¿Por qué decidió dejarme con papá? —Es difícil a la hora de referirme a él como Patricio. Kaibron podrá contentarse todo lo que quiera, pero yo seguiré prefiriendo a quien me crió.

— Solo no creyó conveniente criarla sin poder dedicarle su tiempo — aclara, encogiéndose de hombros. «Bien, eso debió pensarlo antes de embarazar a mi madre».

—Con esto puedo pensar que anda en malos pasos y está huyendo de las autoridades, ¿por eso me dejó a cargo de alguien más? —insisto, mirándolo seria y desafiante.

—Él no está huyendo de nadie —recalca con pesadez.

«Sí, claro y yo todavía me como los mocos. ¿En serio cree que me tragaré eso solo porque sí? No insistiré en lo contrario porque, por lo visto, esto no tendrá un final».

—Y mi madre... ¿Cómo murió? —pregunto, tratando de cambiar el tema.

—Fue cuando la dio a luz, durante su embarazo tuvo muchas complicaciones. —Niega con la cabeza—. Kaibron creyó que la perdería a usted, pero la perdió a ella. —Entrelaza sus dedos, a la vez que mira la sal que he derramado antes.

—¿Cómo era? Digo, su personalidad. —Ladeo la cabeza.

—Era una mujer maravillosa, adoraba a su padre y él a ella, eran algo así como Romeo y Julieta. Era alegre, muy extrovertida, educada y siempre se preocupaba por los demás.

Sonrío aliviada, aunque no sé en qué está metido mi padre, pero tampoco es como me interese mucho. Sé que mamá había sido una buena persona, aunque lo que Ezequiel acaba de decir fuese muy cliché (tal vez he leído demasiadas historias juveniles o de fantasía). De pronto, escuchamos que alguien entra a la cocina, ambos volteamos a ver para toparnos con Castiel.

—Buenas tardes, dormilona —dice agitado, yendo a la alacena. Está todo sudado, se puede apreciar cómo su pecho sube y baja sucesivamente, lleva el cabello amarrado y una gorra, mientras viste ropa deportiva, marcando su cuerpo bien estructurado.

—Buenas tardes —contesto viendo a otro lado. Soy joven y aunque mi mente sepa que lo veo como un hermano... a mis hormonas les gusta jugar en mi contra.

—Eliot volverá pronto —le comenta Cass a Ezequiel, los veo a ambos con los ojos entrecerrados, esperando una respuesta que jamás consigo.

«¿Eliot? ¿Quién es?».

—Cierto —afirma poniéndose nuevamente de pie—. ¿Puedes hacerme un mandado? —cuestiona rebuscando algo en sus bolsillos.

—Sí, no hay problema —confirma sin pensarlo dos veces—. Iré a ducharme y regreso. —Sale en dirección a lo que supongo son las habitaciones. «Cuánta energía, luego de llegar así... Lo admiro».

—Ah, señorita, esto es para usted. —Entra al salón y, al cabo de unos segundos, vuelve con una caja entre sus manos y la deja delante de mí—. Ábralo.

Incómoda por la poca distancia que nos separa, quito el envoltorio para descubrir una computadora y un celular, volteo para verlo negando con la cabeza.

—Yo no puedo aceptar esto, debió haber costado demasiado —aviso incrédula.

—Es un regalo de su padre —informa.

—Entonces, con mayor razón no lo quiero —expreso, empujando la caja.
—Le juro que su padre no anda en malos pasos. Por favor, acéptelo —ruega acercando nuevamente la caja.

Otra vez estoy dudando, no sé de dónde proviene el dinero con el que ha comprado estas cosas. Si esto es un regalo por sentirse culpable por haber estado años lejos de mí, realmente no quisiera aceptarlo.

—¿Se siente culpable? —indago, sin apartar la mirada de los aparatos.

—No, es solo para que no se aburra estando aquí. —Resopla.

Sigo sin estar muy convencida, pero igual lo acepto. Trato de notarme lo menos tonta posible, pues, teniendo mi edad, nunca he tocado una de estas cosas, lo más avanzado en mi vida es el teléfono fijo y un bolígrafo. Me siento como una cavernícola.

—Me retiro, iré a con...figurar esto. —Dudo si ese término es el correcto. En lo que estoy tratando de escapar me topo con un Castiel oliendo a hombre y no a puerco.

Me disculpo, agachando la cabeza y retomo mi camino. Su olor es fuerte, pero de cierta forma llega a agradarme. Prosigo a mi destino, varios pasos después, abro la puerta de mi habitación. Todo está iluminado gracias a la resolana que entra por la ventana; coloco la caja sobre el escritorio y me recuesto en posición fetal sobre la cama. «¿Qué estará haciendo Kaibron? Bueno, padre... Si así se le puede llamar». Agarro nuevamente el libro y repaso algunas de sus páginas.

Ojalá supiera si a papá, le duele tanto como a mí nuestra separación o si su amor también fue un engaño.

IV

¿Esquizofrenia?

Shayza

Sumergida en dolor, mientras busco la manera en la que pueda utilizar el teléfono que me dieron, alguien decide tocar la puerta; me pongo de pie y, al abrirla, me topo con Castiel, apoyando la mano en la pared.

—¿Sucede algo? —indaga con preocupación, inclinando la cabeza.

—No —miento, rio nerviosa y hago una mueca limpiando una lágrima que se ha escapado. «Él podría ayudarme a configurar los aparatos...».

—Cass...

—Señorita...

Hablamos al unísono.

—Dime, tú primero —ordeno.

—¿Segura? —cuestiona con duda—. Bueno, ¿le gustaría acompañarme al mercado? Quiero decir, acabo de notar la inquietud que le causa Ezequiel y no me gustaría dejarla sola.

Asiento, dudándolo un poco. Luego de la invitación se va. «Esta salida puede hacerme olvidar todo; así sea por un rato y no sea la gran cosa». Paso una última vez por el espejo para ver si no se me han inflamado los ojos, acomodo el cuello de mi blusa, empezando a sentir un nudo en la garganta. Hago caso omiso y salgo para encontrarme con Cass en la puerta principal.

Está recostado sobre un pilar viendo su teléfono (ya deben de ser las dos de la tarde como mínimo, pero no tengo cómo saberlo con exactitud al dejar mi nuevo aparato). Es una suerte que el lugar no quede a más de quince minutos. Sin embargo, caminar hasta allá me causa dolor en las piernas, pero lo tengo a él para que me cargue cual princesa.

Paso por su lado, fingiendo no haberlo visto, doy varios pasos con las manos en los bolsillos mientras veo mis pies. De pronto, puedo notar un par que me siguen, levanto la mirada y le muestro la lengua. Disfruto tontear con él como si fuéramos niños de primaria o bien una hermana menor con su hermano mayor. Acaricia mi coleta mientras observo hacia al frente para no tropezar con nada y no poder quedar en ridículo.

«Si Ezequiel no puede contarme sobre el trabajo de mi padre, ¿Castiel sí?

Aunque, al trabajar con él, tendría la misma norma, ¿no?».

—¿En qué piensa? —Acerca su cara a la mía.

—En cómo sería tu versión femenina —miento por segunda vez. Evitar el tema es lo único que puedo hacer por el momento, él debe saber cómo me siento y por eso no lo aborda—. ¿Crees qué sería igual de fortachona? —Agarro sus bíceps y rápidamente los suelto por vergüenza.

—Señorita, usted y sus ocurrencias. —Ríe—. Su versión masculina, ¿también sería igual de perezosa? —Da justo en el clavo, finjo ser lastimada ante sus palabras, pero vuelvo a retomar mi compostura. «Oye, estoy segura de que si fuera hombre haría mucho ejercicio para poder ser modelo o actor de cine».

—Quizás. —Elevo las manos sin darle importancia—. Oye, cambiando de tema, ¿desde cuándo tienes teléfono? —Lo observo de reojo.

—Su padre nos dio uno a todos, para estar comunicados con usted. Me costó un poco configurarlo, pero gracias a Eliot lo logré entender. —Afirmo con la cabeza sin decir más.

Al final, tendré que conocerlo. Espero no tener que vivir con él, y si es así, espero llevarnos bien.

Entrando al mercado se puede observar infinitud de carpas hechas con trozos de madera y paja. Con distintos productos en cada uno de ellos, sus dueños gritan ofertas mientras la gente se acerca, los niños corretean por doquier, gente intercambia y compran productos, mientras algunos perros siguen a las gallinas quienes dejan sus plumas por el suelo. El lugar es excesivamente ruidoso, lo que llega a aturdirme, así que tomo el brazo de Cass.

Cuando pequeña, estando aquí, me extravié entre la multitud, eso provocó en mí la costumbre de agarrarle el brazo o bien aferrar mis uñas en él y sentirme ansiosa al estar en este lugar. «¿Por qué acepté?». Coloca su mano sobre la mía en señal de apoyo, buscando con la mirada algo entre la multitud.

—¿Qué vinimos a comprar? —indago en voz alta, combatiendo con el ruido.

—Unas... especias. —Se puede notar duda en sus palabras mientras ve un trozo de papel. «¿Cómo no vas a estar seguro?».

Mientras se abre paso por la multitud, observo a un hombre al que el cabello le cubre parte del rostro; aunque esté así, puedo alcanzar a ver sus

ojos amarillos, esos que me han seguido desde el día de ayer. Prácticamente me congelo, sin dejar de verlo; no se inmuta solo me dirige su atención. Cass sacude mi brazo, haciéndome desviar la vista hacia la suya.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere volver a la casa? —cuestiona preocupado, a la vez que acaricia mi mejilla. Niego con la cabeza, indicándole que sigamos el camino. Vuelvo a buscar a aquel hombre entre la gente, pero ya no doy con él. «¿Quién demonios es?».

—Oye, ¿revisaste los alrededores como me prometiste? —indago, recordando su promesa.

—Sí, pero no vi a nadie.

«Entonces, puede ser que me esté volviendo loca», concluyo, viendo al cielo.

Llegamos hasta un puesto que se encuentra apartado del resto, donde apenas hay dos o tres personas. Sobre las mesas se hallan bolsas de saco llenas de pequeñas hojas, granos, polvos, flores y una jaula donde permanece enrollada una serpiente; claramente no me acercaré. Al haber menos gente, me siento más confiada y voy soltando su brazo. «Aunque sé que aquel hombre o ilusión puede reaparecer por los alrededores». Mientras él compra lo necesario, observo el panorama hasta toparme con un lindo gato gris, con un ojo azul y otro marrón, que está sobre un bote de basura, viéndome con su cabecita inclinada a la izquierda.

Camino hasta él, siendo atraída por un deseo incontrolable de querer tocarlo. Empieza a frotar su cara contra mí como signo de aceptación, acaricio su espalda hasta la cola repetidas veces, provocando que ronronee y lo tomo entre mis brazos sintiéndolo más fuerte.

—Señorita, ya podemos... ¿puede soltar al gato? —cuestiona, doy la vuelta estrujando al animal contra mi mejilla.

—¿Por qué? ¡Mira que cusita tan linda! —Pellizco sus mejillas felinas—. ¡Deja que me lo lleve! —suplico, dando saltitos como una niña pequeña.

—No creo que se pueda... Ezequiel... es alérgico —comenta.

—Si muere, Kaibron podrá conseguir a alguien más —anuncio sin importancia.

—Señorita, por favor...

—Está bien, está bien. —Resoplo, dejando al animal sobre el bote de basura—. Ya que me harás dejarlo solo en este lugar, llévame a casa de papá. —Cruzo los brazos mientras apoyo mi peso en una pierna, mira al cielo como si lo pensara seriamente, como si la proposición hubiese sido de vida o

muerte.

—Sí, claro. —Se encoge de hombros.

Sonrío de oreja a oreja, porqué, aunque haya tenido que ir a vivir a otro lugar, no impide que pueda seguir viéndolo. Nuestra casa queda a unos minutos de allí, lo difícil es el laberinto que se debe cruzar para llegar a partir del cruce. Le arrebató la bolsa que sostiene el pelirrojo, quien me ve confundido, pero con rapidez entiende que le devuelvo el favor, así fuese con esta bobería.

Aún pienso en aquel animalito, ojalá pudiera toparme nuevamente con él y poder llevarlo a casa, aunque tenga que enfrentar al viejo cascarrabias y a señor alérgico.

Ya que el resto del mercado está infestado de gente, tomamos la calle donde estaba acariciando al gato. Él está delante y yo detrás, espiando lo que momentos antes ha comprado, en ella hay hojas de diversos colores, formas y tamaños, también unos pequeños frascos de cristal con un líquido transparente. Los polvos en diminutas bolsas me provocan curiosidad, agarro uno y lo abro metiendo el dedo para luego frotarlo contra el pulgar y descubrir que es pólvora.

«¿Para qué necesitan esto? Acaso... ¿Trafican con armas?». Dejo caer mi brazo observando su espalda, me detengo de golpe ante esa idea. «No puede ser, puede que lo usen para otra cosa, pero ¿para qué más se puede usar?».

—Castiel... ¡Castiel! —exclamo, haciendo que se detenga.

—Dígame. —Voltea a verme extrañado por la distancia que nos separa—. ¿Ya no quiere ir a la casa de Patricio?

—No es eso... mi pa... ¿Kaibron trafica armas?

—¿Es por la pólvora? —pregunta, un poco disgustado.

—Sí —afirmo molesta, por lo que él pasa su mano sobre la cabeza.

—Ezequiel debe de hacer fuegos artificiales o podría ser un pirómano..., pero no estamos seguros. Jamás hemos visto que provocase un incendio — comenta de manera relajada.

«¿Y lo dice así de tranquilo?». Lo veo con la boca semi abierta y una ceja elevada, golpeo mi frente incrédula. Ahora vivo con un posible pirómano y su cómplice. Camino hasta él y le entrego la bolsa, pasando de largo. «Antes dije que se podría portar como un viejo de sesenta años, ¡pues me retracto! A veces actúa demasiado relajado ante las cosas. Casi como si le diera igual». Camino, camino y termino corriendo, ignorando su llamado en todo el trayecto.

Al cabo de unos minutos llegamos al cruce, los autos pasan, bicicletas y chicos en patines o patinetas, al no ser una especie de ser sobrenatural e inmortal, toca esperar. Cruzo los brazos y dejo caer todo mi peso en una pierna, mientras con la punta del otro pie doy golpecitos en el suelo para liberar tensión.

—Perdón por no ponerle mucha importancia a ciertas cosas —dice el pelirrojo, rompiendo el silencio.

—Me preocupa que actúes así de relajado —aviso—, a veces pienso que puedo caerme por un barranco, te lo cuento y me dirás algo como Oh y ya está. —Me encojo de hombros.

—Por favor, señorita, no exagere, yo sí me preocupo por usted. —Acaricia mi espalda como de costumbre.

—Si haces eso, jamás podré molestarme contigo —digo casi dejándome convencer.

—Entonces, ¿ya estamos bien? —Me regala una sonrisa.

—No. —Coloco una mano en mi cadera, volviendo a la realidad.

Justo pasan dos señoras detrás de nosotros, hablando mal sobre mí. «¿Esa es la hija del diablo?», susurran entre ellas. Aunque, si se piensa bien, ese es un buen apodo para un mafioso. El diablo. Camino tras ellas recibiendo un golpe de sentimientos que jamás había presenciado.

—Seño... —dice, en un intento fallido por detenerme.

—Disculpen... —Toco el hombro de una para detenerla—. Si piensan que soy la hija del diablo. ¿No creen qué deben tener más cuidado con lo que dicen sobre mí? O bien en mi presencia, podría... no sé... llevarlas al infierno. —Aprecio cómo mi sonrisa se ancha hasta posiblemente volverse en una cínica.

Ambas están pálidas como un papel, cuando proceso lo sucedido doy un paso hacia atrás. «¿Yo he dicho eso?». Vuelvo junto a Cass, quien me mira sorprendido. Observo nuevamente a las señoras que están apurando el paso.

—No sabría si felicitarla... o pedirle que se controle.

—Shhh... —Cubro su boca—. Ya podemos cruzar. —Ahoga una risilla, cruzamos la calle sin intercambiar palabra alguna, así estamos hasta llegar a la casa de papá.

«¿O nuestra casa? No estoy segura de cómo decirle de ahora en adelante».

La casa está hecha de madera a punto de caerse en trozos, pero, aun así, es acogedora; tiene un pequeño jardín delantero con varias flores, un muro de piedra y un portón oxidado. Cass lo abre haciéndome un gesto para que pase

primero, lo hago y troto hacia la puerta donde toco varias veces, hasta ésta ser abierta.

—Pequeña, ¿qué haces aquí? —inquieta sorprendido.

—¿No te alegras de verme? —pregunto, fingiendo estar decepcionada.

—Claro que sí —confirma, abrazándome. «Bueno... no debo llorar, no... Shay... maldición». Lo abrazo con más fuerza, aunque haya sido solo un día de estar lejos de él, siento que han sido mil años.

—Mi niña. —Acaricia mi mejilla mientras con la otra limpia las lágrimas que brotan de sus ojos.

—Ya, papá, si no estaré llorando un mes e inundaré todo Windville. —Ríe, dejándonos pasar.

—Buenas, Castiel. —Escucho decir a papá detrás mí.

Por dentro, el lugar tiene el suelo de madera que chirrea al andar, una que otra alfombra desgastada, las paredes son de color amarillo; papá colecciona relojes antiguos, así que tiene una pared llena de ellos. El salón queda a mi izquierda, la cocina a la derecha y los cuartos están al fondo, junto al baño. Miro hacia el salón de estar donde se encuentran dos chicos casi idénticos, sentados en el sofá, cayendo en tiempo recuerdo que llevo tres años sin verlos.

—¡Shayza! —expresan, alegres, al unísono.

—¡Chicos! —respondo entusiasmada, yendo hacia ellos.

V

¿Qué sucede?

Shayza

Wyatt y Dixon son dos gemelos que me han acompañado durante mi infancia y parte de la adolescencia. Cuando era niña pasaba horas y horas correteando junto a ellos por el patio de su casa, imaginando miles de historias donde yo era la damisela en apuros, rehén de un feroz dragón o criatura amorfa, para volverlas realidad entre nuestras actuaciones y diálogos ininteligibles para un adulto. Por las noches, bajo una caseta hecha de mantas, cojines y sillones, con un quinqué nos contábamos las leyendas e historias de la villa para atemorizarnos entre sí. Era una niña tonta, incitaba a que lo hiciéramos y terminaba llorando entre los brazos de Castiel a causa del miedo. De adolescente, cuando salíamos del colegio (por separado, ellos vivían en otra calle), hablábamos de chicos o chicas (más de chicas por culpa de ellos dos. Hasta llegué a dudar sobre mi sexualidad).

Hace años tuvieron que irse, con la excusa de: «Mamá tiene un nuevo trabajo en otra ciudad». Me dejaron devastada, tenía a Cass y a papá, pero ellos, obviamente, no tenían mi edad. ¿Por qué todo se ve tan cliché? Mi padre está en un viaje de negocios, amigos que se deben ir y mi descubrimiento de identidad.

Wyatt posee el cabello corto, ahora tinturado de rubio, ojos verdes, piel mate, baja estatura y es algo escuálido, viste una camisa con algún superhéroe plasmado en ella, pantalones largos de un tono oscuro y zapatillas de color verde. Dixon es igual en facciones, pero mucho más alto y con el cabello marrón, rizado, hasta un poco más debajo de sus orejas, viste más sofisticado; una camisa blanca de seda con manga larga, pantalones de vestir y zapatos cerrados de color negro. Esto lo hace aparentar más edad de la que realmente tiene.

Aún perpleja, hago señales con mis manos que ni yo misma llego a comprender y ambos ríen nerviosos por mi reacción.

—Vinimos a darte nuestro apoyo, el señor Hoffman nos comentó sobre tu padre biológico. A nosotros también nos tomó por sorpresa —comenta Dixon,

con cierto nivel de lástima—. Así que volvimos y decidimos terminar el colegio aquí —avisa, mientras Wyatt ve por la ventana.

—¿Por qué no vinieron antes? —indago curiosa.

—Aunque el trabajo de mamá sea bueno —informa, inclinando la cabeza con una mueca en la boca—, no podía costear ambos boletos de viaje. —Ve a su hermano y vuelve a dirigirme la palabra—, debimos trabajar.

—Ya entiendo. —Tomo asiento—. ¿Qué ha sido de sus vidas?

—Hemos estado estudiando en una escuela exclusiva para hombres —anuncia, acercándose a mí—, ya te imaginarás cómo se siente mi hermano —susurra en mi oreja. Miro a Wyatt fingiendo lástima mientras poso mi mano en el hombro de Dixon, me ve con la boca abierta a la vez que señala a su hermano.

—¿Qué te ha dicho? —indaga molesto.

—Nada —miento levantando las manos con una sonrisa.

—Niños, ¿quieren algo? —pregunta papá, apoyándose en el espaldar del sofá.

—Ya no somos unos niños —digo al unísono con Dixon.

—Entonces les traeré jugo en un vaso de cristal. —Entra riendo a la cocina. Según él, eso fue gracioso.

Recorro con la mirada el salón en busca de Cass, no volví a verlo luego de escuchar a papá hablar con él, pues los gemelos hicieron que ignorara todo a mi alrededor.

—Perdón, pero vine a hablar con papá, aunque me alegro mucho de volverlos a ver. —Abrazo a cada uno y beso sus mejillas, camino hasta la cocina para encontrarme a papá preparando unos sándwiches y tres vasos con jugo a su lado.

Sé que está mal abandonar a la visita luego de no vernos por tres largos años, pero estudiaran aquí, así que tendré tiempo para hablar con ellos.

—Oh, te hubieras quedado con los chicos. —Me ve sobre su hombro con una sonrisa y regresa a lo suyo.

—Admito estar feliz por volverlos a ver, pero vine por ti —informo, sentándome a la mesa y juntando mis manos.

—Solo llevas un día en casa de tu padre —comunica—. Además, llevas años sin verlos, no tres días —aclara, casi reprochándome.

—Lo sé, pero aún no lo asimilo —expreso, dejando caer mi cabeza sobre la mesa—. ¿Tú lo hubieras hecho al instante? Y bueno, sobre los gemelos..., si lo dices de esa forma, me haces sentir fatal...

—Tienes razón... perdón, he dicho una tontería —responde incómodo por mi comentario.

—No te preocupes. —Hago un ademán con la mano—, todos decimos tonterías en algún momento de nuestras vidas. —Ambos reímos. De cierta forma, estar a su lado me tranquiliza y hace que olvide mi preocupación por haber discutido con Castiel.

—Tú me ganas en eso.

—Lo sé, papá —admito. Él ríe mientras lava sus manos, da media vuelta, coloca un plato y un vaso delante de mí.

—De jamón, queso y mayonesa, como te gusta. —Sonríe, acariciando mi coleta, le devuelvo una sonrisa en forma de agradecimiento, cuando voy a darle un mordisco, Castiel entra a la cocina con una pequeña caja blanca entre sus manos.

—Señorita. —Lo miro, arqueando una ceja, se acerca a mí y deja la caja sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunto confundida.

—Una sorpresa —confiesa.

Mayo 28: día internacional de regalos para Shayza.

—Ya me di cuenta, pero no es mi cumpleaños, San Valentín o Navidad.

—Ábralo, por favor —pide, tomando asiento delante de mí.

Suspiro, dejando el sándwich en el plato y limpio las migajas sobre mi ropa como toda señorita que se respeta, sigo un poco molesta con él, pero pronto pasará. (Nunca lo he podido estar más de cinco minutos). Tomo la caja desatando su lazo, al destaparla, puedo ver una esfera de nieve; la saco cuidadosamente con las puntas de los dedos; dentro de ella hay un gato negro con ojos verdes sentado en un tronco. La agito para ver cómo cae la nieve y la brillantina.

—¿Por qué el regalo? —pregunto, sorprendida.

«¿En serio hizo esto? Cass... ¿Esto está ocurriendo? ¡Alguien pellízqueme!».

—Usted está molesta conmigo por lo de hace un rato, además, tiene un gato. —Tensa los labios. Nada se arregla con regalos, pero admito que me has subido el ánimo.

—Ay, Cass, no tenías por qué hacer esto. —Tomo la esfera, acercándola a mí y acaricio sus nudillos con la yema de mi dedo pulgar—. Pero... muchas gracias. —Le sonrío y él responde de igual manera.

Esta esfera de nieve es el primer regalo que tengo por parte suya, me

parece algo muy amable proviniendo de alguien tan reservado.

—Iré a empacar sus cosas, señorita —avisa levantándose para luego salir del lugar.

Papá toma asiento, sosteniendo mi mano derecha con ambas manos, da una mirada rápida a la salida de la cocina y voltea a verme. Agarro el sándwich y por fin le doy un mordisco, en la espera a que diga algo. Por lo visto el único lugar donde puedo comer tranquila y sin dramas es en casa de Kaibron, al tiempo que Ezequiel lee el periódico.

—Cariño, ¿estás saliendo con él? —Parece preocupado.

—¿Él y yo? —inquiero, incrédula por su pregunta—. Papá, por favor... Además, si lo hiciera sería mejor que andar con cualquier otro, ¿no crees?

—Es cierto —responde con un poco de duda.

—Sabes que lo veo como un hermano —aseguro seria.

—Ya lo sé, cariño, pero ustedes son... muy cercanos —comenta, con un poco de desagrado.

—Sí, pero él es mayor y que sea cercano a mí es porque lo contrataron para cuidarme. —Ríe nervioso, alejando sus manos de la mía.

«Oh, oh. Cuando ríe de esa manera, algo le preocupa o tiene algún secreto, pero, por más que intente descubrirlo, él lo negará todo». Mientras termino de comer, los gemelos entran agitados.

—Debemos irnos —anuncia Dixon.

—No les he llevado sus sándwiches —responde papá.

—Lo sentimos mucho, señor Hoffman —se disculpa Wyatt.

Su despedida es tan rápida que da a pensar que una jauría los está persiguiendo, papá y yo vemos a través del umbral de la puerta, sorprendidos y confusos, mientras intercambiamos miradas, tratando de comprenderlos. Al cabo de unos segundos, Castiel entra desesperado con una maleta en la espalda.

—Señorita, ya debemos irnos —advierde, tratando de sonar relajado.

—¿Q-qué sucede? —Toma mi brazo, obligando a levantarme—. ¡Cass! —grito sin respuesta alguna.

Salimos de la casa sin dejar tiempo para despedirme. Coloca su mano en mi cintura, pegándose más a él. Mientras caminamos de regreso a casa, se ve muy paranoico, voltea a ver a todos lados, en lapsos de cinco segundos, como temiendo que nos sigan. «¿Te has metido una raya de coca sabiendo que no la soportas? Estoy muy confundida». Ya se me está contagiando su paranoia e imito su acto, pero no logro ver a nadie y esto me hace recordar al hombre de

hace un rato. «¿Será el?».

Cuando estoy por articular palabra, me empuja a un callejón, pega mi cuerpo contra una pared y cubre mi boca con su mano. Estoy asustada, jamás lo había visto de esa manera, tan ido y agitado. Aprecio cómo el corazón quiere salir de su pecho, también, puedo decir que el mío está igual, pero no por no saber qué sucede, si no por verlo así. Prácticamente temo por mi vida.

Sigue siendo de tarde, todo está bien iluminado gracias al sol, la brisa sopla, ni una nube gris en el cielo, pero no hay ni un alma, a excepción de una chica alta con el cabello largo y tinturado de rosa, tez blanca cubierta de tatuajes, vestida con unos pantalones de mezclilla, una camisa turquesa y sandalias cafés.

Giro para verlo, su respiración está chocando en mi rostro mientras me ve y tiene un dedo sobre sus labios, indicando que no haga ningún tipo de ruido. Afirmo temerosa. «¿Es ella quien lo pone así? Quizás... ¿Una exnovia psicópata? Alguna chica que no ha podido olvidarlo y lo acose... No la culpo, yo también lo haría si nuestra situación fuese distinta».

Pasan algunos minutos (y como no estamos haciendo nada, son eternos), cuando vuelve a relajarse, dando a entender que la chica ya se ha ido, recuesta su frente sobre la mía, dejando caer su mano y suspira tirándome todo su aire mentolado.

—Cass... —Se desploma sobre mí antes de poder preguntarle lo que ocurre.

«¿Quién es aquella chica?».

Lo recuesto con cuidado en el suelo, se llenará de tierra, pero no aguanto su peso, está sudando y su temperatura baja. «¿Y ahora? ¿Qué debo hacer? ¡Nunca me enseñaron primeros auxilios!». Trato de rasgar la manga de mi blusa, pero como esto es la vida real, obviamente no lo logro. Tampoco es que tenga súper fuerza o algo por el estilo. Paso mi mano con suavidad sobre su rostro, está vivo, puedo ver cómo su pecho sube y baja, insignificadamente, pero lo hace. «¿De qué me sirve esto cuando no tengo a quién acudir?».

Miro a todos lados buscando a alguien. De pronto, siento la presencia de algo o alguien detrás de mí. Con el temor de que sea la chica de antes o el hombre de los ojos amarillos, giro lentamente, mi corazón late a mil por hora y mi respiración está descontrolada, parece que me dará un ataque de pánico. No sé cómo sean, pero podría experimentarlo en este preciso momento.

Delante de mí hay un hombre alto, pero no tanto como el que yace en el suelo, con cabello negro, corto, ojos verdes manzana, tez blanca como la de

Ezequiel, vistiendo una camiseta roja, pantalones ajustados de color negro y zapatillas.

«Qué casualidad... Aparece alguien cuando lo necesito».

VI

¿Me quedaré sola?

Shayza

Pasa por mi lado, sacando de su bolsillo una diminuta jeringa; está dispuesto a clavársela en el pecho, pero lo detengo agarrando su muñeca, viéndolo desafiante, diciéndole con la mirada que si lo hace saltaré directo a su yugular.

—Señorita, si no le pongo esto, él podría morir. —Su voz es gruesa y vacía, sin una pizca de vida en ella.

«Jamás debí escapar de Castiel, puede que con eso el efecto mariposa hiciera de las suyas».

—¿Quién demonios eres? —pregunto, viéndolo con inquietud. «Si vienes a clavarle algo y muere, al menos debo saber cómo conseguirte con la policía».

—Soy Eliot, no tiene por qué preocuparse.

«¿Eliot? ¿El que vendría pronto?».

Por alguna razón pongo toda mi confianza en él. Me aparto, pegando mi espalda contra la pared y cubro mis ojos. No quiero ver lo que ocurrirá continuación, le tengo fobia a las agujas.

—Ya puede ver —avisa. Descubro los ojos, prestándole toda mi atención —. Con esto estará bien, pero debemos llevarlo lo antes posible donde Ezequiel, ayúdeme a levantarlo. —Se arrodilla al lado de Cass, sentándolo. Hago lo mismo que él y coloco el brazo del pelirrojo alrededor de mis hombros, Eliot imita mi acción y, a la cuenta de tres, lo levantamos.

—Qué manera tan original de conocerte, Eliot —comento con ironía.

Llegamos a la cabaña a duras penas y llamamos a Ezequiel con gritos histéricos (por mi parte). Él sale para ayudarnos, entre ambos lo llevan a su habitación. Me quedo paralizada en la puerta mientras los veo correr de un lado a otro, salir y entrar de la habitación.

«¿Ellos tienen algún doctorado? ¿Saben lo que hacen? ¿Perderé a mi compañero de toda la vida? ¿Así? ¿Sin ninguna explicación congruente? ¿Cuál

sería la razón de ponerse tan mal? ¿Solo... por ver a esa chica? No. Hay algo más aquí... pero ¿qué? Dudo que los cuentos de brujas que pasan de boca en boca tengan que ver con esto».

Sin darme cuenta, estoy comiéndome las uñas; las aparto y deshago mi coleta, liberando la tensión en el cuero cabelludo. Estoy desesperada, no sé qué hacer; en este instante me siento lo más inútil del mundo al no saber de medicina o cómo sobrellevar la situación. Eliot observa mi estado penoso, camina hasta mí y, de a poco, me empuja en dirección a mi habitación.

—¡No! —exclamo, parando en seco.

—Por favor, no vea esto —ordena, tratando de calmarme. Instintivamente, lo sujeto por el cuello de la camisa mientras las lágrimas se acumulan en mis ojos.

—¡No me iré hasta saber que está bien! —vuelvo a gritar, al borde de la histeria.

Nuevamente, siento aquella sensación cuando las señoras pasaron por mi lado con sus comentarios despectivos, pero hago lo mejor que puedo para controlarlo, y relajo el agarre, derrumbándome en su pecho. Ahora me siento patética, llorando delante de un desconocido. Empeora cuando él trata de consolarme acariciando mi espalda, cosa que no se siente como cuando lo hace Castiel, no se nota su cariño, más bien lo hace para que me aleje. «Es lógico. Nos acabamos de conocer». Un poco incómoda me despego de su camisa, limpiándome la cara.

—Usted... —dice, tratando de calmarme—. Vaya a su habitación. Le avisaré cuando él esté estable.

«Solo me toca poner mi esperanza en ellos».

Afirmo, tratando de relajarme mientras inhalo y exhalo, doy media vuelta rumbo al lugar indicado, donde sé que lloraré hasta sangrar. «Estoy sonando como una reina del drama». Golpeo mi frente al percatarme de ello.

Esto no puede estar pasando, primero soy obligada a vivir con un extraño y mi padre biológico brilla por su ausencia; al día siguiente, Castiel se desploma sobre mí sin razón aparente. «¿Qué viene después? ¿El diablo aparecerá delante de mí para ofrecerme trabajo?». Rio ante mi estupidez. «¿Cómo puedo hacer bromas en estos momentos serios? ¿Cómo puedo reír?».

Golpeo una vez más mi frente, entrando al cuarto, cierro la puerta con un pie, me tumbo sobre la cama y tomo una almohada colocándola debajo de mí. Dejo caer mi cabeza mientras veo borrosamente por la ventana. Por más que trate de calmarme, las lágrimas salen sin parar, literalmente inundaré

Windville. «¿Cómo demuestro que soy fuerte si solo lloro y me quejo?».

Vuelvo a ponerme de pie, camino hasta la ventana con la almohada entre los brazos. El sol empieza a descender, algunas hojas vuelan gracias al viento, ya no hay animales por los alrededores, tampoco es como que haya muchos en esta área. Aquellos ojos penetrantes no han vuelto a aparecer, pero, por mi cuerpo recorre un escalofrío al recordarlos. «¿Por qué me perturban tanto?».

Suspiro, dando la vuelta para caminar hasta el baño. «Debo darme una ducha para calmarme, tal vez me quede un rato en la tina». Lanzo la almohada detrás de mí sin importar donde caiga, despojo mi cuerpo de la ropa, entrando a la regadera, apoyo una mano contra la pared, dejando caer el agua por la cabeza. «Todo lo que está pasando, ¿es una prueba que me impuso Dios?». Ríe nuevamente. «¿Desde cuándo hablo de Dios o simplemente pienso en él?».

Dejo caer mi frente contra la pared, haciendo un estruendoso ruido, pero no me duele, ya que el dolor en el pecho tiene prioridad. Agarro champú, esparciéndolo en el cabello, lo estrujo por un largo rato mientras mis ojos permanecen cerrados. La imagen de cómo Cass cae sobre mí y el momento en el que el corazón comienza a doler al creerlo al borde de la muerte se repite una y otra vez, torturándome.

Enjuago el jabón de mi cara, abriendo los ojos y, de reojo, noto una silueta humana. Rápidamente giro a ver, pero no hay nada. «De seguro fue porque mi vista se está adaptando... Sí, prefiero creer eso». Termino de ducharme, me envuelvo con una toalla, camino hasta el espejo del cuarto, encendiendo la luz al notar que la noche ha llegado. Avanzo hasta la cómoda, cuando miro por su espejo noto a un lindo gato gris lamiéndose sobre la cama y lo observo extrañada. «¿Cómo entró aquí? Creí que la ventana estaba cerrada». Camino hasta él, tomándolo entre brazos y, para mi sorpresa, es el mismo gato de antes. «¿Nos siguió hasta aquí?». Acaricio su pelaje, provocando que comience a ronronear y frotar su cabeza contra mí.

—Qué lindo eres, pequeñín, pero ¿qué haces aquí? No sé qué te harían si te encuentran —comento, viendo cómo frota su cabeza contra mi mano—. No quiero que te lastimen.

«Es extraño tenerlo en este lugar... debo mantenerlo oculto si quiero quedármelo. Además, tendré que ponerle algún nombre, pero creo que no es el momento para eso. Lo haré luego».

Mientras termino de vestirme, alguien golpea la puerta, miro a todos lados buscando donde puedo esconder al felino; mi vista se posa en la puerta del baño que está abierta.

—Entra allí, pequeñín —susurro, señalándole el lugar con el mentón a la vez que salto para subirme los pantalones. Como si entendiese lo que le quiero decir, salta de la cama y entra al baño.

—Señorita —dice Ezequiel detrás de la puerta.

—¡Ya-ya voy! Estoy terminando de vestirme —indico, saltando en una pierna, tratando de ponerme el calcetín.

—No se preocupe, la esperaré —responde, termino de colocarme los zapatos y, aún con el cabello húmedo, abro la puerta.

—¿Có-cómo está? —pregunto con voz temblorosa, refiriéndome a Castiel. Recuerdo que, según Cass, Ezequiel es alérgico a los gatos. Tenso los labios, lo que hace que él me vea con inseguridad.

—Ahora está estable, pero Eliot estará junto a él toda la noche... —Estornuda—. Tenemos la esperanza de que despierte a partir de mañana. —Vuelve a cubrir la nariz con su antebrazo para estornudar, el cabello cae sobre su cara a la vez que me mira con el ceño fruncido y le regalo una inocente sonrisa—. Señorita...

—Dime.

—¿Hay algo que no me haya dicho? —cuestiona, viéndome de pies a cabeza.

—¿Cómo qué? —Finjo no tener idea sobre el felino.

—Quizás... un gato —insinúa.

—¿De dónde podría tener un gato? —infiero, viendo a otro lado.

—No lo sé —responde, aspirando aire.

—¿Ya puedo verlo? —Abro la puerta por completo, esquivando el tema.

—Sí, señorita. —Empieza a caminar mientras estornuda. Cubro mi boca para evitar reírme de su desgracia.

—¿Por qué se desmayó? —indago con nerviosismo, disminuyendo un poco la distancia, pero no dice nada o quizás me ignora—. ¿Ezequiel? —Intento llamar nuevamente su atención, sin embargo, no quiero fastidiarlo.

—Por lo visto, no comió lo suficiente, al sobresaltarse por su... ex, el cuerpo no reaccionó bien.

«De cierta forma, creo que miente».

—Eze... —Me interrumpe, abriendo la puerta de la habitación.

Eliot está sentado al lado de la cama en un sillón de cuero rojo, viendo el celular. Al notarlo tan negligente, olvido lo que le iba a decir a Ezequiel.

—¿Así piensas vigilarlo? ¿Pendiente al aparato? —expreso molesta, haciendo que se levante de golpe—. ¡Largo de aquí, Eliot! —exclamo,

señalando la salida.

—Di-disculpe —articula sorprendido, con los ojos a punto de salirse de sus cuencas.

—Nada de disculpas, si vas a estar con éstas, mejor me encargo yo —comunico, colocando mi mano en el pecho, dándole una mirada llena de arrogancia. Él asiente saliendo de allí, doy la vuelta, viendo cómo se aleja junto a Ezequiel. El enojo, que una vez se apoderó de mí, desaparece, haciéndome sentir mal por lo dicho. «He sido grosera...».

—Eliot... —Voltea a verme—, lo siento, últimamente no sé qué sucede conmigo. —Poso mi mano en la frente apenada.

—No se preocupe, tal vez yo reaccionaría de la misma manera.

—En serio... perdónenme. —Junto ambas manos, rogándoles.

—No se preocupe —contesta Ezequiel, retomando su camino.

Eliot levanta la mano en señal de adiós con una sonrisa forzada antes de seguirlo, imito su acto, un poco incómoda y, con un mal sabor de boca, entro, cerrando la puerta. Camino hasta donde se encuentra mi protector, desmoronándome junto a su cama.

Él está pálido, pero ya no suda y siento nuevamente su calor. En su antebrazo tiene una solución endovenosa «Muy lógico no saber de medicina, pero sí el nombre de esa cosa». Acaricio su cabeza mientras siento cómo cae otra lágrima.

«Está tan sereno... si lo perdiera, no sabría qué hacer». Me acuesto a su lado recostando la cabeza en su pecho, escuchando el latir de su corazón y disfrutando el peculiar aroma que posee. «¿Quién diría que llegaría a estar así con él? O bien con un hombre... Aunque no es cualquier hombre, al contrario, es una persona muy importante para mí». A medida que el sueño me domina, nuevamente puedo sentir cómo alguien me observa entre la oscuridad de la habitación.

VII

Investigando a Castiel

Shayza

Aún medio dormida, siento cómo alguien acaricia mi cabeza o, más bien, mi cabello. Por un momento, pienso que se trata del hombre que vi en el mercado, así que abro los ojos, notando una ráfaga de luz llegando directamente a ellos. Volteo la vista, observando los alrededores, dándome cuenta de que no estoy en mi habitación. El lugar tiene las paredes color verde bosque con algunos dibujos casi imperceptibles de un color más oscuro, a unos metros de la cama hay un armario de dos puertas justo como el mío; a su izquierda está la ventana, que permanece entreabierta. El día ha llegado y, a mi parecer, yo he dormido más de la cuenta.

Al recordar dónde estoy, lo que pasó ayer y notar un mechón de cabello cobrizo que no es mío y otras piernas bajo las blancas sábanas, me levanto de golpe y giro para ver al pelirrojo.

—¡Castiel! —Rodeo su cuello en un abrazo, mostrándole mi felicidad al notarlo mejor. El verlo despierto me hace recordar que he dormido sobre él toda la noche. Podría preocuparme por mi apariencia mañanera u otras cosas, pero lo único importante es su estado.

—Tranquila, señorita. —Acaricia mi espalda de arriba para abajo, intentando calmarme.

—Creí que... —Siento cómo se seca y cierra la garganta, dificultando el habla—, te perdería —comento con la voz quebrada, comenzando a llorar y me aparto.

—Por favor, no llore. —Limpia unas lágrimas con su pulgar, mientras, con la otra, acaricia mi mejilla.

—No sabría qué hacer sin ti —aclaro—. Tengo miedo de perderte. —Vuelvo a abrazarlo y me alejo.

—No me perderá, siempre estaré aquí para usted —dice con una expresión de dolor. «En serio, ¡no vuelvas a darme esos sustos!»—. Señorita, ¿puede decirme la hora?

—Sí, claro. —Veo a los lados en busca del reloj, que está en la mesa de

noche a mi derecha—. Son las diez y cuarto de la mañana —informo—. Así que, buenos días, dormilón.

—Gracias y buenos días para usted también. —Se desarropa, sentándose al borde de la cama para luego ponerse unas pantuflas, o eso creo.

—Cass, lo de ayer fue, ¿por ver a tu ex? —indago, limpiándome la cara con el antebrazo.

—Sí, bueno, no solo fue eso, tampoco comí bien —aclara.

«¿Qué no comiste bien? Cass, por favor. Fácilmente podrías ser un fisiculturista... Vete a contarle eso a otro».

—¿Quién es ella? —Pongo mi mano en su hombro—. Obviamente tu ex, pero... ¿por qué reaccionaste así? —Guarda silencio, sin despegar la mirada de la puerta—. Oye... —Intento verle la cara, pero se gira.

—¿Tiene hambre? —cuestiona, poniéndose de pie e ignorándome.

—Oye, te hice una pregunta —replico, apartando las sábanas. «Estoy molesta, cansada de que me digan las cosas a medias o que las oculten».

—Vaya a la cocina, la veré allá —ordena, caminando hasta el baño y, luego, entra en él. Salgo de la cama como alma que lleva el diablo siguiéndolo, pero cierra la puerta justo en mi nariz.

—¡Contéstame! —exijo, golpeando la puerta sin recibir respuesta—. No puedes dejarme con la palabra en la boca si se trata de algo serio. ¡Te desmayaste! —Apoyo mi frente contra la puerta, golpeándola una última vez con el puño. Segundos después, logro escuchar cómo el agua de la ducha cae y suelto todo el aire de mis pulmones, saliendo de allí derrotada.

Caminando de regreso a la habitación, decido mirar por la ventana que hay en la pared del pasillo, encontrándome a Eliot sin camiseta, golpeando con todas sus fuerzas un saco de boxeo. «Aún me sabe mal por cómo lo traté el día de ayer». Retomo mi camino, dispuesta a volver a darle una disculpa, pero esta vez para hacerlo bien.

Entro al baño y hago el ritual mañanero: me cepillo los dientes, me baño con agua caliente y peino mi cabello para deshacerme del nido de pájaros. Me pongo un vestido blanco y sandalias doradas que estaban en la maleta que traía Cass. Salgo, cruzo el salón hasta llegar a la cocina donde está Ezequiel junto al paciente, desayunando huevos revueltos con tocino. «¿Cómo le hacen los hombres para arreglarse tan rápido? Me sorprende la recuperación de Cass, no logro entenderlo».

—Buenos días, señorita. ¿Tiene hambre? —pregunta Castiel.

—Sí, pero antes debo ocuparme de algo —aviso, tratando de sonreírles.

Camino hasta la puerta corrediza, bajo tres escalones y sigo en línea recta hasta el árbol donde se encuentra Eliot lanzando puñetazos. Al acercarme, solo escucho cómo se queja y su respiración entrecortada.

—Hola... —digo con timidez.

—Oh, no la vi llegar —advierde, se aparta del saco tomando una botella con agua—. ¿Necesita algo?

—No..., solo pensé que debía disculparme.

—Ya se ha disculpado. —Toma un sorbo de agua, no puedo dejar de ver su torso perfectamente marcado, su cuerpo brilla gracias al sudor. «Si fuese un vampiro ya sabríamos de qué libro vendría». Aparto la mirada para así poder dirigirme a él sin problemas hormonales.

—Lo sé, pero debía hacerlo mejor. Empezamos mal y fue por mi culpa... sé que fui grosera y me arrepiento, le pido una disculpa, señor Eliot...

—Morter —informa.

—¿Monster? —digo, tratando de pronunciarlo.

—No, M-o-r-t-e-r —deletrea entre dientes.

—Señor Eliot Morter —confirmo con la cabeza.

—Acepto su disculpa. —Toca mi hombro—. Olvide el asunto, mejor vaya a desayunar y creo que necesita descansar un poco —comenta, haciéndome verlo confundida—. Noto sus párpados inflamados y los ojos enrojecidos —susurra, señalando la cocina detrás de mí con la botella de agua.

«¿Cómo le dices indirectamente a una dama que parece un monstruo? Pobre la chica que se enamora de ti».

—De acuerdo. —Camino hasta allá, tratando de evitar sentirme herida por su comentario.

Abro la puerta y entro, cerrándola detrás de mí, tomo asiento a la isleta junto al pelirrojo, que ahora está tomando una taza de café con toda la paz del mundo. «En serio que este chico tiene la capacidad de curarse bastante rápido. Ayer estaba al borde de la muerte o ¿solo fueron delirios míos? Sin embargo, no tiene sentido seguir insistiendo». Ezequiel coloca un plato con lo mismo que ellos comían antes delante de mí, acompañado de un vaso con jugo de naranja que aparenta estar delicioso.

—Gracias... —digo, tomando un tenedor para empezar a comer o, bien, devorar.

Ya han pasado dos horas desde que fui a disculparme con Eliot... sigo

avergonzada por el mal comportamiento. Realmente no sé qué ocurrió, fue como si me hubiera salido de mí por un segundo. Puede que esté sufriendo de trastorno de la personalidad o alguna otra cosa, sería terrible. ¿Debería ir a un psicólogo o a un psiquiatra? Digo, para estar segura de ello. Aunque si se piensa bien, me serviría mucho para llevar con calma esta situación con mi padre. Será la cereza sobre el pastel ser llevada a un hospital psiquiátrico. Están pasando cosas que no comprendo y espero que todo esto tenga su razón de ser.

Muerdo mis uñas angustiada, mientras me siento a la orilla de la cama. «Debo despejar mi mente, así sean cinco minutos; o mejor, unas ocho horas». Teniendo los ojos cerrados, masajeo ambas sienes. Al abrirlos, veo la computadora y el celular sobre el escritorio. «Recuerdo que Eliot sabe mucho respecto a estos aparatos, pero... ¡Maldición!». Me dejo caer sobre la cama. «Odio este sentimiento de culpa. Allá afuera hay gente insensible, sin importarles si alguien muere delante de ellos y yo estoy aquí, rompiéndome la cabeza, volviéndome una joven quejona».

Tomo valor después de unos instantes, poniéndome de pie, agarro ambos aparatos y salgo de la habitación. Camino hasta el salón y, para mi sorpresa, él está allí, sumergido en un pilar de papeles. «¿También se quedará a vivir aquí? Vaya... Pongamos un letrero afuera donde diga: se alquilan habitaciones, ya con eso ganaríamos dinero extra».

—Hola. —Aparta los papeles colocándolos sobre la mesa.

—Hola, Monster —digo, tratando de romper la barrera que se forma entre los dos.

—Morter —aclara.

—Monster —respondo, en un intento de pronunciarlo correctamente.

—Hmmm... ¿Necesita algo? —Cambia fríamente de tema.

—Cass dice que lo ayudaste a configurar esto. —Levanto el celular y la computadora.

Se queda viéndome seriamente, provocándome escalofríos. «¿Será por mi edad? No es mi culpa haber estado viviendo con bajos recursos». Le da unos golpecitos al sillón donde está, indicando que me siente a su lado, avanzo hacia él y lo obedezco.

—Veamos. —Sostiene el celular en sus manos y lo enciende con un botón del costado, puede que mis ojos empiecen a brillar, esto es algo totalmente nuevo para mí.

La pantalla se vuelve blanca, seguida del logo de la marca; después de

esperar, aparece un menú hablando sobre un email. Como no tengo ninguno, él es muy amable en hacérmelo. Conforme lo configura, me explica con lujo de detalles para qué es cada aplicación, cómo se descargan o borran. Pasa a la computadora y hace el mismo procedimiento, en menos de quince minutos ya sé cómo navegar en internet.

Que, por cierto, me parece raro que en el bosque haya este tipo de servicio. En la villa apenas llega la señal de teléfono y por eso usamos uno fijo, además, los televisores son un lujo que papá no podía y sigue sin poder pagar. El servicio de cable y la pantalla salían con un total de: el riñón izquierdo, un ojo derecho y el ovario de una virgen. Por eso, la mayor parte de mi entretenimiento consiste en montañas y montañas de libros. Además de la convivencia con los gemelos y Castiel.

—Muchas gracias, Monster —suelto sin querer.

—Hoffman... —Inclina la cabeza viéndome, indicando que me detenga.

—Ya, perdón, Morter, puedo... ¿preguntarte algo? —inquiero dudosa.

—Sí, dígame.

—Verás... Cuando Cass se desmayó había una chica por los alrededores, ¿realmente es su ex? Si es así... ¿Puedes contarme sobre ella? —Se recuesta en el sillón con los brazos cruzados y una expresión dudosa.

—¿Cómo era? —pregunta, viendo la pila de papeles delante suyo.

—Tenía el cabello teñido de rosa, tez blanca, llena de tatuajes, vestía casual... —Me encojo de hombros sin darle mucha importancia a mis propias palabras.

—¿Vio el color de sus ojos?

—No... Estaba de espaldas. —«¿Qué importa eso?».

—Bueno, sí, es su ex —confirma, masajeando su cuello—. Al terminar, ella no lo aceptó y, por lo visto, todavía no lo ha hecho, así que lo persigue como una psicópata. —Pasa la mano por su cabello.

—Yo nunca la había visto...

—Su relación terminó antes de que usted naciera, él movió mar y tierra para no topársela... por un tiempo se detuvo —cuenta.

—¿Y?

—No sé si se dio cuenta, pero ha vuelto —dice, en un tono sarcástico.

—Q-qué fuerte —titubeo al ver que me la ha devuelto. «Qué estúpida llevo a ser».

VIII

Intruso

Shayza

Algo querrá esa perturbada Digo, su ex. ¿Él vivió así durante tanto tiempo? ¡Eso es un delito! Debería hablarle a la policía... Aunque, como es hombre, creerán que se trata de una broma y se reirán en su cara.

Niego con la cabeza sin decir nada. Debo ayudarlo, pero ¿cómo?

—Si quiere hablar con él, debe estar trotando —informa, mientras relaja sus brazos.

—Gracias. —Dejo las cosas sobre la mesa y salgo por la puerta. «¿Si no, por dónde?».

Bajo los escalones del pórtico, viendo a todos lados. «Dijo trotando, pero no dónde. Windville no es tan grande, pero no puedo recorrerlo sin rumbo alguno». Avanzo hasta la parte de atrás, llego cerca del saco de boxeo que está colgando de un árbol pequeño, pero de tronco grueso, al igual que sus ramas.

—¡Castiel! ¡Castiel! —exclamo repetidas veces, sin conseguir respuesta alguna. «¿Dónde se habrá metido ese hombre?».

Me adentro más al bosque hasta llegar a una cascada con flores en sus alrededores. La vista es hermosa, es fascinante la paz de la naturaleza mezclada con el agua cayendo cuando el suelo está seco o el día no está nublado.

Al dar unos pasos, alguien sale del agua. «Hablando del «rey de roma». Está completamente mojado, no tiene camisa porque descansa sobre una roca, al igual que sus zapatos. «¿Soy yo o empieza a hacer un poco de calor?». Intento abanicarme con la blusa. «¡Maldita sea la adolescencia! No comprendo a esas señoras que dicen querer volver a ser adolescentes. ¡No saben de lo que hablan!». Sacudo la cabeza, tratando de sacar todo pensamiento obsceno. «Voy a hablar sobre su ex, no a...». Hago una mueca de asco, acomodo mi cabello y me acerco a él. «¡Es Castiel! Lo conozco desde que nació. ¿Cómo puede mi cuerpo reaccionar así?».

—Oh, hola, señorita —dice, dándose la vuelta para colocarse la camiseta a gran velocidad.

—Por lo visto ya te encuentras mejor —comento.

—Sí... ¿Necesita algo? —Gira hacia mí.

—Eliot me contó sobre tu ex —digo en voz baja, agacho la cabeza hasta ver mis zapatos—. Deberías denunciarla —sugiero volviendo a mirarlo, me observa impresionado. «¿Por qué me ves así?».

—¿Se preocupa por mí? —pregunta. «¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Claro que sí!... Idiota».

—Obvio. —Le muestro la lengua ofendida.

—No podría denunciarla, aunque quisiera... Ya sabe cómo son las leyes. —Frunce los labios.

Es cierto que las leyes de Windville son un poco ... ¿Cómo debería decirlo sin llegar a ser vulgar? Son una bazofia. Nos sale más rentable buscar la justicia por nuestras manos; al final de cuentas, no harán nada, a no ser que se trate de alguien importante o con mucho poder político. «Entonces... ¿debo matarla? ¡NO! ¿Shay qué clase de pensamientos son esos? Ya me urge el psiquiatra». Golpeo mi cabeza, haciendo que me vea sin comprensión.

—Entonces... ¿Huirás de ella por el resto de tu vida? ¿Cómo vas a vivir de ahora en adelante? ¿Te esconderás todo el tiempo? Eso no es vida —suelto de golpe, hablando con rapidez.

—Tampoco exagere, señorita. —Camina hasta mí y toma mis manos poniéndose a mi altura—. Voy a estar bien, nada ni nadie me separará de usted, ¿de acuerdo? —Sonríe, mostrando sus perfectos dientes.

—¿Seguro? —Muerdo mi labio inferior insegura.

—Muy seguro. —Rodea mi cuerpo con sus brazos y lo aferro con fuerza. Quien nos viera de lejos pensaría que somos una pareja en vez de buenos amigos.

Aunque él haya dicho eso, por alguna razón, me cuesta creerle... ya me ha mentido. Pero claro, eso fue para no perder su trabajo, añadiendo que estuve por perderlo. Él es mi única compañía en este momento, papá está lejos y aún no ha venido a verme, ¿estará ocupado?

—Castiel, el señor Kaibron está al teléfono —informa alguien detrás de nosotros—. No te ha podido contactar así que me ha llamado a mí y no suena muy contento que digamos.

Al darnos la vuelta, nos topamos con Eliot sosteniendo su teléfono, giro para ver a Cass quien parece asustado. Se aparta tomando el aparato, le hace una señal al pelinegro y él se acerca a mí.

—¿Por qué le asusta mi padre? —husmeo.

—No tiene buen temperamento —responde, acompañado de su frialdad.

—¿Tú también le tienes miedo? —indago, viéndolo de reojo para ver su reacción.

—Todos. —Cruza los brazos sin despejar su aura de chico malo. No digo nada mientras veo cómo Cass camina de un lado para otro, de vez en cuando se agarra el cabello angustiado. Mientras lo observo, dejo caer todo mi peso en una pierna sin apartar la vista.

«Es curioso, siempre permanece sin mucho interés ante las cosas, pero en este momento es un costal de nervios, como yo. ¿Tan feo es el regaño o el tema de conversación? Al fin de cuentas, ¿de qué estarán hablando?».

—Monster. —Intento llamar su atención, girando mi torso en su dirección.

—Señorita...

—Hoffman, Shayza Hoffman. —Bromeo.

—¿Siempre tan bromista? —expresa de forma fría.

—¿Siempre tan serio? Reír no te cuesta nada. —Sonrío para que se anime a hacerlo, me mira por un segundo y vuelve a ver hacia al frente.

—JA, JA, JA. —Suelta una risa falsa.

—¿Ves? —digo triunfante.

—Me costó tres segundos que jamás volveré a recuperar —responde sarcástico, lo miro con sorpresa, río para mis adentros y coloco mi mano sobre su hombro. «¿También le gusta el sarcasmo? Nos llevaremos muy bien por lo que veo».

—¿Qué hace? —Observa mi mano con desagrado. «No me mires así. No soy un animal amorfo».

—Solo pienso que seremos buenos amigos —aclaro.

—Eliot, debes venir conmigo —interrumpe Castiel—. En el camino te explico. Usted, señorita. —Me señala con su dedo—. Por favor, le ruego que no se aleje de Ezequiel en ningún momento, ¿entendido?

«¿A qué viene esto? ¿Qué sucede?». Los miro con los labios levemente separados sin poder pronunciar algo. «A ver, ayer estabas mal. ¿Y ahora te vas? Castiel, no me dejes así... No sé hasta cuándo aguante estos secretos». Los tres caminamos hasta la cabaña, bueno, yo estoy siendo arrastrada.

—Vaya con él —añade, ayudándome a llegar hasta la puerta principal.

—¿Por qué? —Volteo para verlo de frente.

—No le puedo contar por ahora, entre a la cabaña —ordena.

—Por favor. —Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos—, ve con cuidado, ¿sí?
—Tomo su mano entre la mías, viéndolo con preocupación.

—Lo haré. —Antes de irse, revuelve mi cabello con su mano.

Abro la puerta mientras observo cómo corren hacia sabe quién dónde. Al entrar, me espera Ezequiel con una cara poco expresiva, lo saludo por educación para luego pasar por su lado y llegar a mi habitación.

—Señorita. —Me llama con su voz ronca.

—Dime. —Volteo hacia él, esperando que no me vaya a dar algún tipo de sermón.

—Tome —ordena, extendiendo los aparatos que un rato antes había dejado sobre la mesa.

—Oh cierto. —Camino hasta él y los tomo con timidez—, gracias.

Retomo mi camino, entro y dejo las cosas sobre la cama, prendo la computadora para luego ir al baño. «Necesito estar un rato en la tina... un largo rato». Me desvisto para después abrir la llave de la ducha, echo en la tina unas cápsulas que, al tener contacto con el agua, empiezan a disolverse y hacer burbujas seguido de un *tsss*. Luego, entro a la tina, cerrando la llave del agua, cierro mis ojos e intento relajarme, pero lo que consigo es debatir sobre lo que ocurre en este lugar.

«¿A dónde habrán ido? ¿Qué sucedió para tener que irse? ¿Al fin conoceré a mi padre biológico? Siempre trato de lucir segura de mí y todo eso, que no le temo a nada, pero en el fondo soy... ¿Qué palabra me definiría? ¿Falsa? No, Insegura..., posiblemente. ¿A quién le pertenecen esos ojos que me ven en la lejanía?».

El chirrido de la puerta provoca que abra los ojos de golpe, se trata del gato, le sonrío, acercándole mis dedos a su nariz y él, muy adorable, roza su cara en ellos.

«Sé que me ocultan algo, pero ¿cómo hago para sacarles las respuestas?». Después de acariciarme, se va, dejando que prosiga con mi búsqueda de paz interior. Sumerjo mi cabeza bajo el agua con los ojos cerrados, vuelvo a abrirlos, al esfumarse las burbujas, puedo ver el techo. «Obviamente, con dificultad y con ardor en los ojos».

Mientras hago esto, la figura de alguien aparece de la nada, dejándome congelada sin poder distinguir si es hombre o mujer, pero lleva el cabello semi largo, rizado, de color negro, tez blanca y una camisa con rayas. Cuando logro reaccionar, salgo de golpe, cubriendo mi cuerpo. Nuevamente, no hay nadie. Limpio el exceso de agua de mi cara, viendo a todos lados. La puerta está cerrada y antes estaba entreabierta. «¿Cómo ha podido entrar alguien sin que lo sintiera?».

Salgo de la tina, enrollando una toalla en mí. Entro a la habitación, también se encuentra vacía, el gato se ha ido y lo único que ha cambiado es que la ventana está abierta. Corro a toda prisa para cerrarla al mismo tiempo que me siento vigilada. «Cuando vuelvan los chicos tendré que contarles sobre esto. ¿Y si se trata de un violador? ¿Un ladrón? ¿O un imbécil que no tiene nada más que hacer y está tratando de asustarme? Si es así, creo que lo está logrando».

IX

Me niego a conocerlo

Shayza

Ha pasado una semana desde la extraña llamada de mi padre. Los chicos aún no regresan y sigo sin saber si están bien. Extraño tanto al pelirrojo que ya deseo que regrese. No he vuelto a ver los ojos o sentirme vigilada, es como si se hubieran ido junto a ellos.

Puede que Ezequiel tenga información al respecto, pero al deberle lealtad a Kaibron, la posibilidad de contarme baja a cero. Tampoco es como que quiera acercarme; durante todo este tiempo he permanecido alejada de su vista. Tomo asiento sobre la cama junto al gato, el cual sigue sin tener un nombre. Agarro mi teléfono, abro los contactos, «tampoco es como que tenga mucha gente agregada», los deslizo de a poco para toparme con un contacto nombrado Papá. «¿Papá? ¿Cuál de los dos? ¿El que me abandonó como basura o el que me crió como suya?».

Estoy dudando sobre tocar el botón de llamada cuando el gato golpea su cabeza contra el aparato, dejándolo caer.

—Gato malo —lo regaño, señalándolo con el dedo, baja la cabeza como si entendiera lo que he dicho. «Este gato es más humano que animal». Lo miro de reojo, agarrando el teléfono. No necesito que vuelva a hacerme otra mala jugada. Al darle la vuelta, está marcando a Papá. «¡Maldita sea!». Intento cancelarla, pero se congela la pantalla, haciéndome maldecir en todo lo que conozco.

—¿Hola? —Se escucha una voz hueca y estruendosa del otro lado, continúo tocando desenfrenadamente el botón de cancelar con el corazón en la mano. «¿Lo habré llamado en mal momento?»—. ¿Sha-Shayza? —vuelve a hablar, grito internamente antes de lograr terminar la llamada. Ahora, con el corazón en la boca, llevo el aparato del demonio a mi pecho, respirando con desesperación.

«¿Cómo esto pudo hacerme sentir que he corrido un maratón?».

Lo dejo de lado, poniéndome de pie, vuelvo a tomarlo, pero esta vez lo apago para evitar más problemas. Además, no estoy preparada para conocerlo

o simplemente hablar con él. ¿Qué le diría? «Oh, papá gracias por dejarme a cargo de alguien más, darle todo mi amor y luego venir a separarme de él, aprovechando mi minoría de edad». Sin embargo ¿a qué viene esa voz? ¿Quién demonios lleva el teléfono al baño? Pongo mi mano en la frente para luego dejarla caer, mientras estoy de espaldas a la puerta alguien llama. Supongo que es Ezequiel, escondo el teléfono bajo la almohada, temerosa por lo que pueda ocurrir a continuación.

—Joven —dice serio con su cara inexpresiva—. ¿Usted llamó a su padre?

—¿Yo? No.

«¿Qué rápido corren los chismes en este lugar!».

—¿Notó algo extraño? —insiste.

«¿Le digo o no le digo? ¿Si lo hago? ¿Mi padre se pondrá contento?».

—Bueno, ya... Me descubriste —afirmo, cruzándome de brazos—. Parece que lo llamé sin querer mientras él estaba en el baño, se oía eco de fondo, pero nada fuera de lo normal. —Suspira aliviado, dibujando una sonrisa en su rostro—. ¿Por qué?

—Por nada, señorita —responde con simpleza.

—Por favor, Ezequiel, ya no soy una niña —expreso con angustia, sentándome en la cama—, siento que me ocultan algo, algo fuerte de digerir.

—¿Por qué lo piensa? —cuestiona, se apoya en el marco de la puerta con su sonrisa para nada habitual.

—Primero que todo, ¿dónde está mi padre? Si así se le puede llamar. —Su sonrisa se borra al escuchar esas palabras.

—Que su padre no haya podido cuidarla durante su niñez no significa que sea malo —avisa—, después de todos estos años, seguía recordándola.

«¿Qué importa si me recuerda? Yo necesitaba ser criada por él... Así no estaría metida en este dilema».

—Oh, claro —digo sarcástica y, al notarlo, su cara expresa molestia.

«Oye, amor, tengamos una bebé y luego dejémosela a alguien, volvamos diecisiete años después y reclamémosla. Oh, sí, cariño. ¡Qué gran idea!».

Apuesto mi vida a que esa fue su conversación.

—Señorita, ya otros quisieran conocer a sus padres.

—No sé qué tengan esos otros... —Hago las comillas con mis dedos—, en la cabeza, pero ¿sabes qué? Yo hubiera preferido no saber nada de él, seguir mi vida como estaba hasta hace varios días atrás.

—¿Qué vida, señorita? —señala sarcástico—. ¿Qué quien la vea haga comentarios despectivos? ¿Qué nadie se le acerque por el apodo que ellos

mismos le han puesto? ¿Eso es vida para usted?

«Tiene razón..., pero eso no cambia ningún hecho».

—Teniendo a Cass y a papá, puedo aguantar todo esto —respondo entre dientes—. Me hicieron fuerte. ¿Qué ha hecho Kaibron? ¿Qué ha hecho mi madre?... ¿Lo sabes? —Río con amargura—. ¡Darme estos malditos ojos que dan de qué hablar! —exclamo mientras los señalo, cubro mi cara con ambas manos, empezando a molestarme—. Ezequiel, déjame sola, por favor. —Hace lo que le pido, cerrando la puerta casi de un portazo.

«¿Qué sucede conmigo? ¿Por qué de momento discuto con los demás? Primero Cass, luego Eliot y ahora Ezequiel... Necesito hablar con papá».

Arreglo mi cabello sin mucho interés, y tomo una chaqueta, ya que el día está frío y nublado. «El pelirrojo me rogó que no saliera, pero lo necesito. Perdón Castiel, debo salir de esta choza del infierno». Salgo juntando la puerta lo más sigilosamente posible, no necesito advertirle a nadie sobre mi partida. Llego al salón de puntillas, Ezequiel está en la cocina y toca esperar a que esté lejos de la entrada.

—Señor, ¿desea café o un té? —Escucho decir a Ezequiel y me detengo.

«¿Con quién habla? Digo, no es como que me importe, tal vez y le gusta hablar solo». Camino hasta la entrada de la cocina, apoyándome contra la pared, tratando de escuchar su increíble conversación.

—Café —responde una voz hueca, muy parecida a la de mi padre, pero sin el eco de fondo.

«Espera un momento... ¿Y si es él? No... No puede ser». Río en voz baja, puedo estar volviéndome loca. Un claro ejemplo de ello son los ojos, niego con la cabeza, apartándome de la pared para seguir en mi asunto.

—¿Sabes? De camino acá —comenta—, es sorprendente que Shayza me llamase. Traté de devolverle la llamada, pero apagó el celular.

—Creyó que usted estaba en el baño, señor —responde, fingiendo la risa.

«Estoy empezando a creer que Ezequiel es un hipócrita y el hombre con quien habla sí es mi padre. Debo huir... ¿O realmente quiero conocerlo? Hace unos minutos hablé pestes sobre él... Mejor sigo con lo mío. No estoy lista para enfrentarlo, siento que correré a pegarle un puñetazo en la nariz. No sé qué podría decirle o reprocharle, son tantos pensamientos e imágenes que arrojan mi mente, no tengo idea de qué hacer».

—¿Cómo? —Ríe estruendosamente, a la vez que me saca de mis pensamientos.

Sigo mi camino, pero torpemente tropiezo con un mueble, golpeándome el

dedo pequeño del pie, sintiendo un profundo y punzante dolor. «¡Que idiota! ¡Quién me manda a usar sandalias! Y así quiero pasar desapercibida». Apoyo mi peso en el espaldar de un asiento con una mano, lo sobo con la otra, mordiendo mi labio inferior y cerrando los ojos con fuerza, aguantando las ganas de maldecir a gritos.

—¿Señorita? —pregunta Ezequiel, acercándose al marco de la puerta. Me tiro contra el suelo a la velocidad de la luz para evitar que me vea, tengo por seguro que si lo hace me obligará a conocerlo.

—¿Shayza está aquí? —Escucho cómo rechina una de las sillas. Con más ganas, pego mi cara y cuerpo al suelo, lo único que puedo ver son sus pies por debajo del sofá. Mi corazón late rápidamente, siento cómo la ansiedad se comienza a apoderar de mí y aguanto la respiración.

«¡Vuelvan a lo suyo! ¡Dejen que me vaya! ¡Por favor!».

—Hace un rato estaba en su cuarto —explica el pelinegro.

—Me gustaría conocerla, pero no sé qué piense ella —avisa Kaibron con tristeza.

—Ella..., no quiere saber de usted —informa fríamente—. Imagínese por todo lo que ha pasado y por lo que le falta.

—La entiendo... —confirma con amargura, ambos vuelven a sus asuntos en la cocina, espero un poco más y avanzo hasta la puerta.

«¡Idiotas!».

Pongo los ojos en blanco, abriendo con sumo cuidado la puerta principal; ya estando fuera, suelto el aire que, sin saber, he acumulado en mis pulmones. Mis manos y piernas tiemblan como gelatina. Siento terribles calambres en los pies, todo por lo nerviosa que me encuentro. Bajo los escalones en puntillas, ya tocando el césped, empiezo a correr como gacela hasta la villa, lo cual es sorprendente viniendo de mí.

«Debí salir más temprano, ya está por oscurecer y, precisamente, la villa no es un lugar seguro en la noche por los ladrones, violadores, asesinos y por la historia de una bruja que tuvo una bebé que podría destruir el mundo humano, aunque esto último sí que es muy estúpido, pero ¿qué se le va a hacer?».

Mientras camino por el mercado que se encuentra casi desolado, quienes quedan son algunos vendedores recogiendo sus pertenencias con dificultad. El sol está cayendo en el horizonte, hacen tales ráfagas de viento, que puedo escuchar cómo rugen; mi melena revolotea, despeinándose por completo;

escondo mis manos en los bolsillos de la chaqueta sin dejar de caminar, con la cabeza inclinada hacia al frente para abrirme paso. «Este lugar da más temor del que creí, pero ya estoy aquí, no puedo volver atrás. Las posibilidades de que me coma un oso o el chupacabras aumentan en la noche». No puedo evitar reír de mi propia estupidez.

«¿El chupacabras? ¿Es en serio, Shay? Además, si vuelvo, puede que me estén buscando y no quiero verlos».

X

¿He sido yo?

Shayza

A cinco minutos de llegar, percibo a alguien detrás de mí, por un momento se me eriza la piel al pensar que podría ser el dueño de los ojos amarillos, así que volteo para ver sin detenerme: efectivamente, hay alguien, pero no es él, sino dos hombres a una distancia aceptable. Al tratar de apurar el paso, tropiezo con la barriga de un gigantón, perdiendo un poco el equilibrio.

—Me gustan pelirrojas, Ricky —comenta la bestia grotesca con la que he tropezado.

«¡Maldición, todos se conocen! ¿Qué traman? Me atrevo a decir que preferiría haberme topado con el de mirada penetrante».

—¿Qué edad crees que tenga? ¿Adolescente? —cuestiona uno con gorra, piel morena y llena de manchas, al llegar donde estoy.

—No lo sé, pero es hermosa, basta con verle esos ojos —responde el gigante, toma un mechón de mi cabello mientras me ve con una sonrisa enfermiza. Lo aparto de un manotazo, viéndolo fijamente a los ojos y con el ceño fruncido.

—Oh, la chica es ruda —menciona el de la gorra, tratando de acariciar mi hombro, quien recibe un manotazo, causándole gracia.

—¿Qué le haremos, Ricky? —pregunta la bestia panzona.

—Tal vez, lo que siempre hacemos —contesta el tal Ricky, un hombre bajo, robusto con piel mate y bigote.

«¿Lo que siempre hacen?». Abro mis ojos sorprendida, imaginando lo peor que haya podido leer o escuchar por parte de quien me crió.

—La niña está asustada —expone burlón Ricky—, no te preocupes. Luego te mandaremos con Diosito, para acabar con tu sufrimiento. —Señala el cielo, trato de escapar, pero la bestia me levanta sin dificultad por el brazo.

—¡Suéltame, asqueroso! —Golpeo su panza, provocando que se ría.

—Esta niña es muy linda —comenta la bestia barrigona.

—Ni que lo digas, asqueroso... Digo, gigantón —dice burlón el de gorra y los tres comienzan a reír pareciendo hienas—. ¿Esta vez la destripamos o la

torturamos? —cuestiona dirigiéndose a Ricky.

—Primero deberíamos cortarle los párpados, para que pueda ver lo que haremos con ella —responde Ricky.

Trato de zafarme nuevamente, incrustando mis uñas en su mano y golpeando su panza con ambos pies. Al no ser tan fuerte como él, el terror recorre todo mi cuerpo haciéndome temblar y sudar frío. Imagino toda clase de barbaridades, ya que no tengo idea de cuánto tiempo podré detenerlos. Desesperada, empiezo a reprocharme la estúpida decisión de haber salido sola en la noche. «Es que soy una imbécil... Debí hacerle caso a Castiel. Ojalá no estuviera sola en esta situación... ¿Debo rogarle a Dios que me ayude?». Antes de poder seguir, siento mi cabeza volverse pesada, cabeceo varias veces, la vista se torna borrosa, la respiración se me dificulta; mi pecho duele como si lo apuñalaran y mis párpados empiezan a pesar.

Celia

Por fin, tomando el control de la niña inmadura, sobo mi sien, tratando de aliviar el dolor. Los hombres solo ríen como si estuviesen haciendo los mejores chistes.

—Son irritantes —comento con molestia. «Los pendejos creen que soy la estúpida de Shayza».

—Esta chica es muy graciosa —comenta el regordete, limpiándose una lágrima falsa.

—Ya veremos quien ríe luego de esto. —Saco mis garras, las incrusto en su pecho hasta poder llegar a su corazón y arrancarlo de raíz, se lo muestro al resto sin dejar de apreciar cómo palpita por última vez, dejando correr toda la sangre por mi brazo. Esto provoca que me suelte, haciendo que caiga de cuclillas sobre el charco. El gigante se desploma en el suelo, mientras su cuerpo se mueve de manera extraña—. ¿Qué? ¿Les comió la lengua el ratón? —cuestiono divertida. Doy un paso y ambos caen por culpa de sus traidoras piernas —. Oh, pero qué niños tan graciosos.

«Sus caras de espanto son maravillosas. Llevo años durmiendo, hoy es mi día de resurrección. ¿Por qué no celebrarlo con esta linda escoria?».

—No-no nos hagas daño —ruega Ricky entre balbuceos.

—¿Me estás rogando? Pobre demonio, ¿a cuántas has torturado? —pregunto con una pizca de curiosidad, inclinando la cabeza.

«Que pidan piedad me hace sentir invencible, pero claro que cualquiera de nosotros puede con los humanos».

—¡Por favor! —exclama el de la gorra. Doy otro paso y ellos se levantan con torpeza, echando a correr. Hago un ligero movimiento con mi mano, de ella salen pequeños hilos de humo color negro que, al tocarlos, los hace caer de golpe contra el suelo.

—¿Qué eres? —pregunta Ricky con los ojos desorbitados.

—¿Recuerdas la historia sobre una posible bruja la cual nunca mencionan su nombre? O que bien, ¿muy pocos conocen? —Los ojos son la ventana del alma, gracias a esto puedo apreciar el temor que recorre su cuerpo.

Teniéndolo sometido, agarro uno de sus párpados, rebanándolo a tal velocidad que cae justo a mi lado a la vez que siento cómo caen gotas de sangre sobre mi rostro, lamo la que ha quedado sobre los labios, percibiendo cómo comienza a emerger el placer dentro de mí. Gracias a esto dejará de ver todo lo que hay a su alrededor y será perseguido por aquellas almas que nunca encontraron la paz.

—¿Q-qué me has hecho? —balbucea.

—Lo que te mereces y necesito diversión —aviso sonriente, me levanto dejando que gatee a duras penas por el suelo lleno de tierra. Dejándome llevar por toda mi hambre de tortura, prosigo con el último.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, agachándome a su lado.

—Me-me lla-llamo... —titubea, tratando de no morderse la lengua.

—Me-me —repito de forma burlesca, pasándole mi garra sobre su mejilla dejando a su paso una línea de color rojo.

—F-F-Fernando.

—Bien —afirmo—. ¿Qué te haré? Ya que eres tan valiente y perverso... —«Pasarás el resto de tus días buscando entre la basura para poder alimentarte y vivir bajo las alcantarillas».

Luego de pensar esto y chasquear los dedos, del hombre empieza a salir una flama grisácea, todas sus extremidades se disminuyen en tamaño, su cara se alarga hasta convertirse en un hocico y de la espalda baja comienza a crecer una delgada y larga cola. Al estar con ese aspecto, corretea por el suelo, alejándose de mí y sonrío con satisfacción por mi obra culminada. Me pongo de pie, mi cabeza empieza a palpar, signo de que Shayza volverá a poseer este cuerpo. «Debo buscar la manera de que ella no pueda dominarme». Apoyo mis manos contra la pared más cercana, desvaneciéndome.

Shayza

Despierto de golpe confundida. «¿Qué ocurrió?». Sujeto mi cabeza que late como si fuera a estallar. Hay un olor a hierro en el aire. Aparto mis manos de la pared y puedo notar un líquido rojizo deslizándose sobre ellas; deo salir un grito ahogado. Observo mi chaqueta y, de igual forma, está manchada con sangre. «Si yo estoy así...». Giro lentamente con los ojos cerrados; al abrirlos, no puedo respirar: delante de mí hay un cadáver y justo a su lado permanece un corazón ensangrentado, también hay un hombre que no posee su párpado derecho y se queja de no poder ver. Por alguna razón, hay piezas de ropa en el suelo, sin embargo, su dueño no está por ningún lado, vuelvo a mirar mis manos temblorosas. «¿He sido yo?». Tambaleo, antes de dejar salir todo lo que hay en el estómago, limpio mi boca con la manga de la chaqueta, y me acerco al hombre que se queja en busca de alguna respuesta.

—Se-señor...

—¡Aléjate! —Lloriquea—. ¡Pe-perdóname la vida! —exclama entre balbuceos.

—¿Qué ocurrió aquí? —Trato de acercarme, pero se levanta y empieza a lanzar golpes al azar.

—¡Aléjate! Lo-lo siento mucho, no quise hacerte daño, fue él... —se excusa golpeando su sien.

—No lo entiendo —expreso, viendo cada uno de sus movimientos.

—El demonio que está dentro de mí —responde.

—¿Fue usted quien hizo esto? —indago con curiosidad y espanto.

—No... ¡fue un ser maligno! —exclama, intentando acercarse.

Por un momento, la historia que corre de boca en boca en Windville viene a mi mente, pero descarto la idea, ya que es imposible que exista una bruja o algún ser místico, insisto en no creer sobre eso, prefiero pensar que tengo algún trastorno de personalidad múltiple o sufro de esquizofrenia. Un poco confundida, me echo hacia atrás, doy la vuelta y comienzo a correr con pasos torpes.

«Solo estábamos nosotros y los seres místicos son una fantasía que habitan entre los libros. ¡No recuerdo nada después de que el asqueroso me levantara!».

—¿Qué sucede conmigo?! —grito como si alguien estuviese allí para responder.

Mientras corro despavorida, tratando de dejar atrás toda esta pesadilla, mi

destino parece alejarse cada vez más, como si me jalaran o si estuviese en algún bucle. Las calles están desoladas, todos se esconden cuando el sol comienza a descender, parece un lugar abandonado en el que, en cualquier momento, saldrá algún muerto o un ser de leyenda.

Las ráfagas se calman, dejando una brisa fría que me paraliza el rostro. A pesar de todo, saco fuerzas desde el fondo de mi ser y continuo mi camino; la adrenalina me ha hecho correr casi a la velocidad de la luz.

Por fin me acerco a la casa de papá, las luces están apagadas, lo que significa que ya debe estar dormido. Salto el portón como profesional por el instinto de supervivencia, corro hasta la puerta, golpeándola desenfrenadamente con el puño. Segundos después, las luces se encienden y la puerta se abre, dejándome ver a un hombre somnoliento en pijama.

—¡Papá! —grito, rompiendo en llanto, evitando las ganas de abrazarlo y llenarlo del líquido viscoso. «Estoy confundida, alterada y temerosa. ¿Cómo puedo explicar esto?».

—Shayza, ¿qué pasó? Entra —pide, rodea mis hombros con su brazo, tratando de calmarme.

—Pa', yo no recuerdo nada —balbuceo—, pero fui yo quien los lastimó. ¡Era la única allí!

—¿A quiénes, cariño? —pregunta con evidente preocupación.

—A-a unos hombres que trataron de hacerme daño, pero no recuerdo nada. —anuncio con voz entrecortada. «No sé si con esto me meterán a la cárcel».

—Tranquila, te traeré algo para que te cambies. Ve a lavarte. —Se aleja para entrar a su habitación.

Camino tambaleando hasta el cuarto de baño, mientras aprecio el temblar de mis labios «No-no proceso lo recién ocurrido. No me lo explico». Empujo la puerta con el codo para poder entrar, me despojo de la ropa lo más rápido que puedo y entro en la ducha. Enjabono todo mi cuerpo, tallo y tallo mi piel luchando para quitarme las manchas de sangre casi seca. «Debí hacerle caso a Castiel, soy tan estúpida...».

Ya con mis manos limpias, enjuago el cabello; dejo caer el agua sobre mi espalda mientras cierro los ojos, pero, al hacerlo, vuelvo a ver esa imagen en mi cabeza. Grito deslizándome hasta caer arrodillada en el suelo.

—Pequeña, ¿estás bien? —Golpea levemente la puerta.

—Sí, papá, estoy de maravilla —afirmo—, ¡nunca he estado mejor! —expreso sarcástica con lágrimas cayendo por mis mejillas las cuales se mezclan con el agua. «¿Por qué? ¿Por qué?». Golpeo repetidas veces la pared

con mi cabeza.

Eran tres hombres, el gigante parecía haber sido atacado por un demonio, el corazón estaba fuera de su cuerpo, no logro explicarme cómo pude hacerlo. El tal Ricky ha quedado ciego y el de la gorra ha desaparecido, «¿Qué demonios hice? ¿O qué demonios pasó?». Cuando creo que nada puede ser peor, la vida se las ingenia para sacar algo innovador.

Hubo un momento de lucidez, pero no sé nada sobre cómo conseguí luchar contra ellos. «¿Acaso hay algo de mí misma que no conozca? ¿Alguna... mutación o alteración genética?». Hoy descubrí la posibilidad de no ser lo que aparento, lo que han dicho sobre mi vida podrían ser simples patrañas para mantenerme sumisa, cuando la realidad es algo que podría sorprenderme o llevarme al borde de la locura.

«¿Cómo haré para ver el otro lado de la moneda? Estoy en un laberinto donde las paredes son las preguntas que comienzo a formular. La única realidad que tengo presente es sobre mi verdadero padre, pero desconozco a lo que se dedica, su rostro e historia. Algo así como si fuese un fantasma. En ocasiones me siento vigilada por alguien que no conozco ni sé qué desea de mí, suponiendo que sea el caso, o si tiene malas intenciones. solo sé que me causa terror el no tener una mínima idea de lo qué es ese misterioso ser, además mi vida empieza a ser misteriosa ¿Qué ocultará? ¿Qué es lo que no puedo saber sobre mí? He tenido un desliz que hace mucho no sufría y eso me espanta».

XI

Perdiendo la cabeza

Shayza

Papá coloca una taza color café con té caliente frente a mí, la tomo entre mis manos y, sin apartar la vista, soplo, despejando el humo que sale de ella.

—¿Te encuentras más tranquila? —Toma mi mano, sentándose delante. Afirmino en respuesta, sin expresión facial y los ojos clavados en el contenido de la taza—. Cuéntame...

Lamo mis labios, pensando por dónde comenzar. Una vez que los separo, decidida a hablar, mi labio inferior empieza a temblar.

—Yo estaba por llegar... Sentí a alguien detrás de mí, volteé a ver y, efectivamente, había dos hombres a una distancia aceptable. No les di mucha importancia. —Lo veo a los ojos, dudando si proseguir.

—Está bien si aún quieres seguir guardándolo... —comenta, intentado calmarme.

—No.... Es que fue horripilante, papá, la escena..., la sangre. —Mis manos tiemblan, impidiendo que pueda tomar la taza.

—Pero no era tu sangre, ¿cierto? —pregunta preocupado. Niego con la cabeza en respuesta.

—Era la de uno de esos tres hombres, fui yo. Fui quien los lastimó, ellos me iban a hacer daño, pero no sé cómo lo hice. —Respiro hondo—. Lo último que recuerdo es cuando mi cabeza comenzó a doler, creo que... Me desmayé o entré en algún trance por el horror. Esa sensación no se la deseo ni a mi peor enemigo. —Llevo con cuidado la taza hasta mis labios para beber un sorbo y calentar el estómago.

Puedo ver la expresión de papá, que se ha vuelto una mezcla de preocupación y pánico, pero sigue tratando de fingir estar relajado. Si no hubiera hecho nada, ahora mismo no estaría aquí. Estaría tirada en algún barranco, esperando ser encontrada. Siento la garganta reseca mientras mi vista se vuelve borrosa por las lágrimas que se empiezan a acumular. Él se pone de pie, acercándose a mí para consolarme; aparto la taza y apoyo el rostro sobre ambas manos.

—Sé que es difícil lo que estás pasando, pero déjalo salir todo, mi niña.
—Besa mi cabeza. «Debo exigirle que me cuente sobre mí, quién soy o quiénes componen mi familia biológica».

—Papá... —Soy interrumpida por el teléfono, ambos nos sobresaltemos, él golpea levemente mi hombro, indicándome que va a contestarlo, asiento y limpio mi cara con el cuello de la camiseta.

—Sí, está aquí. —Oigo que le dice a la persona del otro lado de la línea.

—¿Quién es? —inquiero, con voz ronca y ahogada.

—Eliot —revela. «¿Eso quiere decir que ya llegaron?».

Al tratar de levantarme, mi rodilla golpea la mesa dejando caer la taza al suelo, provocando un molesto ruido y un desastre. «¡Maldita sea!».

—Hija, ¿estás bien?

—Sí..., solo he metido la pata —aviso, buscando un paño en el fregadero. Luego, me dirijo a limpiar el desastre que causé, teniendo cuidado de no herirme con los vidrios. Papá vuelve con el teléfono en la mano.

—Eliot quiere hablar contigo, yo me encargo de limpiar. —Extiende el teléfono en mi dirección. «No tengo deseos de hablar con alguien aparte de papá, pero ¿y si es algo importante?». Me quejo, sin saber lo que voy a hacer, pero no deja de insistir. Dejo el paño en la mesa, poniéndome de pie, para luego tomar el aparato y ponerlo en la oreja.

—Dime... —Aclaro la garganta. «No quiero que sepa que estuve llorando».

—¿Se encuentra bien? —En su voz se escucha desinterés, como si estuviese obligado a preguntarlo.

—De maravilla —digo, sintiendo un nudo en la garganta.

—Qué bueno, iré a buscarla —informa.

—No —respondo con seriedad—. Me quedaré hasta mañana —anuncio fríamente. Mientras permanece en silencio, cambio el teléfono de oreja, acercándome a la ventana del salón. Miro por ella y todo está oscuro, la única luz es la de un farol y no es como que haga muy bien su función.

—Me temo que no podrá ser así —dice al fin.

—¿Por qué? ¿Por qué lo dice Kaibron? —cuestiono, haciendo énfasis en el nombre.

—Por favor..., coopere —ordena con pesadez.

—¿Dónde está Castiel? —Ignoro su mandato.

—Él tuvo que quedarse en otra propiedad de su padre... Ahora soy yo quien está a cargo de usted. —Cuelgo al verlo caminar hasta la puerta, avanzo

hasta ella mientras arrastro los pies, la abro, encontrándolo a punto de golpearla.

Frunzo los labios «no sé cómo es este hombre. Castiel hubiera venido corriendo y me llevaría en contra de mi voluntad, pero Eliot... ¿Qué hará? ¿Será cruel conmigo?».

—Hoffman. —Inclina la cabeza.

—Morter. —Emboza una mueca para luego tomar mi muñeca, sacándome de la casa.

—Estás lastimándome, salvaje. —Me zafó de su agarre, sobándome el área.

—Lo siento, a veces no controlo mi fuerza —revela sin interés.

—Oh, créeme que lo noté. —Lo veo de pies a cabeza, viste un abrigo grueso de tonalidad oscura, una bufanda gruesa de color gris y pantalones rasgados de color azul.

—Vámonos —ordena, dando la vuelta, sin dejarme tiempo para discutir.

—No quiero ir. ¿Por qué debo obedecerlos? —indago, aguantando la rabia.

—Por favor, no tengo tiempo para discutir con usted, solo cumplo con mi deber —avisa sin ánimo, pasando la mano por su cabeza.

—No, no, yo tengo dudas y necesito a alguien quien las responda, ¿de acuerdo? —inquiero con firmeza.

—Nunca creí que sería tan molesta, ¿qué quiere saber?

«¿Estará bien preguntarle sobre mi vida a alguien quien acabo de conocer? Lo que acabo de decir fue por un impulso del momento... creo que mejor le pregunto a Castiel, solo espero que no me vuelva a mentir».

Le hago una seña para que olvide el tema y camine. Cierro la puerta, despidiéndome de papá y lo sigo, tratando de imitar su paso firme y pausado. Andamos sin dirigirnos la palabra hasta el cruce; al no haber nadie, lo pasamos sin importancia alguna. Despejo mi enojo recordando la calidez de Cass cuando habla conmigo, «lo extraño». Froto mis manos para entrar un poco en calor, el frío en la villa es alucinante, pero es lo que tiene vivir cerca de Canadá.

Las calles están levemente iluminadas por la luna, lo que facilita cualquier fechoría. Aunque no seamos tan cercanos, su compañía me ayuda a sentirme un poco tranquila. Sonríe inconscientemente, sin embargo, al notarlo, paro en seco. No a gusto con eso, noto donde estoy parada, Eliot sigue su camino como si no hubiera distinguido nada, veo el suelo: he pisado un corazón, haciendo

que se vaciara por completo, abro los ojos con pánico, soltando un grito.

—¿Qué ocurre? —Corre hasta mí para tomarme de los hombros tratando de que lo mire.

—¿No-no lo ves? —balbuceo.

—¿Ver qué? —Se aparta tratando de encontrar lo que me ha causado esa reacción. Observo cómo sus zapatos tropiezan con los restos del horrible escenario que «yo» he dejado atrás y el hombre que, sin un párpado, me sonrío de forma burlona. «¿En serio no lo ve?».

—¡Me está sonriendo, Eliot! —Lo agarro del saco desesperada.

—Hoffman... —Coloca sus manos sobre las mías—. Tranquila, lo que ve no es real. —Vólteo para verlo atónita. «¿Todo es falso? ¿Cómo puede ser así?».

Me aparto sin dejar de verlo. «Si él no lo nota y yo sí... ¿Estoy volviéndome loca?». Parpadeo repetidas veces y ya no están «Espera, espera... ¿Qué ocurrió con esos hombres?».

—¿A qué te refieres? —cuestiono sin comprender absolutamente nada.

—Créame, es complicado. —Niega con la cabeza—. Pero pronto lo sabrá... Su padre se lo dirá.

—¿Dó-dónde está? —balbuceo—. ¿Por qué no me pueden contar nada? O Incluso llevarme a un psicólogo...

—Usted no necesita a esos extorsionistas —expresa con seguridad. «¿Cómo que extorsionistas? Ellos ayudan a la gente...».

Lo libero de mi agarre, sin dejar de verlo a los ojos, apreciando su rostro sereno. «¿Cómo lo hacen? ¿Cómo no les afecta nada? ¿Qué clase de criaturas insensibles son?».

—¿Cómo lo haces? —indago nuevamente, al borde del llanto.

—Cuando en tu vida sucedan cosas difíciles de asimilar, te harás más fuerte y perderás empatía.

«Nada de esto tiene sentido, pero no quiero hablarlo con él».

Me desespero y avanzo hasta esconder mi rostro en su pecho, su perfume es más suave que el de Castiel, casi imperceptible. El corazón late a un ritmo regular comparado con él. Las delicadas manos que acarician mi espalda en un abrazo me hacen sentir protegida, aunque no es lo mismo. Permanecemos así por cinco, ocho o diez minutos, su calor me tranquiliza lo suficiente como para que mis sentidos se recuperen y así podamos seguir hasta la cabaña. Suspiro, alejándome para verlo a los ojos.

«Nadie, aparte del pelirrojo, había logrado darme esta sensación de

tranquilidad y paz al sentir su calor y menos en tan poco tiempo».

Llegamos al hogar alrededor de las ocho, aprecio cómo se detiene y toma mi brazo, obligándome a darle toda mi atención.

—Hoffman... —susurra.

—Dime.

—La protegeré así tenga que arriesgar mi vida en ello —comenta con seriedad, viéndome a los ojos.

Esas palabras tocan mi corazón, pero recuerdo que Kaibron les ha de pagar una buena fortuna para decir eso o bien arriesgar sus vidas por la mía.

Ya dentro, Eliot se quita su abrigo, dejándolo sobre un sofá. La casa está inundada por el olor de la cena, proveniente de la cocina. Camino detrás del pelinegro hasta allí, sentándome a la isleta y luego recibo un «buenas noches» por parte de Ezequiel, quien esta vez se encuentra vestido de una forma más casual. Nos deja un plato para cada uno con arroz, carne de res y puré de papas.

Con el estómago lleno y un poco más relajada, voy a mi habitación; me dejo caer sobre la cama, sintiendo un dolor repentino en la espalda por algún objeto esférico, ruedo hacia un lado para averiguar qué lo provocó. «No puedo creerlo...».

Tomo la esfera de nieve que días antes Castiel me ha regalado, sonrío estúpidamente, llevándola a mi pecho. «Cuánta falta me hace ese grandulón, espera... Yo la había dejado en casa de papá, ¿cómo llegó aquí?». Dejo el objeto sobre la mesa de noche, confusa antes de notar cómo el gato empieza a correr en círculos hasta transformarse en una especie de pantalla donde se puede ver la cabaña siendo bombardeada por unas personas encapuchadas que... «¿Lanzan flamas con sus manos?». Estrujo mis ojos volviendo a verla, pero ya no se aprecia nada. El gato está nuevamente en su lugar y la brillantina termina de caer, mi mente podría estar haciéndome una mala jugada.

«Cuando vuelva Cass, hablaré sobre llevarme a un psiquiatra».

Me quito los zapatos, dejándolos caer a su deseo, para después meterme bajo las calientes mantas. La tarea de conciliar el sueño se dificulta cada que cierro los ojos; la imagen de aquel hombre sonriéndome burlón y el acontecimiento de la esfera reaparecen. Miro por la ventana en busca de la luna, pero las nubes empiezan a opacarla, provocando que mi habitación deje de tener su luz. En la oscuridad absoluta, siento el peso de algo caminando sobre la cama, supongo que es el gato, así que ni al caso. Golpeo levemente la

cama en busca de mi teléfono, al no conseguirlo, estiro mi brazo hasta la mesa de noche, siento el aparato en la punta de los dedos, pero lo dejo caer bajo la cama. «Maldición... ¿Puedo ser más torpe?».

Salgo de entre las mantas de mala gana. Aún sobre la cama, dejo caer mi cuerpo hasta que la cabeza toca el suelo. Al apartar lo que sobra de aquellas telas de algodón, veo dos enormes ojos púrpuras y una sonrisa espeluznante: de mis cuerdas vocales sale tal grito digno para ser sirena de emergencias.

—Hola... Shayza... —expresa con una voz pausada, hueca y femenina, sin borrar su espeluznante sonrisa. Por un instante, siento cómo se paraliza mi corazón junto a la respiración. Quedo sentada en la cama, mirando al infinito, mientras el corazón quiere salir de mi pecho y las manos tiemblan, lo último que escucho son pasos apurados provenientes del pasillo a la vez que un manojito de llaves suena de fondo.

—¡Hoffman! —grita alguien detrás de la puerta. Al ellos entrar, volteo a verlos, Eliot está en pijama junto a Ezequiel. La cabeza empieza a dolerme, justo como antes de llegar a casa de papá. Siento que me vuelvo a desvanecer...

XII

Esto me pertenece

Celia

Masajeo mis sienes, tratando de aliviar el dolor por el cambio, los miro con mis labios ligeramente separados, el ceño fruncido y de apoco la boca se me transforma en una mueca sarcástica—: Hola..., ¿cuánto tiempo?

—Ce-Celia... —balbucea Ezequiel, asomando la cabeza sobre el hombro de Eliot.

—¿Saben? Shay se asusta de todo y de nada... —comento de forma burlesca—. Me sorprende que haya vivido tanto. —Salgo de la cama con un brinco y camino hacia ellos.

—Tú no deberías estar aquí —indica Eliot entre dientes.

—La culpa es suya. —Los señalo a ambos—. Por hacer un suero tan débil, además, Shayza está por cumplir los dieciocho, es más vulnerable y todos sabemos por qué —digo de manera obvia, haciendo un ademán con la mano—. Falta mi lindo pelirrojo... ¿Dónde está?

—Está en una propiedad de Kaibron —contesta Eliot.

—¿Kaibron? —Rio—. ¿Ese es el nuevo nombre del inepto de mi padre? —Vuelvo a reír—. Apuesto a que se lo inventó Ezequiel.

—No es momento de bromas, Celia —expresa fríamente el antes mencionado.

—¿Por qué siempre han sido tan rudos conmigo? —Hago un puchero, fingiendo dolor.

—Eres un saco de problemas —anuncia Eliot.

—Mis padres también lo son, bueno, papá... tal vez mamá también. —Se esfuma mi peculiar sonrisa. Eliot me agarra bruscamente del brazo, obligándome a cruzar el pasillo. «Sé que quiere llevarme al laboratorio, pero no lo dejaré»—. Qué fuerte te has vuelto, tienes suerte de que no esté fusionada con Shay.... —A la mitad del pasillo escucho cómo algo explota a lo lejos del lugar—. ¡Oh! ¿Qué será? —inquiero, tratando de ver por la ventana.

—Mierda... —articula Eliot, deteniéndose.

—Suponiendo por tu expresión debe ser... Layla —digo burlona. «Es

increíble mi habilidad de adivinar algunas cosas».

—Debemos irnos —ordena Ezequiel.

—Ya lo creo —responde Eliot.

—Yo no quiero irme, quiero verla... —Trato de zafarme.

—Tú no irás a ningún lado —indica Ezequiel, señalándome. «¿Cómo qué no? Solo mírame».

Golpeo en el estómago con mi rodilla a Eliot. «No lo hago en su entrepierna porque... pobrecito». Salgo corriendo para llegar a la puerta, pero Ezequiel me detiene, bloqueando el camino con varios muebles. Entro a la cocina para salir por la puerta corrediza.

—¡Atrápala, inútil! —grita Ezequiel, perdiendo los cables detrás de mí.

—¡En eso estoy! —responde el otro, aún más alterado.

—¡Esto me gana por confiar en un humano! —expresa Ezequiel—. ¡Peor aún! ¡Un cazador de tan baja calaña!

Puedo escuchar cómo discuten detrás de mí mientras forcejeo la puerta. A través de ella veo a una joven mujer con bucles dorados, tez blanca, claros ojos púrpuras y unos inmensos labios color rojo sangre. Por mi mente corre la escena de cómo Shayza y yo llegamos a este mundo gracias a esa mujer.

Sin dejar de forzar la puerta, veo cómo se dirige a mí; según va acercándose, puedo notar la angustia y desesperación en su rostro. A unos metros de la puerta, ella choca con un muro invisible que la hace retroceder bruscamente, lo golpea sin desenfreno y conjura cosas que le son ineficaces para su cometido. Corriendo detrás de ella, se observan dos entes con máscaras que se acercan a ayudarla y a unir fuerzas.

Ya que mi forcejeo no hace ningún efecto, me doy la vuelta para ver cómo siguen discutiendo los dos imbéciles. Frente a Shayza, aparentan lucir como sabios, pero para mí son solo una porquería más. Junto mis manos, imaginando cualquier cosa con la que pueda atacar. (El punto es hacer una esfera de energía capaz de neutralizarlos por un corto tiempo). Ya teniendo el tamaño deseado, lo lanzo sin pensarlo dos veces. Ezequiel se voltea y lo aparta con una mano.

—Celia, por favor... Sabes quién soy, tu estúpida bola no me haría ni un rasguño. —Lo veo desafiante.

—*Dominatio!* —conjura, señalándome con su dedo índice.

Empiezo a sentir que me debilito, mis fuerzas se desvanecen, sudo profusamente y me tambaleo hasta perder la noción. «Todo se oscurece a mi alrededor». Arrastro mi cuerpo por el suelo, escuchando cómo alguien se

acerca a mí, aprovechando que no estoy en mis cabales. No logro visualizar quien es, pero sí puedo percibir su olor a colonia barata. «Maldito Ezequiel».

Tomando de ventaja del estado en el que me encuentro, acaricia mi cabello para luego incrustarme algo en el cuello. Toso, maldigo en mi interior, siento un calor extremo en el cuello y comienzo a percibir un terrible dolor por todo el cuerpo. Aprecio como si cada órgano de mi cuerpo estallara en mil pedazos. ¿Qué se supone que ha hecho? Estoy desvaneciéndome...

Ezequiel

—Qué pena tener que dominarte a tal grado... —Me aparto de ella, viendo luchar a Layla contra el muro—. ¡Qué se siente estar tan cerca y tan lejos de tu hija! —exclamo—. Ah, cierto... No puedes escucharme. —Le hago una señal al inútil para que la lleve al laboratorio y así podamos irnos, camino hasta la puerta para deslizarla y salir a ver cómo Layla sufre—. ¡Cuánto tiempo! ¿Diecisiete años? —Llego hasta el mural que nos divide.

—¡Eres un malnacido, hijo de puta! —formula, casi inaudible.

—¿Cómo dices? —inquiero burlón, acercando mi mano a la oreja.

—¡Te encontraré y te mataré! Así me tome mil años. —Río al recordar lo tonta que puede llegar a ser.

—Eres tan adorable. —Tomo distancia, dispuesto a girar e irme, cuando escucho cómo rompe la barrera, sonrío amargamente dándome la vuelta. Ella viene corriendo hacia mí, decidida a lanzarme algún conjuro, extendiendo mis brazos esperando su inútil ataque.

—*In infernis arderet!* —grita sin detenerse. Recibo el impacto justo en el pecho, lo masajeo sintiendo un ligero ardor.

—Te has vuelto un poco más fuerte, pero ¿podrás aguantar algo proveniente de mí? —Se detiene de golpe, agitada y con una mirada llena de odio—. ¿No me lanzarás algo más?

Permanece en silencio, sin embargo, continúa viéndome con su mirada penetrante, como si quisiera traspasarme con la misma. De repente, veo cómo sus ojos parecen un mar de fuego y un baño de sangre, nunca la había visto así, extiende sus manos y comienza a conjurar.

—Invoco en este momento todas las brujas de mi descendencia para unirnos y poder derrotar a nuestro enemigo, Ezequiel Bianchi.

Observo cómo, de repente, un centenar de almas salen del suelo. Mi sonrisa se apaga, ya que todos juntos pueden unir fuerzas contra mí. «No he

vivido setecientos años para que esta bruja y su ejército de almas me destruyan». Corro hasta la cocina, mientras cada una choca con la cabaña. Llego hasta el salón, abro una pequeña puerta que estaba escondida bajo la alfombra, la cual, en estos momentos, resulta de gran utilidad. Bajo a toda prisa las escaleras, dejando caer de golpe la puerta detrás de mí, llego hasta un pasillo de piedra levemente iluminado con antorchas donde, al final, se encuentra nuestro laboratorio. Mientras corro, mis pisadas provocan eco por todo el lugar.

—¡Inútil! —grito.

—¡Ya está todo listo! —avisa desde el interior.

—Layla logró romper el muro e invocó una legión de brujas de su familia —le informo, empujando una de las puertas para abrirme paso.

—No te preocupes, no pueden hacernos nada en este lugar —aclara—. Ya se cansará de intentarlo y se volverá a marchar por un tiempo.

Tomo pólvora, veneno de serpientes, hiedra venenosa y polvo de plata para poder seguir haciendo el suero para dormir a Celia, las coloco en un bolso sin fin. También agarro un poco de cenizas para viajeros, Eliot carga a la joven en sus brazos y las dejo caer sobre nuestros zapatos.

—*Viatorem!* —pronuncio, activando los polvos.

La sensación del viaje provoca un cosquilleo en el estómago y en los dedos de los pies, pero, a pesar de eso, es una sensación agradable para algunos. Llegamos a una suite de lujo en Londres, una de las propiedades más alejadas de Windville de nuestro jefe, un hermoso, amplio y acogedor lugar. Todo un lujo.

—Dejaré a Shayza en su habitación —avisa, andando por el comedor.

Debe descansar si no queremos que, en una de éstas, muera debido a lo que utilizamos para someter a la otra. Esperemos que luego se recupere. Por lo menos, aquí nadie podrá venir a atacarnos, no por un tiempo.

Aprovecho para analizar qué acciones vamos a tomar de ahora en adelante. Si Layla logra encontrarnos, estaremos perdidos, no podemos permitir que se comunique con Shayza y le revele todo. Necesito contarle todo al señor Kaibron, ya que siempre terminaremos siguiendo sus órdenes y haciendo lo que él considere necesario. «Tengo que llamarlo».

Rebusco en mis bolsillos el celular que me ha confiado. «Lo he dejado sobre la mesa en el laboratorio». Alboroto mi cabello estresado, «el inútil debe tener el suyo, no se aparta de él ni para ir al baño». Camino con pasos ligeros hasta donde está, abro la puerta, encontrando cómo arropa a la chica

que duerme plácidamente.

—Eliot, necesito tu teléfono —exijo, extendiendo la mano. Él rebusca en sus bolsillos hasta encontrarlo y me lo entrega, busco en los contactos a Kaibron, toco el botón de llamada y lo acerco a mi oreja. Empieza a timbrar. Cruzo los brazos, apoyando mi espalda contra la pared.

—Dime —contesta, con tono indiferente.

—Señor..., le habla Ezequiel —aviso.

—Ah, Ezequiel, ¿qué sucede? —inquire, cambiando su tono de voz a uno más relajado.

—Layla... ha vuelto —anuncio, esperado que no grite.

—¡Layla! ¿Dónde están? ¿Y Shayza? —exclama con evidente ira.

—Estamos en Londres, en su suite y ella está bien —confirmo—. Por un momento apareció Celia, pero ya la controlamos.

—Ya veo —responde, un poco más calmado—, cuando termine mis asuntos nos reuniremos. Castiel se encuentra en Estados Unidos buscando a Layla, llámalo e infórmale sobre lo sucedido.

—De acuerdo. —Cuelga la llamada.

Le devuelvo el teléfono a Eliot, indicando que llame a Castiel para que le diga dónde estamos. Así cuando Shayza despierte, nos verá a todos juntos y podremos inventarnos algo. Aunque me cuesta creer cómo fue que nos halló Layla.

XIII

Dudando de mi cordura

Shayza

Me estiro en la cama e intento abrir los ojos; el lugar está más iluminado de lo normal, tanto, que llega a ser molesto. Con dificultad, lo logro; observo mi alrededor y, a medida que el cerebro va reaccionando, me doy cuenta de que no estoy en la cabaña.

La habitación es amplia, las paredes son de color rosa pálido y el piso es de losa blanca con una alfombra peluda del mismo color, un ventanal por pared, la cama donde me encuentro tiene pilares en sus esquinas, la decoración me hace sentir en el cuarto de alguna niña amante de las princesas. Hay dos puertas, una a mi derecha y otra al lado de un escritorio de madera; supongo que una es la salida y, la otra, el baño. Levanto las blancas sábanas, notando que llevo la misma ropa del día anterior. Entrecierro los ojos, volviendo a analizar el lugar. No sé dónde estoy o tan siquiera cómo llegué.

Aparto las sábanas, sentándome a la orilla. Por mi cuerpo recorre un frío espeluznante, haciéndome rechinar los dientes. Ignoro la temperatura, tocando el suelo. Salto hasta el gavetero, rebuscando entre sus cajones hasta encontrar un par de calcetines, y me los coloco saltando en una pierna. Cualquiera que entre creerá que estoy loca, a no ser que sea Castiel, él ya lo sabe y no le es novedad.

Cierro el cajón, volteando a ver mi alrededor, camino hasta la cama, arreglándola; pareciera que tuve una batalla mientras dormía. Después, camino hasta el ventanal, estoy en el último piso o eso parece. «¿Es esto eso que llaman suite?». Por suerte no le tengo temor a las alturas, esto da la sensación de que, en cualquier momento, se podría caer.

Desde aquí puedo ver toda la ciudad, unos edificios más altos que otros, personas diminutas y vehículos yendo de un lugar a otro. No entiendo, ¿cómo puede estar el Big ben en Canadá? Pero, segundos después, golpeo mi frente, comprendiendo la situación. La pregunta del día es: ¿cómo llegué sin notarlo? Doy varios pasos hacia atrás, mirando la mesa de noche, donde hay un reloj marcando las nueve y treinta y dos de la mañana.

Camino a pasos ligeros hacia donde creo que es la puerta de salida, cuando la abro me doy cuenta de que es el baño. Observo la otra, yendo a ella para hacer lo mismo. Asomo mi cabeza antes de salir, todo está vacío y no se puede escuchar nada aparte del sonido del aire acondicionado.

El pasillo es largo por su lado izquierdo, del derecho termina dejando ver una posible habitación, su suelo es de mármol, tiene varias puertas y las paredes son de color crema, donde cuelgan cuadros sosos con flores. Cierro la puerta sigilosamente, y sigo caminando, viendo a todos lados, confundida. Sin comprender nada por tener los pensamientos un tanto distorsionados, sujeto mi cabeza, tratando de aliviar el dolor que está empezando a darme.

—¡Castiel! —exclamo, masajeando mi cuello.

—Oh, Hoffman, ya despertó —anuncia alguien detrás de mí. Giro, encontrándome a Eliot

—¿Por qué estamos en Londres? —indago.

—Veo que le va bien en geografía —dice burlón, con una sonrisa de lado.

—No estoy de humor para tus bromas —anuncio con desagrado.

—Ah, qué mal... qué tristeza. —Sonríe ampliamente.

—¿Por qué estamos aquí? —repito, mientras lo veo con una mueca de disgusto.

—Tuvimos que irnos, usted corría peligro —responde como si se tratase de algo habitual.

—¿Peligro de qué? ¿De qué?! —exclamo, casi histérica. Odio que piensen que pueden moverme de un lado a otro como si fuera una muñeca.

—Hoffman, no grite. —Eleva las manos, indicando que me calme.

—Mira, Eliot. —Coloco mis manos a los costados de mi cabeza—. Yo grito si quiero... Al fin de cuentas tú no eres mi padre.

—Señorita, tranquilícese —ordena Castiel detrás de mí—. Yo me encargo. —Volteo para verlo con ira.

—Contéstame tú. —Me cruzo de brazos, señalándolo con el mentón—. ¿Qué tanto peligro corro?

—Señorita, usted es muy especial —anuncia, arrastrando las palabras.

—Sí, sé que soy especial para ti, pero no es lo que pregunté.

—No, no me comprende, usted es *especial*. Por eso su padre vendrá a las cinco para hablar sobre su origen.

—¡JA, JA, ¡JA! ¡Por favor! —Pongo los ojos en blanco—. ¿Soy un hada o una diosa del olimpo?

—No, señorita —responde, negando con la cabeza.

Lo veo de pies a cabeza con desagrado, doy la vuelta para dirigirme a la nueva habitación.

—Señorita... —replica detrás de mí y lo ignoro.

«Hace poco dije que estaba cansada de los secretos y, heme aquí, a unas horas de descubrirlos».

Corro al cuarto, entro, colocándole la llave, apoyo mi frente en la puerta, soltando todo el aire de mis pulmones. Voy a conocer a Kaibron y no me siento lista. Es una sensación extraña, como un escalofrío recorriendo mis piernas. Más bien, no sabría cómo explicarlo con exactitud, pero da igual, no saldré. Estoy en todo mi derecho de si quiero saber lo que me dirá o no. Aparte de esto, sigo sin saber la razón que me trajo aquí, si iban a contar algo, pudieron hacerlo en Windville sin la necesidad de viajar a otro lugar.

Miro a todos lados, buscando lo que provoca este frío; mis ojos se posan en un pequeño aparato en la pared donde pone veintisiete grados. Me acerco para conseguir el botón de apagado. Camino hasta el baño, es amplio, pero no tanto como el de la cabaña: el suelo es de color claro y las paredes oscuras, tiene un espejo que toma la pared por completo, debajo de él hay un lavamanos, a mi izquierda se halla una tina ovalada de color gris con una cortina de flores.

Me veo en el espejo, parezco una bruja, mi cabello está hecho un desastre, dando a entender lo bien que he dormido. Lo cepillo, al igual que los dientes, me desvisto entrando a la ducha, dejo correr el agua caliente sobre mi rostro y espalda mientras aguanto la respiración.

«Siento que se me olvida algo importante... ¿Qué es?».

—¡El gato! —exclamo, abriendo los ojos de golpe. «¿Si no puedo cuidar un gato cómo podré cuidar a mis futuros hijos?».

Agarro mis mejillas, dejando salir un suspiro. Pensando en cómo puedo ser una persona tan horrible, en cómo fui capaz de olvidarlo, aunque tampoco es como si supiera que vendría a este lugar de la noche a la mañana. Puede costar creerlo, pero estoy en Londres y pronto contestarán mis preguntas, han pasado cosas extrañas y la más sutil de ellas ha sido la persona que me veía mientras me duchaba. La escena de Windville, eso ya es algo aparte.

«¿Cómo no estoy en un lugar para desequilibrados mentales?».

Enjuago mi cuerpo para luego cerrar la llave y envolverme en una toalla, el espejo se ha empañado, así que decido limpiarlo con mi mano; al hacerlo, no soy la única que se refleja, detrás de mí hay un chico con un uniforme azul pastel a cuadros, sonriéndome. Tiene cabello rubio y lacio hasta la mitad de su

pecho, sus ojos son de color púrpura y posee piel mate, volteo rápidamente y ya no está. «¿Qué fue eso?». Estrujo mis ojos tratando de comprender.

Un chico totalmente nuevo para mi lista, como si ya no tuviese suficiente con los que me ha tocado lidiar durante estos días, sin embargo, tampoco se parece al de la cabaña.

Salgo decidida a vestirme lo más rápido posible por si vuelve a aparecer. Si entro al baño, hay una posibilidad de que reaparezca y así preguntar qué quiere de mí o si realmente este es un aviso de que ya he perdido la cabeza por completo.

El lugar está caliente y el espejo sigue empañado, me acerco a él, colocando mi mano. «Si vuelve a aparecer ¿debería llamar a un pastor o quemar el lugar?». Cierro los ojos, limpiándolo; aún sin abrirlos, siento la presencia de alguien detrás, escucho sus pasos acercándose a mí y quedo tiesa apretando los ojos con fuerza. Su mano se posa en mi hombro, aprecio su respiración en mi oreja provocando que un escalofrío se adueñe de mi espalda.

—Usted debería alejarse de Kaibron... —susurra con una voz ronca y suave.

—¿Po-por qué? —balbuceo.

—Usted debe volver con su madre... —ordena.

«¿Mi-mi madre?».

Abro los ojos de golpe, dando la vuelta y para mi sorpresa no se ha ido, sino que estamos cara a cara; nuestras respiraciones chocan entre sí, mientras nos vemos fijamente a los ojos. En su rostro se dibuja una sonrisa pícaro, apoyo mi mano en el lavamanos mientras aprieto con fuerza la camisa que llevo, siento como si me desnudara con la mirada.

—¿Quién eres? —pregunto y sonrío tomando un mechón de mi cabello.

—Eso lo sabrás dentro de poco... solo que conocerá a mi otro yo. Aunque suelo aparecer cada vez que Layla me lo ordena. —Se aparta, decidido a irse, pero cuando lo voy a evitar, desaparece delante de mis ojos. Caigo arrodillada, con la boca semi abierta. En mi mente se repite ese nombre una y otra vez, sin hallar a la dueña.

Me pongo de pie con torpeza, sin entender lo recién ocurrido. Entro nuevamente a la habitación, miro mi alrededor, buscando el reloj que marca las diez y media de la mañana, y salgo del lugar dispuesta a encontrar a Castiel, necesito hablar con él o bien perder la cabeza a su lado.

—¡Castiel! Necesito hablar contigo —exclamo por el pasillo.

Camino hasta el final de él, donde encuentro una sala con dos escalones para llegar al sillón con forma de L y la pantalla plana que está en la pared, debajo de ella hay lo que puedo distinguir como consolas de videojuegos, justo al lado hay un enorme ventanal donde se puede ver mejor el Big ben. Sigo el camino hasta una puerta que está entreabierta.

—¿Cass? —indago entrando con cuidado.

XIV

Castiel actúa extraño

Shayza

El lugar es un poco angosto, tiene un ventanal al igual que la habitación donde desperté, pero éste permanece cubierto con cortinas color azul oscuro, al lado tiene un armario y una segunda puerta, también hay un pelirrojo durmiendo en la cama.

Vuelvo a mirar afuera para asegurarme que no hay nadie más y cierro la puerta. Me acerco a él, parece estar profundamente dormido, tiene los labios entreabiertos y se ve adorable, sigo acercándome hasta que nuestros rostros quedan a centímetros. El dolor de cabeza empieza a incrementar haciendo que tome distancia y gruña en voz baja, aprecio cómo me voy desvaneciendo.

Celia

Cada vez se me hace más fácil poseerla y, en especial, cuando habla sobre mi preciado Castiel.

Me acerco a sus labios, recojo mi cabello para poder besarlos a gusto. Aunque no se acuerde ya habré probado esos carnosos labios, lo beso lentamente mientras cierro los ojos, acaricio su cabello a medida que profundizo más el beso. Me aparto abriendo los ojos para ver si sigue dormido y aparto un mechón de su cabello para besar su frente.

—¡Señorita! —expresa sobresaltado.

—Oh, Cass... No pude evitarlo —me excuso—. Mientras duermes te ves precioso. —Cubro mi boca.

—¿Celia?

—La misma. —Le guiño un ojo.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta, intentando despertar sus sentidos.

—Ah, por nada... —Sonríe maliciosamente, mientras lamo mis labios.

—Celia, no me digas que...

—En serio, no hice nada. —Levanto las manos, sonriente, él toca sus labios con la punta de los dedos a la vez que me observa con duda. No confiar

en mí es lo más inteligente que puede hacer algún ser vivo.

—Pero, si quieres uno, yo encantadísima. —Doy un paso al frente.

—Quédate tranquila... —Pone la mano en mi vientre para detenerme.

Tomo su mano entre las mías, acercándola a mis labios, él me observa atento. El saber cómo ve a Shayza me da un punto a favor.

—Castiel... —Lamo uno de sus dedos.

—Celia, detente... —ordena con voz entrecortada.

—Oblígame. —Doy otro paso quedando a su altura, tomo su mentón, acercando mis labios a los suyos—. Perdón por no ser ella —susurro.

Lo beso lentamente, siento cómo su cuerpo se tensa, pero luego lo relaja colocando la mano en mi nuca. Apoyo mi mano libre sobre su pierna para recostarlo sobre la cama, me subo sobre él sin romper el beso. Podría apostar que está tan sumergido en sus deseos que ha olvidado con quien se encuentra en realidad. Me da la vuelta para quedar sobre mí. Es necesario que ella vea este lado de él.

—Shayza... —Se aparta para observarme con detenimiento. Sonrío, volviendo a cerrar los ojos, relajándome para que ella pueda volver—. Lo siento... —avisa, cuando estoy por abrir los ojos percibo cómo incrusta una aguja en mi cuello.

—Castiel, ¿por qué lo hiciste? —cuestiono, siendo traicionada por mi propio cuerpo.

—Ese cuerpo le pertenece a ella, no a ti. —Mi vista se vuelve borrosa, siento cómo mis párpados pesan y cómo un calor intenso recorre todo mi ser.

Shayza

Abro los ojos con un fuerte dolor de cabeza, me apoyo sobre mis codos viendo a Cass sentado a un lado.

—¿Qué pasó? —pregunto confundida.

—Se desmayó. —Coloca su fría mano en mi frente.

—Vine a preguntarte algo y estabas dormido —menciono con voz entrecortada.

—¿Sí? Cuando desperté para ir al baño la encontré tirada en la alfombra. Así que la recosté en la cama y llevo un rato esperando que despierte. —Afirmo con la cabeza, dejándola caer. El dolor es tan fuerte como si me taladraran el cráneo y apuñalaran mis sienes. Percibo que se pone de pie.

—¿A dónde vas? —curioso.

—A buscar algo para su dolor. —Abre la puerta.

La duda del porqué cada vez que tengo esos dolores pierdo la noción del tiempo, y al recuperarme no recuerdo lo que he hecho, dicho o simplemente qué iba a hacer, me carcome.

—¡Me está matando! —El dolor se intensifica, impidiendo que logre recordar la razón que me trajo aquí.

—Tranquila, tome. —Extiende unas pastillas y un vaso con jugo. Lo agarro como si mi vida dependiera de ello, coloco los medicamentos en mi boca, seguido de la bebida y se lo entrego—. Puede dormir aquí. —Apunta la cama con su pulgar.

—No, ya me pondré bien. Cass... Hace un rato ocurrió algo extraño, bueno, desde que me mudé han ocurrido muchas cosas —comento, viéndolo a los ojos.

—¿Qué ocurre? —pregunta preocupado.

—Vi a dos chicos, no sé si estoy volviéndome loca, uno aquí y otro en la cabaña. —Levanto mi cuerpo, quedando sentada.

—¿Dos chicos? ¿Cómo? Descríbalos. —Se acerca y me sujeta de los hombros.

—El primero es pelineg...

—¡Castiel! —gritan desde el otro lado de la puerta.

—Me cuenta luego, ¿sí? —Voltea a ver la puerta.

Levanto la mano en un intento fallido por detenerlo; boquiabierto, la llevo a mi pecho. «¿Me estaré volviendo loca?». El pelinegro solo vio cómo me sumergía en la tina, en cambio, el rubio habló sobre mi madre, cuando tengo entendido que se encuentra muerta y una tal Layla.

Ya con el dolor más relajado, salgo de la habitación para ir al salón, donde encuentro a los chicos estudiando algunos papeles y a Eliot viendo el teléfono, lo cual hace que comience a sentir curiosidad de por qué no traigo el mío.

—Oh, señorita ¿ya se siente mejor? —indaga Cass al verme.

—Sí, muchas gracias por las pastillas. —Camino hasta el sillón para observar lo que hacen, Ezequiel finge que no me ve, pero, claramente, puedo notar cómo lo hace de reojo hasta que tomo asiento.

—¿Qué es eso? —pregunto con curiosidad, me acerco para ver el contenido de los que tiene Cass, pero los aparta.

—Nada importante, señorita. —Sonríe forzosamente, mientras ve a otro lado.

—Si no es importante, no deberías esconderlos —replico.

—Son las deudas de su padre, señorita —contesta Ezequiel.

Si solamente es eso, creo que no hay necesidad de esconderlo, pero al final no importa. Cierro los ojos dejando caer mi espalda sobre el espaldar del sillón, continúo cuestionando y analizando el cómo llegué aquí sin darme cuenta, por qué tuvimos que irnos y por qué Cass dijo que soy especial. Vuelvo a abrir los ojos notando que, el antes mencionado, me ve penoso.

—¿Pasa algo?

—No, señorita —dice, plantando nuevamente su mirada en los papeles.

Hay algo que lo perturba y no me dirá nada por ser un testarudo.

—Tengo hambre —anuncio, golpeando mi vientre.

—Eliot, ya que no estás haciendo nada, llévala a comer al restaurante de aquí a la vuelta —ordena Ezequiel.

—Voy. —Termina de teclear en el aparato, poniéndose de pie. Lo veo pasar por mi lado, me pongo de pie para seguirlo hasta la puerta principal, donde me entrega un abrigo grueso y él se coloca uno igual.

—No se aleje de mí —decreta, sin voltear a verme, abriendo la puerta. Termino de ponerme el abrigo y salgo. El corredor está bien iluminado, sus paredes son amarillas con pinturas en ellas, en el suelo hay una alfombra que llega delante de unas puertas de metal.

—Señorita, espere. —Escucho decir a Castiel.

—Dime. —Doy la vuelta.

—Su padre le dejó esto para que pueda conseguir un teléfono nuevo. —Me extiende lo que creo que es una tarjeta de crédito, cuando voy a tomarla él no la suelta haciendo que lo vea confundida—. Vaya con cuidado.

—Por eso viene conmigo —comenta Eliot.

—Precisamente. —Lo observa con frialdad.

—Bueno, no fui yo quien dejó que se escapara. —Rasca su nariz, veo cómo Cass lo mira sin decir nada mientras aprieta su puño, dando un paso a él.

—Eh, eh, tranquilos. ¿Cass, qué te pasa? —cuestiono sorprendida. Nunca creí que cuando llegara a ver su lado enojado, sería de esta manera.

—Yo... —Se da la vuelta volviendo a entrar. «Vaya locura... ¿Qué sucede con él?».

—Venga, señorita. —Sigo al pelinegro, sin dejar de ver la puerta de nuestra habitación. Sin comprender por qué se tratan de esta manera, miro hacia al frente para evitar tropezar con algo.

—Oye, ¿qué es aquello? —curioso, viendo las puertas que están a metros

de nosotros.

—¿Qué? —pregunta y señalo las puertas—. ¿En serio no sabe lo que es?
—Niego con la cabeza comenzando a sentirme idiota.

—Es un elevador... con eso bajas los pisos más rápido que con las escaleras, pero...

—¿Pero? —Volteo a verlo insegura.

—Se puede atorar y dejarnos dentro hasta que venga un técnico —comenta, sin una pizca de importancia.

—Usemos las escaleras —exijo decidida.

—Hoffman, está en un veinteavo piso, puede sufrir un paro cardiaco mientras está en el piso dieciocho. —Sonríe burlón, lo veo de reojo para después levantar la mirada.

—Entonces que sea el elevador. —Ambos caminamos hasta él, Eliot toca un botón a mi lado y mete sus manos en los bolsillos, viendo unos números en rojo que están sobre el elevador e imito su acto.

—¿Por qué me copia? —pregunta, volteando a verme.

—No sé, Monster.

—¿Podría dejar de decirme así?

—Cuando usted me llame por mi nombre. —Volteo para verlo, mientras las puertas se abren y de ellas salen dos ancianos tomados de la mano.

—Buenos días —les digo sin la esperanza de que me respondan.

—Oh, pero qué jovencita tan linda, buenos días —responde la señora, dejándome anonadada.

Sonríó al ver a la primera persona que saludo y no dice nada sobre mis ojos, ambos entramos, toca el botón número uno, las puertas se cierran y la caja hace un movimiento extraño haciendo que me aferre a su brazo.

—No sea miedosa —ordena.

—Tutéame, entiende que esto es nuevo para mí —aviso, intentando hacerlo comprender mi situación.

—Lo sé, pero no debes agarrarme así, Castiel pensará que somos algo —comenta, intentando separarse.

—Tú y yo no somos nada, al igual que él, no comprendo su actitud —aviso, fijando mi vista en el suelo.

—Oh, ¿no son nada? —cuestiona con sorpresa, obligándome a verlo con curiosidad.

—No... ¿Piensas hacer algo? —pregunto, alejándome.

—¡Ja! Ya quisieras, no eres mi tipo —anuncia egocéntrico.

—¿Ves? Es fácil tutear —comento, luego le muestro la lengua.

Niega con la cabeza sin despegar la mirada de los números rojos. Me aparto, sujetándome de los barandales. No me gusta esta sensación que recorre mi columna a la vez que el elevador baja. Suspiro, cruzando las piernas y los brazos mientras me uno a ver los números. En el piso diez se detiene para dejar entrar a tres chicas jóvenes, pero mayores que yo. Una rubia teñida, otra castaña y una pelinegra. Las tres parecen que han estado en una fiesta alocada o puede que sean de alquiler. Tienen el cabello revuelto y el maquillaje corrido.

—Mira qué guapo —le susurra discretamente la rubia a la pelinegra. La chica estira su cuello para ver a Eliot. Él sigue viendo los números mientras golpea el piso con la punta de su pie.

—¡Dios!

—Shhh... —La rubia pone su dedo índice en los labios, viendo lo que se proponen, me acerco lentamente a él, haciéndoles creer que es mío. Las chicas dejan de parlotear mientras me observan con desprecio.

—Cariño... —digo, acariciando su hombro.

—Dime, be-bebé. —Giro mi rostro para que no vean cómo aguanto mi risa.

—¿Qué quieres comer? —Lo abrazo por la espalda mientras cierro los ojos, puedo sentir cómo se tensa a mi tacto.

—Lo que tú quieras —balbucea.

—¿Hamburguesas? —sugiero.

—Suenan bien —responde, vuelvo a abrir los ojos, viendo que siguen mirándome. Les sonrío mientras lo pego más a mí.

—Maldita suertuda —susurra la castaña. Las puertas se abren en el primer piso, las chicas son las primeras en salir, cuando ya no las veo más en mi radar, me aparto de él como si se tratase de la peste.

—Gracias.

—De nada —digo, saliendo de allí

El lugar está exageradamente iluminado, hay dos fuentes, plantas artificiales, aunque agradables a la vista, y demasiada gente alrededor. En el recibidor hay una pequeña alfombra, varios sillones de descanso y un retrato de sabrá Dios quién.

Eliot apoya su mano en mi espalda empujándome para que apure el paso. Llegando al exterior aprecio el aire frío en cada centímetro de mi cuerpo, resoplo, siendo inundada por el sonido de los vehículos en movimiento, las

bocinas de los mismos y la gente hablando inglés.

—Oye. —Trato de llamar su atención.

—Dime.

—¿Cómo llegué aquí? Bueno, ¿cómo llegamos aquí? —cuestiono.

—Su padre le responderá luego —avisa sin interés.

—¿Es confidencial? —pregunto burlona—. ¿Son viajeros en el espacio y tiempo?

—No, algo mucho mejor que eso. —La manera en la que lo dice me hace pensar que está tomándose el pelo.

«¿Qué puede ser mejor que viajar en el espacio y tiempo? ¿Ser un ángel? ¿Un dios? ¿Semi dios? ¿Una bruja como las de las leyendas urbanas?».

—¿Qué soy? —insisto en sacarle información.

—Si lo digo, me matarán y le borrarán la memoria. —Me ve de reojo.

—¿En serio? —Lo detengo, sujetando su hombro, él me observa de pies a cabeza con una sonrisa amarga.

—¿En serio cree todo lo que le dicen?

—Si toca el tema de matar, sí. Tutéame, Monster —expreso, burlona.

—Está bien, Shayza —pronuncia con fastidio.

Londres puede llegar a ser un lugar hermoso, pero prefiero estar en Windville por ese apego emocional que poseo desde niña.

Al llegar a la esquina, entramos a un restaurante de hamburguesas. Por alguna razón, esto me recuerda a Patricio. Ahora que lo menciono, espero que esté al tanto de todo esto. Debe de estar preocupado por mí, en cuanto pueda, volveré a comunicarme con él. Tengo que parecerle desconsiderada y no imagina por todo lo que he tenido que pasar. Después de que sacie mi apetito voraz, comenzaré a buscar un nuevo aparato electrónico para poder contactarlo. Además, esa es la única manera en la que puedo sentirme un poco más cerca de él.

XV

Puerta a otro mundo

Shayza

Luego de comer, vamos a un establecimiento para conseguir un nuevo teléfono. Jamás pensé que sería tan desagradable ir a conseguir un aparato electrónico. Son más lentos que una tortuga cargando rocas, sin embargo, me divierto junto a él.

Cuando por fin salimos, empieza a llover a cántaros. Frío más lluvia... Es una suerte que no me he convertido en hielo mientras corro. Sin detenerme, observo una silueta familiar a lo lejos y entrecierro los ojos para tratar de verla mejor.

—No-no puede ser —titubeo en voz baja al notar de quien se trata.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta. Señalo a las once en punto con el dedo índice, obligándolo a mirar.

—Mierda, mierda, mierda... —repite, exasperado.

No le quito la mirada, veo cómo se acerca lentamente con una sonrisa de oreja a oreja, literalmente; sus ojos son penetrantes y el rostro se ha vuelto oscuro como una sombra, pero aun así, puedo distinguir al chico de antes, el del baño. Me ha dejado totalmente inmóvil, mi cuerpo se tensa mientras el rostro expresa espanto, no dejo de ver y contar sus pasos. Cada vez está más cerca.

Eliot toma mi brazo, obligándome a correr. Lo hago, pero no puedo poner la vista hacia al frente. Mi cuerpo siente la necesidad de observarlo, comprender qué es o quién es. Él sigue caminando despacio detrás de nosotros, cuando noto que está cada vez más cerca. Al tenerlo a un metro de mí, mi cuerpo actúa por sí solo, provocando que me detenga.

—¡Shayza! —grita Eliot, deteniéndose.

—¡No puedo moverme! —aviso, sintiendo la tensión en el cuerpo, como si algo sujetase mis pies.

El chico agarra mi brazo con brusquedad, lo veo horrorizada mientras la lluvia sigue apretando, los tres estamos hasta el cuello de agua. Su cabello ha oscurecido, al igual que su uniforme, donde puedo ver el logo de algún instituto cuyo nombre no puedo pronunciar por estar en otra lengua. Trato de

zafarme, pero su agarre es persistente, coloco mi mano sobre la suya tratando de liberarme nuevamente.

—Si eres Shayza, no podrás librarte —anuncia con una voz macabra, dejándome con la duda de qué trata de decir.

Navegando entre las preguntas, un rayo de color amarillo golpea su pecho, soltándome; se toca donde fue el impacto, buscando al culpable con ira. No sé qué está pasando, pero es el momento perfecto para huir. Vuelvo a tomar el control de mi ser; comenzando a correr como atleta, paso por el lado de Eliot sin importar nada. Lo único que quiero es llegar al elevador y despertar de esta pesadilla llamada vida.

Al llegar al edificio, las puertas están cerradas, el portero me abre y entro corriendo, pierdo el equilibrio por el agua que escurre de mí, pero logro entrar a la caja de metal. Toco desesperadamente el botón número veinte, Eliot logra entrar, apoya sus manos en las rodillas mientras inhala y exhala por la boca.

—¿Qué pasó? ¿Quién es él? ¿Qué fue ese rayo amarillo? —cuestiono con la voz temblorosa. Después de recuperar el aliento, lo sujeto por los hombros, su rostro está rojo y cubierto de gotas al igual que su cabello.

—¡Eliot! ¡Contéstame!

—¡No puedo decir nada! —exclama, sujetando mis muñecas.

—No seas idiota. —Lo empujo hasta una de las paredes—. ¿Cómo crees que me siento? Estoy confundida y ustedes no me dicen nada. ¡Estoy harta! ¡Cansada de esto! Quiero saber la verdad... —Mira su reloj de muñeca.

—Son las cuatro y cincuenta y ocho, ya sabrás todo lo que quieras, claro, si no nos interrumpen —responde con ironía.

Las puertas se abren detrás de mí con un chirrido, hace un ademán con la mano para que me aleje y salga. Me aparto, sin quitarle la mirada, camino hasta nuestra habitación; solo hay dos puertas, pero igual no recuerdo cual es la correcta.

—¿Cuál es? —Me detengo delante de ambas.

—La derecha. —Camino hasta la indicada, antes de golpearla, se abre, dejándonos ver a un Castiel disgustado.

—¿Dónde estaban? El jefe está aquí —avisa.

—Tuvimos un incidente —comenta Eliot.

—¿Qué clase de incidente? —Hace énfasis en la última palabra. Eliot camina hasta la puerta con sus manos en los bolsillos.

—Como ves —dice señalando su ropa—. Estamos empapados por la lluvia, además, Konith apareció.

—¿Konith? —repite el pelirrojo sorprendido.

—Sí, no sé cómo nos encontraron —menciona Eliot, tomando un mechón de su cabello.

—¿Qué quiere el tal Konith? —pregunto, siendo ignorada.

—Entre señorita —ordena Castiel.

El pelirrojo se aparta, dejando el camino libre, en el fondo puedo ver a un hombre bastante mayor, alto, robusto, con cabello grisáceo, tez mate y con un bastón con la cabeza de una serpiente en su mano derecha.

—Oh, cariño. Ven a sentarte junto a mí —sugiere, palpando el sillón donde se encuentra.

Trago saliva sin despegarme de mi lugar. No sé qué decirle, pero sí qué preguntarle. Tomo aire, caminando detenidamente hacia él. Se sienta, esperando mi llegada. «¿Por qué me siento amenazada? Cómo si estuviera presenciando al mismísimo diablo». Tomo asiento a su lado, a mi izquierda permanece Ezequiel, mientras los otros dos entran al salón. Por el ventanal se puede ver cómo la lluvia cae, cada segundo que pasa se escucha un trueno o un rayo ilumina el lugar.

—Eres hermosa como tu madre. —Acaricia mi rostro.

—Gracias. —Aparto mi cara de sus dedos—. ¿Me contarás la verdad sobre mi vida? —inquiero, sin una pizca de simpatía. No es mi culpa que actúe así con él, es suya por darse tal puesto en mi vida. Junta ambas manos sobre el bastón viendo sus zapatos.

—Entiendo tu frialdad conmigo, pero aún eres muy joven para entender por qué lo hice. —Río disgustada.

—¡Por favor! Seré joven, pero entiendo que no pudiste cuidarme —afirmo con desinterés—. Aun así, ¿por qué volviste? Hubiera preferido seguir viviendo con papá.

—Soy tu padre, además, hay una mujer malvada buscándote —dice con tristeza.

—¿Cómo? —Sonrío amargamente—. ¿Será tu excusa para los años que me dejaste a cargo de alguien más? Un niño de dos años puede crear algo más convincente.

—A ver, se llama Layla Viktish, ella quiere tu esencia —comunica con seriedad y dureza—. Quiere matarte.

«¿Layla? ¿Mi esencia? ¿Matarme? ¿En qué me han metido?».

—¿De qué estás hablando? —pregunto, apreciando cómo mi mente da un giro al no poder procesar nada de lo que ha dicho.

—Shayza...

Cuando se dispone a decir algo, el fuerte sonido de vidrios rompiéndose nos pone en alerta. Me levanto de golpe, visualizando a una mujer con bucles dorados y unos gruesos labios color rojo sangre, vestida con colores opacos. Junto a ella vienen dos chicos encapuchados.

—Oh, bueno, Layla. Hay una puerta —avisa Ezequiel en forma de burla, señalando en su dirección. La chica se arregla el cabello caminando decidida hacia él.

—Tú serás bueno conjurando, pero en el combate cuerpo a cuerpo eres una puta mierda. —Veó cómo se lanza sobre él, dándole un golpe certero en la nariz, haciéndolo caer. Me quedo sorprendida, Cass me toma del brazo tratando de alejarme de allí.

—Castiel, suéltala —ordena Kaibron, levantándose—. Hace poco supe que eres un aliado de Layla, pero Shayza te tiene mucho cariño, por eso no te eliminaré; al menos no delante de ella.

Lo veo con desagrado al no comprender lo que ocurre y tampoco saber a quién creerle. Layla se pone derecha, alejándose de Ezequiel y coloca ambas manos en sus caderas, intentado verse dominante.

—Kaibron, ya los años se te notan. ¿Por qué será? —inquire.

—Tan dulce como siempre, Layla —responde con sarcasmo.

—Y tú tan patán —comenta—. ¿Por qué me la arrebataste? —expresa con dolor.

—De ella te quería alejar, cariño. Quiere adueñarse de tu esencia — comunica Kaibron, haciendo referencia a la charla que tuvimos antes.

—Eres un... malnacido. —Se acerca y lo sujeta del cuello de la camisa—. Buscaré la manera de mantenerte lo más lejos de ella.

—Inténtalo, ya sabes qué sucederá si me matas —dice, retándola.

Puedo ver que suaviza su agarre para luego golpearle la nariz con la frente. Kaibron agarra su bastón para golpearla, pero ella lo bloquea con su antebrazo, golpeando sus costillas a una velocidad alucinante, haciendo que éste se estremezca de dolor. Él se queja apartándose, se sujeta del costado mientras respira hondo.

—¡Señor! —grita Ezequiel, limpiándose la sangre de la nariz. Eliot observa la escena desde una esquina, cruzado de brazos. Sus ojos no representan nada, están vacíos como si estuviera en trance.

—Ezequiel, haz algo —ordena Kaibron.

—Sí, señor. —Se pone de pie torpemente.

—Ya te he roto la nariz, ¿qué te romperé ahora? —cuestiona Layla, poniéndose en posición de defensa.

—Sabes que soy mejor brujo que tú —comenta con egocentrismo.

—Pero, ¿lo serás contra nosotros tres? —inquire Layla.

Los encapuchados revelan sus identidades provocando que la sonrisa de Ezequiel desaparezca. La mujer es morena, con ojos color ámbar y cabello marrón, el hombre es albino con ojos azules. Ambos se ponen en posición de ataque con las palmas elevadas.

—Oh, pero si traes a tus amiguitos —comenta Kaibron, dejándose caer sobre el sillón—. Porque sola eres inútil.

—Estás jugando con fuego, Layla —advierde Ezequiel, lanzándole una flama amarilla, proveniente de la palma de su mano.

No puedo creer lo que está ocurriendo, esto parece sacado de un libro. «Entonces, las leyendas sobre brujas en Windville son ciertas, pero ¿por qué estoy metida en esto?».

—Señorita... —pronuncia Castiel, obligándome a verlo—, sin importar lo que suceda estaré aquí para usted.

Debería intentar explicarle que desconozco cuál es la realidad y cuál es un producto de mi imaginación.

—¿Cass, quién soy? —articulo con torpeza, él me mira afligido, frunce los labios mientras voltea a ver a Layla, quien se encuentra lanzando llamas naranjas contra Ezequiel, quien las esquiva efectivamente. De vez en cuando, uno de los dos dice cosas en otro idioma antes de que una flama salga de sus palmas.

—¡Mei, encárgate de ellos! —ordena Layla.

—Como usted ordene, mi señora. —De la mano de la chica sale alguna especie de arma cuerpo a cuerpo.

Con la boca abierta, vuelvo a ver a Layla, que corre hasta nosotros, sacando una especie de polvo de un bolso, Castiel me aferra a él, impidiendo que tenga la capacidad de moverme.

—*Viatorem!* —Escucho de fondo.

Cierro los ojos, sintiendo un cosquilleo por todo mi cuerpo. Logro zafarme de su agarre, abriendo los ojos; lo miro fijamente, preguntándole con la mirada por qué lo hizo. Cuando miro a mi alrededor, todo ha cambiado: estoy parada delante de una puerta de madera dentro de alguna oficina. Si antes estaba confundida por lo que pasaba en casa de Kaibron, ahora estoy el triple. Hemos sido teletransportados a una especie de oficina repleta de libros.

XVI

El otro lado de la moneda

Shayza

En cuanto comienzo a examinar los nuevos alrededores, oigo que alguien se mueve por el lugar, lo que me lleva a dirigir la vista hacia su dirección.

—Disculpa que te haya traído aquí, hija —se excusa, haciéndome verla confundida y atónita—, pero Kaibron no me hubiera dejado hablar contigo.

—¿Cómo quieres que confié en ti cuando me han traído a la fuerza?... ¿Cómo has dicho? —cuestiono entre balbuceos.

—Está bien. —Se sienta sobre el escritorio—. Te contaré toda tu historia, luego decidirás si quedarte o irte a divagar por donde te lleve el destino. Siéntate —ordena, señalando un asiento delante de nosotros.

—Prefiero estar de pie por si debo huir —comento.

—Señorita, por favor obedezca a su madre. —Pongo los ojos en blanco, haciéndole caso al grandulón.

—Primero que todo, soy tu madre y te encuentras en un instituto para futuras brujas y brujos de nuestro clan y para los que ya están integrados —anuncia con serenidad.

Todo es tan confuso que no sé cómo debo reaccionar, me siento como cuando Patricio dijo que yo no era su hija.

—Oh, ¿tienen un clan? —digo, sarcástica—. ¿En dónde estamos? ¿En qué país, continente, planeta...?

—Cerca de Estados Unidos —responde, viéndome fijamente. «¿Cerca? ¿Qué tanto?»—. Bueno, esto puede que no te guste... Nuestro clan está guiado por el odio y la avaricia —informa.

—Oh, cielos. ¿Qué clase de padres tengo? —expreso, siguiéndoles la falsa.

—Lo sé, no seremos los mejores padres, pero yo llevo diecisiete años buscándote.

—¿Por qué Cass no te dijo dónde estaba? —inquiero, fingiendo interés.

—Kaibron es un brujo muy poderoso, así que cubrió todo Rosewhite con un muro para evitar la comunicación del interior al exterior —responde Cass y

respira hondo—. Por eso, cuando él me envió a buscar a Layla en Estados Unidos, aproveché para localizarla y contarle donde estábamos ubicados. Quizás ahí supo que yo era el traidor.

«Hasta él está metido en todo esto, no puedo creerlo».

—Verás, cuando tenías dos días de nacida, un brujo corrupto y muchísimo más poderoso que yo, te arrebató de mi cuidado. Él se hizo pasar por uno de los nuestros —anuncia cabizbaja.

Debo evitar reír al escuchar la misma historia que me han contado desde niña.

—¿Quién es? —inquiero, poniendo toda mi atención a sus futuras palabras.

—Tiene la habilidad de transformarse en quien le apetezca, ya no sabemos su forma verdadera —informa Layla—. Castiel, déjanos solas —añade, señalando la puerta con su dedo.

—No, no, no. —Lo detengo, sujetando su muñeca, no me apetece quedarme sola con la desquiciada.

—Señorita, créame que usted está a salvo con ella. —Aparta mi mano, sonriéndome. Observo cómo camina hasta la puerta; cuando sale, vuelvo mi vista a Layla, poniendo una cara de desagrado.

—Es un gran hombre, lo conozco hace... —Hace una pausa, mirando en algún punto del suelo—, cien años —comenta dudosa hacia la cifra. Rio para mis adentros ante tal número, no pueden exigir que yo crea todo lo que dicen. Es decir, todo esto es sacado de un libro de fantasía—. Lo siento, pierdo el hilo. El brujo que te secuestró se llama Bram Loffom, hace lo que le pidas si hay dinero de por medio. Kaibron, tu padre, seguramente le pagó para llevarte donde él.

—Pero, a mí me crió un hombre llamado Patricio Hoffman —aclaro con una sonrisa amarga.

—¿Patricio Hoffman? —repite.

—¿Castiel no le dijo nada? —inquiero, relajada.

—La verdad es que prefería hablar cara a cara. Quiero que sepas todo sobre tu vida, también si así quieres, que vengas a vivir conmigo, aprendas a controlar tus poderes y fusionarte con Celia.

—¿Quién es Celia? —Suspira, negando con la cabeza, se baja del escritorio caminando hasta la silla que se encuentra detrás.

—Celia es tu melliza —dice de golpe.

Abro los ojos sorprendida, pensando que la broma está yendo demasiado

lejos.

—¿Estás de broma? ¿Fusionarme con ella? ¿En serio creen que me creeré toda esta falsa? —Miro la habitación. Cuando vuelvo a verla, señala mi pecho.

—Está dentro de ti, ella murió cuando las di a luz. Ahora representa todos tus poderes, es por lo que debes fusionarte con ella y, créeme, esta es tu realidad.

—A ver, tengo problemas peores como para añadir más a mi miserable vida. —Me pongo de pie, decidida a salir del lugar, pero una fuerza sobrehumana hace que caiga nuevamente en el asiento.

—Es un proceso complicado —continúa, sin prestarle atención a mi cara de espanto—, pero debes hacerlo antes de que ella se apodere de ti. Ella es la representación de tu padre.

—Ah... Yo, ¿cómo pasó? —balbuceo, intentado comprender esa fuerza momentánea.

—Quiero hacerte ver que todo es verdad. —Junta sus manos y a medida que las separa se forma una lanza de fuego. Abro mi boca atónita, mis ojos pareciesen que se saldrán de sus cuencas.

—Ya he perdido la cabeza —anuncio en voz baja, sujetando mi cabeza.

—No, Shayza deberás acostumbrarte a todo esto, tarde o temprano. —Cubro mi boca con ambas manos, inclinándome hacia al frente, viendo el suelo. «Al final sí hay unos ojos que me siguen, un chico pelinegro que me acosó en el baño al igual que uno rubio».

—¿Por eso me dicen la hija del diablo? ¿Por no ser humana? —cuestiono, fijando mi vista en la suya.

—No sabía de ese apodo, pero precisamente no perteneces a los humanos. —Suspiro con pesadez cerrando los ojos.

—Aprecio que hayas sido la única persona en ser sincera conmigo. ¿Algo más que deba saber? —Abro los ojos, notando que me ve con lástima.

—Bueno, como ya te habrás dado cuenta, Ezequiel no es quien aparenta ser, Eliot está dominado por él.

—¿Quiénes son Ezequiel y Eliot en realidad?

—Ezequiel es un brujo de setecientos años, el fiel seguidor de tu padre, Eliot es un ex cazador de brujas, fue vetado de su clan por casi ser asesinado por una de clase baja.

—Entonces... ¿Por qué está con él?

—En este mundo, si eres un cazador vetado, tu única salvación es irte con

un brujo. Irónico, ¿cierto? —Asiento, sin añadir nada más.

Resulta que soy una bruja sin poderes, quien tiene una melliza viviendo dentro, me secuestraron hace años por placer de Kaibron. Ahora mi duda es: ¿Qué voy a hacer de ahora en adelante? Si me quedo, empezaré a vivir con mi madre, a quien siempre quise conocer; tendré una vida como ser mágico junto a nuevas personas y Castiel. Si decido irme, tendré que estar huyendo de los cazadores y de Kaibron por el resto de mi vida. La opción de volver con ellos está descartadísima. Esta nueva verdad me traerá cosas nuevas que desconozco si realmente quiero vivirlas.

Enterarme de mi verdadero origen ha sido un caos desenfrenado; primero pensé que estaba perdiendo la cabeza y ahora resulta que esta locura sobre brujos es real. Pensándolo bien, las cosas extrañas que sucedieron en Windville encajan a la perfección con el tema, sobre todo los daños que causé cuando me fui en sí.

Aparto mi cabello con angustia al recordar cómo la sangre se escurría por mis manos.

—Ya debe ser tarde, quédate a pasar la noche aquí junto a Castiel. De paso, piensas en tu decisión. —Sonríe para darme confianza.

—Es-está bien —tartamudeo.

Me levanto del asiento para llegar a la puerta de madera, detrás de ella hay un pasillo donde observo un área pequeña, formando una especie de patio con árboles, flores, bancos y una fuente en el centro. Miro a todos lados, topándome a Cass hablando con dos chicas, una rubia y la otra pelinegra.

—Cass, ¿te interrumpo? —pregunto, sin importar lo que piensen las chicas.

—No, señorita. —Se aleja de las chicas con una despedida rápida, ellas me ven arrogantes, igual que las chicas del elevador—. ¿Qué le dijo su madre? —pregunta, frotando sus manos.

—Ya debe ser tarde. Que me quedara y aprovechara para pensar si me quedo o voy —respondo cabizbaja mientras golpeo una piedrita.

—¿No le molesta compartir cuarto conmigo? —indaga, nervioso.

—No, muy bien sabes que eres como un hermano para mí. —Al decir eso, su boca se vuelve en una mueca de disgusto; lo veo confundida, inclinando la cabeza, esperando una respuesta para esa reacción.

—No es nada —responde nervioso—. Venga, mi habitación está por allí. —Señala detrás de mí.

Doy la vuelta y él pasa por mi lado, el pequeño patio deja ver el atardecer

en el cielo. Las paredes son de piedra, mientras el suelo es de madera que rechina cada vez que das un paso. Al ya estar oscureciendo, no hay muchos chicos por los alrededores, pero con los que nos topamos mientras avanzamos, saludan sorprendidos a Castiel. No llego a estar segura si es por el tiempo que no ha de haber estado aquí, pero el lleva diecisiete años fuera y estos chicos siguen siendo adolescentes.

—Oye. —Intento llamar su atención a la vez que toco su hombro.

—Dígame.

—En este lugar, ¿cómo corre el tiempo?

—Bueno, aquí puede seguir aparentando diecisiete años y en el exterior, aunque hayan pasado cien, usted seguirá igual o llegará a su edad límite —comunica, despertando mi curiosidad.

—¿Edad límite? ¿A qué te refieres? —cuestiono, intentado ver su rostro.

—La edad que tendrá hasta el día de su muerte —aclara—. En mi caso, es de veintinueve.

—Ya. No, quiero decir, ¿una hora es un día o cómo? —explico.

—Es igual, una hora aquí es una hora fuera de este lugar, nada cambia en ese aspecto, solo tardamos más en envejecer y aquí las horas podrían parecerles muy cortas.

—Pero esos chicos te conocen y tú llevas fuera diecisiete años, ¿no?

—Ellos tienen más de cien años, señorita —anuncia. Frunzo los labios, solo me preocupo por papá, no he tenido tiempo para llamarlo, ahora no tengo la excusa del teléfono porque ya conseguí uno—. Ya llegamos —avisa, sacando una llave de su bolsillo para abrir una puerta de color azul desgastado.

El interior es espacioso, tiene un armario del mismo color de la puerta, las paredes son de color gris y el suelo es de madera. Al entrar, lo primero que noto es una mesita de noche color marrón que separa la pared de una cama *King size*. Delante de mí hay una ventana que, justamente, deja ver las ramas de un árbol. Camino hasta la cama para sentarme mientras veo hacia afuera.

—Cass —susurro.

—¿Sí? —Camina hasta quedar a mi lado.

—¿Por qué no me dijiste nada? Quiero decir... Cuando te desmayaste, ¿Cuál fue el motivo?

—Soy un brujo, señorita. Uno que cuyas habilidades mejor trabajadas son la sanación, pociones y protección. —Se sienta a mi lado—. Cuando uso mi escudo para proteger a alguien más o bien camuflarnos con el entorno, tiendo a

desmayarme.

«Entonces la de protección no está muy bien trabajada».

—¿Quién era aquella chica? —pregunto, intentando conseguir la mayoría de las respuestas hacia mis dudas.

—No tengo idea, pero es mejor no arriesgarse —comenta.

—¿Wyatt y Dixon son brujos? —«Creo empezar a saber por qué ellos casi corren despavoridos de la casucha».

—Sí, señorita. —Volteo a verlo.

—¿Eso quiere decir que los veré por los pasillos?

—No, ellos son seguidores de Kaibron, los tres años que estuvieron lejos de usted fue para aprender a usar sus poderes.

—Castiel, llámame por mi nombre, tutéame, no quiero sentir que soy alguien superior a ti.

—No puedo... —Frota sus manos contra las rodillas.

Toco su mano, pero la aparta bruscamente, antes de que pueda preguntar qué sucede, alguien toca la puerta y se pone de pie, yendo a ella mientras observo cada movimiento. «¿Soy yo o está actuando raro?». Veo cómo asiente con la cabeza repetidamente con una muda de ropa en su mano. Quien está detrás de la puerta le habla en algún idioma que desconozco. Se despide y cierra la puerta con llave, me entrega la muda, que consiste en un pantalón largo, una blusa de manga larga y ropa interior, la cual escondo a la velocidad de la luz. Él se rasca la cabeza saliendo de la habitación apenado, dejando que cuestione su extraña actitud.

Dejo todo a un lado y salgo de allí. Observo el pasillo que es iluminado por antorchas, no hay ni un alma, cierro la puerta detrás de mí para luego dar una vuelta por el instituto, paso mi mano por las paredes, sintiendo como si hubiese viajado en el tiempo o entrado a alguno de mis libros favoritos. Sigo caminando mientras me abrazo a mí misma por el frío que empieza a hacer.

El entorno tiene un aire de tristeza y a la vez de misterio, lo que me hace sentir un poco melancólica. Tengo pensamientos revueltos dentro de la cabeza, muchas piezas perdidas. Temo descuidarme por un segundo y volver a donde empecé, a perderme en un mundo nuevo para mí. Comprender sus secretos es mi nuevo deber, sin embargo, debo evitar perder la cordura. Visualizo unas escaleras hacia el segundo piso, llego a ellas y con solo pisar el primer escalón escucho a alguien caminar hacia mí.

—Señorita Hoffman.

XVII

Amor fraterno

Shayza

Al darme la vuelta, noto al chico macabro o, más bien, conocido como uno de mis acosadores del baño. Tengo dos opciones: huir como una niña temerosa o enfrentarme a él como una mujer con los ovarios bien puestos. Quito mi pie del primer escalón, quedando cara a cara. En este momento tiene un aura intranquila, su cabello está bien cepillado, viste el uniforme del instituto y porta una libreta en su mano izquierda. Me pregunto qué hace aquí, pero ya nada en él debe intimidarme. Ríe nervioso antes de dirigirme la palabra.

—Se-señorita —balbucea.

—Dime.

—Ya son las nueve de la noche, no debería estar por los pasillos a no ser que tenga un permiso. —Inclino la cabeza confundida—. Es cierto... Usted acaba de llegar —afirma, entendiendo mi cara de confusión—. Verá, las horas pasan igual que en el exterior, pero usted, al ser nueva aquí, no notará la fluidez del tiempo hasta que se acostumbre.

—Algo así me contó Castiel —comento—. Quiero buscar cobertura para poder localizar a mi padre. Me inquieta el no poder comunicarme con él.

—¿Por qué quiere contactar con Hedeon? —cuestiona, haciéndome verlo confundida.

—¿Quién es Hedeon? —indago, enarcando una ceja.

—Su padre, señorita, el brujo —afirma. «Oh, resulta que su verdadero nombre es Hedeon. Vaya, sorpresa, pero Kaibron le queda como anillo al dedo».

—Entonces, me volvieron a mentir. —Sonrío amargamente.

—De hecho, él tiene muchos nombres, pero lo conozco con ese.

—Bueno, pero no iba a llamarlo a él, a quien voy a llamar es a quien me crió. —Saco mi nuevo teléfono del bolsillo trasero del pantalón para ver si tiene más de tres barras. De reojo puedo ver cómo se acerca para observar lo que hay en la pantalla.

—Debe ponerlo en roaming —comenta, levanto la mirada, topándome con

sus ojos.

—¿Qué es eso? —Extiende su mano, indicando que le pase el teléfono. Observo pensativa. Prácticamente estoy hablando con un acosador. Podría quererlo para añadirlo a su colección. Levanto la cabeza con el ceño fruncido.

—No-no se lo robaré —avisa, bajando la mano.

—Me cuesta creerlo —respondo seca—. Te has metido a mi baño mientras tomaba una ducha. —Ríe nervioso nuevamente.

—No sé de qué habla, señorita. —Sonríe amargamente.

—Jóvenes... —Nos interrumpe una voz gruesa detrás de nosotros. Giro mi cabeza hasta ver a un hombre con cabello rubio, corto, de estatura exagerada, con aura intimidante, tez mate, ojos verdes y penetrantes. Viste con una camisa blanca de manga larga, sobre ella un chaleco negro y una corbata roja, pantalones de color negro y zapatos cerrados del mismo color e impecablemente limpios—. No deberían estar por los pasillos —añade. El chico trata de disimular la palidez extrema del rostro y el posible temblar de sus manos.

—Lo-lo sabemos, iba a llevarla hasta su habitación. —Posa su mano en mi hombro. El hombre me ve de pies a cabeza sin expresión alguna. «No sé qué busca o qué piensa de mí». Mira hacia al frente y sigue su camino con pisadas resonantes.

—¿Quién es? —pregunto, sin dejar de verlo mientras se aleja de nosotros.

—Es nuestro profesor de hechicería —contesta—. Que no te intimide.

—Mira quien lo dice —expreso burlona, riendo para mis adentros.

Doy media vuelta rumbo a las escaleras, las subo sin prisa a la vez que veo los alrededores. Siento pasos detrás de mí, supongo que es mi acosador, así que no le pongo importancia. Este piso es igual al primero, solo que no tiene la iluminación de las antorchas, desde aquí se puede apreciar el pequeño patio siendo iluminado por la luna. Me acerco al barandal que me impide una quebradura o de una muerte segura y paso mis dedos sobre él.

«Por alguna razón, siento todo esto familiar. Quizás Celia sepa algo al respecto, pero ¿cómo me comunico con ella sin perder la conciencia?».

Llego hasta el final del pasillo donde hay otro a mi izquierda. Al separarme del barandal, escucho que alguien viene trotando hacia mí. Volteo para ver de quién se trata, pero no me deja tiempo para reaccionar cuando sujeta mi muñeca con brusquedad. Lo veo fijamente, sus ojos verdes brillan más que hace unos minutos.

—¿Eres la hija de Hedeon? ¿Eres Celia o Shayza? —cuestiona entre

dientes.

—Suéltame —ordeno, tratando de zafarme.

—Demetrio —dice una voz detrás de él. Quien me sostiene relaja su agarre sin quitar su expresión de desprecio mezclado con ira.

—No sé cómo puedes tenerla aquí —reprocha.

—Es mi hija, ¿qué querías que hiciera? —Demetrio se aparta, dando media vuelta.

—Podría ser una infiltrada de Hedeon. —Me señala, mientras intento aliviar el dolor de la muñeca.

—Es mi hija —recalca.

—Sabes que en este mundo lo menos que importa es nuestra propia sangre, Layla —anuncia.

—Si es el caso, tú, como mi hermano, podrías ser un infiltrado de los brujos del norte de Berlín. —Aparta la mirada de mí para verlo a él.

«¿Es mi tío? ¿Brujos del norte de Berlín?». No puedo dejar de verlos mientras discuten, temo que si me aparto, se pongan en mi contra, al menos Demetrio. No sé cómo, pero su discusión pasa a los golpes en cuestión de segundos.

Layla golpea su nariz, luego él pateo su vientre, haciéndola caer; ella rueda por el suelo mientras él trata de patearla nuevamente. De Layla emana una flama de color naranja mientras de Demetrio una púrpura, la toma del cuello con ambas manos, ella, para librarse, apoya ambos pies sobre el pecho del otro y se impulsa, dando una voltereta en el aire. Él cae contra el barandal, se sujeta e impulsa para golpear a Layla en el rostro, quien cae contra la pared. Revisa su labio, del cual se puede ver un poco de sangre. Cuando Demetrio se dispone a volver a golpearla ella abre la boca para decir algo.

—Por fin los años demuestran tu fuerza —comenta, intentado provocarlo, vuelve a ponerse de pie. Él sigue viéndola, mientras de sus manos empiezan a formarse unas esferas del mismo color de la flama que lo rodea.

En el fondo se puede escuchar cómo alguien corre hasta la escena, aprecio cómo la cobriza cabellera de Cass se hace presente desde las escaleras. Sujeta a Demetrio por debajo de las axilas mientras sus manos entrelazadas empujan la cabeza hacia al frente. Layla se detiene, mirándolo fijamente, mientras tiene los labios separados de sí, su pecho sube y baja agitada.

—La señorita está presente, ¿podrían dejar sus diferencias para después? —cuestiona Castiel, liberando de su agarre a Demetrio. Éste arregla su corbata, lisa su ropa y respira hondo, parándose derecho. Layla se limpia con

su muñeca la sangre que brota del labio inferior y se alisa la ropa.

—Espero no equivocarme respecto a la chica —anuncia Demetrio, camina hasta las escaleras, pero se detiene—. Ojalá Celia no se apodere de su cuerpo —comenta—, si no, estaremos perdidos.

—¿Por qué es así? —indago, sin importarme de quien venga la respuesta.

—Empezó a ser desconfiado luego de lo sucedido con Bram —responde Layla, volteando a verme—. ¿Qué haces fuera de tu habitación?

Me cuestiono si debo contarle o no. No sé cómo se lo vaya a tomar o si creerá que ando incómoda en este lugar, lo cual es cierto.

—Yo...

—La perdí de vista, lo siento —me interrumpe Castiel, niego con la cabeza mientras levanto la mano.

«Sé que lo hace por mi bien, pero ya no soy una niña como para que me protejan. Debo y tengo que hacerme cargo de mis actos».

—No, Castiel, ya estoy grande para que me defiendas o te eches la culpa. Estaba buscando la manera de conseguir cobertura para llamar a Patricio.

—Quisiera conocer a ese famoso Patricio —dice Layla sin entusiasmo—, pero iré a dormir. He gastado toda mi energía con el decrépito de mi hermano.

—Se despide, bajando las escaleras. Miro a Cass, mientras junto mis manos detrás de mí. Tal vez espero una felicitación por tomar todo esto con seriedad y un poco de madurez.

—Está creciendo —comenta. «¿Cómo no hacerlo con estas noticias? Necesito tomar al toro por los cuernos antes de que me embista con uno».

—¿Sabes dónde puedo conseguir cobertura? —insisto.

—Debe activar el *roaming* —repito lo que dijo el rubio. No sé qué es esa cosa así que me acerco extendiéndole el teléfono.

—La verdad quien puede ayudarte es Korak.

—¿El chico con melena rubia? —Asiente—. ¿No que se llamaba Konith?

—Él posee dos personalidades, Korak es quien conociste hace un rato.

—¿Cómo sabes eso? —indago con curiosidad.

—Siempre la vigilo, señorita.

—Bueno volviendo a lo del teléfono, ¿no hay otra manera? Es que no deseo tener que pedirle ningún favor a él.

—¿Por qué?

—Es algo incómodo, en algún momento te lo contaré —digo, evitando su mirada.

—Bueno, que aprenda a usar los polvos de viajero o los portales, pero

igual no le recomiendo salir. Recuerde que Kaibron la debe estar buscando.

—¿Sabes? Algo no me cuadra. —Me cruzo de brazos con una sonrisa amarga—. ¿Para qué me quiere?

—No lo sabemos, quizás para molestar a Layla, ya vio cómo se llevan.

No es normal que los padres se agarren a golpes por su hija, aunque si nos ponemos a observar detenidamente, los míos no son padres que podamos llamar «normales». Algo no cuadra y no sé cuándo lo descubriré o si llegaré a hacerlo. Aunque, ¿de quién eran los pasos que escuché detrás de mí? Demetrio vino trotando. Puede ser que me seguía y se haya detenido por algo, o puede que me esté convirtiendo en una paranoica.

XVIII

¿Qué debo elegir?

Shayza

Siento cómo una mano se posa en mi hombro, haciéndome volver a la realidad.

—Señorita, aproveche y vaya a bañarse —dice.

Me obliga a caminar a su lado, bajamos las escaleras hasta llegar a su habitación, extiende una toalla de color verde con azul, la tomo, la coloco sobre mi antebrazo y abre su armario en busca de alguna cosa.

—¿Dónde está? —pregunto, refiriéndome al baño.

—No se preocupe, ahora la llevo —anuncia.

—¿Me vas a bañar? —Escucho que se golpea la cabeza con la repisa del armario.

—¡No! Señorita, por favor. —Me entrega una cesta con cosas de higiene personal.

La tomo con una sonrisa divertida. Con un baño de agua caliente puede que tome una buena decisión para llevar a cabo en mi vida, ya que en estos momentos no tengo la mente para pensar con serenidad.

Salimos de la habitación para subir las escaleras que llegan al segundo piso, seguimos andando sin dirigirnos la palabra, subimos el tercer piso y luego hasta el cuarto, apreciando cómo mis pulmones quieren estallar.

Por lo visto tendré que tomar clases de defensa personal o algo parecido, todos aquí parecen asesinos o luchadores profesionales. A excepción de Korak, el parece un corderito, al menos el que conocí aquí.

—Deberían poner un elevador —sugiero, con la voz entrecortada

—¿Elevador? —repito con frialdad. «Tal vez recuerda su escena innecesaria contra Eliot».

—Sí, la caja de metal que sube y baja, te evita este dolor en el pecho. —Palpo con delicadeza el área antes mencionada. Seguimos nuestro camino, al fondo del pasillo hay un ventanal con la figura de una mujer empuñando una espada, debajo de ella yacen varios cuerpos formando una pirámide.

—Señorita, ya llegamos —avisa, tocando mi espalda.

Volteo, topándome con una puerta blanca con un letrero que dice: Mujeres.

Entro al cuarto, sigue caliente y húmedo, como si hiciera poco tiempo que alguien lo ha usado. Es lo suficientemente grande como para doce chicas, hay casilleros en las paredes, bancos frente a ellos, su piso es de losa oscura, al igual que las paredes, y varias antorchas por los alrededores, en un área se encuentra un espejo enorme y debajo varios lavamanos desgastados por el tiempo.

Las duchas están en otro cuarto por decirlo así. En el centro hay varias de ellas oxidadas, con cortinas de color rojo. Para encenderla, debes mantener el pie en un pedal que está bajo ella; acomodo la temperatura del agua y lo piso delicadamente. El agua cae en mi cara obligándome a cerrar los ojos «es la primera vez que estoy en un lugar de estos y, por lo visto, debo acostumbrarme a ello».

Sé que para mañana debo tener una respuesta para Layla, pero me cuesta encontrar la manera de tomarme todo esto. Las brujas, los magos y hechiceros dejaron de ser una fantasía y se volvieron una realidad en este mundo, siempre leí sobre ellos porque, para ser sincera, era y sigue siendo uno de mis temas preferidos, pero pasar de un libro a la realidad son tres pueblos.

Es nuevo y complicado, pero puedo contar con Cass. Creí que en un futuro también podría hacerlo con Eliot, sin embargo, me equivoqué. «¿Cuál será mi habilidad? ¿Hablar con las serpientes? ¿Arrojar bolas de fuego? ¿Dominar los cuerpos de agua? ¿Telepatía? ¿Comunicación con los animales al estilo Blancanieves?». Doy la vuelta dejando caer el agua sobre mi espalda mientras veo en algún punto del techo, «¿habrá más chicos como yo? ¿Que han sido engañados por largo tiempo en sus vidas?».

Si no me quedo, cuando aparezcan mis poderes, ¿no los podré controlar? ¿se apoderarán de mí? ¿Celia se apoderará de mí o me convertiré en un monstruo? ¿Cómo me fusiono con ella? Primero debo conocer mis habilidades y mis limitaciones para poderlas utilizar a mi favor. Un ruido estrepitoso seguido de una maldición hace que me sobresalte.

—¿Quién está allí? —Cubro mi cuerpo cómo puedo, olvidando que delante de mí hay una cortina.

—No te alarmes, soy mujer, creí que no habría nadie —dice con una voz chillona—. ¿Te molesto? Puedo volver después, algunas prefieren la privacidad.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrada a no tener privacidad mientras me baño —digo, refiriéndome a Korak y al pelinegro, del que aún desconozco su identidad, pero obviamente ella no lo sabe, la chica responde con una

carcajada, haciéndose ver.

Es de mi altura, su piel es color canela, su cabello marrón y rizado hasta sus caderas y sus ojos son azules, sin embargo, no como los de Cass si no como una luz de neón.

—¿Qué? ¿Tengo algo en el cabello? —Toma un mechón, revisándolo.

—No, es que tus ojos son llamativos —comento, embobada.

—No te quedas atrás —expresa divertida—. ¿Son naturales o usas algún conjuro para tenerlos así? —Entra a la ducha de al lado. «Tiene razón ¿serán naturales o Celia provoca que sean así?».

—Supongo que naturales. —Me encojo de hombros, fingiendo que no me importa.

—¿Eres nueva cierto? —Asiento con la cabeza.

—Encantada, soy Arundhati —dice, sonriéndome.

«A-Aurun... ¿qué?».

—Soy Shayza, mucho gusto —respondo, ignorando mi torpeza para pronunciar su nombre, debe ser indio o hindú.

—¿Shayza? ¿Shayza Viktish? —cuestiona, sorprendida.

—Prefiero, Hoffman. —Volteo a ver a otro lado, incómoda.

—Oh, lo siento, señor...

—No, no, por favor, tutéame —la interrumpo—. Estoy cansada de que me hablen como si fuese alguien superior. —Asiente, regalándome otra sonrisa.

—Así será.

La chica es bastante parlanchina y divertida. Toma sus cosas y se va, despidiéndose con un ademán, minutos después Cass empieza a llamarme. Cierro la llave, envolviendo mi cuerpo con la toalla, llego a los casilleros para tomar la cesta y me doy cuenta de que no traje la muda de ropa. «¿Cómo puedo llegar a ser tan distraída!». Levanto la mirada hacia la puerta del lugar, camino hasta allí, coloco una mano en la manija y la entreabro.

—Cass... —susurro.

—¿Qué ocurre? —Voltea a verme. Su cabello se ve oscuro por estar húmedo, la iluminación empieza a opacarse haciéndome difícil distinguirlo.

—¿Cómo te lo digo? —Hago una pausa—, he dejado la ropa...

Supongo que su rostro cambia de expresión, haciéndolo retroceder. Antes dije que era divertido verlo así, pero este momento es la excepción.

—¿Cómo pudo olvidar algo tan importante? —Golpea la puerta, suena molesto. Entrecierro los ojos.

— Solo ayúdame... —ruego entre dientes.

—Puedo usar mi habilidad para camuflarla —sugiere.

—¿No puedes ir a buscarla y traerla? —pregunto, sintiéndome apenada.

—Hace poco pasó Demetrio —avisa—. Usted fue testigo de su temperamento.

Suspiro, golpeando mi frente contra la puerta, no puedo creer mi nivel de estupidez que sobrepasa los límites permitidos ante la sociedad. Abro la puerta, voltea rápidamente para ver a otro lado. Me agrada ese lado suyo, jamás me ha faltado el respeto o se ha sobrepasado conmigo.

—Debo tocar a quien quiera camuflar. Espero que luego de esto me cuide si pierdo la conciencia. —Tímidamente, se acerca un poco a mí, me extiende su mano, provocando que lo vea confundida. «Créeme que lo haré». Tomo su mano, dirigiéndonos a la habitación, he dormido a su lado, pero ha pasado tiempo desde que caminamos agarrados de las manos, de pequeña lo hacía mucho.

Recuerdo que siempre lo hacía llevarme al bosque a buscar cualquier animal, el primer recuerdo que tengo sobre nosotros es cuando tuvo que trepar un árbol para bajar a un gatito, al que decidí llamar Toby. Luego, distinguí de quien era el animal y debimos devolverlo a su dueña, una mujer madura quien claramente no nos recibió de buena manera.

Después de eso, hay cosas que me cuesta recordar o, bien, líneas que no encuentro en mis recuerdos, fechas que veo en blanco como si hubiera muerto ese día o me hubieran borrado la memoria, pero ya se me han revelado ciertas cosas. Puede que a medida que avance el tiempo, me entere de más de estos recuerdos que no tengo claros, me gustaría volver a ese tiempo, cuando nada me preocupaba y todo era normal, ignorando el apodo que me dieron los habitantes.

Llegando a nuestro destino mi cabeza empieza a doler.

«¿Es la señal de que Celia aparecerá?».

—Oye... —El dolor se intensifica haciéndome perder el conocimiento.

Celia

—Señorita... —Me sujeta entre sus brazos antes de que mi cuerpo golpee el suelo.

«¡Estoy entre sus brazos mientras el aire llega a partes que no debería! Es el mejor día de mi vida, además de haber aparecido dos veces en uno».

Abro los ojos, observando discretamente mi alrededor, llegando a comprender que esto es malo, estar en el instituto de mamá significa que Shayza ya sabe sobre mí y mi fin podría estar cerca. Sujeto su antebrazo, mirándolo a los ojos.

—¿Celia? —Lo empujo para tratar de huir, pero él me agarra de la cintura, empujándome al interior de la habitación.

—Creo que no estás muy contento de verme —comento, viéndolo sobre mi hombro.

—Ah, ¿tú crees?

—Nuestro beso... ¿Te confundió? —Doy la vuelta con una sonrisa picarona.

Su cara relajada desaparece, regalándome una de disgusto, sabe cómo soy y mis intenciones, que soy capaz de quitarme este pedazo de tela para molestarlo. Camina hasta la cama sin quitarme la mirada, lo veo con una media sonrisa, toma una muda de ropa y la lanza sobre mi cara; la atrapo sin problemas y se dirige a la puerta.

—¡Cass! —exclamo, intentado que no huya.

—Habla cuando tengas ropa —informa.

—Deberías, dejar de pensarlo tanto y aceptarlo —comento.

—No hables de lo que no sabes. —Me señala molesto con su dedo índice.

—Entonces... ¿Te gustó el beso? —Muerdo mi labio—. Al fin de cuentas, el cuerpo es el mismo, lo que cambia es nuestra personalidad.

—Espero que cuando vuelva, quien esté aquí sea la señorita. —Sale cerrando la puerta casi de golpe.

Yo soy esa cosa mientras Shayza es la señorita. Ella es quien se queda con lo mejor, vive y yo morí por culpa de la mentalidad de mamá, nunca se hizo un ultrasonido o llevó un seguimiento apropiado, no creía en la medicina humana. Todo para ella tiene una explicación mística o algo sobrenatural. Nací con el cordón umbilical alrededor del cuello, mi única manera de aferrarme a la vida fue juntar mi alma con la de Shayza, arrebatándole sus poderes, sin embargo, en este momento no tengo claro cómo lo hice. Cuando volví a resurgir, fue por aquella asquerosa humana. Pero, de cierto modo, le agradezco, aunque soy la que tiene que vivir de esta manera, Shayza lo tiene todo en bandeja de plata.

Pateo la cama, me quito la toalla y me visto lo más rápido que puedo. Debo permanecer en este cuerpo el mayor tiempo posible. Camino hasta la puerta, la cual se abre antes de que mi mano toque la manija, el pelirrojo cierra la puerta detrás suyo mientras estamos cara a cara.

—Vaya, menos mal me he vestido. —Le muestro la lengua, coloca el dedo índice sobre sus labios indicando que guarde silencio.

—El profesor está dando una ronda por los pasillos, si vas a quedarte vete a dormir —susurra, apuntando la cama.

Si quiero permanecer aquí debo estar despierta, solo debo dormir si tengo que reponer energía y eso será cuando aprenda a controlar este cuerpo.

—No —expreso arrogante.

—Celia, por una vez en tu vida hazme caso —ruega—. No quiero verte, se me dificulta ver a la señorita como mi protegida.

—Puedes tenerme, pero decidiste enamorarte de ella —reprocho, cruzándome de brazos.

—No estoy enamorado.

—¿Obsesionado?

—Claro que no. —Lo miro fijamente.

«Ay, Castielito..., si vieras lo que puedo observar en tu corazón, puedes engañarte a ti mismo, pero a mí, jamás». Pongo la mano sobre mi pecho, decepcionada.

No voy a darme por vencida contigo, soy quien sabe controlar todo esto, Shayza lo único que tiene místico son sus ojos, en cambio lo tengo todo para ser una bruja excepcional. No puedo permitir que me siga arrebatando lo que merezco, lucharé hasta el final, no tengo nada que perder. «Bueno, mi oportunidad de tomar su lugar, pero no voy a cruzarme de brazos por pequeñeces. ¿Qué clase de bruja sería?». »

Necesito seguir aumentando mis poderes, no quiero dejar de existir, desaparecer junto al viento. Tengo muchos planes para mi futuro y no dejaré que nada ni nadie entorpezca esa meta, no puedo permitir que todos se confabulen en mi contra y a su favor. Llevaré conmigo a quien se interponga. En este momento, no me importan los demás, a excepción de Castiel; podría matar a mi propia madre si fuese necesario.

XIX

Un poco de mí (parte I)

Castiel

Nací en Gorod Koldunov, Rusia; un lugar con clima cálido, pero que siempre permanecía nublado. Se halla en el centro y no es muy grande o simplemente conocido, bien se podría pasar cerca y no lo sabrías.

Cuando tenía siete años mis padres me abandonaron. No puedo decir mucho sobre ellos, ya que no los recuerdo, pero me marcaron por el resto de mis días. Mientras vagaba sin rumbo alguno, robaba para sobrevivir o mataba. Un hombre de avanzada edad me sacó de las calles; un curandero, para ser precisos: un brujo, Vladimir Kozlov. Viví con él hasta cumplir los quince, cuando mis poderes ya estaban desarrollados, perdí a mi padre de forma natural. Por él ser curandero, mis habilidades mejor trabajadas eran las de sanación y pociones. Tiempo después, un sobrino de mi padre me acogió en su casa junto a su mujer y sus dos hijos, una chica adolescente y un bebé de pocos meses de vida.

Llegué a enamorarme de aquella joven luego de vivir tres años junto a ellos, estuve con ella hasta que decidió irse al otro lado. Yo ya había alcanzado mi edad límite y tuve que verla morir. No pude darle una familia como hubiera querido, pero sí mi amor incondicional.

—Castiel, siento irme antes que tú. —Tomó mi mano, llevándola a sus labios para darle un beso. Pasé la mano sobre su cabello blanco, las lágrimas brotaban de mí. Sabía en lo que me había metido cuando quise enamorarme de una humana, pero no cuánto dolía. Coloqué mi dedo índice sobre los labios mientras decía: «Shhh...».

—Ambos sabíamos en lo que nos estábamos adentrando, pero decidimos continuar. —Besé sus labios, tratando de aguantar las lágrimas.

—Tú seguirás siendo joven hasta sabe Dios cuándo —comentó, acariciando mi mejilla—. Espero que vuelvas a sentir algo por alguna chica que se lo merezca.

Fue ahí cuando cerró los ojos y no volvió a abrirlos, ella me amó, sabiendo lo que era: un monstruo escondido bajo la piel de un humano, un brujo. Recosté mi cabeza sobre su pecho, debía irme, pero no quería aceptar

su partida.

Los cazadores estaban pisando mis talones, no tenía mucho tiempo en mis manos. Le di un último beso, cuando empezaron a golpear la puerta. Salí por la ventana para terminar huyendo hacia Estados Unidos.

Viví muchísimos años entre las tinieblas, haciendo favores ilegales con otros brujos, aprendiendo técnicas de combate, otros idiomas y más conjuros. Casi doscientos años después, conocí a Layla Viktish. Quien me apoyó cuando más lo necesité, me uní a su clan, aunque no me guiase por el odio y mucho menos por la avaricia (o eso quería creer).

Estuve presente en el nacimiento de las mellizas, aunque una no sobrevivió, llegó con el cordón umbilical enrollado en el cuello; no tuvimos oportunidad de salvarla, ni siquiera con mis habilidades o las de Layla. No obstante, dos días después de esa tragedia, ocurrió algo peor: teníamos una rata en nuestro clan: Bram Loffom, quien secuestró a Shayza. Nadie sabía cómo o por qué lo hizo. Layla me encargó que me infiltrara entre los brujos del norte de Berlín. Estuve tres años con ellos, escabulléndome hasta los del primer rango, pero jamás hubo una noticia de la niña. Volví a contactar a Layla, ordenó que me infiltrara con Kaibron quien, al ser el padre de la niña, podría tenerla por el simple hecho de hacerla sufrir.

Llegué a su guarida, una villa llamada Windville en Rosewhite, al lado de Canadá. Para poder infiltrarme, tuve que decir que era uno de los que ayudó a Bram Loffom a secuestrar a la criatura. Tomaron la mentira sin pensarlo dos veces, pero tenía una condición; no salir de la isla por nada. Esto me causaba problemas para comunicarme con su madre.

El primer día que la conocí, estaba nervioso, ya que sería el primero del clan en verla luego de tanto tiempo. Cuando llegaron donde mí para presentarla, ella portaba un overol de mezclilla, zapatillas de color azul turquesa y una blusa de manga larga. El cabello le llegaba sobre las orejas y sus peculiares ojos eran lo primero que notarían los humanos.

—Cariño, él es Castiel —avisó—. Será quien te cuide y juegue contigo —señaló Patricio, mientras sujetaba la mano de la pequeña.

—¿Por qué no lo puedes hacer tú? —le preguntó a Patricio con la voz aguda. Él se agachó, quedando a su altura, le arregló el cabello y sujetó su rostro con ambas manos.

—Papá necesita ayuda para cuidarte —comentó, acariciando su cabello—. No te preocupes, Castiel es un buen hombre. —Besó su frente. La niña caminó hasta mí y me agaché para poder estar a su altura. Tocó mi cabello que para

ese tiempo estaba corto.

—Antes no había visto a alguien con mi color de cabello.

Me recordaba a Layla, pero con el cabello cobrizo y los ojos de otro color, sin embargo, sus facciones eran las mismas.

—Veo que te has encariñado mucho con ella —le comenté a Patricio.

—Hasta un demonio sin corazón lo haría. Ella es capaz de descongelar el corazón más frío —afirma, Shayza se agarró de mi brazo, provocando que la viese.

—¿Qué sucede? —pregunté

—¿Me lleva a buscar conejos?

Aunque yo tuviera más de doscientos años, su manera de hablar me causaba ternura. No podía dejar que vieran mi lado débil. Los hombres de Bram eran apáticos y seres sin alma.

Cuando cumplió los seis años, conocí a Celia. Nunca creí que se aferraría a la vida juntándose al alma de Shayza, eso disponía de un gran problema que deberíamos cortar de raíz, pero era imposible. Solo ella podía hacerlo.

—Cass, Cass —dijo, halando mi camiseta—. ¡Mira, mira! —Dirigí mi vista a donde estaba apuntando, en un árbol había un gato blanco con ojos verdes. Volví a verla, tratando de suplicarle piedad.

—Se puede caer, Cass —anunció, viéndome con ojos de cordero.

—¿Debo trepar?

—Sí —dijo sin rodeos.

—Quédate aquí. —Asintió repetidas veces con las manos entrelazadas. Caminé hasta el árbol y subí por él como lo hace un mono. Detrás podía escuchar cómo me echaba porras a medida que subía. Tomé al temeroso animal y lo sujeté contra mi pecho. Me solté, aterrizando de pie. La niña corrió hasta mí y le entregué el animal.

—Creo que es el gato de la señora Kenneth —comentó.

La señora Kenneth, una mujer con más de cincuenta años quien creía que todo lo hacía el demonio.

Salimos del bosque para poder llevarle el pobre animal a la señora. Caminamos unos diez, quince minutos. Era de día, la señorita se levantaba a partir de las siete e iba a saltar a mi cama. Para solo llevar tres años cuidándola, nos habíamos hecho inseparables.

Llegamos a una casa de madera bien estructurada de color rosa y blanco. Tenía un pequeño jardín lleno de flores bien cuidadas y gnomos de diversos colores como decoración. Caminamos hasta la puerta y la golpeé con los

nudillos a la espera de que la abriesen.

—¡Voy! —Se escuchó del otro lado. Volteé para ver a la señorita, quien estaba entretenida acariciando a la bola de pelos.

Era tan pequeña que me llegaba un poco más bajo la cintura. La puerta se abrió, haciéndome darle toda mi atención.

—Discul... —Fui interrumpido.

—¿Qué hace la hija del diablo aquí? ¿Por qué tiene a Algodón? —Le arrebató al gato.

—Perdone, pero es solo una niña para ser llamada así —expresé con desagrado.

—Los demonios no son niños —advirtió—, son criaturas abominables. — Cuando iba a responderle, la señorita se aferró a mi pierna. Volteé a verla y todo el cabello estaba cubriendo su rostro.

—No te preocupes, Castiel. Satán la está buscando para que pague por sus pecados siendo torturada por el resto de la eternidad.

Aquellas fueron las palabras que salieron de la boca de la niña, pero, obviamente, no era Shayza, se trataba de su melliza.

—¡Te lo dije! —exclamó la señora, cerrando la puerta de golpe, me agaché quedando a su altura, acaricié sus hombros, tratando de que me viera. Ella seguía con la cabeza inclinada como si viera algún punto fijo en el suelo.

—Oye, ¿qué sucede?

—¿De qué hablas, Cass? ¿Te asusta conocerme? —Volteó a verme con una media sonrisa.

Desde ese día, Ezequiel creó un suero inyectable para evitar la aparición de Celia. Al tiempo, nuestro jefe empezó a utilizar bastón como apoyo.

A los nueve años Celia volvió a reaparecer para tomar venganza en contra de la señora Kenneth, le había prendido fuego a su casa, podía oler las cenizas y la carne quemándose. Celia sostenía a un gato blanco entre sus brazos, admirando con entusiasmo aquella catástrofe.

—Te dije que el diablo la haría pagar por sus pecados.

Inyectar el suero se hizo tarea diaria, tuvimos que decirle que tenía una enfermedad y si no lo usaba podría morir.

Algo muy cruel para una niña, pero no podíamos dejar que sus instintos revelaran la existencia de los brujos. Shayza ya tenía la edad para que sus poderes salieran a flote, tener a dos futuras brujas no estaba en nuestros planes y mucho menos con la diferencia tan brusca de sus personalidades.

Habían pasado cuatro años, gracias al suero, ella no había vuelto a

aparecer, hasta ese día cuando llevé a la señorita de compras; Shayza quería un vestido. Deseaba verse bonita para hacer amigos aparte de Wyatt y Dixon. Cuando salió del probador, luego de medirse unos cinco vestidos, la noté distinta: egocéntrica, para ser exacto.

—Cass, esto se me ve fantástico —anunció, dando una vuelta delante del espejo.

—¿Celia? —Volteó a verme con una sonrisa.

—¿Si no quién? Iré a cambiarme. —Entró al probador. La esperé, cuando salió, la tomé del brazo, saliendo de allí lo más rápido posible, ya había visto de lo que era capaz, pero no sabía si lo volvería a hacer. (No correría el riesgo, no de nuevo).

Sus dieciséis primaveras llegaron, Celia no había aparecido. La señorita empezaba a ir sola de la casucha al colegio. El problema empezó cuando llegaba a la casa con los libros mojados, sin algún zapato o algún chicle en su cabello.

Pasé un hielo sobre la masa de color blanco, pero no surtió efecto.

—Creo que debo cortarlo. —Escuché cómo soltó aire, fastidiada.

—Haz lo que creas —expresó sin interés

—Señorita, ya le he dicho que si vuelven a hacer este tipo de barbaridades, me avise. —Tomé el mechón con el pedazo de chicle, mientras buscaba alguna tijera en los cajones detrás de mí.

—En algún momento, todo acabará. —Esas fueron las últimas palabras que pronunció antes de que el filo de las tijeras se deshiciera de aquella masa pegajosa.

Ese fue el inicio de un ciclo lleno de acoso escolar. Después de dos meses, la señorita tardó en volver; solía salir alrededor de las dos de la tarde y llegaba en menos de cinco minutos; la esperé cinco minutos más, pero no volvía. Decidí buscarla, tomé una chaqueta porque el día estaba claro, pero helado.

XX

Un poco de mí (parte II)

Castiel

De tanto buscarla, al fin di con ella, pero algo no estaba bien: se encontraba recostada en el tronco de un árbol, podía ver cómo temblaba, su ropa estaba desgarrada y en su espalda se podía leer unos trazos que decían hija de Satán. Todo eso me dio un indicio de lo que había sucedido, sentí que las piernas me temblaban, mi mandíbula se tensó y una rabia inmensa empezó a recorrer mi ser. En ese instante deseaba que esos malditos pensamientos no fueran verdad, anhelaba creer que Celia había aparecido. Sin embargo, intenté controlarme tenía que verme fuerte ante ella.

No era capaz de creer hasta dónde podía llegar un miserable ser humano cuando se trataba de ser tolerante con las personas que no son como ellos. (Nunca debí creerle, debí llevarla y traerla del colegio o, bien, no tomarme esos cinco minutos de más. Quizá hubiera hecho la diferencia y ella no estaría delante de mí de esta manera, no la hubieran mancillado). Me quité la chaqueta y la camisa para cubrirla, y así poder llevarla a la casa. Los culpables de eso debían pagar un precio alto por lo que hicieron. Yo sería quien se encargaría de ello.

—Señorita, no se preocupe, haré que lo olvide todo —aclaré, tratando de calmarla.

—Aléjate de mí... —dijo, casi en un susurro. Aquellas palabras me lastimaron como más nadie había hecho; habían lastimado a la señorita, a mi protegida. La cargué en mis brazos y ella solo se tensó, podía sentir cómo su cuerpo temblaba y lo frío que estaba. Corrí hasta la casa, golpeé repetidas veces la puerta hasta que Patricio abrió, dejándome pasar.

—¿Qué le pasó? —indagó con voz entrecortada.

—La lastimaron —mencioné sin dar más detalles, recostándola boca abajo en un sillón—. Llama a Ezequiel, necesitamos borrarle la memoria —ordené, Patricio salió corriendo al pasillo y, desde mi posición, se podía escuchar cómo le daba vuelta con torpeza al disco del teléfono.

Si no hacía algo en ese instante, podría perderla. Junté mis manos,

conjurando todos los hechizos de sanación que sabía en distintas lenguas. De ellas empezó a surgir una flama de color verde, la cual se hacía más grande a medida que continuaba. No quería verla sufrir, quienes debían hacerlo eran aquellos monstruos; me encargaría de ellos al día siguiente. Les arrebataría la vida como lo hicieron con ella. Delante de mí apareció Ezequiel, entre flamas, con su cara casi inexpresiva.

—¿Qué pasó? —Avanzó hasta mí, analizando el estado de la señorita—. No, ya lo sé. —Suspiró acomodándose cerca de la cabeza. Cerró los ojos, puso sus manos en ambos costados de la cabeza mientras movía los labios, sin decir nada. De sus palmas empezó a emerger un hilo de luz color azul que conectaba con la señorita.

—Necesito que describas a quienes hicieron esto.

—Cállate —ordenó, Patricio nos veía desde una esquina con lágrimas brotando de sus ojos.

Me sentía impotente, desde ese momento me prometí a estar junto a ella las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana.

—Martín... castaño, moreno, ojos oscuros, alto. —Inclinó la cabeza hacia al frente—. Jaime... rubio, blanco, ojos verdes y de estatura media. —A medida que las descripciones salían de su boca, mi piel se erizaba y el enojo crecía. Eran ellos los que la habían molestado durante tanto tiempo, quienes le hicieron esto.

—Jessica.

Jessica... Jessica, era la que lideraba un grupo de chicas sin cerebro. En ocasiones la vi desde lejos, me parecía una chica sin gracia, sin dignidad ni orgullo, necesitada de atención.

—No debiste darle tanta libertad, Castiel —reclamó—. ¿Sabes para quién trabajas?

—Claro que lo sé —confirmé, dejando caer el conjuro sobre ella.

Al día siguiente, ya no recordaba nada. La llevé al colegio; un lugar no tan grande y de clase media, había muchos padres despidiéndose de sus hijos o dejándolos delante de la entrada sin ayudarlos a llevar la mochila. En una esquina estaba Jessica con su grupo de cabezas huecas y al lado de la entrada estaban aquellos monstruos asquerosos a los que pronto les llegaría su hora.

—No tienes que venir a buscarme —dijo, deteniéndose en la entrada. Revolví su cabello, fingiendo que el día anterior no se me había hecho mierda el corazón.

—Su padre me lo ordenó, usted sabe que debo hacer lo que pida. —

Asintió, caminando al interior. Me erguí, cruzando los brazos sobre mi pecho, observando mi alrededor. Los chicos que abusaron de ella la veían mientras entraba.

—*Ostanovit' vremya...* —susurré en ruso, provocando que el tiempo se detuviese. Alcé mis manos en su dirección, conjuré algo más, haciendo que los culpables levitaran, para así poderlos llevar hasta el bosque donde les esperaba su pedazo de infierno.

Caminé en lo más profundo del bosque, llegué a una cabaña abandonada; dentro de ella, ya había preparado los instrumentos que utilizaría y una mochila con un cambio de ropa. El lugar estaba cubierto de plástico por las posibles salpicaduras de sangre, la única luz que se podía apreciar era la de la mañana.

Coloqué a cada uno en su respectivo asiento. Estaban acomodados formando un círculo alrededor de la mesa con los utensilios. Chasqué mis dedos, haciendo que el tiempo tomara su rumbo. Los tres jovencitos me miraban confundidos mientras pensaba qué elegiría y quién sería el primero.

—Ca-Castiel... ¿Qué haces? —preguntó Jessica con su aguda y sucia voz. Volteé para verla sin ninguna expresión en el rostro. Ella me veía confundida, al igual que los otros dos. Tomé un bisturí, dándome completamente la vuelta hacia ella.

—¿Quién fue el primero? —Intercambié miradas con cada uno. Sus rostros mostraban espanto con una mezcla de confusión.

—¡No sabemos a lo que te refieres! —exclamó Jaime, inclinándose en su silla, caminé hasta él y me agaché viéndolo detenidamente.

—Fuiste tú ¿verdad? —Acerqué el bisturí a su rostro y se apartó cerrando los ojos—. ¿Por qué lo hicieron?

—¡Todo fue plan de Jessica! —gritó Martín. Volteé para ver a la chica.

—¿Con qué fin? ¿Qué ganas con hacerle daño a una compañera?

—¿Qué gano? —inquirió cínicamente—. Gano poder, que todos sepan quién manda en el colegio. —Se echó hacia atrás con una sonrisa de lado.

—Castiel, déjamela a mí —ordenó Ezequiel, apareciendo detrás de la chica, apoyó sus manos en el espaldar de la silla para luego agacharse—. Yo podré hacer que sienta lo que la señorita sufrió, pero sin ponerle un dedo encima. —Besó su mejilla, volteando a verme con una sonrisa tétrica, sus ojos habían tomado un color rojizo y sus dientes se hicieron afilados.

Los humanos creen que las brujas o brujos son seres con apariencia humana que lanzan rayos con sus manos, pero se equivocan. Nuestra forma

real es ver a un monstruo digno de vivir en el infierno: largas orejas, colmillos afilados, amplias fosas nasales, fuertes y musculosas extremidades, garras oscuras y protuberantes, piel fría y pálida, ojos de mirada penetrante y vacía.*

Me acerqué a ella, apoyando mi mano en el espaldar, mientras la hacía ver el bisturí. Suspiré antes de clavarle el utensilio en el muslo, provocando que gritara con todas sus fuerzas.

—Heriste a mi protegida —dije, rotándolo de a poco, incrementando su dolor—. Le arrebataste la juventud. Es por eso que haré lo mismo contigo. —Apreté sus mejillas, obligándola a abrir la boca, saqué mis garras, tomé su lengua con ellas y la atravesé rebanándola en dos. Intentó balbucear algo, pero no lo logró. Golpeé su frente, conjurando un hechizo para detener la hemorragia. No quería matarla, ella debía seguir viva recordando esto una y otra vez.

Ezequiel colocó sus manos en las sienes de la chica mientras conjuraba algo en otro idioma. Le arrebaté el utensilio del muslo, dando la vuelta para acercarme a alguno de los chicos quienes se encontraban sollozando, tratando de liberarse.

—No tan rápido, el juego solo está comenzando —informé—. Les volveré a preguntar, ¿quién fue el primero?

—Martín —reveló Jaime, volteé donde Ezequiel, que seguía perturbando a la chica.

—Haz que vea todo lo que haré, pero que en un futuro no pueda decirlo —ordené, volteó a verme para asentir y seguir en lo suyo con una sonrisa. Miré a Martín, quien estaba llorando como una Magdalena. (Sabía o imaginaba lo que le haría, pero no con qué velocidad)—. Bueno. —Palmeé su rodilla, poniéndome a su altura. Él se tensó ante mi tacto sin dejar de llorar—. No llores, debes hacerte cargo de tus actos.

Tardé alrededor de unas cinco horas torturando a aquellas ratas. Salí de la cabaña cubierto de sangre, debía quitármela antes de llegar a la casa de Patricio, así que seguí adentrándome al bosque con una mochila en mano, mientras un Ezequiel extasiado seguía mis pasos. Al llegar al río más cercano, dejé caer la mochila a un lado para arrodillarme y empezar a limpiar mis brazos hasta llegar a la cara.

Los gritos, las súplicas y sus caras empezaron a repetirse en mi mente, pero no les hice caso. Lo que había hecho estaba bien, cobré venganza por un acto atroz. Me quité la ropa para zambullirme en el agua, me alejé de la orilla mientras veía a Ezequiel tirado en el césped.

Siempre sospeché que era un demonio, pero no. Es cien por ciento brujo, uno muy fuera de sus cabales, al menos cuando muestra su verdadera personalidad.

Volví a la casa como si nada hubiese pasado, Ezequiel volvió a su cueva, con la adrenalina a su máxima potencia. La señorita estaba en la cocina, sumergida en tareas con su ropa casual. Verla me recordaba al día anterior, cuando la lastimaron, seguía sintiendo esa impotencia por no haberlo evitado. Dejé la mochila en una esquina antes de entrar a donde estaba ella.

—¿Ya comió? —pregunté, yendo al refrigerador, negó con la cabeza sin apartar la mirada de su cuaderno—. ¿De qué quiere el emparedado?

—Cass, creo que eres el único que dice eso en estos días. —Rio, volteando a verme, su expresión era la misma de siempre.

Yo sería capaz de evitar su futuro sufrimiento o eso sentí cuando vi sus labios formarse en una encantadora sonrisa.

—Ya sabe que soy extranjero, señorita —dije, buscando los ingredientes en el refrigerador y en la alacena. Escuché cómo se puso de pie para caminar hasta mí.

—¿De dónde exactamente? —curioseó, apoyando sus brazos en la encimera. Volteé para verla sacando una rebanada de pan.

—Rusia.

—¿Rusia? Dime algo en *rusio* —bromeó.

—Sería algo en ruso, señorita —aclaré, entregándole la comida. Ella lo tomó sonriendo.

—Perdón. Ruso. —Me mostró su lengua antes de llevárselo a la boca.

Desde que creció me hacía pasar malos ratos y muchas bromas, aun así, le tenía mucho cariño y sigo teniéndolo. Además, me hacía y hace olvidar a Irina.

XXI

Expulsada

Celia

Decidí aceptar quedarme aquí, no me quedaría vagando por allí con todos los peligros que hay, no soy pendeja.

Ha pasado tiempo, casi un mes, desde que poseo su cuerpo y finjo ser ella. Las venas se están inflamando como las de un adicto a alguna sustancia ilícita, cada día, las ojeras se me hacen más visibles y la piel se llena de ampollas, obligándome a usar un poco de magia, vestir con ropa recatada y lentes que me ayuden a disimular. No obstante, me han obligado a dormir al lado de una chica con nombre que no se puede pronunciar a la primera, tercera o décima vez, mas no se calla: habla hasta dormida.

Qué fastidio. Lo peor que ha pasado es que he estado fingiendo ser humilde, un tanto quejona y un poco madura. La cabeza no ha dejado de dolerme por tener que esconder quien soy.

Me dejo caer sobre un asiento, cerrando los ojos; segundos después, alguien entra, dando un portazo, perturbando mi paz y paciencia.

—¡Shayza! ¡Estaremos juntas en tres clases! —grita, dejando un pedazo de papel en mi regazo—. ¿Sabes lo que significa?

«Que te mataré si no te callas y me dejas traer de vuelta a mi hermana».

Resoplo por estar molesta, dejo caer el papel al suelo para ponerme de pie, salgo de la habitación, ignorando sus reclamos, a la vez, cierro la puerta y estiro mis brazos, dejando salir un quejido. El día está lluvioso y frío, puedo ver cómo caen las gotas desde el último piso donde estoy. Miro hacia abajo, notando unos cuantos estudiantes con paraguas de diferentes colores. «Brujos usando paraguas, increíble». El inicio de las clases es la próxima semana, lo cual no me emociona mucho. Mi querido Castiel salió a hacer unos mandados, dejándome sola con la parlanchina, aunque bien, no he querido acercarme mucho pues, sé que me descubriría.

Apoyo un brazo sobre la columna a mi derecha, noto cómo un estudiante jamás visto se pasea por los alrededores bailando bajo la lluvia y al parecer

soy la única que logra verlo. Tiene el cabello rubio, largo y viste con colores opacos. Obviamente no es Korak o su abuelo Konith. Observo con detenimiento, inclinándome más al vacío, tratando de ver su rostro con las nuevas habilidades que mi cuerpo acopla. «¿Será hijo de puta? ¿Qué hace aquí?».

Salto el barandal sin pensarlo dos veces, elevo mis brazos y doblo un poco las rodillas para que cuando aterrice, lo haga de cuclillas. Gracias al instinto de brujo, pequeñas partículas recorren mi cuerpo para disminuir la velocidad a la que caigo. Él comienza a caminar por un pasillo que al parecer no tiene fin, voy detrás, evitando el mayor ruido posible al tocar el húmedo césped. A medida que avanzamos, el lugar empieza a perder la claridad de las antorchas, volteo para mirar detrás de mí, siendo incapaz de ver algo o a alguien. Regreso mi vista, llevándome la sorpresa de que el hombre ya no está. Apuro el paso hasta el final, donde me lo encuentro, apoyando su espalda y una pierna contra la pared, a la vez que cruza los brazos sobre su pecho. Al notar mi presencia, voltea a verme con una sonrisa maliciosa.

—Vaya, Celia —expresa indiferente—. ¿Cuánto tiempo?

—Sí, Bram, cuánto tiempo —digo, copiando su pose con una sonrisa amarga. Empieza a caminar hasta mí; estando cerca, me toma del cuello, haciéndome sentir el filo de sus garras. Lamo mis labios, parándome de puntillas por la evidente diferencia de alturas.

—¿No se supone que seas una chica hermosa? —inquire, descubriendo mi brazo—. ¿Qué ocurre? —pregunta burlón.

—Ocurre que ella lucha por salir a flote —explico, zafándome de sus garras, lame sus labios formando una sonrisa viciosa, mientras ve a lo último del pasillo y vuelve a verme.

—¿Te ayudo con eso? —Camina, hasta quedar detrás de mí—. Sabes quién soy y eso implica un gran peligro para mí. —Golpea mi espalda con tal fuerza que me hace caer de rodillas contra el suelo de madera.

Volteo para reclamarle por ello, pero ya no está ahí y el cuerpo de Shayza yace inconsciente en el suelo. Miro las manos y el resto de mi cuerpo, encontrándome desnuda, gateo hasta su cuerpo, intentando tocarlo, pero solo logro pasar mi mano a través, como si nos repeliéramos. «¡Maldito seas Bram Loffom! ¡Y Maldita sea la seguridad de este lugar!».

Me pongo de pie torpemente. Decidida, vuelvo a dirigir mi mano a su cuerpo, tratando de volver a unirme con ella. Al no tener efecto alguno, maldigo varias veces, mirando nuestros alrededores.

«¡Esto es lo que me gano por querer poseerla! Oh, qué bien hago mi papel como Shayza...». Coloco una mano en mi pecho, a la misma vez, en mi rostro se dibuja una mueca de desagrado.

Empiezo a correr en dirección a la oficina de mamá. Frente a la puerta, suspiro, para luego atravesarla sin problemas. La lluvia ahora es más fuerte, solo se puede escuchar las gotas y el sonido del lápiz de carbón sobre un papel. Mamá se encuentra escribiendo algo sobre su escritorio, su cabello está recogido, esta vez tiene un labial púrpura y viste con distintos tonos de azul.

—Mamá... —susurro, camino hasta delante del escritorio. Por un momento, levanta la vista, pero vuelve a su asunto.

«Aquí me queda claro el nivel de su poder».

Salgo de allí para buscar qué ponerme, esta sensación de mis pechos libres a su merced no me agrada. «Aunque, ojalá me tropezara con Castiel». Si alguien debe matar a aquel renacuajo debo ser yo, lo haré agonizar. Mientras camino por el pasillo, un grupo de chicos hablando de sus salidas a bares viene de frente, paso entre ellos, pero tropiezo con una chica haciendo que caiga sobre su trasero.

—Perdón —se disculpa, sentada en el suelo. Toma sus libros y vuelve a ponerse de pie—. ¿Qué haces desnuda?

«Arundhati o cómo se diga ¿pude verme? ¿Cómo es posible que ella lo logre y mi madre no?».

—¿Puedes verme? —inquiero, viendo a todos lados, ella frunce sus labios, mirándome de pies a cabeza.

—Sí... —confirma, pensativa—. ¡Oh! Ya entiendo, eres un alma sin cuerpo. —Me hace una señal con la mano para que la siga y suspiro con pesadez, yendo tras ella.

A la vez que caminamos, habla sin parar, moviendo su larga cabellera de un lado a lado, su falda es tan corta que desde aquí puedo ver lo que no debería. «Podría decir algo al respecto, pero al menos ella tiene un pedazo de tela». La chica me hace caminar hasta el tercer piso y entrar a un aula de ciencias o de pociones. El lugar está lleno de jarros con líquidos de diversos colores, ojos, patas de algunos animales, polvos, animales disecados, etc.

Está iluminado gracias a una inmensa lámpara con velas en ella, posee ventanales de colores, los cuales te dificultan ver al exterior o al interior, depende donde estés. En una pared, al lado del pizarrón y del escritorio del profesor, hay un estante con un sinfín de libros. En el medio, permanece un gigantesco caldero de plata; a unos pies de él, empiezan los pupitres que están

al borde de la destrucción. El piso tiene imperfecciones, haciéndote difícil el andar, las paredes son de piedras y arañas que caminan por ellas.

La chica deja sus cosas sobre una mesa, haciendo ruido totalmente innecesario. «¿Siempre necesita llamar la atención?». Camina hasta el área de los jarros, tomando varios entre sus brazos y los lleva al escritorio.

—¿Cómo me vas a ayudar? —indago sin esperanzas, llegando donde ella.

—Te ayudaré a ir al otro lado —avisa, convencida.

«No lo creo».

—Oye, tengo un cuerpo... —comento.

—¿Qué pasó con él? —pregunta, dándome una cara de incredulidad.

—Bueno... —Arrastro un poco la palabra—. Digamos que la seguridad de este instituto súper mágico —expreso con sarcasmo—. No es muy buena. —La chica se acomoda viéndome de frente, apoyando una mano sobre el escritorio

—¿A qué te refieres?

—Bram Loffom, me hizo esto —suelto sin una pizca de gracia y una mueca de desagrado. Sus ojos neón casi se salen de las cuencas, a la vez que escucha el nombre de aquel hombre.

—Eso es imposible —dice, vertiendo ojos de rana en el caldero—. Usamos un muro como seguridad.

—Pues vaya mierda de muro —comento, apoyándome en el escritorio—. Quizás los humanos no puedan entrar o sean expulsados desde el interior, pero, cualquier ser místico sí —aclaro—. Además, recuerda de quién estoy hablando.

Niega con la cabeza, sin querer aceptar lo que le revelé, mientras añade baba de caracol rojizo y pelaje de murciélago a la mezcla. Pongo los ojos en blanco, dando la vuelta para caminar hasta el estante. Cubro mis pechos con una mano para mantenerlos en su lugar, con el dedo índice trazo una línea sobre un libro, lo volteo y froto el pulgar contra el polvo. Miro el ventanal, tomando un libro al azar; en su portada dice: *magicae nigrae*, lo que traducido al español significa magia negra. Lo abro, ojeando cada página; está en latín y lo entiendo sin problema alguno; vuelvo a dejarlo en su lugar para tomar otro con una cubierta de piel de zorrillo. Una maldición de la chica me hace girar a verla con desinterés.

Se ha derramado encima vísceras de rana. Dejo el libro en donde estaba, apunto mi mano hacia ella y del dedo índice sale una flama oscura, la cual cae sobre su ropa, limpiándola al instante.

—¿Cómo hiciste eso? —Mira donde antes estaba la mancha y luego a mí.

—Soy Celia. Hija de Layla —explico con desagrado, camino hasta ella sin quitar mi mirada de la suya.

—¿Celia? —repite—. ¿No se supone que estés muerta?

—Llevo un mes entre ustedes —respondo, haciendo un ademán con la mano—. Shayza es quien duerme por ahora, estaba por devolverla, pero se me ocurrió la gran idea de acercarme al estúpido de Bram.

—Con mayor razón debo devolverte a su cuerpo. —Vierte la poción en una copa para luego extendermela.

«Odio admitirlo, pero ella tiene toda la razón».

XXII

En su búsqueda

Celia

Mi mirada pasa de la copa a ella repetidas veces, desde aquí puedo apreciar su repugnante olor. Decidida la tomo y bebo su contenido de un solo trago. Siento un sabor grotesco cuando pasa por mi garganta como si masticara moco junto a tierra. Muestro la lengua en señal de desagrado.

—Oh, mierda... —digo, cubriendo mi boca, a la vez que salgo de allí.

Antes dije que el muro expulsa a los humanos, lo que significa que Shayza ha caído fuera de aquí.

Puedo escuchar cómo grita, tratando de hacer que vuelva, pero la ignoro rotundamente, dirigiéndome donde dejé tirada a Shayza. Al llegar, ella ya no está, lo cual es lógico. Maldigo por un rato hasta ver llegar a Castiel junto a Korak. Sin esperanza alguna, corro hasta ellos, obviamente no me ven, pero trato de explicarle lo sucedido.

Estoy caminando de espaldas, teniéndolos de frente, lo único que puedo lograr es escuchar cómo le da consejos pendejos a Korak para poder salir con la de nombre difícil. Golpeo en el pecho al pelirrojo con todas mis fuerzas, haciendo que se detenga de golpe.

—¿Qué pasa, Castiel? —pregunta Korak

—Sentí un golpe —aclara, sobando el área.

«Genial», golpeo su cabello, haciendo que retroceda confundido, no puedo evitar reír, su cara de espanto es divertida. Me paro de puntillas, tomando su rostro confundido entre mis manos.

—¡Castiel, soy Celia! —grito con todas mis fuerzas, intentando que con esto pueda comunicarme.

—¿Lo escuchaste? —le pregunta a Korak.

—¿Escuchar qué? No podemos tener a otro chiflado aquí —comenta Korak.

—Espera... —ordena, tratando de tocarme.

—Cass, soy yo: Celia. Busca a Shayza en el mundo humano —ordeno, esquivando su mano.

—¿Celia? ¿Qué le hiciste? —cuestiona Cass.

Korak sigue sin comprender, mientras escucho unos pasos apurados viniendo hacia nosotros. Doy la vuelta, topándome con la parlanchina que se acerca con los ojos cerrados. Apoya sus manos en una pared, tratando de volver a respirar con normalidad.

—¿Qué pasa, Hati? —pregunta Korak, acercándose a ella.

—He perdido a Celia —responde con dificultad, Castiel conjura algo en ruso y logra tomarme del cabello, haciendo que gima del dolor.

—No te preocupes, ya la encontré —avisa.

—No sabía que te gustaba rudo —expreso burlona, buscando su mirada. «Por lo visto, al ser el más cercano a nosotras, logra escucharme».

—¿Qué haces desnuda? ¿Y dónde está Shayza? —cuestiona entre dientes. Resoplo, tratando de ver a otro lado—. ¡Celia!

—Ya te oí, ya te oí —informo, tratando de calmar su enojo—. Bram entró. —Al decir eso, sus ojos parecen que se saldrán de las cuencas—. Me golpeó y heme aquí, tomé los poderes de Shayza, haciéndola una humana y ha sido expulsada...

Suelta mi cabello para, después, estrujar ambas manos sobre su rostro con evidente enfado. Agarra mi mano y comienza a caminar a paso largo hasta la oficina de mamá, abre la puerta de golpe, haciendo que ella se sobresalte en su asiento.

—¿Qué sucede, Castiel? —pregunta confundida.

—Bram Loffom estuvo aquí —avisa, haciendo que mamá se ponga de pie.

—No puede ser... —Lleva las manos a su cabeza, dejando ver cómo tiemblan—. ¿Cómo pasó? —Voltea a ver a Cass, mientras las vuelve a poner sobre el escritorio.

—Que te lo diga Celia. —Señala en mi dirección.

Mamá mira a donde estoy con confusión, hace un ademán con la mano para que Castiel acabe de explicarle lo que sucede, él me empuja hacia delante del escritorio. Le pide que recite un conjuro en voz alta para poder verme, ella hace lo ordenado, seguido de un «Oh, carajo», a la vez que cubre su boca.

—¿Celia? —pregunta, sorprendida.

—Sí, mamá —confirmo—. ¿Nos parecemos mucho? —Sonrío de lado.

—¿Él te hizo esto? —cuestiona, refiriéndose a Bram.

Asiento con la cabeza, ella le hace una señal a Cass para que salga y lo hace sin reproches. Se acerca a mí, tratando de abrazarme, pero obviamente me traspasa. Corre hasta su escritorio para rebuscar algo entre los cajones, sea lo que sea que busca, lo encuentra y me entrega una capa de color verde.

—No puedes andar así por aquí —dice, colocándola sobre mis hombros. «¿Tú crees mamá?». Al final, ya me acostumbré, así me veo siempre que logro poseer a Shayza.

—Gracias —digo, aferrándome a la tela mágica.

—¿Dónde está Shayza? —Ladeo la cabeza con una mueca de disgusto antes de contestar.

—Tomé sus poderes, el muro la detectó como una humana —comento—. De seguro anda en algún lugar del mundo humano.

—¡Castiel! —exclama sin previo aviso, haciendo que me ponga en alerta.

Él abre la puerta con el ceño fruncido, mamá sale, dejándome sola. Camino hasta la ventana detrás de su escritorio para ver el exterior. Estamos en un bosque, pero la pregunta es «¿Dónde?». Apoyo mi palma en el cristal, cerrando los ojos.

Viajando entre tinieblas, rincones y lugares jamás imaginados, me topo con cualquier ser místico menos con ella. «¿La habré matado? No, siento su palpitar, pero no puedo encontrarla. ¿Dónde te has metido, pequeña revoltosa?». Me aparto de allí, yendo hasta la puerta; intento traspasarla, pero la capa me lo impide, así que, al final, termino abriéndola, encontrándome a Castiel y Layla planeando la búsqueda de la pelirroja.

—Encárgate de buscar a más de los altos mandos —le ordena a Castiel. Demetrio se acerca hasta ella con su cara de niño malo y bonito.

—¿Qué sucede? —husmea, viendo cómo se aleja el pelirrojo.

—Bram estuvo aquí —informa mamá.

—¡Te dije que ella era una infiltrada! —exclama Demetrio en forma de reproche.

«Ya cállate, me enfermas».

—¡No! ¡No lo es! —Lo empuja—. ¡Me tienes harta! ¡Soy tu hermana mayor, debes respetar mis decisiones!

«Aquí vamos...».

Apoyo mi espalda contra la pared, viendo su pelea por el mal temperamento de ambos. Él la golpea en el rostro, haciendo que retroceda, rápidamente le lanza una flama de color púrpura, pero ella la esquiva, contraatacando con una de color naranja. Me dejo caer lentamente hasta quedar sentada en el frío suelo, mientras, veo cómo intentan matarse.

Ella corre hasta él, trepando sus pies en los hombros del otro para, acto seguido, golpearle repetidas veces el rostro. Demetrio saca sus garras para clavarlas en la espalda de Layla, grita de dolor y puedo ver cómo una flama

emana de ella, comenzando a incrementarse, provocando que su cabello revolotee. Libera un rugido capaz de hacer temblar los alrededores, enarco las cejas, sorprendida por su reacción.

Demetrio la toma del cuello, logrando quitársela de encima, la lanza a lo lejos, haciéndola caer dentro de la fuente. Ella se apoya con sus codos sin quitarle su mirada llena de odio. Conjura (*in infernis arderet*), haciendo que él se envuelva en llamas. Grita desesperado, corriendo hasta la fuente, para luego zambullirse en ella. Me pongo de pie con una sonrisa de oreja a oreja, mientras aplaudo, alabando a ambos estúpidos, llegando a sentir que mi madre es la peor bruja que existe.

—Dejen sus diferencias, lo que importa ahora es la señorita —dice Cass, caminando hasta Layla para ayudarla a levantarse.

Ella exprime varias prendas de ropa y su cabello, cruza los brazos, y, con una mirada penetrante, observa a cada uno de los hombres que llegaron junto a Castiel. La mayoría de ellos son musculosos, casi colosales y calvos. «¿De dónde sacaron a estos tipos?».

—Shayza, mi hija. —Voltea a ver a su hermano con desprecio—. Ha sido expulsada por volverse humana al perder a Celia, pero esto no es lo peor. Lo peor es... Bram Loffom. Logró encontrarnos y entrar a nuestro instituto.

—¿Cómo? —pregunta uno de los grandulones.

—No lo sé. ¿Celia, lo sabes? —Mira hacia mí, me señalo yo misma con una media sonrisa.

—Tampoco lo sé, solo lo encontré bailando bajo la lluvia.

Asiente, repitiendo lo que acabo de revelar a los demás. Observo a Castiel, quien está con expresión seria, al tiempo que escucha atentamente lo que sea que dice Layla. «No puedo creer lo bien que se ve siendo mojado por la lluvia. Sus ojos...». Un escalofrío recorre mi espalda, seguido de un deseo casi incontrolable por besarlo y poseerlo.

—Bueno, tomen lo que necesiten para emprender esta misión —avisa Castiel, dándose la vuelta. Los grandulones asienten, yendo a algún lado. Al rato vuelven con enormes bolsas de paja sobre sus espaldas, armaduras y varias armas cuerpo a cuerpo. «¿Qué es esto? Solo buscaremos a Shayza, no iremos a combatir en alguna guerra».

Layla hace una señal para que me acerque a ella. Lo hago, viendo con detenimiento a Castiel. Siento cómo algo cae sobre los pies, seguido de un conjuro; cierro los ojos, sintiendo un cosquilleo en todo mi cuerpo. Cuando los abro, estamos en las afueras del muro. Detrás de nosotros se puede ver el

instituto rodeado de una capa que podría ser confundida con agua.

El lugar es caluroso, árido y tranquilo, parece como si estuviéramos en el desierto, pero con mucha flora; hay senderos por los cuales podemos caminar a gusto, el sol está en su punto más alto, pudiendo quemar a cualquiera. Hay unos malditos y diminutos lagartos correteando a través de mis pies. De fondo, se puede escuchar cómo cantan ciertas aves.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Layla.

—¿En serio no sabes? —Niego con la cabeza—. Tendrás que averiguarlo por ti misma —dice, empezando a caminar.

—¿Los humanos pueden vernos? —pregunto, caminando.

—No, Celia —responde Castiel con desinterés.

Por lo visto, tendremos que rebuscar entre todo el bosque y, pidámosle a nuestro dios, obviamente no el que está en el cielo, que no nos haga salir más allá de este espantoso lugar. No me llevo bien con los humanos y mucho menos con los seres que podrían esconderse entre ellos. Podríamos toparnos con Bram; mamá le teme y yo le quiero arrebatrar la vida con mis propias garras y dientes, pero, para ello, necesito un cuerpo más fuerte que el de Shayza.

Es capaz de tener la edad de mis abuelos, quizás más. Sin embargo, nadie conoce sus verdaderas edades, podría necesitar el cuerpo de Dios o del diablo para derrotarlo. Tal vez el de Kaibron, pero está enfermo. Castiel sería una buena opción, pero no puedo hacerle algo como eso. Debería esforzarme más y tomar el cuerpo del desquiciado Ezequiel, «sí, sería perfecto».

He perdido la noción del tiempo, si tuviese un cuerpo propio, me dolerían los pies. Hemos buscado debajo de las rocas, sobre las copas de los árboles... me regañaron por destripar a un ave. Seguimos caminándolo en círculos, sin darnos por vencidos. Layla ha empezado a desesperarse al igual que Castiel. En estos momentos, se nota a cuál quieren más. Los grandulones solo siguen sus órdenes al pie de la letra, por el contrario, yo hago lo que me viene en gana. Me alejo de ellos corriendo con todas mis fuerzas, aprovechando la ventaja de ser un alma.

Trato de llegar hasta el muro del instituto, pero siento cómo una fuerza invisible me hala hacia atrás, haciéndome levitar. Volteo, topándome con nada más y nada menos que Bram. Fácil de adivinar al ser el único en el lugar y tener esa aura tan característica de él, esta vez lleva un sombrero alto de color negro, una capa negra al estilo brujo de fantasía, un chaleco amarillo, pantalones blancos y botas marrones. Su apariencia es la de un hombre de veintitantos, bajo, con cabello corto y rubio, tez mate y ojos grises como los

de un muerto.

Está extendiendo sus palmas hacia mí y una niebla oscura sale de ellas, enredándose en mis piernas. Pataleo, tratando de librarme, pero, cada vez que lo hago, se aferra más a ellas, provocando que de mis labios se escape un gemido de dolor, llegando a cuestionar cómo soy capaz de sentirlo.

—Lo siento mucho, Celia —se excusa—, pero necesito a tu hermana y, para atraerla a mí, te necesito a ti como carnada.

XXIII

Trasladándome sin aviso

Shayza

Despierto sudando mares, el calor me hace sentir como si estuviera en el infierno. Levanto la cabeza, topándome con una especie de bosque seco. Me arrodillo, mirando a todos lados, sin comprender nada. Rápidamente, me subo las mangas de la blusa que llevo puesta, agarro mi cabello mientras la agito para abanicarme. Aprecio cómo algo líquido y tibio cae de la frente hasta mi mejilla derecha, toco el área de donde proviene, sintiendo un leve pinchazo.

Miro mis dedos, que ahora están humedecidos con sangre; me pongo de pie, limpiándolos en el pantalón que traigo puesto (toda una dama). A varios pasos frente a mí se puede observar un sendero por el cual ir. Tomo el camino, esperando milagrosamente encontrar a alguien que pueda brindar su ayuda o darme una dirección a dónde ir. Ahora que sé sobre el golpe en la frente, empieza a dolerme la cabeza.

Trato de ignorar el asunto, mirando a mi alrededor con detenimiento «¿Cómo llegué aquí?». Sigo caminando hasta toparme con un letrero que dice Camino el vigía. El lugar está solitario, a excepción de los ruidos que hacen los animales de fondo. Mientras ando, percibo cómo una pequeña criatura salta hasta mi cabeza. Corro despavorida, tratando de quitármela, cuando choco repentinamente con alguien, haciendo que caiga sobre él. Me levanto de golpe, sacudiendo mi cabello desesperada, sin prestarle atención. Una vez más, mis modales se fueron al caño.

—¿Se le subió un lagartijo? —pregunta el joven con un acento inusual, poniéndose de pie.

—No sé lo que sea. —Levanto la mirada para apreciarlo mejor. Trae un uniforme de color crema y una gorra del mismo color, donde puedo leer *security*. Su piel está un poco bronceada, es alto, un poco robusto y tiene grandes ojos de color café.

—¡Oh! —exclama, con los ojos bien abiertos—. Te lastimastes, ven conmigo —ordena, comenzando a caminar sin dejarme tiempo a elegir. Lo sigo, mientras que, disimuladamente, introduzco los dedos en el interior de mi

melena salvaje, confirmando que ya no hay nada en ella.

Me guía hasta una pequeña caseta pintada de blanco, entra y toma una radio, dice algo por ella y vuelve a verme. Me ofrece asiento en un banquito de madera. Asiento, caminando hasta él. Estando allí, veo cómo rebusca algo entre cajones, de espaldas a mí; saca un pedazo de servilleta y un pequeño kit de primeros auxilios.

—¿Cómo se llama? —indaga, sentándose delante de mí.

—Shayza Hoff...

«¿Debería de decirle Hoffman o Viktish?».

—¿Hoffman? —Termina la oración.

—No estoy segura —miento y él asiente. Puede creer que, por el golpe, no lo recuerdo. Abre el kit, se coloca unos guantes azules de látex, toma una gasa con una pinza y la humedece en alcohol. «¿Acaso no sabe que eso ya no se usa? Igual, no veo que haya algo más con lo que curarme». Tenso mi quijada, sabiendo el dolor que sufriré dentro de unos segundos.

Aparto mi cabello, mientras cierro los ojos con fuerza. Con pequeños golpes y soplidos, limpia la herida y la sangre que se ha escurrido por mi mejilla, haciéndome sentir cómo el área palpita. Cuando vuelvo a abrir los ojos, se queda observándome con pausa, levanta mi mentón, analizando algo que desconozco. Pienso que puedo tener otra herida, pero no es así.

—No me había dado cuenta sobre tu heterocromía —comenta—. Son extraños, pero no le quitan lo chulo. —Sonríe. «¿Chulo? Debe ser un cumplido, ¿no?».

—Gracias... —digo dudosa, sonriendo de lado. Si solo supiera cómo me llaman por tenerlos así.

—¿Recuerdas tu edad? —Toma una bandita y la coloca delicadamente sobre la herida.

—Tengo diecisiete —respondo—. Si quiere saber más, vengo de Windville y no tengo ni la más mínima idea de dónde estoy.

—¿Windville? —repite asombrado—. Chica, estás en Puerto Rico, en Guánica para ser exactos —añade. «¿Guánica, Puerto Rico? ¡Esa isla queda a miles y miles de kilómetros!».

—¿Perdón? —balbuceo, inclinando mi cuerpo hacia al frente—. No puede ser... —Cubro mi boca con una mano.

—¿Sabe dónde puede encontrar a sus padres? —Volteo a verlo y niego con la cabeza. «Estoy delante de un humano y puede correr peligro si se entera de lo que soy».

Me pongo de pie, saliendo de ahí lo más rápido que puedo. Detrás, logro escuchar cómo grita mi nombre, miro a ambos lados antes de seguir por donde vine. Doy un paso y, acto seguido, como si hubiese una pared invisible, choco, cayendo sobre mi trasero, levanto la mirada, encontrando un gigante, musculoso y calvo hombre. Extiende su mano para agarrar mi brazo, pero logro esquivarlo para levantarme y empezar a correr nuevamente a la caseta. Entro desesperada, cerrando la puerta de cristal detrás de mí. El chico me ve como si estuviera loca. «Lo que me faltaba». Volteo a ver dónde está el gigantón, de sus cuerdas vocales sale un rugido, provocando que me espante y de varios pasos hacia atrás.

—¿Qué le sucede? —pregunta el chico.

—¿No puedes verlo? —Señalo al exterior, haciendo que voltee a ver y niega con la cabeza—. ¿Cómo no puedes verlo? —exclamo exasperada.

—Cálmate —ordena—, puede que haya sido por el golpe que te distes —informa. «Podría tener razón, pero...».

Antes de poder seguir cuestionando mi cordura, escuchamos algo pesado caer sobre el techo. Ambos miramos hacia arriba. Me acerco a la ventana, tratando de encontrar lo que provocó aquel ruido. Lo único que logro ver es el paisaje de un desierto lleno de flora. Mientras observo, algo toca la ventana; me echo hacia atrás, tratando de analizar de dónde proviene el ruido. Miro al guardia detrás de mí que está igual de confundido, cuando vuelvo a ver por la ventana, escucho cómo el chico dice «Oh, Jesús», y me encuentro a Castiel colgando de cabeza.

—¡Castiel! —expreso, aliviada por su presencia y abro la ventana.

—¿Es tu padre? —pregunta asustado el chico.

—Soy su protector —responde Castiel con enfado—. ¿Quién eres? —indaga, entrando a la caseta. El lugar no es muy grande que digamos y comienzo a sentirme como una salchicha empacada a presión.

—Él solo me ayudó —aviso, antes de que le haga daño, a la vez que le muestro mi herida. Cass acaricia mi mejilla con preocupación.

—Debemos irnos, señorita —informa, atrayéndome hacia él—. Tú también debes venir con nosotros. —Señala al guardia.

—¿Po-por qué? —balbucea, sin comprender.

—Voltea y mira lo que hay afuera —ordena, el chico hace lo indicado y termina desmayándose al ver al hombre que acompaña a mi protector.

Castiel me aleja, lo toma sobre su hombro como si nada y salimos de la caseta, él le hace una señal al gigantón y éste asiente. Miro a mi izquierda,

localizando a Layla, quien viene corriendo hasta nosotros, junto a Demetrio y otros grandulones.

—¡Shayza! —exclama antes de estrecharme entre sus delgados brazos—. ¿Qué te sucedió? —pregunta, mirando la bandita en mi frente—. ¿Estás bien? ¿No te topaste con alguien que te pudiera hacer daño?

—Estoy bien —aviso—. El chico me limpió la herida. —Señalo donde Cass, ella lo mira con una ceja enarcada. «¿Debo evitar a alguien además de mi padre o qué?... ¿Al tal Bram?».

—¿Qué haces con ese humano? —curioseas Layla, observándolo.

—Descubrió lo que somos —comenta.

—Mientes, Cass —replico resignada, cruzándome de brazos.

—Bueno, me dejé descubrir —admite, sin importancia.

Layla frota su mentón, mientras Demetrio saca de un pequeño saco de tela un polvo de color gris. Ella le hace una señal, él lo arroja a nuestros pies, todo a mi alrededor se desvanece, haciendo que mi cabeza de vueltas. De un segundo a otro, estamos dentro del instituto, para ser exactos: en la oficina de la directora.

—Encontramos a Shayza —comenta Demetrio—, pero ¿qué haremos para conseguir a Celia?

—¿Para conseguir a Celia? —indago, apoyándome en el espaldar de un sillón. Los grandulones salen luego de que Layla les hace una señal. En la habitación solo quedamos: Demetrio, ella, Castiel, el guardia sin nombre y yo.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —pregunta Castiel, acariciando mi cabeza, luego de dejar al chico sobre un asiento.

—Hasta que me desmayé delante de tu puerta —respondo con el ceño fruncido. Cass toma mi brazo con toda la libertad del mundo para observarlo.

—Señorita, eso fue hace un mes —comenta—. Layla, mira cómo tiene los brazos y la cara. —Aparta mi cabello.

«¿Qué? ¿Qué tengo?». Miro mis brazos, hallándolos sin anomalías; toco mi rostro sin sentir algo fuera de lo normal. Observo a Layla, quien ahora me mira preocupada, se acerca y pasa su dedo índice sobre mi brazo.

—Ella estuvo un mes entre nosotros y casi la mata —dice, viéndome a los ojos—. ¿Cómo no me di cuenta? —Niega con la cabeza, caminando hasta su escritorio.

—Yo dejaré que arregles esto, *hermana mayor* —expresa Demetrio de forma burlona, saliendo de la oficina.

Layla se deja caer sobre su asiento con cada brazo a los costados mientras

mira algún punto fijo en el librero frente a ella. Miro a Castiel, quien aún sostiene mi brazo, acariciándolo con delicadeza. Coloco la mano sobre la suya, haciendo que se sobresalte y la aparte rápidamente, a la vez que suelta mi brazo.

—¿Qué tengo? —susurro—. Me veo totalmente normal.

—En este momento, usted es una humana —responde con desagrado—. No puede ver lo que le sucede a su cuerpo y no podrá ver a otros brujos si no se lo permiten o tropieza con ellos.

—Eso solo responde una parte de mis preguntas... —infiere, tratando de recibir la respuesta que realmente quiero en el momento.

—Su cuerpo... —Hace una pausa—. Se encuentra lleno de ampollas, las venas están inflamadas y sus ojeras son inquietantes. —Enarco las cejas, intentando no perder la calma—. Sin embargo, se irá dentro de poco.

—¿Cómo ocurrió? —Al preguntar esto, Castiel camina hasta la puerta y sale sin dirigirme la palabra. Lo sigo decidida a saber, ya no pueden ocultar nada—. ¿A qué viene tanto drama? —añado, haciendo que se dé la vuelta.

—¿Tanto drama? —repite—. A que usted se ha vuelto humana, Bram Loffom logró entrar y separó a Celia de su cuerpo.

—¿Dónde está Celia? ¿Qué tiene que ahora sea humana? —cuestiono, arreglando las mangas de mi blusa.

—La-la perdimos en Guánica —responde con preocupación—. No podemos localizarla. Solo usted podía, pero ella le ha quitado sus poderes. Que se haya vuelto humana significa que ahora es totalmente vulnerable a lo que ocurre en el mundo mágico, es decir, está desprotegida.

«No sé cómo tomarme esto, Celia tomó poderes que ni yo sabía que tenía y sigo sin saber cuáles son, pero... ¿ella me hacía una bruja? ¿Y si realmente quien iba a ser una bruja era Celia y yo solo sería la hermana humana? ¿Es posible?».

—¿Qué harás con el chico? —indago—. Se encuentra tan desprotegido como yo.

—Podríamos matarlo —comenta, viendo al infinito.

—¿Castiel! —Tomo su muñeca, obligándolo a que me mire—. ¿En qué te has convertido?

—En nada, señorita, sigo siendo yo.

—No, no, no. —Niego con la cabeza—. Te comportas raro desde que me desmayé en la suite de Kaibron, nunca hubieras hecho un comentario sobre matar a un humano.

—Quizás no me conoce lo suficiente, señorita. —Sus palabras son frías, tanto que puedo llegar a sentirme incómoda con su sola presencia. «¿Qué le está pasando a Castiel?».

—Tal vez no sepa nada sobre tu pasado, sin embargo, sé que eres un hombre bueno. Me has cuidado desde que tengo memoria y lo aprecio mucho.

—Usted no lo entendería —comunica, frotando sus manos.

—Si me explicaras... —arrastro las palabras, él suspira mirando a otro lado.

—Solo... olvídelo. —Comienza a caminar, dejándome con la palabra en la boca. Doy un paso, pero me detengo.

Su actitud hostil hacia quienes se me acercan es preocupante, pero debo dejarlo tranquilo, puede que en un futuro me diga lo que ocurre.

XXIV

A cargo del chico

Shayza

Doy la vuelta, abrazándome a mí misma para entrar en calor. Aunque el instituto solo esté en una burbuja, es un pequeño mundo aparte. «¿Por qué les gusta tanto este clima?». Recorro nuevamente el camino hasta la oficina de Layla, abro la puerta, encontrándola, hablando con el guardia que secuestraron.

—Oh, lo siento —me disculpo, volviendo a salir, pero me detiene.

—No te preocupes —avisa—. Te encargarás de cuidar a Edriel. —Sonrío de lado, viéndolo.

—¿Por qué yo? —indago. «Como si no tuviera otra cosa que hacer».

—Eres la única que no odia a los humanos —informa.

—¿Por qué no lo hace Castiel? —pregunto, yendo hasta ella. Layla resopla, inclinándose en la silla.

—Él... No quiere tener ningún acercamiento hacia ellos.

Miro al chico que nos observa como si fuéramos dos chifladas. «¿Por qué no quiere contacto con uno? Ahora yo soy una humana. ¿Me odiará?». Asiento con la cabeza, informándole que ayudaré al chico, ya que no hay nadie mejor que yo. Camino hasta la puerta y doy la vuelta, haciéndole una señal para que me siga. Él duda en si hacerlo o no, pero, al final, se pone de pie torpemente y se acerca. Le doy una palmadita en la espalda, tratando de calmarlo con mi supuesto apoyo. Puedo llegar a saber cómo se siente, también estuve confundida cuando me adentraron a este mundo.

Al salir, nos encontramos con la chica de ojos color neón. Nos observa de pie a cabeza, frunce su entrecejo y se va con pasos resonantes y con un meneo de caderas. Guío al chico hasta un banco que está bajo un árbol, en medio del patio, sin ponerle atención a la chica, pues solo he hablado con ella una vez. Dejo caer mi cuerpo sobre el asiento de metal, mirando el cielo adornado con nubes grisáceas. Cuando miro al chico, lo encuentro pellizcando su brazo, mientras susurra algo casi inaudible.

—¿Qué haces? —pregunto con curiosidad.

—Tratando de despertar de este sueño —dice, sin detenerse. Tomo su

mano, evitando que se continúe haciendo daño.

—No es un sueño —aviso—. Esta es nuestra realidad. —Inclino a un lado la cabeza—. Edriel, ¿cierto?

—Sí... —responde desganado.

—Yo, hace un mes... No sabía sobre este mundo de fantasía. —Muerdo mi labio inferior, mirando mis zapatos—. Creía ser alguien que categorizan como normal. —Hago las comillas con mis dedos.

—Pero yo no entiendo por qué me tienen aquí —expresa con confusión—. ¿No pudieron borrar mis recuerdos y dejarme ir?

«Tiene razón. ¿Por qué no lo hicieron desde un principio?».

—No... No lo sé —digo, viéndolo a los ojos—. Tienes suerte de que ahora estés junto a una humana. —Me acerco a su oreja—. Estos brujos están guiados por el odio y la avaricia —susurro—. La que dice ser mi madre se agarra a golpes con su hermano.

El chico se queda viéndome extrañado, como si estuviera loca; sonrío de lado, acomodándome en mi lugar, apoyo el codo sobre el banco y mi cabeza en la mano. Castiel viene hacia nosotros con pasos firmes y una visible cara de desagrado, estando frente a mí, toma mi brazo con fuerza, levantándose de donde estoy, voltea a ver al chico, quien nos observa confundido. Trato de alejarme de su agarre, pero persiste sin quitarle la mirada a Edriel.

—Castiel... —digo entre dientes—. ¡CASTIEL! —exclamo, al ver que no responde a mi llamado.

—Lo siento, señorita —se excusa, alejando su mano. Sobo el área afectada, mientras lo veo asustada.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunto—. Si tienes algún problema, házmelo saber. —Baja la mirada avergonzado, se rasca la cabeza y apoya su mano en mi hombro.

—Solo quiero protegerla, usted no sabe si él quiere hacerle daño. —Miro donde se supone que está el chico, pero, para nuestra sorpresa, se ha ido.

—¿Te refieres al que acaba de huir? —aviso, señalando con el mentón donde se encontraba, Cass voltea a ver y dice algo en ruso, o eso creo. Se para derecho, mirando a nuestro alrededor. Hago lo mismo, notando como el chico corre por un amplio pasillo. Apunto con mi dedo a su dirección, el pelirrojo sale corriendo y yo detrás suyo. Debo evitar que lo ahorque.

Mientras vamos detrás de Edriel, arroja todo a su paso: pinturas, esculturas y mesas. A ambos nos toca hacer parkour, sin embargo, soy mala para ello, así que tropiezo y tambaleo, retomando mi rumbo. Edriel mira hacia

nosotros, sin percatarse de que a unos metros se encuentra Demetrio cruzado de brazos, esperando a que impacte contra él.

En menos de cinco segundos, ya lo ha hecho. Demetrio permanece inmóvil, a la vez que el chico cae a varios pies delante suyo. Trato de detenerme, pero, al hacerlo con brusquedad, mi tobillo se tuerce, haciéndome volar y caer justo al lado de Edriel, recibiendo un golpe contundente en la espalda y cabeza.

—¡Señorita! —grita Castiel.

Todo empieza a tornarse borroso, Castiel se agacha a mi lado, mientras hace movimientos extraños delante de mis ojos, puedo ver cómo sus labios se mueven lentamente, pero no escucho lo que intenta decir. La cabeza empieza a doler y mis ojos comienzan a pesar, como si fuera a caer en un profundo sueño.

Abro los ojos, hallándome sobre una cama con sábanas blancas. La habitación es dueña de otras cinco camas, las paredes son de piedra y el suelo de madera, al igual que el techo y, por las ventanas, pasa la resolana, obligando que entrecierre los ojos. A mi izquierda está Edriel dormido. Mientras lo observo tratando de entender dónde estoy, alguien coloca su mano sobre mi frente. Un poco adormecida, volteo a ver de quién se trata, con dificultad veo a un Castiel vestido como enfermera y con labial rojo.

—¿Por qué estás así? —indago sintiendo mi lengua dormida.

—¿Así cómo, señorita? —pregunta, haciendo que parpadee repetidas veces, logrando ver que viste una camiseta gris de manga larga, la cual hace que su cuerpo bien formado se note y unos pantalones de color crema hasta las rodillas, los zapatos ya no los veo, de no ser que me mueva. Entreabro la boca sin comprender por qué lo he visto vestido de otra forma.

—Te vi vestido de enfermera y con labial rojo pasión —anuncio burlona, acomodándome de lado—. Si fueses de esos hombres a los que les gusta vestirse de mujer, pero son heterosexuales, créeme que te apoyaría sin problemas. —La cabeza empieza a darme vueltas, provocando que sienta náuseas.

—Son los efectos de la magia que utilicé en usted —avisa—. Para los humanos es como si hubieran consumido algún tipo de droga.

—Me están dando náuseas —menciono, seguido de una arcada. Cass corre a buscar algún cubo donde yo pueda depositar la magia que traigo dentro y me lo entrega. Acomodo la cabeza dentro, sufriendo más arcadas hasta poder sacar lo que Celia había consumido. El pelirrojo masajea mi espalda, tratando

de calmarme, pero la verdad es que el dolor en el pecho y el estómago me hacen sufrir—. ¿Nadie te dijo que a los jóvenes no se les da drogas? —me quejo, apartando el cubo.

—Lo siento, pero sufrió un golpe que todos los presentes lo sentimos.

—Tráeme una servilleta y un vaso con agua —ordeno, cubriendo mis ojos con el antebrazo. Escucho cómo rebusca a lo lejos. Cabeceo, apartando el brazo, y miro a Cass, quien se acerca con lo que le pedí en sus manos. Tomo el pedazo de papel, limpiando mis labios con el mismo, después lo dejo caer dentro del cubo, agarro el vaso con agua, le doy un sorbo largo para hacer gárgaras con ella y luego escupirla en el recipiente. Él me mira con una ceja enarcada, volviendo a tomar el vaso entre las manos—. ¿Qué? Sabes que nunca supe comportarme como una dama.

—Lo tengo claro. —Asiente, alzando las cejas y deja el vaso en una mesa a mi lado. Agarra una pequeña bolsita blanca y la abre, ofreciéndome una menta.

—Eres muy sutil a la hora de decir que mi hocico apesta a cloaca —comento, casi en un susurro, tomando el dulce y llevándolo a mi boca—. ¿Ya me dirás qué sucede contigo?

—Ya le dije —indica, sentándose sobre la cama—. Es usted quien se hace ideas locas. —Río, mirando al exterior.

—No son ideas locas —comento—. Has cambiado, me proteges más que de costumbre. Algo así como si te gustase. —Me encojo de hombros, volviéndolo a ver.

—¿Usted gustarme? —Resopla—. Sí que le afectó mi magia.

—Solamente fue un comentario. No tienes porqué ponerte rojo. —Agarro un mechón de su cabello, pero aparta mi mano.

—Le informo que, a veces, sus comentarios me incomodan —advierde, viendo a otro lado. «Claro».

Tomo su mano con la iniciativa de llevarla a mi pecho para luego cerrar los ojos y dejarme fluir. Siento cómo se levanta, camina hasta mí y besa mi frente. Vuelvo a abrirlos, mirándolo intrigada. Es la primera vez que me besa.

—¿Por qué lo has hecho? —cuestiono, viéndolo de pies a cabeza.

—No-no lo sé —balbucea—. Solo sucedió —añade, saliendo de allí. «Luego dice que no actúa extraño y que todo es producto de mi imaginación. Sí, claro».

Me doy la vuelta en la cama para ver a Edriel, quien sigue profundamente dormido. Al menos encontrándose en ese estado no tiene porqué preocuparse

de nada. Sin embargo, cuando despierte, su cuerpo podría reaccionar igual que el mío, incluso peor. Me abrigo, tratando de evitar el frío que hace en el lugar.

Pobre humano arrastrado a este mundo contra su voluntad. Bueno, aunque toda mi vida haya sido una bruja reprimida y ahora soy lo que creí desde un principio, sigo teniendo empatía, de lo cual carecen varios de los que viven aquí.

XXV

Deteniendo el tiempo

Shayza

Han pasado alrededor de tres semanas. Durante este lapso a Edriel y a mí nos han dado de alta y hemos estado pasando tiempo juntos, compartiendo bromas, historias y secretos personales. Al final tenemos muchas cosas en común, se podría decir que hemos empezado a formar una amistad. Por otro lado, me he alejado poco a poco de Castiel, no ha decidido decirme qué le ocurre o tan siquiera hablarme, me protege, aunque sea desde lejos. He notado que la cercanía con Edriel le molesta.

«¿Qué debo hacer? Realmente es una persona agradable, no puedo alejarme de alguien por un capricho suyo. Sé que quiere velar por mi bien, bueno, que lo han mandado a hacerlo, pero no es motivo para que él decida con quién debo o no hablar».

—Oye, Shay. —Edriel trata de llamar mi atención, chasqueando los dedos delante de la vista. Regreso al mundo real y dirijo mi atención a él.

—Dime.

—¿En qué piensas? —indaga, observándome detenidamente, tratando de descifrar mis facciones.

—En nada especial —digo sin interés, encogiéndome de hombros.

—Ajá, sí, Pepe —expresa, provocando que lo vea confundida. «Escucharlo decir eso se ha vuelto cosa del día a día. Sin embargo, no le he preguntado lo que significa».

—¿Pepe? —repito.

—Es otra manera de decir que no te creo.

Frunzo los labios, seguido de un «Hmmm», y me dejo caer sobre un banco, mientras veo a Castiel a lo lejos; permanece recostado sobre un pilar con los brazos cruzados sobre su pecho, viéndome sin parpadear.

—Castiel no ha querido hablarme desde que empecé a pasar más tiempo contigo —suelto de golpe.

—¿Quieres que te diga el por qué? —inquire, haciéndome voltear a verlo con curiosidad.

«¿Cómo lo sabrá si apenas se conocen?».

—Vamos, dime —ordeno, indiferente.

—Desde aquí, puedo ver cómo le gustas. —Lo señala con el mentón, provocando que deje salir una carcajada.

—Claro... —arrastro la palabra en forma de burla—. Él me ve como su protegida —informo, volviendo a ver a Castiel. Puedo escuchar a Edriel golpear levemente su pierna, lo que indica que está planeando algo.

—Mira. —Al decir eso, me hace voltear a verlo, se acerca a mí y me besa en los labios, mientras me sujeta el mentón. Permanezco tiesa a su tacto, por alguna razón, cierro los ojos, sintiéndome extraña.

De fondo, se puede escuchar a alguien que viene hacia nosotros con pasos apurados. Edriel se aparta de repente, abro los ojos y veo a Castiel con el puño elevado, dispuesto a golpearlo en el rostro; cuando aprecio cómo la mano empieza a bajar, siento que el tiempo se detiene y me cruzo en su camino, recibiendo todo el poderoso golpe en mi mejilla derecha.

—¡Señorita, lo siento mucho! —exclama, arrodillado frente a mí—. Déjeme ayudarla con mi magia. —Conjura algo en un idioma desconocido y de sus manos comienzan a salir unas flamas de color verde.

—No lo hagas, Castiel —ordeno cortante—. No quiero tu droga mágica. —Levanto la mano, mientras que, con la otra, pongo una bolsa de hielo en el golpe. Mi mejilla late como nunca, me duele la cabeza y los dientes de ese lado. No sé si algún día me perdonaré por defender a Edriel. Porque de arrepentirme, ya lo hago.

Edriel se acerca a mí para rodear mi cuerpo con sus brazos, lo siento atraerme a su pecho a la vez que con la mano frota levemente el brazo que sostiene la bolsa. Castiel se pone de pie con evidente enojo y angustia. Sale de la enfermería, dando un portazo que me hace sobresaltar, cierro los ojos cuando siento la mano de Edriel sobre mi cabello.

—¿Por qué me besaste? —pregunto con dificultad.

—Yo dije que te lo mostraría —avisa—. Sí, recibiste un golpe por mí —dice avergonzado—, pero ¿viste cómo se puso cuando lo hice?

—Ya, bien pudiste simplemente abrazarme... No llegar a algo tan íntimo —me quejo, casi en un susurro, pero logra escucharlo. Alzo mi vista hacia él, encontrándolo con los ojos bien abiertos.

—¿Fue tu primer beso? —pregunta con torpeza. Asiento con sutileza para no lastimar más la mejilla—. Perdón, supuse que ya lo habías dado porque

realmente eres muy bonita y dulce...

—Gracias por lo que dices, pero no es motivo para besuquearme con el primero que diga quererme.

—Ok, ok —expresa, a la vez que rasca la leve capa de vello que tiene en el mentón.

Cierro los ojos, mordiendo mi labio inferior; el frío del hielo empieza a adormecerme el rostro, libero un suspiro al dejar de sentir dolor. Alguien abre la puerta, pero no le doy importancia hasta que empieza a acercarse.

—Shayza... ¿Qué sucedió? —cuestiona Layla, obligando a que abra los ojos. Me ve preocupada, aunque, claro, es mi madre. Miro el collar que posee, perdiéndome en él: tiene forma de frasco, dentro contiene una lucecita que revolotea como si quisiera escapar—. ¿Shayza? —expresa, haciendo que vuelva en sí.

—Ah... Castiel me golpeó.

—¿Ca-Castiel? —balbucea—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Edriel. —Llamo su atención—. ¿Puedes dejarnos solas? —Él asiente, retirándose de la habitación.

Cuando él sale, empiezo a contarle a Layla lo sucedido con Castiel, su cara cambia de preocupación a una de posible satisfacción, seguida de una media sonrisa.

—Vaya, en qué dilema me han metido —comenta—. ¿No quieres alguna pócima de sanación? Puedo traerte una, pero no tienen buen sabor. Te sugiero que le pidas ayuda a Castiel.

—No, no, la última vez que la usó conmigo, me sentí drogada. —Ruedo los ojos, recordando el malestar que tuve en ese momento.

—Es normal... Ahora eres una humana. —Suspira para luego darme un abrazo que acepto con gusto.

Aún no la considero como mi madre, pero su calor me gusta. Añadiendo que el olor a lavanda que emana de su cuerpo es tranquilizador.

Lo último que dice es que descanse, necesito reponer mis fuerzas, pronto empezaré a estudiar clases humanas y clases de brujos. En la de brujos ya sé qué calificación tendré. Sin embargo, en la humana me debería de ir bien, al menos en geografía, idioma y arte. «Claro, suponiendo que tome arte». Y, en este momento, pienso en que no me he preocupado en ver qué quiero estudiar en un futuro.

Descanso un poco. Mi mente es un completo caos después del beso con Edriel, mi cuerpo no quiso apartarlo «pero, ¿por qué?». No me sentí

disgustada, tampoco a gusto, se puede decir que no sentí nada por el beso en sí. Tal vez todo fue por el simple hecho de ser tan repentino. Hay muchas formas de demostrarme lo que quería y él eligió algo tan íntimo como eso.

Los días pasan, sigo hablando con Edriel como si nada hubiera pasado. Mientras bajo las escaleras junto a él, escucho cómo resbala en uno de los escalones. Volteo para verlo y, nuevamente, siento que el tiempo se detiene. Lo veo caer lentamente a la vez que su cara refleja sorpresa y temor. Me poso delante de él, al hacerlo, el tiempo avanza de forma normal, provocando que caigamos juntos, siendo mi cuerpo lo que amortigua su caída.

—¿Estás bien? —indaga, preocupado.

—Si te quitaras de encima, estaría de maravilla —replico con dificultad para respirar. Se aparta, mirándome de pie y extiende la mano para ayudar a levantarme. Antes de tomarla, respiro hondo, tratando de volver a hacerlo con normalidad—. Necesitas rebajar un poco, ¿no crees?

—Eres la mujer más sutil que he conocido —dice, sonriente.

—Siempre es un placer serlo —respondo con sarcasmo.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta Castiel en tono amenazante, llegando a mi lado.

—Nada, señor —responde Edriel con torpeza.

—Castiel, ¿puedes dejar de ser tan arrogante? —cuestiono, mirándolo fijamente a los ojos, sus labios se separan como si fuera a decirnos algo, pero no le doy tiempo para hacerlo. Agarro a Edriel del brazo y lo arrastro conmigo, subimos al cuarto piso, y me apoyo en el barandal, mirando el cielo sin vida. Edriel se acerca y acaricia mi espalda mientras que, con la otra, se apoya en el barandal—. No entiendo por qué es así, dices que es porque le gusto, pero, ¿sabes algo? —Volteo a verlo.

—¿Qué? —Inclina la cabeza, observándome con curiosidad.

—Hay fechas que no recuerdo... —comento—. Cuando tenía no sé, a lo mejor quince años. —Me encojo de hombros—. Recuerdo que iba de camino a casa, pero luego de eso todo está en blanco y desperté en mi cama al día siguiente. Actué normal, no quería preocupar a nadie, además de que ya había ocurrido antes, pero por un corto plazo de tiempo.

—¿No le has preguntado a Castiel? ¿O a alguno con los que vivías antes de llegar aquí? —Niego con la cabeza, estirando mi espalda.

—Tengo curiosidad, pero temo saber la verdad, ¿y si es algo horroroso? Pienso que pudo ser Celia, pero no estoy segura.

—¿Celia? —repite—. ¿Tu melliza que desapareció en Guánica?

«Es sorprendente lo rápido que su cerebro captó esta nueva realidad sin que perdiera la cabeza».

—Sí, ella —respondo con pesadez—. ¿Sabes algo? Castiel, me protege y pone la excusa de que no quiere que me haga daño.

—No todos somos iguales. —Acaricia mi mejilla, haciendo que voltee a verlo, se acerca y me rodea con sus brazos—. Tengo que decirte que me gustaste desde que te vi, no soy un buen partido comparado contigo, pero igual quiero que lo sepas.

—Deja las bromas, Ed —exijo burlona, respondiendo su abrazo. Se aparta de mí, arregla un mechón de mi cabello, viéndome a los ojos e intento disimular mi incomodidad.

«No hace más de un mes que lo conocí, ¿cómo puedo gustarle tan rápido? Digo, no es feo ni nada, está aquí encarcelado y logré gustarle. No lo comprendo. ¿Tendrá el síndrome de Estocolmo?».

Cierra los ojos, mientras, de a poco, se acerca a mí; el tiempo se vuelve a detener. Logro apartarme y todo vuelve a tomar su rumbo, haciendo que Edriel dé un paso hacia adelante, sin entender el cómo me he movido. «¿Cómo lo he hecho? No ha podido ser casualidad, ya es la tercera vez... Debería contarle a Layla sobre esto».

—Oye, debo ir donde Layla —aviso, sin dejarle tiempo para que replique.

Bajo las escaleras a toda prisa, mis pasos se vuelven más rápidos a medida que la imaginación fluye y en mi cabeza se van formulando diferentes preguntas: ¿Quién es Celia? ¿No soy humana? Solo son unas de las que debato en busca de una respuesta lógica o mágica. Sin dejar de correr, tropiezo con Demetrio, y le doy una disculpa, recibiendo un regaño, no me importa lo que diga; ahora mismo, mi única prioridad es llegar a la oficina de Layla.

XXVI

¿Tengo poderes?

Shayza

Estando delante de la puerta, trato de calmar mis jadeos, antes de darle la vuelta a la manija. Al entrar, encuentro a Layla sumergida en sus pensamientos, camino hasta ella, haciéndola abrir los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunta, acomodándose en su lugar.

—Layla, no sé qué sucede —comento.

—Explícate mejor —exige, cruzándose de brazos.

—Dijiste que ahora soy humana, pero el día de hoy he detenido el tiempo en dos ocasiones —le cuento cada acontecimiento, mientras los enumero con mis dedos—. ¿Ahora entiendes mi confusión?

—Entonces, ella nunca te quitó tus poderes... Simplemente no habían despertado. —Se rasca el mentón, viendo al techo—. Las preguntas que debemos responder son: ¿cuándo se activaron? ¿Con qué se activaron?

—Bueno, la primera vez fue cuando defendí a Edriel —confirmo.

—¿Te interesa ese chico?

—En plan romántico, no. —Se echa hacia atrás en su asiento, mientras afirma con la cabeza y por alguna razón, siento que no me cree—. Bueno, has pasado tiempo con él. Quizás quisiste protegerlo y, con ese simple hecho, se activaron —aclara.

«Nos hicimos cercanos, porque me obligaste a cuidarlo. Aunque, admito que a la hora de hablar con él y hacerlo entrar en razón, me dieron ganas de golpearlo y tirarlo fuera del muro».

Tal vez me acerqué de más, porque en ese momento me empecé a sentir normal con su compañía. Entendemos nuestras bromas, nuestro sarcasmo e ironía. Cosa que no puedo hacer con Castiel o podía con papá. A quien sigo sin poder localizar. Frunzo mis labios, frotando mis manos en ambas piernas.

—¿Crees que Bram venga a buscarme? ¿Y si tiene a Celia? —Se levanta de su asiento y se acerca a mí.

—Lo he pensado, pero no sé con qué propósito. Supongamos que Kaibron las quiere para hacerme daño —asume—. ¿Cómo hará que se queden con él para siempre? Aunque, claro, Bram podría hechizarlas —añade, mordiendo su

labio inferior, mirando el suelo.

—¿Le temes? —pregunto, tratando de que me vea a los ojos.

—Él y yo tenemos cuentas pendientes, pero sí, también le temo —confirma disgustada—. Aunque, de a poco y con esfuerzo, ese temor se está volviendo en odio.

—Como lo describes, puedo pensar que no eres la única que lo busca para cobrar venganza.

—No piensas mal, así es. —Me señala con su dedo índice—. Todo el mundo mágico lo busca, le tienen precio a su cabeza —informa, pensativa.

Estamos hablando de un ser del que no se conoce su identidad real. Todos lo buscan y, aun así, él se atreve a merodear por ahí, a entrar en este instituto sin miedo alguno de que Layla lo enfrente. Debo decir que ese hombre vive al límite y todo por el dichoso dinero que lo ínsita a hacer cada una de las locuras por las que contratan sus servicios.

Las horas pasan y, sin darme cuenta, son las nueve de la noche. Salgo de la oficina luego de despedirme de ella, avanzo por los pasillos, tratando de ser sigilosa; en una ocasión tropecé con Demetrio, me tomó del brazo y me arrastró hasta mi habitación. Estuve alrededor de una semana con el brazo adolorido.

Últimamente, si se sale a esta hora, puedo toparme con algún alma en pena y esas cosas; debo alejarme de ellas porque, de no ser así, se meterían en mi cabeza y hay que comenzar un ritual para darles luz. Añadiendo que, de fondo, se escuchan algunos lobos, insectos o cuervos.

Mientras camino sumergida en mis pensamientos, tropiezo con alguien, abro los ojos, temerosa de que sea Demetrio.

—¿Qué hace por aquí, señorita? —indaga Castiel, posando sus manos en mis hombros.

—Estaba hablando con Layla —respondo, casi en un susurro—. Cass...

—Dígame, señorita. —Se aparta, devolviéndome mi espacio personal.

—Quiero preguntarte algo... —comento comenzando a caminar—. ¿Por qué no recuerdo ciertos días?

—¿A qué se refiere? —cuestiona, avanzando a mi lado.

—Hay un día, cuando quizás tenía quince años —aclaro—. Volvía a casa y, de un momento a otro, al día siguiente aparecí en mi cama. ¿Puedes decirme qué pasó? —Al decir esto, su cara se torna pálida, como si hubiera recordado algo que lo atormenta—. ¿Castiel? ¿Estás bien? —Trato de tocar su frente y él impide mi acto, tomándola.

—No puedo dejar que se entere de lo ocurrido —revela, viéndome a los ojos. Los suyos empiezan a cristalizarse, haciendo que lo vea confundida.

—Pero, ¿por qué? —inquiero, enarcando una ceja.

—Ese día... Usted murió —anuncia—, yo solo la reviví.

«¿Cómo que morí? ¿Esto es posible?».

Siento cómo mi cara se transforma en una de incompreensión; doy un paso hacia atrás, llevando mi mano a la altura del corazón. El no poder entenderlo hace que me duela el pecho, como si, inconscientemente, supiera lo que sucedió, pero no llego a recordarlo, o por el hecho de que él lo ocultara por tanto tiempo.

—¿Qué quieres decir con que morí? —cuestiono, tomando su brazo con la mano temblorosa. Él solo guarda silencio, haciendo que pierda la cabeza—. ¡Maldita sea! ¡Dime, Castiel! ¡Dímelo! —exclamo, sacudiendo su cuerpo, tratando de que voltee a verme—. Si vuelves a mentir, te juro que no volveré a hablarte —añado con rabia. Por fin se digna a mirarme, observo cómo una lágrima cae por su mejilla y la limpia con rapidez—. ¿Estás llorando?

«¡Claro que está llorando, estúpida!».

—No, señorita. —Me rodea con sus brazos, comprimiéndome contra su pecho—. Perdóneme por no haber llegado a tiempo —se excusa. Respondo su abrazo, tratando de consolarlo, sin embargo, sigo confundida por sus palabras.

—Cass... dime, ¿por qué te afecta tanto? —solicito con timidez.

—Usted es importante para mí. —Me aprieta aún más entre sus brazos—. Y por mi culpa la perdí. —Siento cómo exhala en mi oreja, haciendo que sienta un escalofrío recorrer por mi espalda.

—Pero, aquí estoy —aviso—, sana y a salvo. —Trato de alejarme—. Ya no me ocurrirá nada.

Él se despega de mí, viendo sus zapatos. Intento acariciar su cabeza, pero lo evita, tomando mi mano, y la lleva hasta sus labios, dejando un beso en ella. Sonrío, negando con la cabeza. Miro a un lado, topándome con Edriel, quien nos ve atentamente con las manos en los bolsillos; mi sonrisa se borra cuando lo veo marcharse.

—¡Edriel! —Salgo corriendo detrás de él—. ¡Edriel! —repito, provocando que apure el paso.

Trato de detener el tiempo, pero, claro, no sé cómo hacerlo siendo consciente. Levanto las palmas en su dirección, cerrando los ojos con fuerza. Por mis pies comienzo a sentir una especie de electricidad, sube por mis piernas, siguiendo su camino hasta las manos y cabeza.

Siento los dedos entumecidos, lo que me hace volver a abrir los ojos, topándome con un alma que toca mis dedos. Aparto la mano de golpe. Ese ser frío, me observa directamente a los ojos, mientras levita delante de mí. Emana un aura de tristeza, dolor y odio; su apariencia es siniestra, sus cuencas son negras, a la vez que de ellas se puede ver un punto blanco en el centro; tiene el cabello mojado al igual que la ropa que porta, y su piel es azul, dejando ver cómo tiene algunos pedazos colgando.

—Tu padre... Me condenó... —dice, revelando una voz profunda.

—¿Mi padre? —repito incrédula, mirando mi alrededor.

—¡Señorita, no lo escuche! —Oigo exclamar a Cass.

De fondo, puedo percibir cómo corre hasta donde estoy, y me aparta con agilidad, quedando entre el alma y yo. Introduce su mano en el pecho de aquel ser, conjurando algo en otro idioma incomprensible, el alma en pena comienza a gritar, lo que provoca que mi cuerpo tiemble. Una luz surge de su pecho, haciendo que extienda sus brazos hacia atrás, al igual que la cabeza; de un segundo a otro, pasa de ser un ente levitante a ser solo cenizas que se lleva el viento.

—¿Se encuentra bien? —pregunta, viéndome sobre su hombro. Asiento repetidas veces, mirando detrás de él. Edriel desapareció sin dejar tiempo para ver qué pasillo tomó.

—Debemos buscar a Edriel —exijo—. ¿Qué tal si le pasa algo? Además, ¿cómo entran las almas a este lugar?

—Son almas, señorita —aclara—. No podemos restringir su paso porque carecen de materia, pero sí repelerlas con nuestros conocimientos. Yo buscaré al humano —dice de modo despectivo.

—No, yo te acompaño. —Lo tomo de la muñeca antes de que dé un paso más, me ve un poco disgustado, pero accede. «No tiene otra opción». Suelto su muñeca, acercándome para caminar a su lado, sintiendo seguridad.

Caminamos por cada pasillo, rebuscamos por cada rincón, Castiel libera a algunas almas abriéndonos paso hasta el último piso. Estando allí, puedo notar que es más frío que el resto del instituto, incluso que el exterior. Este lugar está lleno de puertas, cuadros y objetos cubiertos con sábanas desgastadas. Pareciera que hemos sido trasladados a una casa embrujada.

Castiel empieza a tocar cada puerta que se cruza, golpea las manijas con un candelabro para abrirlas y, cuando inspecciona el lugar, vuelve a salir, juntándola detrás de él. Solo puedo permanecer quieta, viendo cada uno de sus movimientos.

De cierto modo, me siento mal por Edriel, hace no mucho me confesó lo que siente por mí y luego me vio en una escena comprometedoramente con Castiel. Me preocupo por ambos, solo que a Castiel lo veo como un hermano mayor mientras que a Edriel lo veo como un chico que conocí de una forma un tanto peculiar.

Nunca me ha gustado aparentar ser una mujer frívola, no quiero que crean que ando jugando con ambos a la misma vez. Estas relaciones de triángulos amorosos siempre traen problemas, aunque no quieras lastimar a ninguno de los dos, como quiera, al final, uno de los tres saldrá herido.

«Si fuese a enamorarme de alguno, sería de Edriel, que me lleva unos cuantos años y nos entendemos bien; en cambio con Castiel me sentiría en una relación incestuosa».

—¡No! —grita Castiel, sacándome abruptamente de mis pensamientos.

Veó que corre hacia dentro de una de las habitaciones, mis piernas se mueven por sí solas. Entro al cuarto, viendo cómo Edriel está de pie sobre el marco de una ventana rota. Doy un paso hacia al frente, pero una voz siniestra me lo impide.

—Tranquila, niña —dice Edriel con su voz distorsionada—. Solo lo estoy ayudando a calmar su dolor.

—¿Matándolo? —inquire Castiel, detrás de mí.

—Así lo hacen muchos —aclara. Siento el pecho apretado y mi respiración se acelera, dejándome ver una nube de mi aliento.

«Tengo miedo de que salte al vacío. Debo aclarar que estamos en un décimo piso y él es un humano poseído, tendría una muerte segura. No puedo permitir algo así y no sé qué hacer, estoy completamente paralizada».

Mientras me cuestiono qué hacer por su vida, veo cómo su cuerpo se deja caer.

XXVII

Del pasado de Castiel

Shayza

Al verlo saltar, corro hasta la ventana, llevándome la sorpresa de que cuelga de una sola mano. La tomo, intentando hacerlo subir.

—Déjalo ser libre, niña —ordena el ente que posee su cuerpo, tratando de soltar mi mano.

—¡Ni lo pienses, ser asqueroso! —grito, forzando el agarre.

Escucho cómo Castiel se acerca hasta nosotros, se apoya del umbral, agarra a Edriel de la camiseta y lo levanta, tirándolo al interior. El alma que controla el cuerpo de Edriel se pone de pie, viéndonos con disgusto y una sonrisa amarga de lado.

—Me sorprende que quieran vivo a este humano —dice, señalando el cuerpo que posee—. Solo es un ser frágil —comenta, encogiéndose de hombros—. Ha sufrido mucho, por eso pude poseerlo —informa, paseándose por el lugar—. Tú, niña, ¿sientes algo por él?

—¿A qué te refieres? —pregunto, dando un paso hacia al frente.

—Vi tu dolor cuando lo tomaste de la mano, como si temieras perderlo.

—¡Temo perderlo porque es mi amigo! —exclamo, sabiendo a dónde quiere llegar. De mi costado derecho puedo escuchar cómo Castiel empieza a susurrar algún conjuro, las flamas que comienzan a emanar de sus palmas se vuelven oscuras. «¿Piensa matarlo?».

—No vayas a hacer alguna locura —susurro, viéndolo de reojo. Él no parece haberme escuchado cuando lanza una ráfaga al cuerpo de Edriel, haciendo que se desplome en el suelo con un sonido seco—. ¿Qué has hecho? —grito, corriendo hasta el que yace en el suelo, acerco mi oreja a su boca para notar si sigue respirando, me aparto al comprobarlo.

De repente, una luz cegadora se apodera de su cuerpo para, segundos después, dejar ver, a su lado izquierdo, a una mujer con cabello rosado y piel blanca con muchísimos tatuajes. Retrocedo, sin dejar de verla, sorprendida. «¡Es la chica por la que Cass se desmayó!».

—¿Otra vez tú? ¿Qué quieres? —cuestiona Cass, colocándose delante de mí para protegerme.

—Vaya, Castiel... ¿No recuerdas quién soy? Si solo han pasado unos... ¿trescientos años? —inquire la chica, sonriendo.

«¿Trescientos años? Lo siento, yo no encajo en esta conversación. Aunque, ¿cómo se conocieron? Digo, son muchos años. Durante todo ese tiempo ha de haber conocido a millones de personas».

Desde este punto de vista, no puedo ver cómo está reaccionando Castiel; me posiciono a su lado, inclinando mi rostro hasta lograr ver su expresión, observa cada centímetro de la chica con el ceño fruncido, como si intentara recordarla, se percata de lo que intento hacer y coloca el brazo delante de mí, impidiendo el paso.

—Sigo sin saber quién eres —responde cortante.

—¿Seguro? Escuchen con atención mi voz. —Señala su oreja—. Antes tenía un precioso cabello dorado y mi piel estaba llena de hermosas pecas — comenta, pasando los delgados dedos por cada centímetro de su piel. La flama que sale de las palmas de Castiel empieza a desaparecer. Él da un paso hacia atrás, pero se detiene—. ¿Ya te diste cuenta?

—¿I-Irina? —balbucea—. ¿Có-cómo? ¡Te vi morir! ¡Te dejé en nuestra casa antes de huir! —exclama con voz temblorosa, casi sollozando.

«¿Irina? ¿Nuestra casa? ¡Entonces, al fin de cuentas, si es la ex de Castiel, solo que él no la reconocía por su cambio! ¿Quién lo diría? Pero... Si la vio morir, ¿cómo volvió a la vida?».

—Sí, morí por vejez —aclara—. Aunque mi tristeza fue tanta por no poder acompañarte en la eternidad que terminé volviéndome en esto. —Se señala así misma—. Realmente quiero acompañarte por el resto de nuestros días, Castiel. Fuiste mi primer hombre, en todos los aspectos —informa, dando un paso hacia adelante mientras lleva su mano al pecho—. Llevo siglos buscándote. Lyn, no sé si la conozcas, dijo que ahora le servías a la hija de Layla y Hedeon. —Hace un ademán con la mano—. No sabes lo feliz que me sentí al saber que seguías vivo, aunque claro, eres bastante fuerte.

—Te volviste una... —Agacha la cabeza—. ¿Alma en pena?, pero ¿cómo explicas las runas que portas?

—Nunca dije que soy un alma en pena, eso solo lo asumiste —replica, dando otro paso hacia adelante—. Sí, soy un alma, pero hechizada. Por eso tengo tantas runas.

—¿Quién te hizo esto? —indago, viéndola a los ojos.

—Ah, Shayza. Olvidé que estabas aquí... Si tienen tanta curiosidad, entonces les contaré:

»Al cerrar los ojos, creí haberme ido para el tan anhelado cielo, lo menos que presencié fue paz. Amaba a Castiel con una profundidad inimaginable. Caí en un hoyo oscuro, lleno de agonía y tristeza. Volví a despertar, pero esta vez sin mi preciado y arrugado cuerpo. Era un alma en pena. Vagué por las calles, sin rumbo, por un largo periodo de tiempo. Hasta que me topé con un brujo que decía ser el más poderoso y temido. Él necesitaba esencia de agonía, yo se la ofrecí si me daba algo a cambio.

—Quiero encontrar a mi amado —informé, desesperada.

—¿Quién es tu amado? —cuestionó apático.

—Se llama Castiel Kozlov —respondí, entrelazando mis dedos.

—Quizás sé de quién se trate, quizás no —avisó—. A cambio de encontrarlo, no solo te pediré la esencia de agonía. Necesito ese cuerpo que portas para mi «colección». —Me señaló, obligando a verme y cuestionar para qué lo añadiría a su dicha colección.

—Entonces, ¿qué haré? —Apreté la falda de mi roto y desteñido vestido.

—Te puedo entregar éste. —Chasqueó los dedos, haciendo que el cuerpo de una chica diminuta, casi como una pulga, flotara entre sus manos—. Solo te advierto una cosa, ella tiene varias habilidades. Descúbrelas —ordenó.

Luego de esto, sentí mi cuerpo pesado; lo último que vi fue su sonrisa maliciosa, y me desplomé. Desperté sintiéndome el doble de triste que antes; él había desaparecido. Me puse de pie, viendo a todos lados, pero nada, no había ni un indicio de que hubiera hablado con ese brujo.

Luego de meses y meses buscándolo, encontré a una bruja llamada Lyn. Le hablé sobre a quién buscaba, ella muy amable me contó sobre Hedeon, Layla y su conflicto. La chica trabajaba con el brujo, pero tampoco sabía cómo contactarlo ya que él simplemente aparecía cuando la necesitaba; dijo que debía viajar a Windville, me lanzó un polvo gris a los pies y ahí fui a parar. Sin una guía a dónde ir, pero más cerca de mi esposo.

Aquel día en el que volví a ver a Castiel, no pude evitar acercarme a la casa del humano. Me escondí de los gemelos que vinieron a buscarme, quienes también alertaron a mi amado. Cuando lo vi huir, fui detrás de él. En un momento, lo perdí de vista y no me rendí, pero la noche llegó. Haciéndome volver a tomar un camino sin rumbo alguno.

—Volví a ver a Bram y me indicó que viniera aquí, me colocó cada una de estas runas para poder entrar sin ser detectada o algo por el estilo —dice, señalándolas con su dedo índice.

«Eso explica el por qué los gemelos parecían ser seguidos por una jauría y

luego Castiel apareció alterado, terminando por convertirse en un paranoico».

—Estás mintiendo —afirmo, apartando el brazo de Castiel—. Sabes dónde está. Él tiene a mi hermana. —Voltea a verme incrédula.

—No estoy mintiendo. Realmente...

—Ya tenías esas runas cuando Castiel se desmayó —aclaro, frunce el ceño y da un paso hacia atrás.

—Bueno, no eres tonta —comenta, acerca su mano al cuerpo de Edriel con alguna intención que desconozco, pero, antes de poder tocarlo, un rayo de luz le golpea la mano, haciendo que voltee a ver al agresor—. ¿Te pondrás en mi contra?

—Para mí estás muerta, ya no perteneces aquí —responde, alzando su palma en dirección de la chica—. No deberías sufrir más.

La chica baja la cabeza, pasa una mano por su brazo, pecho y cabello. Comienza a reír sin sentido alguno, la miro extrañada y Castiel me acompaña en el sentimiento, pero no se inmuta, sigue en su posición de ataque. El cuerpo de la chica empieza a transformarse, sus brazos se convierten en enormes alas de color negro, de la parte superior de su pecho emergen dos cabezas enormes y grotescas, a cada una le salen cuernos, la cara se alarga, convirtiéndose en algún tipo de lagartija; el cuerpo crece, al igual que sus piernas y las uñas se alargan como garras.

Las runas en su piel desaparecen, dejando paso a escamas de color gris. Al terminar su transformación, nos deja apreciar a una criatura semejante a un enorme reptil de tres cabezas; una ruge, la otra lanza fuego por la boca, quemando todo a su paso, y la última se acerca para tomarme. Trato de huir, pero es en vano. Cuando su mandíbula rodea mi torso y siento la presión, la golpeo con los puños. Castiel le lanza diversos conjuros que no le hacen daño alguno. La cabeza que ruge deja de hacerlo y voltea a verlo.

—Te devolveré a la chica cuando decidas comenzar una nueva vida junto a mí —anuncia, corriendo hasta la ventana, a la vez que mi cuerpo se contorsiona.

Se abre paso por la pared, rompiéndola para emprender su vuelo a un destino incierto. Grito al ver la altura en la que nos encontramos, aferro mis uñas a su cabeza sin cerrar la boca. Mi cabello revolotea, sus alas suben y bajan, haciendo que vayamos más alto al son del aleteo. Gira en el aire, provocando que vuelva a gritar con todas mis fuerzas. La cabeza que antes escupía fuego, ahora mira hacia el instituto, dirijo mi vista hacia al frente, topándome con una especie de óvalo flotante, también conocido como portal.

—¡CASTIEL! —Es lo último que digo antes de entrar en aquel óvalo de color amarillo.

Mi cabeza empieza a dar vueltas, mi estómago se revuelve, haciéndome sentir náuseas, puedo apreciar como un hormigueo empieza a apoderarse de mi cuerpo, mi vista se nubla; trato de tocar la cabeza del animal amorfo, pero ya no lo siento. Sin embargo, sigo siendo aprisionada por una fuerza bruta en mi torso. Parpadeo varias veces, tratando de recuperar mi vista, pero nada. De repente, percibo como algo metálico golpea con potencia mi cabeza.

Despierto sobresaltada al sentir agua totalmente fría caer sobre mí. Trato de conseguir aire. Recupero mi vista, apreciando mis alrededores. Ahora estoy en un cuarto deteriorado, sus paredes contienen moho, telas de arañas y alguna que otra mancha de humedad. El suelo es de concreto con muchas imperfecciones. Alguien chasquea sus dedos en mi campo visual, volteo para descubrir de quién se trata. Delante, hay un hombre agachado, sonriéndome; su cabello negro es largo hasta los hombros, sus ojos son grises y su piel pálida.

—Por fin —expresa él.

XXVIII

Buscando una salida

Castiel

Golpeo la pared que está a mi lado cuando no puedo hacer nada para salvar a la señorita. Giro, encontrándome con que la habitación comienza a quemarse; el fuego se propaga por una esquina del lugar. Miro al humano, que sigue sin dar alguna señal de vida, lo agarro, lo subo sobre mi hombro y comienzo a correr hasta el primer piso para avisarle a Layla lo que ha sucedido.

«Lamento tanto no haber rematado a Irina cuando desconocía su nueva apariencia. Hubiera sido fácil, estaba de espaldas y yo, con un simple movimiento o conjuro, acababa con ella».

Rebusco entre los cajones y armario de la señorita. Tomo pantalones, blusas, y su ropa interior, la agarro apartando la vista. Sería inmoral para mí, después de mayor, tener pensamientos desagradables por mi protegida o, más bien, por una niña inocente como lo es ella.

Mientras termino de hacer la mochila, alguien toca la puerta de la habitación, y volteo a ver enarcando una ceja. «¿Por qué no solo entra?», pienso, caminando hasta ella, y giro la manija, topándome con dos gemelos afligidos.

—Castiel, debes llevarte a Shayza —ordena Dixon a la vez que mira al final del pasillo.

—¿Por qué? —indago, cruzándome de brazos.

—No sabemos quién es, pero hay una mujer con runas rondando por los alrededores —responde Wyatt.

Dejo caer mis brazos a los costados del torso, asiento con la cabeza, dando un paso hacia atrás. Los gemelos se alejan, casi trotando por el pasillo. Guardo lo poco que queda, cierro la mochila, la coloco sobre mi hombro y salgo, cerrando con cuidado la puerta. Troto hasta la cocina, donde encuentro a la señorita tratando de comerse un emparedado.

La tomo del brazo, a la vez, comienza a preguntar el porqué de esto; la

ignoro, prestándole atención a los alrededores. Murmuro un conjuro en ruso (*Nastraivat' moi ushi*) para poder agudizar mis oídos. Escucho como los vecinos de al lado tienen una tarde romántica mientras que sus hijos no están, perros ladrando, gatos gruñendo, gente hablando entre sí o sola, las aves y demás. No noto ninguna anomalía hasta que conjuro (*Dukhovnyy transport*) provocando que pueda viajar sin la necesidad de ir a dicho lugar.

Veo todo desde lo alto del cielo, en la calle solo estamos la señorita y yo. Detrás de ésta, se encuentra la chica con las runas. Deshago el conjuro, empujo a la señorita a un callejón, activo mi escudo (*Zashchitnyy ekran*) para aislarnos de la vista de los demás. Cuando reviso que ya no está, desactivo el escudo, sintiéndome pesado, trato de evitar desmayarme, pero es imposible.

Al llegar a la oficina de Layla, intento abrir la puerta, pero se encuentra cerrada. La golpeo repetidas veces con mi puño y, aun así, ella no responde. Suspiro, tomo impulso, y la pateo, provocando que caiga al suelo, paso sobre ella en busca de mi objetivo. Me sorprende cuando no la encuentro; salgo de allí, mirando a mi alrededor, analizando cada esquina. «¿Por qué no hay nadie? Será que...». De los pisos superiores puedo ver cómo alguien se levanta para dispararme, dejo a Edriel dentro de mi escudo de protección y ruedo por el suelo, esquivando uno tras otro hasta llegar a uno de los pilares. Efectivamente, es una emboscada.

Mientras los disparos impactan con el pilar, conjuro el hechizo (*Dukhovnyy transport*) para poder verlos desde arriba y así tener una idea de qué hacer. Cierro los ojos, visualizando todo el perímetro: en el tercer piso hay cuatro humanos, o nunca mejor dicho: cazadores de brujos; en el quinto, otros cinco, y el fuego está bajando por el octavo. «Puedo usarlo a mi favor». Me pongo de cuclillas, los disparos se detienen, asomo un poco la cabeza. Uno de los humanos vuelve a disparar, provocando que retroceda.

A mi izquierda está el pasillo por el que se puede salir a Guánica. Muevo el brazo, haciendo que el mundano flote hasta mí, repeliendo los proyectiles que impactan contra él. «Uno...dos... ¡tres!». Salgo corriendo, usando a Edriel como escudo, abro la puerta principal de golpe, corro sin desenfreno hasta llegar al inmenso portón de metal, lo abro. Con un conjuro, (*Pryzhki mezhdru prostranstvami*) hago aparecer un portal que lleva hasta Puerto Rico. Empujo al inconsciente, dando una última mirada al instituto. Hay varios cazadores en la puerta, su vista topa conmigo, abriendo fuego, y salto hasta el

portal procurando cerrarlo detrás de mí.

Al llegar, salgo disparado del espiral, cayendo al lado del mundano. Me pongo de pie para luego agacharme, le levanto un párpado al chico, notando que se encuentra al borde de la muerte. Suspiro con pesadez, conjuro otro hechizo (*Voskreseniye*) para evitar una tragedia antes de que sea tarde. Luego de una larga sesión de cinco minutos, el chico vuelve a la normalidad, tosiendo y escupiendo un líquido amarillento.

—¿Dónde estoy? —pregunta desorientado.

—En tu país —respondo, poniéndome de pie.

«Si los cazadores entraron al instituto, quiere decir que Irina podría trabajar con ellos o con Bram Loffom. ¿Layla habrá logrado salir antes de que ellos llegaran? Sí, el lugar estaba vacío. Debería ir al otro refugio que está en Yauco».

Volteo para ver al insecto que sigue en el suelo, botando la cosa amarillenta, camino hasta él. Lo obligo a levantarse, mientras lo arrastro por un sendero.

—Sé que me tratas así porque la amas —comenta con dificultad, intento ignorarlo sin suavizar el agarre—. Deberías dejar que se quedara con alguien normal.

«¿Normal? No me hagas reír. Debo controlarme. De no ser así, alguien morirá por accidente».

Bufo en respuesta, lo suelto, haciendo que caiga de costado. Veo hacia el horizonte, la noche está sobre nosotros.

—No te burles y admite lo que sientes, así te quitarás un peso de encima —aclara.

—Deberías cerrar esa boca, si no tendré que ayudarte a hacerlo y no te lo recomiendo —expreso, molesto por el desagradable tono de su voz y doy varios pasos, representando autoridad—. No siento nada por la señorita. Si ella quiere salir con alguien, que lo haga con quien se lo merezca, no con un humano insignificante, tal y como lo eres tú.

Solo se dispone a reír, mientras se retuerce en el suelo. Fastidiado por actuar de una forma burlona, camino hasta donde está, pero me detengo. Estaría mal que me baje a su nivel por una simple provocación de, prácticamente, un niño. Doy la vuelta, comenzando a caminar para salir del bosque, sin encontrarnos con otro humano.

Hechizo a Edriel (*Dominatio*) para que pueda seguirme sin reproches. Bajando una cuesta, alguien detrás de mí dispara, la bala entra en mi brazo

derecho, haciendo que caiga de rodillas. Un ardor casi insoportable recorre cada vena de la extremidad, la sangre comienza a brotar de la herida hasta llegar al suelo. Vuelvo a ponerme de pie con dificultad, levanto la mano en dirección a la nada y conjuro el hechizo (*Raspolozheniye mest*) para saber dónde está el portal del refugio.

A unos metros hacia la derecha, comienza a formarse un óvalo amarillo, camino hasta él, recibiendo otro disparo en la pierna izquierda, caigo nuevamente. «¿Qué se supone que tienen esas balas?». Miro al agresor, que ahora se encuentra bajando la cuesta a toda prisa, me arrastro con complicaciones hasta el portal junto al mundano.

Lo hago pasar y luego entro, me derrumbo en el suelo, a la vez que gimo por el inmenso dolor. Ya no puedo sentir el brazo y la pierna. Al sentarme, hay un cazador apuntando mi cabeza con su arma envenenada. Le echo un vistazo al objeto de metal y luego a él, sonrío de lado, cerrando el portal, provocando que otro de los cazadores se separe de su brazo, el cual cae al lado de quien me apunta, dejando un charco de sangre, seguido de movimientos involuntarios.

—Si vas a hacerlo, no debes apuntar aquí —comento, apuntando mi sien con el dedo—. Deberías hacerlo acá —añado bajando el arma hasta la dirección de mi corazón—. Pero antes de eso, dime, ¿cómo lograron entrar al instituto?

—Su burbuja se reventó —responde triunfante—. Fue muy raro encontrar su nido en este país, claro, tenemos brujos de aquí, pero ustedes son extranjeros. ¿Qué sucedió para que escaparan de sus países? ¿De dónde vienen?

—Venimos de Rosewhite, una isla al lado de Canadá —contesto con desinterés, mientras muevo el cuello de lado a lado—. ¿Sabe de quién es el instituto? O bien, nido.

—De otra porquería como tú.

—No. —Niego con la cabeza—. Me sorprende que, al ser un cazador, no sepas sobre Layla Viktish.

—¿La-Layla? —balbucea y abro los ojos, fingiendo estar sorprendido.

—Al final si sabes de quien hablo, prepárate, cuando ella logre encontrarlos, vivirán el mismo infierno. Últimamente, ya no usa tanto su poder, pero puedo dar por sentado que usará hasta la última gota —anuncio. «De vez en cuando, la mentira sobre Layla ayuda en algo». Volteo para ver al mundano que sigue en trance—. Aunque, claro, esto es si no han tocado a su hija. No sé

de qué es capaz si le tocan un solo pelo a la señorita.

Vuelvo a notar que su mano tiembla, sin embargo, hace un leve intento para ocultarlo. Me golpea la cara con el mango del arma, siento cómo el líquido rojo comienza a dispersarse por mi boca. La escupo para recibir otro golpe proveniente de la derecha, vuelvo a deshacerme de ella y miro al mundano con el ceño fruncido.

—¿Es todo lo que tienes? ¡Dispara! ¡Dispara y desata el infierno! — exclamo, viéndolo a los ojos, empezando a sentir un calor inmenso por cada fibra de mi piel. Al ver que no va a hacer nada, golpeo su mano, haciendo que se le caiga el arma; intenta tomarla, pero pateo su cara, provocando que pierda el equilibrio para caer sobre su espalda. Incrusto mis dedos en la herida de bala de mi brazo derecho para sacarla y así poder moverme con libertad. El hombre gatea con velocidad hasta donde se encuentra su juguete, lo sigo, pero la toma y dispara.

Con suerte, consigo esquivarlo, pegándome contra la pared. Vuelve a disparar, me lanzo al suelo, activando mi escudo de protección. Dejaré a Edriel desprotegido, pero el cazador solo me quiere a mí. Adentro mis dedos hasta lograr sacar la bala de mi pierna, aunque haga esto, siguen sin movilidad. Mi escudo comienza a deteriorarse, dejándome inmune ante el hombre. Se pone de pie, sin apartar el arma de mi dirección, camina hasta mí, apuntando hacia el corazón, luego de intercambiar miradas por varios segundos, aprieta el gatillo.

XIX

Ante una nueva amenaza

Shayza

Frunzo mi entrecejo, esperando que algo más salga de su boca. Mis brazos están atados en la espalda, impidiendo cualquier movimiento. Aprieta sus labios a la vez que rasca la barbilla, como si cuestionara algo en su mente, se pone de pie, toma mi brazo, obligando a levantarme, y camino junto a él sin dirigirle la palabra, abre una puerta y me empuja por ella, cerrándola a su paso. Hace una señal con la mano para que comience a caminar en línea recta; hago lo ordenado, disimuladamente, observo el entorno sin mover la cabeza.

Estoy en una especie de bunker, las luces parpadean de vez en cuando y polvo cae del techo, las paredes son iguales a la de la habitación donde me encontraba. Hace calor así que agradezco estar empapada. Escucho gritos a lo lejos, me pongo en alerta, empezando a sentir cómo mis manos sudan. Al escuchar un disparo, me detengo en seco, volteo a ver a quién está detrás de mí, en un intento fallido para sacarle alguna respuesta. Sin expresión o importancia alguna, empuja mi espalda para que siga avanzando. Lo miro de mala manera, comenzando a caminar nuevamente.

Giramos a la derecha, el pasillo es largo, de cada lado hay tres puertas blancas de madera con una pequeña ventana polarizada. Mientras camino cerca de la tercera del lado izquierdo, una mano golpea la ventana. Me sobresalto, notando que ésta deja un rastro de sangre. Por mi mente, lo único que pasa son los nombres de Castiel y Edriel. Recibo otro empujón, pero éste hace que caiga sobre el suelo. El secuestrador me vuelve a poner de pie y, mientras, sujeta mis manos, obligándome a seguir. Sin dejar de ver aquella puerta, el dueño de la mano comienza a escribir:

«S-h-a-y-z-a»: Leo en mi cabeza.

Sorprendida, detengo el paso, provocando que el hombre me vea con curiosidad. No dejo de pensar en aquellos dos, además de la sangre que, evidentemente, hace indicio a que alguno de ellos está herido. Siento que el tiempo vuelve a detenerse como en el instituto. «Lo volví a hacer, debería apurarme».

Al darme cuenta, no he detenido nada, es simplemente el miedo apoderándose de mí. «¿Que haría Castiel en esta situación?». Vuelve a empujarme, pero esta vez respondo, dándole un cabezazo en la nariz, seguido de una patada en su debilidad. El hombre cae, empezando a retorcerse en el suelo, mientras se sujeta el área que he pateado. Estoy lista para huir cuando él agarra mi pierna, provocando que pierda el equilibrio. Caigo sobre mi pecho, el secuestrador comienza a subirse sobre mi espalda, asustada, grito con todas mis fuerzas.

A mi espalda puedo escuchar cómo alguien destruye la puerta antes mencionada, el hombre se pone de pie, comenzando a huir, lo miro confundida, pero termino comprendiendo cuando una especie de sombra, digna de un libro de terror, pasa por mi lado. La monstruosidad agarra a su presa y con sus garras le atraviesa de lado a lado el pecho, lo lanza contra el suelo, coloca su pie sobre el cuerpo, incrusta sus uñas en la cabeza y lo desmiembra, como si se tratase de alguna plastilina, provocando que el suelo se llene de sangre. El monstruo volteo a verme, dejando que aprecie sus características: largas orejas, colmillos afilados, amplias fosas nasales, fuertes y musculosas extremidades, garras oscuras y protuberantes, piel pálida, ojos de mirada penetrante y vacía.

Quedo helada, no puedo hablar y comienzo a olvidar cómo se lleva oxígeno a mis pulmones. Da un paso, mientras me deja ver la sangre que cae de sus manos, trato de ponerme de pie, sin embargo, es una tarea complicada. Vuelve a dar otro paso, haciéndome gritar del espanto.

—¡Aléjate de mí! —exclamo, para luego mirar a todos lados en busca de dónde ocultarme. Al volver a cruzar nuestras miradas, comienza a transformarse en Castiel. Inconscientemente, mis ojos se desvían a su entrepierna descubierta—. Ah, ¿podrías cubrirte? —pregunto, mirando a otro lado.

—Por favor, no mire —ordena.

—No-no, ya no lo haré —balbuceo, cerrando los ojos.

«Ya no necesito hacerlo, esos segundos bastaron para mantener una imagen bastante clara grabada en mi cabeza».

Escucho cómo avanza hasta donde estoy, y desata mis manos. Las acerco a mi campo visual para masajearlas. Las muñecas están rojas y con marcas de una soga. Volteo para verlo, encontrándolo sentado con las piernas cruzadas y con las manos cubriendo su intimidad. Entrecierro los ojos al ver un agujero del que brota sangre en el área de su corazón.

—¿Qué te pasó? —pregunto, señalándolo.

—Es una bala de cazador, bueno, era.

—De acuerdo... Primero que todo, consigamos ropa para ti —comento, poniéndome de pie. Entro a la habitación de la cual salió, la puerta yace en el suelo, rodeada de pequeños cristales.

El lugar parece digno de una escena de un asesino desquiciado, las paredes están bañadas en sangre y vísceras, por el suelo yacen restos de extremidades, siendo acompañadas por el olor a hierro que emana la sustancia rojiza. Como si el cadáver hubiese explotado. En un costado del lugar hay ropa desgarrada, la cual supongo, es de Castiel. Edriel se encuentra recostado en una esquina, con la cabeza inclinada hacia al frente; su piel está pálida, llena de moretones y en su camisa tiene una mancha de algún líquido amarillo. Me agacho, tomando su cabeza, acerco mi oreja a su nariz para comprobar si aún respira. Suspiro aliviada al ver que así es. Lo sacudo levemente, intentado que despierte, pero nada. Miro a Castiel en busca de alguna respuesta.

—No me vea así, Irina casi lo mata y yo lo salvé a tiempo —informa, sin una pizca de delicadeza—. Luego llegué, al que se supone, es nuestro segundo refugio, pero, como puede notar, ellos lo encontraron.

—Eso no me dice nada...

—El mundano —dice de forma despectiva—, aún se está recuperando. —Vuelvo a mirar a Edriel, esta vez con lástima.

«Está aquí y en este estado por nuestra culpa o, bien, por la de Bram. El mundo mágico quiere su cabeza, entonces seré yo quien se la entregue».

Me quito la chaqueta para entregársela al rascacielos y con eso pueda cubrirse. Busco con la mirada alguna especie de silla, o lo que sea, para cargarlo.

—Cass... ¿Qué haremos con él?

—Podríamos dejarlo —comenta sin interés. Masajeo mis sienes, tratando de encontrar alguna posibilidad para poder llevarlo con nosotros. Chasqueo los dedos, haciendo que me vea.

—¡Ya sé! —exclamo—. Podrías hacerlo levitar o algo por el estilo.

—Señorita, mi energía está por llegar a cero —avisa.

De reojo, veo cómo tiene mi chaqueta amarrada a su cintura, el momento no es digno para que me ría, pero no lo puedo evitar.

—Mejor quitémosle el pantalón a Edriel y te lo colocas —sugiero acercando mis manos a la prenda.

—Yo no quiero nada de ese mundano... —se queja, señalándolo—. Está

bien..., no puedo andar así por aquí y menos con usted presente.

Sonríó victoriosa hasta que la imagen de su cosa se hace presente en mi mente, me pongo de pie y cubro mi cara avergonzada. Le hago una señal para que se cambie sin importar si la nota, alejándome, piso algo blando y posiblemente baboso. Elevo mis manos, formando una mueca de asco en mi cara, levanto un poco la zapatilla, notando cómo se me queda pegada la víscera. Doy saltos en una pierna a la vez que sacudo el pie, tratando de quitarla. Castiel agarra mi hombro y se agacha, tomándola con la punta de sus dedos para luego tirarla a lo lejos. Inclino mi cabeza, viéndolo a los ojos. Él se encoge de hombros, limpiándose los dedos en el pantalón.

—Cass... Deberíamos irnos, ¿no crees? —balbuceo, sin poder evitar ver su torso bien trabajado.

—Sí, señorita —confirma, obligando a darme la vuelta.

Me empuja hasta la salida, coloca a Edriel sobre su hombro con evidente desagrado, pasa por mi lado, llevándolo hasta una de las habitaciones que todavía conserva su puerta. Lo espero afuera, mientras estoy al pendiente de cualquier sonido o movimiento. De repente, escucho a lo lejos el sonido de cadenas siendo arrastradas por el suelo; curiosa, camino hasta el final del pasillo, y asomo un poco la cabeza.

Dos hombres altos, vestidos de negro, arrastran a Layla por cada brazo; ella se ve inconsciente, su cuerpo está rodeado de cadenas, las cuales sueltan un líquido brillante de color verde, el cabello cae sobre su cara, pero se hace fácil reconocerla por la ropa llamativa y cabellera. Entreabro mis labios, sorprendida, viendo a un tercer hombre cerrar la puerta de donde salieron. Si supiera cómo controlar el poder de detener el tiempo, quizás, podría ayudarla. Castiel se está quedando sin energías y yo, de bruja, por el momento, no tengo nada. Me escondo cuando, el que cerró la puerta, mira en mi dirección, cierro los ojos con fuerza a la vez que murmuro «no vengas, no vengas, no vengas». Vuelvo a asomar mi rostro, notando que se ha unido a los otros dos, mientras juega con el manojito de llaves en sus manos. Suspiro, dejándome caer de rodillas en el suelo, me apoyo en la superficie, inhalando y exhalando.

Alguien toca mi espalda, poniéndose a mi altura, supongo que es Castiel así que volteo a verlo, coloca su dedo índice sobre los labios, indicando que no haga ruido, ve el pasillo a nuestra derecha mientras apoya su mano en la pared que está a mi lado. Comienza a andar sin levantarse, hace una señal para que lo siga, tomo su muñeca, haciéndolo girar. Le señalo la habitación donde se encuentra Edriel, indicándole con esto que me dé una explicación.

—Él estará bien allí, no se preocupe —susurra, siguiendo su camino.

Echo un vistazo a la habitación por última vez, creyendo en sus palabras. Sigo al pelirrojo, tratando de hacer el menor ruido posible. Sin detenernos, escuchamos el grito de alguien no tan lejos de nuestra ubicación. Sin pensarlo dos veces, me aferro a Castiel, sintiendo su calor contra mi piel; le da unas cuantas palmaditas a mi cabeza para tranquilizarme. Al darme cuenta de lo que hago, me aparto abruptamente, sintiéndome avergonzada. En su rostro se dibuja una sonrisa para tranquilizarme, a la vez que sigue su camino. Llegamos hasta el final de este pasillo, me apoyo sobre su espalda para asomar mi cabeza y observar el pasillo a la izquierda, notando a dos hombres.

«¿Cuántos hombres habrá?».

XXX

Dándome cuenta de mi error

Layla

Mientras lleno los informes sobre casos mágicos que el presidente de magia me encargó, Shayza interrumpe mi trabajo para hablarme sobre un posible poder, lo cual me extraña, ya que no usó ningún conjuro, pero, a la vez, me alegra saber que mis dos hijas son brujas. Cabía la posibilidad de que una lo fuera y la otra no, un claro ejemplo era mi hermana menor, Rubí. «La extraño tanto». Ella era todo lo contrario a Demetrio y a mí. No peleaba por cosas simples, sentía empatía, amor y todos esos sentimientos humanos que he dejado atrás. Quiero vengar su muerte, matar a Bram que fue quien le arrebató la vida.

Me levanto del asiento para dar un paseo por los alrededores, necesito despejar mi mente. Mientras camino por el patio, miro el cielo, tratando de ver las estrellas, pero nada que ver. La burbuja que me prometí fortalecer mañana, ya que no me queda energía por culpa de mi querido hermano, se está derrumbando como cuando le echas ácido a algún objeto. Corro hasta uno de los pilares para trepar hasta el techo. Visualizo a un hombre que está flotando, al igual que su cabello, el flequillo oculta sus ojos, pero aun así puedo identificar de quién se trata gracias a su aura. Porta un pantalón largo, una camiseta de manga larga y está descalzo. Se percata de mi presencia, prestándome toda su atención y noto que sonrío de forma maliciosa.

—¡Oh! Layla —exclama, fingiendo estar feliz de verme—. Me disculpo por lo que estoy haciendo.

—¿Qué quieres, Bram?

—A tu linda hija, la pelirroja —indica con descaro—. Kaibron la necesita, ya que es la única que sigue viva. —Conjuro un hechizo (*Levitate*) con la intención de levitar, pero no lo logro, mi magia está llegando a su límite—. Al parecer, el tiempo no ha sido tu aliado, mi querida Layla —se mofa por mi intento fallido—. Seré condescendiente contigo, que no digan que el gran Bram Loffom no es piadoso. —Baja con lentitud hasta quedar a mi altura.

—¿Piedad? Tú no conoces esa palabra. —Con las últimas fuerzas que me

quedan, conjuro (*Vi sphaerica*) una bola de energía, siento cómo ésta fluye desde la boca del estómago y brazos hasta llegar a la palma de mi mano. Él pide que me detenga, al no hacerlo, dispara una flama de color gris, la cual esquivo dando un giro, vuelve a lanzar otra y, de igual manera, evito que me dé. «Carajo, apenas tengo energía como para mantenerme de pie». Logro lanzarle la esfera que antes conjuré, pero él la esquivo con facilidad.

—Ríndete —ordena—. Jamás podrás luchar contra mí, no estás a mi nivel. Ni siquiera tus padres lo estuvieron.

—¿Eso crees? Ya lo veremos. —Respiro hondo y me inclino un poco para tomar impulso, corro en zigzag, evitando cualquier intento por detenerme. Al estar a menos de un metro de distancia, apoyo todo mi peso en la pierna izquierda, lo que me ayuda a tomar fuerza. Doy un salto y giro con mi pierna derecha, propinándole un golpe certero en la quijada.

—¿Eso es todo lo que puede dar la mayor de los Viktish? —pregunta, burlesco, pero puedo notar cómo el golpe lo ha desequilibrado, provocando que dé un paso hacia atrás. Me lanza una esfera de fuego, golpeando justo mi estómago, la cual hace que tome distancia. Comienzo a quemarme, pero chasqueo mis dedos, haciendo que se apague enseguida.

—¿Es todo lo que tienes? —inquiero, desafiante.

—Vamos... Si voy en serio contigo. —Eleva las manos a la altura de sus hombros, mientras de ellas comienzan a salir lanzas hechas de agua—. Te mataría antes de que te dieras cuenta del ataque.

«Sabía que dirías eso».

Me coloco el anillo que hace muchos, muchísimos años le quité a mi madre, con esto podré tener, aunque sea, un poco más de energía y no irme con las manos vacías. Corro hacia él, rompiendo el aire con la punta de mis dedos del corazón, salto sobre él y entierro mis colmillos en su brazo izquierdo, como si la boca fuese una trampa para osos, al hacer esto, las lanzas se deshacen. Grita, incrustando sus garras en mi cabeza para apartarme, pero, de un tirón, arranco su brazo, a la vez que tomo distancia. Lo dejo caer al vacío, mientras lo observo sujetarse el muñón para detener la sangre que brota de él. Su mano irradia una luz blanca, haciendo que se detenga la hemorragia, chasqueo mi lengua al ver que otra extremidad suplanta a la que le he arrebatado. Avanza hasta mí con una rapidez digna de un jaguar, golpea el centro de mi pecho con la palma de la mano, haciéndome perder el equilibrio y caer del techo en picada.

A medida que caigo, solo puedo imaginar los años de angustia al no poder

encontrar a Shayza, la pésima bruja que he sido al cargar mi nombre. Mi fama se debe a que maté a mis padres siglos atrás, ellos podrían ser menores que Bram o de la misma edad. Lo que nadie sabe es que los asesiné mientras dormían, quería ser la mejor bruja y, cuando comencé a portar ese legado, siempre demostré lo contrario. A mi edad debería poder derrumbar todo a mi paso, en cambio, pierdo energía fácilmente, además de que la uso de manera imprudente cada que lucho contra Demetrio.

El cuerpo comienza a sentirse pesado cuando mi cabeza golpea el césped, sin moverme, veo cómo baja lentamente, a la vez que sonrío, sabiendo que ha ganado por mi desventaja.

—Si no te mato yo, lo hará Shayza —adviento, tomando su tobillo.

—Ah..., Shayza, ¿la chica no ha revelado sus poderes? —pregunta con burla—. Me gustaría ver cómo lo intenta.

Mi agarre se debilita a la vez que sacude su pierna, da un salto para luego agarrarse de una columna y repite el mismo procedimiento hasta que llega al techo. Uso el poder que me otorga el anillo; junto mis manos, conjurando un hechizo en latín con una mezcla de ruso: *Motus octo metris*. Separo mis manos, haciendo que una luz neón recorra todo el perímetro hasta el octavo piso, donde terminan las habitaciones. Con esto he trasladado a cada uno de ellos a un refugio cerca de aquí. «Espero que puedan salvarse sin mi ayuda». Aprecio cómo mi vista se hace borrosa y los párpados comienzan a pesar.

De a poco empiezo a abrir los ojos, la luz, de dónde quiera que estoy, me molesta. Aún sin acostumbrarme a ella, trato de moverme, sintiendo un fuerte ardor en cada una de las extremidades. Dejo salir un grito ahogado al ver las cadenas que me rodean con la sustancia viscosa de la planta Flix. Es lo que los cazadores de brujas utilizan para neutralizarnos, los vampiros mueren con la luz del sol o una estaca en el corazón, nosotros con esta planta venenosa si es utilizada en dosis elevadas. Afligida, miro mi alrededor; estoy en una de las habitaciones del bunker que está en Yauco, Puerto Rico, es decir, en el otro refugio.

—No... —susurro, al comprender cómo llegué aquí, las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

«Estoy sin fuerzas, custodiada por cazadores, lo cual es muy patético, y neutralizada con mi kriptonita. Listo, la gran bruja Layla Viktish caerá en lo más bajo, mi nombre será manchado, haciéndome ver como la peor que ha existido. Me las doy de poderosa y nada que ver con ello, inclusive, Celia podría llegar a ser más fuerte de lo que yo podré ser alguna vez, pero ¿qué

puedo hacer? La avaricia y el odio es lo que me guía en esta mágica vida. Es lo que me toca vivir por haberlos asesinado».

—Ah, ya se despertó —expresa una mujer a mi izquierda. Volteo mi vista hacia ella, su cabello es rizado de color negro, su piel morena, tiene ojos oscuros, viste con pantalón largo y una camiseta negra, en su cadera lleva una correa con un pequeño cuchillo y una botella con, lo que puedo suponer, el veneno que está sobre mí—. ¿Eres Shayza?

La miro confundida. «¿Para que la quieren?». Al ver que no respondo, toma el frasco y vierte con lentitud su contenido en mi cara. Muerdo mi lengua, aguantando el dolor, a la vez que intento moverme lo menos posible.

—¿Eres Shayza? —repite, deteniéndose—. Otro grupo tiene a más escoria como tú y están siendo torturados para poder encontrarla.

—¿Para qué la quieren? —indago, curiosa.

—Es un peligro para todos los humanos —avisa, alejándose—. Al menos ya sé que la conoces.

—¿Un peligro? —digo con tono burlesco—. ¿Cómo una bruja que no sabe cuáles son sus poderes o cómo conjurar algún hechizo sería un problema? —miento, viéndola fijamente a los ojos. Se inclina hacia atrás y golpea mi rostro con su puño, siento la sangre acumularse en mi boca, obligándome a escupirla.

—No permitiré que me domines —advierte, poniéndose de pie.

—No necesito hacer nada de eso, solo esperaré aquí hasta que alguien venga por mí y me alimentaré de tu cadáver para retomar mis fuerzas —confieso, sonriéndole de lado.

—¿Quién eres? —Entrecierra los ojos.

—Ah, eres una cazadora y no sabes quién soy —menciono con desinterés—, vas muy bien encaminada en tu deber, creo que esta vez podrás ser la empleada del mes.

Frunce la nariz, saca el cuchillo que portaba en su correa y vierte el líquido de la planta en él, luego lo introduce en mi pierna a la vez que lo tuerce para provocarme más agonía.

—¡HIJA DE PUTA! —exclamo con ira—. ¡TE COMERÉ VIVA!

—Claro, claro. —Ríe—. ¿Sabes algo? Nadie de tu grupo podrá ayudarte, todos han sido capturados.

Siento la ira recorrer cada centímetro de mi cuerpo, ya que es mi culpa el haber traicionado a mi clan. «Debo arreglar esto, pero ¿cómo?... Ella y yo somos las únicas en el lugar, lo cual me da cierta ventaja». Provoco que mis colmillos salgan y, con un rápido movimiento, desgarró la piel de su cuello

antes de que ella pueda dignarse a respirar. La sangre brota como el agua en una bomba para incendios, lleva sus manos al área afectada en un fallido intento por sobrevivir. Aguanto el dolor que me provocan las cadenas, me abalanzo sobre ella comenzando a roer su rostro, ahogando sus gritos que cada vez se hacen menos frecuentes.

Al ver que ya no se mueve y sus ojos miran a algún punto fijo en el techo, me siento a su lado, suspiro y, con la fuerza que recuperé, rompo las cadenas. Limpio la sangre y restos de piel que se escurren por mi boca, vuelvo a acercarme a ella para tratar de recuperar toda mi energía. Mientras hago esto, la puerta de la habitación se abre, dejando ver a Castiel y a Shayza, como es de esperarse, con evidente terror en el rostro.

XXXI

El despertar de la magia

Shayza

Cass levanta la mirada, colocando su dedo índice sobre los labios, avanza agachado hasta los dos hombres que se encuentran custodiando la puerta; atrapa a uno, rodeando su antebrazo por el cuello y al otro lo golpea en la tráquea con la punta de su pie, haciendo que gima y caiga al suelo. El hombre al que trata de asfixiar, empuja la cara del pelirrojo para así poder liberarse, mientras de sus cuerdas vocales salen quejidos, pero Cass no se inmuta, solo aprieta con más fuerza hasta que éste deja de moverse, lo baja con cuidado para no alertar a sus compañeros, se acerca al que ha pateado, que se retuerce en el suelo tratando de respirar, coloca su gran mano en la garganta del hombre, éste pataletea, incrustando sus uñas en la mano del pelirrojo. De a poco, sus movimientos dejan de ser contantes. Me pongo de pie y camino hasta ellos pasando sobre el otro cadáver.

Castiel sigue con su enganche, le toco el hombro, haciendo que voltee a verme, sus ojos han cambiado de azul a rojo sangre; parpadea, provocando que vuelvan a su antiguo color, haciendo una acción similar a la de un globo lleno de agua cuando explota. Libera el cuello del difunto a la vez que se pone de pie. Lo miro con la boca entreabierta, tratando de comprender el porqué del cambio de su iris y sobre la transformación. Cada vez me sorprenden con algo nuevo.

Me cierra la boca, empujando mi mentón hacia arriba con su dedo, apunta a la puerta indicando que la abrirá. Al girar la manija nos encontramos con Layla devorando el rostro de lo que pudo haber sido una mujer. Abro mis ojos sorprendida y, de cierta forma, alarmada por la escena tan tétrica, Layla se percata de nuestra presencia y voltea a vernos, dejándonos ver cómo la sangre chorrea por su boca, ensuciando todo a su paso. Tomo el brazo de Castiel sin dejar de verla, sus ojos también están de color rojo. Es como si, al tenerlos así, fuesen alguien más, otro tipo de criatura, aunque claro, dicen que los brujos hicieron un pacto con el Diablo. Lo que implica que ellos no pueden ser un humano con la habilidad de conjurar hechizos y tener inmortalidad.

—Oh, yo solo estaba retomando energías y ella fue una perra conmigo — comenta, señalando el cuerpo con el pulgar.

—¿Pueden explicarme esto? —pregunto, llevando mis manos a la cabeza como si eso fuera a impedir que no perdiera la cordura.

—¿Qué cosa, señorita? —indaga Castiel.

—Sus ojos cambian de color. —Señalo los del pelirrojo—. Además, te transformaste en una especie de sombra.

Volteo para ver a mi supuesta progenitora; se sienta, limpiando su cara, posa ambas manos en su regazo a la vez que me observa como si organizara las palabras que usará para contestar mi pregunta.

—Verás, cariño, los brujos somos seres que hicimos un pacto con el Diablo, así que esta imagen que ves es solo una fachada. —Se pone de pie—. Viendo así a Castiel... supongo que presenciaste su forma real, aunque también es por lo que has mencionado y no se trata de una sombra, es nuestra alma. — Lo señala, caminando hacia nosotros.

—Eso quiere decir que, ¿yo también puedo convertirme en eso? —expreso de forma despectiva.

—Sí, Shayza —responde Layla con seriedad—. Solo que, para dejarla salir, debemos recibir un disparo en el corazón o algo debe atravesarlo.

«Eso explica el hoyo que tiene Castiel justo ahí. Quiere decir que engañó a uno de los cazadores o accidentalmente le disparó».

No replico nada, ya que la imagen de Castiel sin ropa vuelve a hacer acto de presencia, obligándome a cubrir mi rostro avergonzado. Cierro los ojos, tratando de calmar la respiración, luego de unos segundos, vuelvo a abrirlos topándome con un Castiel preocupado. «Habrás olvidado todo lo que ocurrió minutos atrás, pero yo no». Asiento, dejando de lado el tema mágico. Salgo del lugar, comenzando a sentirme mareada, recuesto mi cuerpo sobre una pared para evitar caerme. Observo mis manos, notando cómo la vista tiembla. De repente, siento como si alguien me apuñalara el pecho con una estaca, y grito, preocupando a mis acompañantes.

—Señorita, ¿qué le sucede? —pregunta Cass, parándose a mi lado mientras, con sus manos, toca cada centímetro de mi rostro, intentado revisarme la temperatura—. Tiene fiebre...

—Sus poderes se despertaron por completo —comenta Layla—. ¡Hazte a un lado, Castiel!

Luego de esa orden, mis piernas se vuelven débiles. Hago a un lado a Cass y, sin tener de donde sostenerme, caigo de rodillas, apoyo las manos contra el

caliente suelo, empezando a tener arcadas. De mi boca empieza a salir una sustancia verdosa que brilla y emana una especie de neblina. Al terminar de dejarla emerger, el líquido se mueve de lado a lado y burbujea como si fuese agua hirviendo. Cass me ayuda a ponerme de pie, pero las piernas siguen sin fuerzas, así que me aferro a él, fijo mi mirada en Layla, los colores se vuelven opacos, cambian a un rojo sangre y, por último, vuelvo a verlos tal y como son. La audición se esfuma, Layla se quita el collar que desde hace no mucho porta y me lo coloca mientras mueve los labios sin darme tiempo para leerlos.

Poco a poco, mis piernas dejan de temblar, así retomando su fuerza, escucho zumbidos y pitidos lo suficientemente molestos como para cubrirme los oídos con ambas manos. Segundos después de esa agonía, escucho la voz de una chica suplicando, pero al sentir la mano de Layla, ésta se desvanece.

—¿Se encuentra mejor? —susurra Castiel en mi oreja.

Asiento débilmente, tratando de tomar distancia, aprieto el collar y lo acerco a mis ojos, la lucecita golpea cada pared del frasco en un intento fallido por salir, elevo una ceja, tratando de comprender por qué lo hace, pero, al final, la suelto para que cuelgue en mi cuello. Me paro derecha, arreglando mi ropa y suspiro levantando la mirada.

—Ya podemos decir que eres toda una bruja. Debes comenzar a aprender a conjurar hechizos, pero no es momento para ello —comenta Layla con ironía. Comienza a ir a nuestra izquierda con pasos decididos a la vez que está atenta a cada sonido o movimiento.

La sigo junto al rascacielos, froto mis brazos, tratando de sentirme protegida, Layla se detiene de golpe en la esquina del pasillo, da un paso hacia adelante y levanta la palma de su mano.

—In infernis arderet! —exclama, provocando que una gran flama salga de su mano. Seguido, se escuchan gritos de dolor y desesperación por parte de varias personas.

—¿Qué hiciste? ¿No íbamos a pasar desapercibidos? —cuestiono, apurando el paso hasta ella.

—La verdad es que necesito salir de aquí, salvar a los míos y volver a reparar la barrera del instituto.

—¿No la reparaste cuando entró Bram? —Golpeo mi cara, empezando a cuestionarme qué tan poderosa es esta mujer como para liderar un instituto.

—A ver, no tenía tiempo, ¿entiendes? Así que no me reproches, que la adulta aquí soy yo.

—¿Sí? Pórtate como tal. Eres Layla Viktish, he escuchado lo que dicen

sobre ti. —Paso por su lado y, a una distancia aceptable, me doy la vuelta para confrontarla—. Se supone que eres poderosa, temida, pero mírate. Eres una bruja que tiene un puesto muy alto para tan poca cosa que es.

Layla frunce su ceño, mientras me ve fijamente a los ojos, aprieta los puños al igual que sus labios. Miro a Castiel que hace señas para que cierre mi boca de una vez por todas, es aquí cuando me doy cuenta de que he metido la pata hasta el fondo. Por un momento olvidé por lo que se dejan llevar estos seres.

Ella se voltea, quedando frente a frente de una pared, levanta su puño, toma impulso y lo estampa contra la pared dejándole un hoyo con su forma. Aparta la mano, la sacude echándome el polvo y alguna que otra piedrita encima.

—No te ataco porque estás en desventaja, y aunque Castiel lo desee, no podrá ayudarte.

Trago en seco sin dejar escapar alguna otra estupidez de mi boca, Layla y Cass pasan por mi lado, pero él se detiene ofreciéndome su mano, la miro, dudando si tomarla o no. La sacude a la vez que inclina la cabeza hacia al frente. En vez de tomarla, termino viéndole su torso desnudo y su trasero bien trabajado. Para evitar más pensamientos de adolescente, lo ignoro, avanzando al lado de la que dice ser mi progenitora. A mitad de pasillo vemos correr a dos cazadores con armas en ambas manos, detrás de ellos va una sombra y Hati. Doy un paso hacia atrás, tropezando con Cass, él sujeta mis hombros, mientras que Layla avanza hacia ellos.

—Esto es una locura —susurro, perdiéndola a dar la vuelta en la esquina—. ¿Estamos en un laberinto?

—Algo así, señorita... Avancemos —ordena.

—No, Edriel sigue en la habitación. —Pongo resistencia al sentir cómo empuja mi espalda para que camine.

—Él estará bien —confirma, intentado que avance.

—Sé que no te agrada, pero le tengo aprecio. Tanto como el que te tengo a ti, así que, por favor, búscalos. —Luego de que esas palabras salen de mi boca, su agarre en mis hombros se tensa, se aleja de mí haciendo que dé la vuelta.

Veó cómo pasa la mano por su cabello a la vez que se pierde en el pasillo. En medio de ese camino no sé si seguirlo o ir detrás de Layla. Ella está molesta por lo que dije antes y Cass podría hacerle daño a Edriel por lo que dije. Jamás he metido tanto la pata en un lapso tan corto.

Debo renunciar a la idea y miedo de que Cass le haga daño a Edriel, ya

sabe que le tengo cariño, lo que le impide hacerlo, sé que no le gusta verme molesta o triste. Claro ejemplo: el regalo que me hizo. «Ahora que lo pienso, la visión en la esfera, ¿fue por él? El resto de mis recuerdos están en blanco a partir de ver los ojos».

Varios gritos provenientes del pasillo por el cual se fue Layla me hacen salir del trance, corro hasta allí sin pensarlo dos veces, sin importar con lo que me pueda encontrar. Delante de mí está Korak sin una prenda encima, Hati está cubriendo su rostro y Layla se encuentra detrás de ellos, incrustándole una lanza hecha de fuego en la espalda de uno de los cazadores, mientras que el otro permanece inmóvil por ya no poseer su cabeza.

XXXII

Salvando al humano

Shayza

Trato de evitar ver el cuerpo de Korak, sus ojos ahora son rojos, las puntas de su cabello rubio están llenas de sangre, algunas de éstas gotean, dejando un rastro pequeño de puntos en el suelo. Sacude su cabeza un poco desorientado, entrecierra los ojos, intentando comprender lo que ha ocurrido. Al notar la mirada lujuriosa de Hati, mira su intimidad al descubierto y, a la velocidad de un rayo, se cubre, dándose la vuelta.

—¡Cualquier vista es maravillosa! —exclama eufórica la morena.

Layla deshace la lanza, mirando a Korak con desagrado, camina hacia el otro cuerpo y comienza a revisarlo en busca de algo.

—Korak, ve al almacén y busca algo de ropa, no necesito otra adolescente con las hormonas alborotadas, me basta con mi propia hija —anuncia, tomando un manojito de llaves, el chico asiente, pasando por mi lado.

Camino hasta ella, esquivando cada ser que hay en este estrecho pasillo, piso la sangre que sale de ambos cuerpos y se juntan en un gran charco, en mi interior comienza a nacer el sentimiento de asco, así que salto hasta un lugar donde el suelo sigue limpio.

—Layla, ¿ahora qué haremos? —pregunto, mientras escucho a Hati balbucear obscenidades que solo yo diría en mi mente. «Nunca pensé que sería así».

—Haremos me suena a multitud. —Se pone de pie, mira detrás de mí, haciéndome voltear a ver; al fondo hay una puerta con un letrero que dice: Salida—. Sería estúpido ir por allí, de seguro nos están esperando para abrir fuego.

—He vuelto —avisa Cass, cargando a Edriel sobre su hombro derecho.

—¿Qué es esto? ¿El día de los hombres desnudos o semidesnudos? —cuestiona Hati.

—Cállate, Hati —ordena Layla, caminando hasta el humano. Con su dedo índice traza algo en su espalda, haciendo que éste comience a toser y Cass lo deja en el suelo.

Ando hasta el debilucho, me agacho, quedando a su altura y de a poco abre los ojos. Cubre su rostro como si la luz lo molestara. Levanto su mentón, notando que comienza a recuperar el color natural de su piel. Inclina la cabeza, haciendo una mueca de dolor, a la vez que se toca la espalda, le ayudo a darse la vuelta y levanto su camisa, topándome con que la marca que Layla ha dibujado la tiene estampada.

—¿Por qué lo hiciste? —cuestiono en forma de reproche—. Creí que lo ayudarías.

—Lo hice, solo que es un humano. —Lo señala—. Esa marca se le irá en unos días o si Castiel se ofrece a curarlo.

—Cass, por favor —ruego, juntando mis manos mientras lo veo a los ojos.

—Lo haré cuando recupere mi energía —responde cortante.

—Bien, Edriel ¿puedes levantarte? —Coloco mi mano en su hombro. Él asiente, toma mi mano libre y lo ayudo a ponerse de pie.

—¿Dónde... ¿por qué tienes mis pantalones? —le pregunta a Castiel, él sonrío de lado, cruzándose de brazos.

—Te salvé la vida y te ayudé a no morir de una forma denigrante. Es lo menos que puedes hacer por mí —manifiesta con desprecio.

—Perdonen por interrumpir su gran conversación, pero debemos irnos —avisa Layla—. Hati ¿te quedarás ahí hasta que venga otro cazador? —La morena se apresura a negar con la cabeza mientras se pone de pie.

Todos seguimos a Layla, yo me limito a ayudar al pobre de Edriel quien, por alguna razón, cojea. «Es el humano con la peor suerte que he conocido». Llegamos hasta una puerta de metal, Cass se para delante de ella, toma impulso y la abre con su cuerpo. Masajea su brazo «algo no muy normal, pero supongo que es por la falta de energía». Detrás de nosotros se empiezan a escuchar pasos apresurados, los tres que se pueden llamar brujos se ponen en posición de ataque, Cass me hace una señal para que salga y la obedezco tal cual. «No necesito meterme en más problemas».

Al salir no hay nadie, solo un centro comercial. Doy la vuelta mirando el establecimiento. Por fuera aparenta ser una tienda clausurada y de mi boca se escapa un «¿Qué?». La puerta se cierra, provocando que de ella salga una luz como si hubiera cerrado algún portal. «No, no, no», dejo de lado a Edriel, tratando de abrir la puerta, la fuerzo, pero nada. La vitrina está cubierta por papel color marrón y, por unos pequeños agujeros, se puede apreciar oscuridad. Volteo para ver a Edriel, lo sujeto de un brazo, ayudándolo a sentarse en el suelo.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta alguien detrás de mí, al girar la cabeza hay un policía mirándonos confundido. Es un hombre bajo, delgado, pero con panza «posiblemente por beber», tiene evidentes canas y poco cabello, bigote y ojos oscuros.

—Oficial. —Me pongo de pie—. Ayúdenos por favor, no sé dónde estoy, yo no soy de aquí.

—No, si ya me di cuenta, tu acento es de gringa —comenta. «¿Gringa?»—. ¿Por qué él no trae pantalones?

—Es una larga historia —respondo, tratando de evitar el tema.

El oficial lo comprende, lleva un radio cerca de su boca diciendo que ayudaría a dos chicos. Le miento, contándole que a Edriel lo atacaron, «cosa que supongo no es del todo falsa». Él, muy amable, nos ayuda a llegar hasta su patrulla, nos abre la puerta y entro junto al herido. De repente, el frasco que cuelga de mi cuello salta hasta llegar a mi campo visual, y asustada, lo agarro. «No puedo permitir que al hombre le suceda lo mismo que a Edriel». Lo sostengo con firmeza, sintiendo cómo la lucecita no se rinde en querer salir. «¿Qué se supone que es esto?». El oficial entra al auto, cerrando la puerta a su paso y enciende el motor, poniéndose en marcha.

Observo por la ventana, encontrándome con muchas personas caminando por los pasillos del lugar, otros compran o salen de las diversas tiendas que se encuentran en una hilera, es la primera vez que veo el nombre de cada una; La gran vía, Rainbow, Pitusa, Marianne Plus y además, tiendas de comida rápida, pequeños negocios en los pasillos. En resumen, cosas que nunca he visto en Windville. Cabe recalcar que, de donde provengo, es como hacer un viaje en el tiempo en pleno 2018. Casas estilo victoriano «las de clase media». Los pobres como yo vivíamos en una casucha casi al final del olvido.

—¿De dónde son? —pregunta el oficial, haciéndome voltear a verlo.

—Soy de Windville —informo sin dejar de sostener el frasco.

—¿Windville? ¿Dónde queda eso? —curioseosa.

—En Rosewhite, una isla al lado de Canadá, señor...

—Nunca había escuchado sobre ese lugar, ¿cómo es?

Rio incómoda y le describo el lugar con lujo de detalles, esperando que con ello deja de hacerme preguntas y dirige su vista a la calle. «No quiero ni imaginarme vivir una situación donde un oficial atropella a un peatón».

El trayecto, a lo que supongo es al hospital, no se tarda tanto, sin embargo, descubro que los puertorriqueños pueden ser un poco hostiles y ruidosos cuando se trata de conducir. Al estar delante de la puerta, Edriel tose y, a la

vez, escupe un líquido amarillo que cae sobre su ropa. Puedo jurar que mi expresión cambia a una de total duda y disgusto como cuando me adentraron a este mundo.

El policía nos abre la puerta, acompañado de un paramédico. «Ahora que lo pienso, no sé si lo que estoy haciendo está bien». El nuevo ayudante se alarma al ver el estado del chico y la sustancia que ahora sale por su boca. El hombre con vestimenta de hospital lo coloca sobre una camilla, Edriel no deja de toser, cosa que empieza a preocuparme. «¿Qué hiciste Castiel?».

Al pasar las puertas y recibir la bienvenida del frío (que ya no me resulta molesto), me detienen a mitad del pasillo, indicándome que vaya a la sala de espera. Tomo una revista que está en una pequeña mesa frente a mí, comienzo a hojearla para aprender un poco de este lugar. En la portada, aparece una mujer rubia con pechos y trasero enormes, con afro, piel blanca y ojos claros. Según el montón de papel, ella se hace llamar «La burbu» y participa en distintas cosas, en especial en un programa llamado «Pégate al mediodía».

Termino por aburrirme, dejando la revista de lado y me cruzo de brazos, viendo cómo otras personas tosen a mi alrededor, estornudan o están en el teléfono. «¿Qué les ven a esos aparatos? Yo solo necesito uno para llamar a papá, plan que aún no realizo». Me pongo de pie, empezando a recorrer todo el lugar, mientras llevo mi mano a la mejilla, rogándole a la suerte que no le pase nada a Edriel.

Es de los pocos que me comprende, con quien puedo hablar de lo que sea. Alguien que no se me queda viendo raro al no entender mis bromas. En el tiempo que hemos estado juntos pude notar lo torpe que es, lo he sacado de apuros muchas veces, sobre todo con Demetrio y Castiel.

Camino de un lado a otro, viendo los anuncios que cuelgan de la pared. El bullicio del lugar me pone de los nervios, miro el reloj que está cerca de la recepción, son las tres y catorce de la tarde. «¿Cuánto se tardan en atender a alguien en su estado de emergencia? Porque, si para ellos no es prioridad... este lugar podría arder en llamas». Golpeo mi rostro, desde que según Layla he activado mis poderes, me siento muy hostil. Peleé con ella, casi me gano un golpe, pero siento que le dije la verdad. «¿Cómo una mujer de su nivel puede dejar que le quiten su hija? Que entren a su instituto. Lo peor es que quienes lograron entrar son humanos, como todos los que me están rodeando en este preciso momento».

—Disculpe, joven —dice un hombre a mis espaldas. Al darme la vuelta y verlo cubierto de sangre y la sustancia amarilla, me sobresalto, dejando

escapar un quejido de sorpresa.

—No se alarme, él se encuentra estable... solo que no comprendemos cómo es que sucedió.

—¿Sucedió el qué? —pregunto confusa.

—Sus órganos internos estuvieron a punto de colapsar, es casi imposible sobrevivir a un evento como este —comenta, sorprendido por sus propias palabras.

«¿La sustancia amarilla es el proceso de reanimación mágica?».

—¿Ya puedo verlo? —Doy un paso hacia adelante.

—¿Qué es usted de él? —pregunta, elevando una ceja. «Maldita sea, me toca mentir otra vez».

—Su hermana, señor...

El hombre asiente, dándose la vuelta, me hace una señal con la mano para que lo siga, caminamos por un largo pasillo que parece el camino para el cielo o para el infierno. Pasamos cubículo tras cubículo hasta llegar al número diecinueve. Al abrir la cortina, lo veo conectado a diversos monitores, con líneas endovenosas, oxígeno y varios instrumentos que no tengo ni la más mínima idea de para qué son. Solo logro concentrarme en el *beep-beep* del monitor cardíaco.

XXXIII

El famoso Bram Loffom

Shayza

El enfermero se aleja, dejándome escuchar sus pasos desde el lado derecho. Entro al cubículo, me acerco al chico que parece un vegetal, acaricio su frente, sintiendo cómo se retuerce mi interior. Me siento en una silla que está al lado de la camilla a la vez que recorro su brazo con la yema de mis dedos, llego a su mano y percibo que la sujeta débilmente.

—Shay... —pronuncia con dificultad.

—Tranquilo, descansa, tuviste un largo día. —Suelto su mano para cruzarme de brazos y echar mi espalda hacia atrás. Levanto una mano, llevándola a mi rostro tratando de espantar el sueño que por alguna razón estoy comenzando a sentir.

—Señorita... —susurra una voz conocida. Abro los ojos de a poco, y al adaptar mi vista al entorno, me topo con Castiel, quien está con la espalda encorvada y viste una bata blanca y un tapabocas. Reacciono casi abalanzándome sobre él para abrazarlo. Sé lo que le hizo a Edriel, pero fue por su bien.

—¿Cómo nos encontraste? —murmuro, rebusca algo en el bolsillo de la bata y saca una figura en forma de diamante.

—Esto puede localizar a quien pertenezca a nuestro clan —informa, volviéndolo a guardar.

—¿Tienes energía? —indago con preocupación.

—Llegué a mi límite, señorita —avisa arrodillándose. Toco su rostro comenzando a sentirlo frío.

—¿Cass? ¿Cass? —repito, tratando de hacerlo reaccionar. Cae sobre mi regazo, haciéndome sentir alarmada. «Vaya, soy una bruja que no sabe de conjuros y es una suerte si detengo el tiempo».

—¿Shayza Hoffman o Viktish? ¿Cuál te gusta? ¿Cuál debo usar? —La voz ronca de una persona me hace levantar la mirada hacia su dirección.

Delante de nosotros hay un hombre con melena rubia que le cubre parte del rostro, dejando visible su respingada nariz y labios finos. Se agacha junto a

Castiel, sopla su oreja, permitiéndome ver su aliento color azul.

—¿Quién demonios eres? —logro decir, aparatándolo con mi mano y repeliendo su aliento.

—Es cierto, tu hermana es quien sabe de mí —comenta—. Me presento: soy Bram Loffom. —Sonríe, dejándome ver sus dientes chuecos—. Te vi de pequeña, porque fui quien te alejó de tu inútil madre... perdón, de Layla.

—¿Inútil? —repito, empezando a comprender que si tengo razón sobre lo que le dije horas antes.

—No, inútil no, eso suena mal, digamos que no es muy buena en lo que le corresponde, llevando su apellido.

«¿Por su apellido? ¿Qué representan los Viktish?».

—Tú eres quien nos ha metido en todo esto —digo entre dientes—. Si no fuese porque me secuestraste para llevarme con mi padre nada de esto estaría pasando. —Su sonrisa se borra, se pone de pie y camina hasta la cortina.

—No sabes de lo que eres capaz, niñita, ni tú ni tu madre —advierde de forma despectiva—. El único que tiene la mínima idea de lo que realmente eres, es Hedeon. Todo colapsará cuando él muera —avisa con una sonrisa burlona—. Vine porque quise conocerte, no me han pagado la mitad del dinero, lo que significa que no te tocaré ni un solo pelo. Y bueno, Kozlov necesita recuperarse.

Miro a Castiel, comprendiendo que se refiere a él por su apellido y volteo a ver al otro brujo.

«¿Todo colapsará? ¿Los años que posee le han hecho perder la coherencia? Soy una bruja que aún no le hace honor a su especie».

Sin más qué decir, aparta la cortina, desapareciendo como si fuese neblina. Volteo para ver al pelirrojo, golpeo su mejilla tratando de despertarlo. Luego de un rato intentándolo se mueve, levanta la cabeza y se sobresalta, pidiéndome disculpas. Ignoro cada una de ellas, soltándole todo el tema de Bram, se levanta de golpe buscándolo, al no encontrarlo, su cara se palidece, pasa la mano por ella viendo hacia algún punto fijo en el piso.

—Con que le hablé de Layla...

—Solo dijo que era una inútil y que no es muy buena en lo que le corresponde por su apellido.

—Todos creen que por poseer el apellido Viktish es significado de ser poderosos, Layla mató a sus padres por querer tomar su lugar, pero, al hacerlo, se dio cuenta que con su escaso poder y la rapidez con la que pierde

energía era difícil. Así que ahora solo usa su fachada, se esconde detrás de mentiras que Demetrio le recuerda cada que tiene oportunidad, es el motivo de muchas de sus peleas.

Lo que dice me deja sin palabras, la bruja que nos presentan en su historia es solamente un pedazo que se escabulló. «Espera, ¿esto significa que yo soy esa bebé que será causante de la perdición del mundo humano?». Me pongo de pie sorprendida, toda mi vida he escuchado ese cuento y solo creí que era eso. (Esto pesa más que la noticia sobre mi verdadero padre o de cuando dijeron que soy una bruja). Coloco la mano en mi frente, comenzando a sentirme aislada, todo empieza a desvanecerse, las preguntas con sus respectivas respuestas me rodean en un bucle sin fin.

En mi mente se crea una habitación vacía, camino por ella, buscando por dónde salir. De repente, frente a mí se posan aquellos ojos de gatos que hacía mucho no veía. Su mirada penetrante desata en mi interior el sentimiento de terror, los ojos comienzan a dar vueltas por todo el lugar, corro tratando de huir y, de la nada, caigo por un precipicio. Con cada centímetro de mi cuerpo rompo el aire, grito al notar que me voy acercando más al suelo, el miedo aumenta al visualizar un pilar de cadáveres ensangrentados, estando a unos metros de recibir el impacto una fuerza mayor que la mía detiene la caída.

Suelto un gemido de alivio y es ahí cuando la fuerza misteriosa deja que caiga. Aprecio cómo mis manos se hunden en tal putrefacción, siento arcadas y la pestilencia se hace dueña de mi nariz, pero al levantar la vista todo a desaparecido, delante solo hay una mujer que, de cierta manera, se parece a mí, solo que su cabello es corto y de color platino, sus ojos son púrpuras, piel blanca y labios gruesos. Me levanto para intentar tocarla, ver si es real, por un momento creo que podría ser Celia, emana un aura de maldad pura y no tengo la más mínima idea del porqué la imagino así. Al darme cuenta lo que se encuentra frente a mí es mi reflejo en un espejo, comienzo a tocar partes de mi cuerpo, acto que la figura imita. Doy un paso hacia atrás, volviendo a caer, esta vez la espalda es lo que recibe el daño.

Abro los ojos luego de permanecer quejosa de dolor, me siento y observo cada centímetro del lugar, estoy en el cubículo del hospital, pero sola y con un ambiente tenso. Vuelvo a levantarme, salgo de allí siendo golpeada por una fría brisa que me eriza la piel; todo está vacío y por alguna razón siento que así sería el purgatorio, pero sin los lamentos de fondo. Cuando exhalo, aprecio cómo el aliento cobra vida tomando la forma de una gacela. Corretea a mi alrededor haciéndome verla confundida y, de cierta manera, maravillada,

vuelvo a exhalar y aparece lo que puedo describir como el alma de un brujo, la persigue hasta lograr atraparla y desmembrarla sin una pizca de piedad. Veo cómo la sangre salpica sobre mi cara, rápidamente llevo las manos a ella, pero al verlas, no tengo nada.

A lo lejos se escuchan rugidos feroces, pisadas resonantes y cosas que se quiebran a su paso. Dirijo mi atención al final del pasillo, un alma de brujo se estampa contra la pared, toma impulso, dirigiéndose hasta donde estoy. Me paralizó por completo ya que sé de lo que son capaces, a medida que la criatura se acerca, una esfera de luz aparece en mi campo visual, empieza a crecer hasta obligarme a entrecerrar los ojos para no quedar ciega. La luz sale disparada hacia la criatura que ahora se despedaza, sus miembros caen al suelo sonando como chapoteos sin dejar de hacerme entender que sufre.

Detrás de mí escucho la voz de Castiel, llamándome con desesperación, camino siguiéndola para guiarme a la salida. Cuando abro la puerta principal, un sol abrasador quema mi piel, provocando que los gritos de inmenso dolor se escapen, la cierro de golpe, cayendo sobre el trasero. Observo mi piel, que ahora burbujea, la misma se derrite dando paso a una especie de sustancia negra. Mientras esto sucede, una voz femenina pronuncia mi nombre; miro a todos lados, tratando de dar con ella, hasta que la veo flotar en medio de la habitación, su cabello revolotea dejándome ver sus ojos completamente rojos.

—El día en el que nosotras por fin seremos una se acerca, pero yo no quiero eso. Yo quiero ser tú —señala con una voz espeluznante.

Baja de picada chocando conmigo, por algún motivo aprieto entre mi mano el frasco que porto como collar, mientras cierro los ojos con fuerza, creyendo que así evitaré el dolor que pueda llegar a sentir.

—¡Señorita! —exclama Castiel a la vez que me sacude con sus manos sobre mis hombros.

—¿Q-qué? —titubeo, tratando de comprender lo que ha sucedido.

—Se desmayó —avisa alejándose—, y gritaba sin control.

Dirijo mi atención a mis brazos, tratando de encontrar alguna marca sobre las quemaduras y aquella sustancia negra. «¿Solo fue mi imaginación? No... eso he creído durante todo este tiempo, pero ¿cómo explico lo que acabo de vivir? Lo que acabo de sentir...».

—¿Qué hacen en el piso? —pregunta Edriel, haciéndonos voltear a verlo.

Sigo distraída por lo recién sucedido, de tal manera que me da igual lo que le pase. Me sostengo del asiento para ponerme de pie; mis piernas se sienten débiles así que termino cayendo en él.

—¿Señorita, está bien?

Niego con la cabeza, respirando agitada como si acabase de correr un maratón. Tomo el frasco de mi cuello, lo levanto hasta verlo con detenimiento. La lucecita sigue chocando con las paredes, pero esta vez con más insistencia. «¿Qué demonios es esto?». Lo dejo caer, paso mi mano por la frente, enterándome que estoy bañada en sudor. La cara de Castiel refleja lo mismo que la mía: inquietud.

—Fue como si hubiera entrado en un... ¿universo alterno? Había una mujer muy parecida a mí, pero su cabello era platinado y tenía los ojos del mismo color que los de Layla. Sé que no era ella por el aura que emanaba.

—¿De qué hablan? —indaga Edriel, viendo los monitores.

—Cállate y escucha —ordena Castiel, levantando la mano en su dirección.

—Ahí estaban los ojos que siempre me observan, había dejado de sentirlos. Han vuelto y no sé si tienen algún significado con lo que estoy viviendo.

Inclino mi cuerpo hacia al frente, apoyo mis manos en ambas piernas y recuesto la cabeza sobre ellas.

«Y creer que todo esto es mi realidad».

XXXIV

Magia en las alcantarillas

Shayza

El pequeño descanso que tuvo el pelirrojo ayudó a que recuperara parte de su energía y con eso curó a Edriel, dejando sorprendidos a los médicos sobre su pronta recuperación, hasta creyeron que se habían equivocado de diagnóstico. Castiel nos ha hecho entrar a una alcantarilla, el pestilente olor empieza a marearme, cubro mi nariz con el cuello de la blusa, acto que imita Edriel.

—Castiel, ¿qué hacemos aquí? —pregunto, tratando de hacerlo voltear en mi dirección.

—Buscando refugio.

—¿En la cloaca? —indaga Edriel.

Antes de que pueda decir algo, siento cómo las patitas de un animal gordo y peludo corretean sobre mis zapatillas, grito y abrazo a Edriel, tratando de encontrar al roedor en la oscuridad del suelo.

—Señor, ¿no tienes una varita mágica con la que pueda iluminar el lugar? —indaga Edriel con burla.

—La tiene entre las piernas —responde una chica, se escucha un chasqueo de dedos, dejándonos ver a una mujer con cabello largo de color negro, ojos completamente blancos, su piel es mate y tiene tatuajes que le cubren los hombros hasta las manos, porta un vestido ajustado a su silueta de modelo con un corte en su pierna izquierda y no usa zapatos.

Observo cómo las ratas corretean por sus pies sin provocarle el asco que comienzo a sentir, la mujer se acerca a Castiel, acaricia su mejilla, mientras lo ve con dulzura, luego volteo a verme, se acerca y hace lo mismo con Edriel; éste, de cierta forma, se aleja de mí, yendo a parar en los brazos de la desconocida.

—Lotto, deja al mundano —ordena Castiel, dándose la vuelta.

—¿No es un juguete para mí? —Hace un puchero como si fuese una niña.

Ver a Edriel en ese trance me hace sentir algo extraño, algo que no sé definir con palabras. Mi mano se mueve por sí sola, lo tomo del brazo y lo halo hacia mí a la vez que le frunzo el entrecejo a la mujer. Me ve con

asombro como si acabase de descubrir algo que nadie había notado antes, sonrío y camina hasta al lado de Cass, quien, de cierta forma, me mira dolido.

—Necesito refugio —explica sin apartar la vista de la mía.

—Con gusto te lo doy, pero debes darme algo a cambio —avisa con un tono coqueto, rodeando su cuello con ambos brazos, él la voltea a ver y asiente.

La mujer se aleja y comienza a caminar, moviendo sus caderas de lado a lado por el estrecho pasillo, Castiel nos hace una señal para que avancemos. Halo al embobado, tratando de hacer algo para sacarlo de ese mundo, solo balbucea incoherencias. «Nunca creí que a Castiel le gustaran ese tipo de mujeres».

Mientras más nos adentramos, el mal olor empieza a desaparecer, permitiéndome respirar con normalidad. En los alrededores hay botes de basura con fuego en el interior, hombres y mujeres hablan entre sí junto a ellos, cuando se percatan de nuestra presencia, giran a vernos sorprendidos, comenzando a murmurar. «No basta con los murmullos de los humanos, también debo soportar los de estos brujos». Damos vuelta a la izquierda, Lotto se detiene a hablar con un hombre colosal y corpulento, éste saluda el pelirrojo con un apretón de manos y nos deja pasar por lo que ahora es un túnel con luces parpadeantes.

—Es la hija de la deshonra —dice una mujer con cabello corto de color marrón a su compañera.

Lotto avanza hasta delante de una puerta, la señala con sus largas garras mientras sonrío. Castiel me ordena que entre, él irá a arreglar un asunto. Nadie necesita decir lo que significa eso, entro de mala manera y ayudo al embobado Edriel a sentarse en una cama con las sábanas desgastadas.

La habitación parece una cárcel, las paredes están descoloridas y con manchas, el suelo es inestable, las esquinas del lugar tienen diversos insectos que me provocan repulsión. Como no sé nada sobre conjuros, salgo a buscar a alguien para que ayude al chico. Estando fuera tropiezo con el grandulón de antes y me mira de reojo sin moverse.

—Disculpa, ¿podrías ayudarme? —pregunto, intentando contener el enojo que siento contra Lotto.

—¿Qué necesita?

—Mi amigo... Edriel, está en una especie de trance. —Apunto dentro de la habitación—. No sé cómo revertir lo que sea que tiene.

Deshace su pose autoritaria, asoma la cabeza para ver al chico, quien

ahora se encuentra chupándose el dedo pulgar. El gigante ríe, caminando al interior, se inclina hacia Edriel en un intento fallido para estar a su altura, éste lo mira con los ojos desorbitados. Golpea su frente sin aviso, provocando que caiga de espaldas contra la cama, doy un paso alarmada, miro sorprendida al hombre, se gira hacia mí y me aclara que a partir de mañana se encontrará bien. El hechizo que utilizó Lotto solo fue para que mordiera el cebo ya que lo quería para una noche de lujuria.

«Maldita...».

Ya que no tengo qué más hacer en lo que Castiel termina su noche de lujuria, converso con el hombre colosal. A primera vista parece un ser intimidante, alguien con quien no quisieras toparte, pero cuando lo conoces bien, cuando escarbas capa tras capa, te das cuenta de que es una persona bastante bromista.

Cass vuelve con el cabello húmedo. Entro a la habitación sin dirigirle la mirada, de cierta manera estoy molesta por lo que ha hecho. Se sienta en un banco que trajo el intimidante y lo observo inexpresiva. Puedo apreciar cómo esto le incomoda, golpeo el suelo con mi zapato esperando a que diga algo.

—Señorita, no esté molesta conmigo —solicita apenado, viéndome a los ojos.

—No lo estoy, solo pienso cuánto cobrar por tu cuerpo, digo ya que lo haces por esta simpleza —comento, señalando el lugar. Lo que he dicho no le ha gustado demasiado, así que hace una cara de incredibilidad.

—Lo hice por usted.

—Lo sé, pero yo no pedí nada de esto, no pedí que me secuestraran, que me criaran como a una humana.

—Sé que estuvo mal el criarla así, pero entienda, nosotros no podemos darnos a conocer —advierte, poniéndose de pie—. Estuve años buscándola y cuando la encontré solo pude arriesgar mi vida fingiendo ser alguien que no era.

—Lo tengo claro, Castiel. Sé que esta vida tan loca era lo que debía vivir desde un inicio, que esta fantasía de los libros era mi oscura realidad. En un principio, en mi vida normal, solo pensaba terminar mis estudios, era mi prioridad para ese entonces, pero luego de todo esto, los secretos sacados a la luz, mi verdad como bruja... ya no tengo ni la más mínima idea de lo que seré o haré en un futuro. ¿Seré una buena bruja? ¿No me descontrolaré y sembraré el caos?

—Su futuro es liderar el clan cuando Layla muera o sea asesinada —

comenta con serenidad.

«¿Quiere decir que me meten a este mundo que desconocía y luego debo liderar un clan? Lo dice como si fuera fácil. ¿Qué hay de mí? De mi balance emocional, mis sueños por cumplir».

—No, pero ¿esto podría empeorar? —Levanto los brazos y vuelvo a dejarlos caer, provocando que golpee mis muslos—. ¿Hay más secretos? No, espera... Bram me dijo que Layla no sabe de lo que soy capaz y que cuando Kaibron muera todo colapsará.

—¿Eso le dijo? —pregunta sorprendido, vuelve a sentarse como si tratase de unir cabos sueltos.

—Sí —respondo, empezando a cuestionar todo lo que ha pasado hasta ahora—. ¿Tienes idea de a qué se refiere con eso?

—Ya sabía que Kaibron está muriendo, lo que no entiendo es porqué todo colapsará. Él solo es un brujo más —informa confundido—. Tiene poder, contactos y dinero, pero no lo comprendo, no tiene sentido para mí.

—Para mí, sí. Layla sabe elegir cretinos con dinero —comento, cruzándome de brazos—, pero fuera de bromas, debe de tener un motivo para haberme dicho eso. Añadiendo la historia que corre por Windville...

—Esa historia contiene mentiras y verdades.

«Puede ser que eso de la guerra entre ambos mundos solo sea una exageración». Suspiro con un poco de alivio, la puerta se abre con brutalidad azotando la pared, me doy la vuelta sorprendida encontrando a Layla ardiendo de rabia, mira a Cass y camina hasta él. Quedo con la boca abierta cuando estampa la palma de su mano en la mejilla de él, provocando un estruendoso ruido.

—¡Creí que habías dejado esa vida! —exclama en forma de reproche. Cass solo se queda callado con la mano en su mejilla—. Te saqué de la cochina vida que llevabas. Carajo, ¿así me pagas? ¿Acostándote con Lotto? ¡Te dije que protejas a Shayza no que la trajeras a este chiquero!

—Layla, necesitas calmarte —interfiero.

—¡Tú! Calladita. —Me señala con su dedo—. Esto es entre él y yo.

Estoy perpleja, Castiel no hace nada para defenderse, al contrario, parece un niño quien no se atreve a decirle nada a su madre.

Da la vuelta sin dejar de lanzarle insultos y reproches, no puedo hacer nada ya que temo recibir el golpe que evité hace no mucho, él permanece viendo el suelo. Alguien toca la puerta detrás de nosotros, provocando que volteemos a ver de quién se trata.

—Deshonra, perdón, Layla, ¿por qué tanto alboroto? —expresa Lotto en tono burlesco y entra en la habitación con su pícaro caminar. Layla ríe con falsedad.

—A quien menos quiero ver. —Golpea su rostro—. Pudiste pedirme lo que sea: oro, rubíes, cuarzo, lo que quisieras.

—Lo sé, pero quería volver a estar con Castiel, la última vez que estuve con él me sentí viva, pero claro qué sabrás tú de eso cuando te involucraste con Kaibron. —Ríe, provocando que Layla frunza el ceño, ésta coloca una mano en su cadera sin apartarle la mirada. Lotto deja de reírse mirándola con desprecio.

Antes de que pueda desatarse la tercera guerra mundial, tomo la iniciativa de meterme entre ambas fieras.

—No sé qué haya ocurrido entre los tres cuando yo aún no nacía, pero si van a agarrarse a conjuros, háganlo fuera de la habitación, siendo solo nosotros ya empiezo a sentir claustrofobia —anuncio sin temor alguno a lo que puedan decir o hacer.

Layla refunfuña, caminando a la salida, golpea a Lotto en el hombro haciendo que sonrisa de lado, Castiel se pone de pie y sale, recibiendo la mano de Lotto en su espalda y ella cierra la puerta, dándonos privacidad al durmiente Edriel y a mí. Camino hasta donde se encuentra, me siento a su lado y dejo caer mi espalda sobre el colchón, giro el rostro, notando que permanece con la boca entreabierta. Llevo mis dedos hasta esos labios que una vez me besaron sin aviso, los que hicieron que ganara un puñetazo por parte del pelirrojo, acerco la mano a mi rostro, recordando el dolor que sentía en ese momento.

«Últimamente Cass lo arruina más que yo. Cuando creí que él era un buen hombre, descubro que ha hecho muchas cosas que desconozco y en algún momento pienso investigar».

XXXV

La moneda no es el pago principal

Shayza

Llevamos dos días en este lugar, me he duchado con un cubo lleno de agua y jabón en barra, Lotto se ofreció a prestarme ropa, aunque claro, su estilo es de vestimenta ajustada y ligera (siento que mis pechos van a desgarrar la tela y todos los verán). Acomodándolos a la vez que camino por uno de los laberínticos pasillos (que por suerte se encuentran sin una sola alma), tratando de llegar a la habitación que ahora comparto con Layla, tropiezo con Edriel. Doy un paso hacia atrás, intentando recuperar mi equilibrio, lo miro con vergüenza ya que pudo haber visto mi acción anterior. Me ve de pies a cabeza con una mueca, la cual no sé si es de desagrado o confusión.

—Ok, casi me sacas un ojo —comenta, recostando su hombro en la pared.

—¿A qué te refieres? —indago curiosa. Su manera de hablar en parte me es divertida, en cambio, a veces dice cosas que no llego a comprender.

—No, nada. Olvídalo —dice, rascando su barbilla—. ¿Te digo algo? Me perdí.

—Apenas sé dónde está mi habitación. Busquemos juntos —sugiero, queriendo pasar más tiempo con él.

Empiezo a sentirme extraña teniéndolo a mi lado, no de la manera en la que lo describen los libros: nerviosismo, temblores, ansiedad, etc. Sino que solo deseo acompañarlo el mayor tiempo posible y saber más sobre lo que le gusta o solo escucharlo hablar. Asiente, comenzando a caminar; miro su cabello, el cual ha crecido al igual que su barba y bigote, (de cierta manera me recuerda a Eliot, solo que torpe y con sentido del humor). Sin despegar la vista del pelinegro, delante de él, al final del pasillo puedo visualizar unos ojos amarillos, dirijo mi atención a ellos parándome en seco. Me observan desde el interior de un tubo, trato de decirle a Edriel que se detenga, pero solo balbuceo. Esos ojos permanecen fijos como si buscaran algo en mí, parpadean y se esfuman en la oscuridad.

—Oye —dice el chico a una distancia aceptable—, ¿pasa algo? Estás más *jinchá*... digo, más blanca que un papel.

Se acerca, coloca su mano en mi frente, haciéndome cerrar los ojos; al

apartarla, los vuelvo a abrir y nos quedamos viendo. El tiempo no se detiene como en las historias, pero pierdo la capacidad de hablar, frunzo mis labios mirando a otro lado, hasta que siento cómo junta sus labios con los míos, llevo mi mano a su mejilla mientras él lleva las suyas a mis caderas para así tenerme cerca.

Besar a alguien suena más fácil de lo que realmente es, se necesita sincronizar con esa persona. Alguien carraspea la garganta haciendo que nos separemos como imanes; cabizbaja, limpio las comisuras de mis labios y levanto la mirada, topándome con un no muy contento Castiel, abro la boca sorprendida y sintiendo un poco de incomodidad.

—Señorita, necesito hablar con usted —expresa frío, como aquella vez en el instituto.

—Puedo explicarlo —comento, notando como acribilla con la mirada a Edriel.

—Lo que usted haga no me incumbe en lo más mínimo —expresa, dándose la vuelta para que lo siga.

Miro a Edriel, quien cubre su boca con la mano, me indica con un movimiento de cabeza que siga al pelirrojo, palpo levemente su hombro y me alejo. Cass lleva sus manos entrelazadas detrás de la espalda, su cabello está amarrado en una media coleta, porta ropa casual como de costumbre, esta vez está parado completamente derecho, cosa que lo hace ver más alto de lo habitual. Bajo la mirada un poco apenada.

—Cass. —Intento llamar su atención.

—Dígame.

—¿Te molestó lo que viste? Digo, siempre me has cuidado —comento con curiosidad, tropezando con su espalda al no darme cuenta de que se detiene. Gira y me pega contra la pared, obligándome a verlo sorprendida, sus ojos pasaron de azul a rojo intenso.

—No me molestó, pero me sorprende que lo hicieras en público. Te creí más inocente —expresa con evidente molestia.

«¿Me-me acaba de tutear? Además, ¿quién se cree para decirme eso? Yo no fui quien se acostó con una mujer para poder recibir refugio».

—¿Inocente? Yo te creí decente. —Lo empujo para poder recuperar mi espacio—. Te acostaste con una mujer solamente para recibir refugio, añadiendo que, por lo que dijo Layla, no es la primera vez que lo haces. Dime, ¿quién eres en realidad? Ya no te veo como ese hombre refinado que ha estado conmigo desde que tengo memoria, eres hostil con quien se me acerca y me

ocultas cosas.

Traga en seco, recuperando el color natural de sus ojos, se cruza de brazos, su expresión es seria y calculadora.

—Señorita, no le oculto nada, solo que no le vi la necesidad de revelarlo. Es decir, antes de conocerla, a Layla y a usted, yo permanecía haciendo cosas ilegales ante el gobierno mágico, es de lo que venía a hablar —informa, dejando caer los brazos—. Me importa mucho, sé que usted no se esperaba eso de mí, sin embargo, es lo único que Lotto pidió a cambio.

Niego con la cabeza sintiendo decepción, el hombre que permanece delante de mí, quien durante años me cuidó, acaba de revelar algo que desconocía sobre su vida. Es impactante y sorprendente, prácticamente creí que separarme de quien me crió sería lo peor que podría pasarme, pero resultó lo contrario. Resoplo, ignorando cualquier cosa que quiera agregar, no me interesa si me sigue o no, necesito tiempo para asimilar esto.

A mitad de camino noto a Demetrio saliendo de una habitación a la vez que mete su camisa de seda en el pantalón. Nota mi presencia dejando de arreglarse la ropa, su cara es de sorpresa y temor, cambia de expresión a una seria, acomoda la corbata y sacude los brazos. La puerta detrás de él se abre dejando ver al grandulón con quien bromeé cuando llegué aquí.

—Cariño, se te quedo... esto —dice, entregándole una chaqueta, al tiempo que me ve con asombro, vuelve a cerrar la puerta cuando Demetrio toma el pedazo de tela.

—No se lo digas a nadie —expresa en forma de amenaza, señalándome con su dedo índice—, si lo haces te irá peor que a tu madre.

—¿Cuál? ¿Layla o la que me hicieron creer que existía? —pregunto de manera retadora.

Frunce el ceño, murmura algo sin dejarme escucharlo con claridad, da la vuelta y se va, colocándose la chaqueta. Empiezo a creer que este lugar no es una alcantarilla, más bien se trata de un burdel en el que el dólar no es el pago principal.

Llego a la habitación y abro la puerta, encontrándome a Layla recogiendo sus cosas, da la vuelta al percatarse de mi presencia. Aún con la mano en la manija la miro confundida, no me dice nada, camina hasta la cama donde se sienta y me invita a hacer lo mismo.

—Debemos irnos, solo tú y yo —anuncia.

—¿Los demás qué? —inquiero sin tomarla en serio.

—Shayza, a Castiel lo considero como un hijo, pero prácticamente me ha

traicionado. ¿Ya lo viste? Está perdiendo el control —comenta, haciéndome reír y ponerme de pie.

—¿Solo por eso? —cuestiono incrédula—. Te recuerdo que me cuidó cuando tú y mi padre no estaban presentes.

—Llevaba años buscándote, por fin di contigo y no te perderé de nuevo. —Pasa una mano sobre su cabeza—. ¿Te has preguntado por qué Castiel es tan hostil con todo aquel que se te acerca? —Asiento, sin entender a dónde quiere llegar con eso—. Bien, él te quiere, no como crees. Solo no quiere aceptarlo y eso es un gran problema para mí.

«No puedo creer que diga eso... me cuesta verlo así, digo, siempre pensé que su actitud es por su labor». Intento salir de allí, pero ella me toma de la mano para impedirlo, giro para verla con molestia. «Sé que dice ser mi madre, pero si hubiera sabido que era así, mejor ni la conocía». Sacudo la mano para liberarme del agarre, permanezco en mi posición, esperando a que diga algo.

—Ustedes hicieron mal todo esto, ni siquiera me dejaron tiempo para procesarlo, ya no sé si esos ojos que suelo ver son producto de mi imaginación o un ser místico al cual le gusta perseguirme —comento al ver que no se digna en hablar.

—¿Qué ojos? —pregunta con los suyos desorbitados a la vez que apoya las manos sobre mis hombros.

—Unos amarillos con mirada penetrante y a veces parecen los de un gato. —Dándole este dato pareciese que le acabo de revelar la muerte de alguien a quien quiere, se pone pálida y suaviza su agarre, apartándose.

—Debemos irnos con urgencia —avisa, tomando una pequeña bolsa violeta y sale de la habitación. Voy tras ella intentando que no haga alguna locura y esperando alguna respuesta sobre tal reacción.

—Layla, explícame lo que sucede —exijo, tratando de llevar su ritmo, no responde y se detiene para ver qué dirección tomar, sigo detrás suyo hasta que llega a una trampilla. Me obliga a tomar la bolsa mientras ella sube las escaleras.

La abre, provocando que nos empapemos con agua de lluvia, maldigo en un susurro y ordena que suba junto con lo que me ha dado. Niego hacerlo recibiendo una orden en voz alta, para evitar problemas hago lo indicado, al subir y estar en el exterior se la entrego. Ella baja la trampilla sin dejar tiempo para negarme a estar ahí.

—Esos ojos que tanto ves pueden ser de Bram, él es muy poderoso. Es de las pocas verdades que porta nuestra historia —comenta, metiendo la mano en

la bolsa, saca un dije en forma de luna roja.

«Más poderoso que tú, cualquiera, Layla». Observo la figura tratando de comprender para lo que sirve, ella la levanta en el aire, gritando algún conjuro: *Moshchnaya krasnaya luna ukazyvayet, gde moy vrag*, cuyo idioma no entiendo. La lluvia se incrementa, los truenos se hacen constantes, un rayo cae muy cerca de mí, provocando que caiga y me arrastre por el césped, miro a Layla quien está rodeada de partículas naranjas, su cabello revolotea y sus iris están de color rojo. A medida que conjura, la tormenta empieza a empeorar, no tengo idea de la finalidad de tal acto, pero intento evitarlo. Ella me repele haciendo que mi espalda golpee una pared invisible que se ha formado alrededor de nosotras, me apoyo en el suelo viendo su espectáculo.

—¡Cuando me desmaye busca en la bolsa una jeringa con una sustancia oscura y clávala en mi pecho! —exclama, luchando contra el ruido de fondo, arrastro mi cuerpo hasta donde se encuentra su pedido y meto la mano para buscar a ciegas la jeringa.

La tormenta se dispersa, giro a ver a Layla quien cae de costado, gateo hasta donde se encuentra, tomo la jeringa con firmeza, alzándola en el aire antes de incrustarla en su piel.

XXXVI

Un fragmento de mi pasado

Layla

Observo la luna roja, la cual me indica que el ritual ha funcionado. En el suelo se visualiza a Bram hablando con Kaibron, no puedo escucharlos, pero veo cómo le entrega un saco, que supongo es su pago, para poder empezar a buscar a mi hija, (cosa que debo evitar, así pierda mi vida en ello, ya he cometido muchos errores de los cuales me arrepiento y no necesito más). Siento una punzada en mi pecho, agarro el área viendo cómo todo se derrumba a mi alrededor, el piso se esfuma haciéndome caer en un pozo sin fin.

Despierto de golpe, quedando sentada, Shayza permanece a mi lado con una jeringa en mano, giro a verla comprendiendo lo que ha hecho.

—¿En qué estabas pensando? ¿Para qué es eso? —cuestiona, señalando el dije y luego agita la aguja—. ¿O esto?

—El dije es para localizar a quien te apetezca, es uno de los tesoros más importantes que forma parte de mi familia. La inyección sirve para rehabilitar la energía que se pierda en combate o en los rituales como el de hace poco. — Me pongo de pie, sacudiendo la tierra de mi ropa—. ¿Te quedarás ahí?

Hace una cara que no puedo descifrar, agarra la bolsa de mala manera mientras se pone de pie, tocándose la espalda y gimiendo de dolor. Rápidamente me acerco y sin pensarlo dos veces, paso mi mano por ella, buscando el causante de tanto dolor, posee un hematoma; el cual cubre toda su espalda, (supongo que fue provocado por apartarla de golpe). Trazo una runa sobre el área afectada, haciéndola gritar, se deja caer, pero prosigo con ella; al tenerla estampada, su cuerpo regenera cada fibra de piel, lo cual le deja una cicatriz y el hematoma desaparece.

—Se supone que ayudarías y lo único que logras es causarme más dolor. —expresa en forma de reproche y supongo que se refiere a lo que pasó con el mundano en mi refugio.

—No te quejes, has sanado rápido por la magia que recorre en tu interior.

—¿Cómo la canalizo para no explotar? Según Bram, tú no sabes de lo que soy capaz —comunica, poniéndose de pie.

«¿A dónde quiere llegar con eso?».

—No comprendo —aviso confusa—, ¿cuándo hablaste con Bram? —Me mira como si estuviera loca y baja la cabeza exprimiendo el agua de su cabello.

—Cuando estuve con Edriel en el hospital —responde dolida.

Ahora me doy cuenta de que ella comienza a sentir algo por ese humano, solo me pregunto cuándo comenzó, lo ocurrido con el beso fue hace tiempo y ella parecía estar normal, como si no le hubiera afectado en nada. Muerdo la punta de mi dedo pulgar empezando a caminar y analizar la situación.

Luego de una larga caminata para salir de ese pueblo y poder abrir un portal sin que los humanos lo noten, éste nos lleva a la antigua cabaña de Kaibron. Está completamente destrozada, lo que me indica que ya no hay nadie.

—No entiendo para qué me has traído contigo, prácticamente me estás metiendo en la boca del lobo —advierte.

—Necesito materiales y Ezequiel los posee en su laboratorio —anuncio.

—Hubieras venido sola, ¿no crees? —cuestiona con fastidio.

Le hago una señal para que guarde silencio y empujo la puerta principal, haciendo que ésta caiga, provocando un ruido en seco, levantando todo el polvo que yacía en el suelo y, seguido de esto, una bandada de murciélagos sale despavorida. Shayza se agacha de golpe, cubre su cabeza y le hago caso omiso a su reacción, entrando en la propiedad. Muerdo mi lengua, intentando averiguar dónde tienen su laboratorio, las pócimas me servirán para combatir a Bram en un futuro muy cercano. Ella se queda afuera, viéndome con suplica, pero la obligo a adentrarse. Entro a la cocina y, con un conjuro, cubro todo el perímetro para que nadie pueda vernos.

Remuevo todo a mi paso, sillones, cortinas, pinturas, en especial una copia casi exacta de ella. Shayza me informa que mintieron sobre mi apariencia, haciéndola creer que quien está pintada allí era su madre. «¿Kaibron puede ser más hijo de puta?».

—Creo que vendría bien darme una ducha y cambiarme este atuendo —comenta.

—Concuerdo contigo, no me gusta verte con la ropa de aquella...

—¿Bruja? —insinúa con burla.

—No me ofendas, niña —indico, desmontando la pintura de su madre falsa, resoplo notando que no hay nada detrás de ella y la tiro hacia un lado, derrotada.

—Revisa bajo la alfombra, en los libros siempre ocultan algo —sugiere.

Antes de que pueda explicarle la realidad donde vive, le tomo la palabra, camino hasta la alfombra del salón, golpeo la superficie con el pie hasta escuchar un sonido hueco, la aparto de un jalón, revolcando todo el polvo que había en ella y ambas tosemos. Debajo hay una trampilla de madera con una luz proveniente del interior, me pongo de cuclillas e intento abrirla, halándola con todas mis fuerzas a la misma vez que muerdo mis labios. Al lograrlo, una escalera cae de golpe haciendo ruido innecesario.

—Por lo menos tuviste razón en algo —comento, viendo hacia el interior, me dejo caer y aterrizo en cuclillas.

Sin decirle nada, Shayza baja con precaución por las escaleras, ando por el largo pasillo que se encuentra iluminado por antorchas, el suelo es inestable por estar hecho de piedra, el lugar parece una especie de mazmorra al borde de la destrucción por sus paredes y columnas agrietadas.

Llegamos hasta una enorme puerta de metal que se encuentra entreabierta, la empujo de a poco, escuchando cómo caen frascos en el interior. Volteo a ver a Shayza, indicándole que se detenga, levanto mi palma materializando una lanza de fuego, pateo la puerta, apuntándole con ella a un gato, quien me mira ladeando la cabeza.

—¡Oh, Dios! —exclama Shayza, corriendo hasta el felino gris con ojos heterocromáticos, lo estruja entre sus brazos, haciéndome verlos confundida.

—Tómalo si te lo vas a llevar —informo, apurando el paso al interior, rebusco entre los estantes y el escritorio, introduzco en la bolsa todo lo que puedo llevar sin ser rastreada, en especial los polvos de viajero.

—¿En serio puedo? —pregunta eufórica detrás de mí, asiento sin prestarle mucha importancia.

Antes de poder avisarle que ya nos vamos, escucho cómo alguien baja las escaleras de la trampilla, con el temor de que se trate de Ezequiel, Eliot o cualquiera de ellos, tomo a la chica del brazo y lanzo los polvos de viajero sobre nuestros pies murmurando su respectivo hechizo (Viatores). En menos de un cuarto de segundos nos encontramos a las afueras de la cabaña lo cual me resulta extraño porque claramente visualicé el exterior del instituto.

—Vaya, Layla —expresa una voz detrás de nosotras, haciéndonos dar la vuelta—, sé que eres una inútil, pero ¿venir aquí sabiendo que las estoy buscando? No sabía que te tratabas de una suicida.

—Bueno, Bram, algo debo hacer para evitar el secuestro de mi hija, eso indica luchar contra ti y su padre —respondo a su incitación.

—Estoy de acuerdo con eso, pero deberías rendirte de una vez —sugiere —, todos sabemos tu mentira.

—¿Mentira? —pregunta Shayza con sorpresa.

«Ha confirmado la realidad de lo que una vez me reprochó».

—Esto no es asunto tuyo —digo, esperando que calle y no interrumpa.

—Claro que lo es, por ustedes me encuentro en este mundo de locos. — Sus reproches me están colmando la paciencia.

—Niña, no quiero ser maleducado, pero déjales esta conversación a los adultos. Ve a sentarte junto a Yokia —ordena Bram, señalando al gato que ella carga entre sus brazos.

«¿Yokia? Creo conocer ese nombre de algo».

—¿Yokia? —repite la pelirroja.

Bram asiente sin importancia e ignora a la chica, camina hasta mí con su nueva apariencia; ojos verdes, piel bronceada, alto y cabello oscuro. Levanto la palma de mi mano, tomando posición de ataque, al ver que no se detiene, lanzo una flama, sin embargo, la aparta con un ligero movimiento proveniente de su mano. Se teletransporta hasta quedar frente a frente, me sonrío como si ya hubiera dado por hecho su triunfo, y, sin previo aviso, golpeo el centro de su pecho haciendo que dé dos pasos hacia atrás.

«Conozco cada punto débil que posees» —comenta Bram, metiéndose en mi cabeza. Grito cubriendo los oídos y poniéndome de cuclillas—. «Recuerdo cada punto sensible de tu cuerpo» —susurra en mi oreja.

—Es cosa del pasado —digo entre dientes.

—Sabes que no, Layla. Me odias por traicionarte luego de que hicieras aquella locura por pura avaricia, pero en el fondo sigues amándome y odiándote por ello, tuviste una aventura con Hedeon por simple despecho — anuncia en forma de burla.

Sus palabras provocan que mi sangre hierva, estampo mi puño en su nariz, haciéndolo caer sobre sus rodillas. Me levanto de golpe mientras se sujeta la nariz intentando retener el sangrado, le pateo el rostro, esta vez haciéndolo caer de espaldas. Subo sobre él, creando unas esposas de fuego sobre sus muñecas.

—¡Me das asco, Bram! —exclamo con dolor—. ¿Por qué te resistes?

—No te hagas una idea equivocada, berrinchuda, en ningún momento me dieron la orden o me pagaron para matar a quien se interpusiera, seamos realistas, si fuera el caso ya estarías muerta —comunica con una sonrisa.

Rodea sus manos con agua, logrando liberarse de las esposas, en un rápido

movimiento casi imperceptible me encuentro bajo de él con sus garras levemente incrustadas en mi cuello. Sujeto su mano intentando apartarla, pero su fuerza es mayor a la mía. Chasquea los dedos de la mano libre, lo observo confusa ya que nada me ha ocurrido y es cuando recuerdo que Shayza está conmigo, dirijo mi vista hasta donde se supone que se encuentra, está dormida dentro de una burbuja de agua. Golpeo la cabeza de Bram intentando zafarme, esto solo provoca que apriete su agarre y aprecio cómo la sangre comienza a correr por el cuello hasta mi cabellera.

—Si no te mato, no podré vivir en paz —aviso con dificultad.

—Por favor. —Carcajea, levantando la cabeza—, mira cómo te tengo y ni tan siquiera he utilizado mi poder, desde joven has sido terca como una mula.

Sigue hablando sobre cosas del pasado y no se percata de que su entrepierna está desprotegida, aprovechando la situación, le entrego un certero golpe en el área, rápidamente lleva sus manos al lugar afectado mientras cae de costado quejándose del dolor, gateo por el suelo y ya cerca de ponerme de pie, Bram agarra mi tobillo, halándome hacia él, doy la vuelta golpeando su nariz una vez más, con este acto libera mi extremidad. Sigo avanzado hasta la pelirroja, me pongo de pie, buscando la manera de sacarla de allí, intento adentrar mis manos, pero es imposible. De fondo escucho un chasquido de lengua seguido de una maldición, la burbuja de agua desaparece de mi campo visual, volteo para ver a Bram quien permanece de pie con los brazos cruzados y a quien está detrás de él.

—Lo siento, Layla. La necesito, al igual que a ti —informa Kaibron de forma divertida, golpea su bastón contra el suelo, provocando que empiece a sentir un inaguantable sueño, y tambaleo antes de estampar mi cuerpo contra la tierra.

XXXVII

Sentimientos por la señorita

Castiel

Intento detenerla, pero al ver su mal humor prefiero dejarla ir, no quiero perderla. Estoy empezando a sentir algo que hacía mucho no sabía de su existencia, esa sensación de felicidad al verla, mi corazón parece querer salirse de su lugar cada que la tengo cerca y siempre deseo sentir su piel contra la mía. Entiendo que mi impulso por el enojo causado al verlos besarse la haya ahuyentado, pero solo tuve un desliz, mi demonio interior se apoderó de mi cuerpo por una milésima de segundo.

Paso un rato caminando por los túneles, mientras pienso en cómo acercarme para explicarle el porqué de mi imprudente actitud hasta que el humano se interpone en mi camino, avisando que la señorita no se encuentra. El corazón da un giro en su lugar, aprieto mi puño con enfado por haberla perdido de vista. Aunque también me informa que Layla tampoco está, lo que me da a pensar que se han ido juntas; Layla aborrece a Lotto por ser la mujer que me llevó al mundo de la prostitución masculina. Esto es motivo de querer matarla cada vez que la ve o recuerda su mísera existencia. Por eso me abofeteó, consideró mi acto como una traición a su ayuda, pero lo que no sabe es que lo hice por la señorita, mi protegida.

El humano sigue mis pasos hasta la habitación de las chicas, abro la puerta de golpe, intentado encontrar alguna pista que seguir, sin embargo, no consigo nada. Layla debió cuidar sus actos. (Algo que no es muy habitual en ella y es de suma preocupación). Salgo de allí en busca de Demetrio, él podría saber algo.

Llego a su habitación y con la palma abierta golpeo la puerta, al no recibir alguna respuesta, golpeo con más fuerza. La puerta se abre, dejándome ver lo somnoliento que se encuentra.

—¿Qué quieres? —pregunta, estrujándose un ojo con el dorso de su mano.

—Layla y la señorita no están. —Darle la noticia hace que abra los ojos a la vez que me da una sonrisa amarga y ve con incredulidad.

—Debe ser por Lotto, maldita seas, Layla —expresa volviendo a entrar—.

¿El humano vendrá con nosotros?

Giro el rostro para ver a Edriel quien, con su mirada, da a entender que sí. Demetrio sale de la habitación cerrando la puerta a sus espaldas, al darse cuenta de que el humano vendrá con nosotros maldice en voz alta (al hacerlo en latín el chico no lo comprende). A mitad de camino le susurro a Demetrio que podría ser bueno traerlo con nosotros, puede que muera en algún accidente y ya no tendríamos que lidiar con él.

Salimos de las alcantarillas procurando que ninguno del personal de Lotto nos note, investigamos por los alrededores y solo encontramos una jeringa que puede contener la pócima de ultra magicae, la cual sirve para restaurar nuestra energía o bien, magia. Me pongo de cuclillas al igual que Demetrio, entre los dos lanzamos un conjuro (*Quod magicae*) ya que tenemos el pensamiento de que Layla hizo algún tipo de ritual por cómo se encuentra el clima. Nuestra suposición es correcta cuando una neblina color rojo sangre comienza a salir del suelo.

—¿Qué significa? —pregunta el humano con nerviosismo.

—¿Crees que haya ido a buscarlo? —le pregunto a Demetrio, ignorando al humano.

—Sí, recuerda el pasado que ambos poseen, ella sigue molesta por su traición y el secuestro.

—Debemos buscar en la casa de Patricio y enfrentarnos a él si se opone —sugiero, poniéndome de pie.

—Es un riesgo, no sabemos si Ezequiel se encuentra allí o si simplemente llegaría con una llamada.

Chasquea los dedos, de su palma comienza a formarse una daga en base a veneno de cascabel, la observa, analizando su estado y la coloca en su cinturón. (Él posee armas que crea con su habilidad de envenenamiento y para esto se debe tener mucha práctica. En cambio, yo solo puedo utilizar mis conocimientos sobre diversos conjuros y ataques cuerpo a cuerpo). Abro un portal para llegar a Windville, empujo a Edriel en él sin darle tiempo para lloriquear. Ya al otro lado, cierro el portal luego de ver a Edriel caer sobre sus rodillas y vomitar. Avanzo por su lado sin que me importe su estado, Demetrio hace lo mismo, siguiendo el camino.

—¿Dónde estamos? —husmea el humano.

—En Canadá, una isla llena de leyendas y cosas místicas —comento sin prestarle importancia a su reacción—. Avanza, no tenemos todo el día.

Todo el rato que llevo en la villa me siento vigilado, miro mi alrededor,

pero no doy con nada ni nadie. «Ahora comprendo cómo se sentía la señorita». La sensación se desvanece cuando llegamos al cruce, no hemos visto ni a un humano, lo cual nos llega a dar mala espina. Demetrio empuña su daga por precaución, Edriel nos abre paso ya que con claridad su vida no nos importa en lo más mínimo.

Llegamos a la casa de Patricio, decididos a quedarnos fuera por si se necesita contraatacar. Patricio es un brujo de trescientos años, hay posibilidad de que lo pueda derrotar, pero para ello necesito jugar bien mis cartas, Demetrio podría derrotarlo si planea cada movimiento con anticipación y evita cada golpe. Patricio, o mejor dicho, Marquek es veloz como la luz por su delgadez, sin embargo, esto también es su desventaja, al tener ese tipo de cuerpo su resistencia a los golpes es casi nula.

—¡Marquek! —exclama Demetrio, tomando posición de ataque.

—Es una sorpresa verlos aquí, aún más cuando no veo a mi niña — comenta un hombre detrás de nosotros, damos la vuelta encontrándonos con el recién nombrado, un ser con cabello corto de color marrón, ojos amarillos, piel oscura y de baja estatura. «Él no puede ser el dueño de esos ojos de los que alguna vez la señorita me habló»—. Es decir, ¿qué hacen las ratas yendo directo a la ratonera?

—La señorita se ha ido con su madre y pensamos que podrías saber algo —aviso.

—¿Con Layla? —Ríe—. Considérenla muerta o en el calabozo de Kaibron. Además, no sé qué hacen aquí, bien puedo desatar una lucha contra ambos.

—Sabes que no saldrás ileso —advierde Demetrio.

—No es el momento, Demetrio. Marquek, sé lo mucho que quieres a la señorita, ella fue quien ablandó tu corazón —comento, intentado persuadirlo.

Marquek baja la cabeza mientras aprieta el puño sobre su pecho, partículas comienzan a emerger de la mano formando una flama de color azul marino. Demetrio eleva su daga en defensa, la punta se dirige al mentón del contrincante, intento detenerlos, pero Marquek aparta el arma de un golpe, provocando que caiga al suelo, saca sus garras y las incrusta en la garganta de Demetrio con el fin de desmembrar la cabeza. Tomo la daga que Demetrio poseía, la coloco en el cuello de Marquek, él la golpea con rapidez, la toma antes que toque el suelo y la apunta contra mí, agarro su muñeca apartando el arma, con mi rodilla golpeo su estómago, haciendo que encorve la espalda hacia al frente. Volteo su muñeca hacia atrás, incrustándole mis garras en su

cuello mientras que, con su mano libre, se apoya en el suelo.

—¿Te dejarás de juegos y nos dirás dónde están? —cuestiono entre dientes.

Cada minuto que pasa es crucial, la señorita necesita de mi ayuda y no estoy para brindársela.

—Castiel, dale esto a mi niña —ordena, dejándose caer, mete la mano en el bolsillo de su chaqueta sacando un collar en forma de estrella—. Este artefacto la protegerá cuando le faltes, lo que se aproxima es terrible, de esto dependerá la vida que conocemos hasta el son de hoy.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Edriel, haciéndonos recordar su presencia.

—Eres humano, debes saber sobre la historia de Shay —expresa Marquek.

—Soy de Puerto Rico, desconozco lo que se halla aquí.

—Esas son solo tonterías de humanos —interrumpo con desagrado, el moreno niega con la cabeza ante mi comentario.

—Todo es cierto, Shayza puede provocar una guerra con tan solo respirar —avisa Marquek con seriedad.

—¿Dices que Shayza es la niña por la cual se desatará una guerra entre nuestros mundos? —cuestiona Demetrio con sorpresa, cosa que no es habitual en él.

—Todos los mundos estarán en guerra, el humano, el inframundo, el cielo, el mundo místico. Bueno, en sí no es Shayza, más bien se trata de Celia. Ella posee ese deseo por derramar sangre, tan característico de Hedeon —informa Marquek.

Lo libero del agarre tomando el collar, al tenerlo en mis manos puedo sentir el poder que contiene, esto hace entumecer mis dedos, antes de que pueda provocar algo más, lo guardo en una pequeña bolsa para este tipo de artefactos.

Marquek apunta al suelo dejando salir una flama, esto abre un portal al cual nos ordena entrar, dejamos que Edriel entre primero por precaución. Después de unos segundos, vuelve a aparecer, cubriendo su boca por las náuseas; al entrar llegamos hasta la cabaña donde ordenó Kaibron que viviera con la señorita, y delante de nosotros podemos ver lo que se está formando, la señorita se encuentra inconsciente dentro de una burbuja de agua, Layla intenta sacarla de ahí cuando aparece mi antiguo jefe. El odio me obliga a dar un paso hacia al frente para enfrentarlo, pero Demetrio me detiene, dejando que vea quienes están reunidos (el único que no se encuentra es Eliot y deja a entender

que se han deshecho de él).

Bram chasquea su lengua mientras se pone de pie, la señorita desaparece delante de mis ojos, haciéndome sentir impotencia al no poder ser tan fuerte como para enfrentarme a Bram. Kaibron golpea el suelo con su bastón, Layla se tambalea y se desploma sobre el suelo. El enojo termina apoderándose de mí, camino hasta donde se encuentran en un intento suicida, pero Shayza lo vale todo y prometí protegerla con mi vida si era necesario.

—Ya llegó el resto de las ratas —comenta Kaibron, fingiendo alegría.

—¿A dónde la llevaste? —inquiero, apretando los puños con fuerza, Demetrio se acerca a su hermana para revisar si aún tiene pulso.

—Sigue viva, solo ha utilizado un conjuro —anuncia, poniéndose de pie.

—El mediano de los Viktish —comenta Bram, dando un indicio de a dónde quiere llegar.

—Cállate, asesino —ordena Demetrio, avanzado hasta él, Bram sonrío, transportándose de un lado a otro para esquivar los golpes y conjuros de su oponente.

—Como le dije a tu hermana, no me han pagado para pelear con ustedes.

—Golpea el rostro de Demetrio, haciendo que caiga al suelo y éste lo voltea a ver con deseos de matarlo.

—Demetrio, detente, no tengo tiempo para sus intentos de salvar a la princesa y a la reina —expresa Kaibron, seguido de un golpe con su bastón, desapareciendo delante de nuestros ojos.

Camino hasta la cabaña, comenzado a desquitar mi rabia contra una pared; luego de varios golpes, ésta cae.

—¡Daré mi vida por la de ella sin importar a quien tenga que derrotar para estar a su lado! —exclamo al viento, viéndome derrotado al no poder seguir ocultando lo que siento hacia ella.

XXXVIII

Un nuevo conjuro

Shayza

Con los ojos cerrados, escucho el sonar de unas cadenas, mis brazos permanecen elevados mientras estoy sentada en el frío y húmedo suelo. Al abrirlos, solo encuentro oscuridad; intento mover las piernas y, con esto, entiendo la situación en la que me encuentro.

—Arrastra la venda con tu brazo —ordena Layla delante de mí, y hago lo indicado, logrando verla atada y con una cara de pocos amigos.

—Te avisé que me llevabas a la boca del lobo —comento en forma de reproche.

—A ver, niña. Si no fueras una mala bruja, ya tendrías todos tus poderes.

—Layla, eres un claro ejemplo de que no hay que ser buena en algo.

—¡Cállense las dos! —exige un hombre al otro lado de la puerta, mientras la golpea.

Ambas nos quedamos en silencio a la vez que cruzamos miradas asesinas, cambio de vista para analizar a mi alrededor, claramente estamos en un calabozo. «Creí que esto solo lo había en los libros». El lugar es angosto, el techo es altísimo y solo logro ver la luna que se asoma por la ventana. Las paredes son de rocas al igual que el suelo, en mi mente pasan cada una de esas escenas en donde los personajes han estado en mi caso, pero evidentemente esto no me sirve como guía.

—Di *exitium* mientras apuntas a las cadenas —ordena en voz baja.

«*Exitium?*».

Con tan solo pronunciarlo en mi mente, al otro lado se escucha una explosión, ambas nos quedamos viendo sorprendidas por no entender lo que acaba de ocurrir. «¿Fui yo?».

—¡Te dije que tuvieras cuidado con las pociones! —exclama uno de los guardias

—Bien, por un momento pensé que habías sido tú, vamos dilo otra vez —ordena. Apunto con mi mano derecha a una de las cadenas.

—*Exitium!* —exclamo.

Me basta con decirlo una vez, pero no cumplo mi propósito, más bien

logro que el conjuro rebote contra las paredes hasta romper la ventana del techo, provocando que todos los vidrios caigan sobre nosotras. Algunos cortan mi piel y uno enorme cae entre las piernas de Layla, obligándola a verme con enfado.

—Concéntrate y vuelve a intentarlo —decreta, intentando tranquilizarse.

Respiro hondo, cerrando los ojos. «Si la mato ya no sabré cómo salir de este lugar». Intento despejar mi mente, pero logro ver a Edriel riendo, así que sonrío como tonta. Vuelvo a abrir los ojos, encontrando a Layla con una cara de desagrado.

—¿Qué? —inquiero con una mueca de disgusto.

—Estabas pensando en el humano, *eww* —comenta. Ignoro lo que ha dicho y apunto hacia sus cadenas.

—*Exitium* —susurro, pero nuevamente el conjuro rebota y rompe una de las que sostenían mis brazos.

Ahora con una extremidad libre, vuelvo a pronunciarlo, agarrando la esposa que rodea mi otra muñeca y termino haciendo lo mismo con las que sujetan mis tobillos, me pongo de pie con un poco de dificultad por los dolores en cada articulación, ayudo a Layla, ésta se pone de pie y agarra uno de los trozos de vidrio.

—Toma uno —exige, señalando el suelo.

—Estás loca —aclaro, negándome a hacerlo.

—Tú le llamas locura, yo instinto de supervivencia. Detrás de esa puerta de madera podría haber muchos guardias, eres tú o ellos.

Camina hasta la puerta, finge tener una pelea conmigo y el guardia se asoma por la pequeña ventana que posee el rectángulo de madera, Layla, sin pensárselo dos veces, clava el pedazo de vidrio entre ceja y ceja del hombre. Veo cómo su rostro se paraliza, a la vez que un hilo de sangre comienza a correr por él; lo suelta dejándolo caer al suelo. Da un paso hacia atrás, eleva la pierna y golpea la puerta hasta quebrarla, pasa sobre el cadáver, recibiendo un puñetazo de otro guardia, esquiva el segundo y toma la muñeca del agresor.

Golpea su nariz con la frente, haciendo que éste retroceda, levanta la mirada y antes de poder hacer algo, un tercero se abalanza sobre ella, observo los pedazos de vidrio en el suelo y agarro el más grande que encuentro. Avanzo hasta el tercero, clavándole la pieza en la nuca, cae intentando sacarlo mientras se queja. Miro a Layla que le acaba de dar una patada en la mandíbula al segundo guardia, choca con la pared y cae al suelo golpeándose la cabeza.

Al ver que son los únicos en el área, Layla se acerca a un barandal que se encuentra delante de nosotras. El lugar parece una torre de esas que se encuentra en los libros, hay varias puertas como la que rompió momentos antes, los prisioneros nos ruegan compasión, pero los ignoramos como si fueran basura.

—Debemos aventarnos —avisa, asomándose por el barandal, hago lo mismo sintiendo vértigo por lo alto que nos encontramos.

—¿Está loca? —susurro casi para mí misma, volteo a verla y ella se deja caer sin miedo alguno—. ¡Layla!

Uno, dos, tres, cuatro... la cuenta culmina cuando escucho un estruendoso sonido.

—¡Ven! —ordena.

—¡No estoy loca! —anuncio, echándome hacia atrás. «No siento temor, pero tampoco significa que me lanzaré porque ella lo haya hecho».

—¡Solo hazlo, carajo! ¡Confía en mí! —insiste. «¡Me cuesta más confiar en ti que en lanzarme de un acantilado!».

En mi negación, el pequeño frasco que cuelga de mi cuello salta hacia al frente como si me obligara a hacerle caso a la locura de mi progenitora, intento tomarlo, pero una fuerza desconocida me hala hacia el barandal, logro agarrar el frasco y este vuelve a impulsarse, haciéndome caer de frente al vacío. A medida que desciendo, veo cómo unas partículas negras rodean mi cuerpo, éstas provocan que la velocidad a la que me acerco al suelo disminuya, intento acomodarme para caer de cuclillas y consigo ver a Layla con una mano en la cintura. Mis pies tocan el suelo despacio y con absoluto sigilo.

—¿Cómo pasó? —indago con sorpresa.

—Es simple instinto de brujo, pero me sorprende que hayas caído como toda una princesa. En mi caso, siempre mi pecho es lo que recibe el impacto.

Cuando se voltea para buscar la salida, aparecen más hombres, pero esta vez armados hasta los dientes.

—Si tus padres hubieran sabido sobre tu habilidad para escapar, creo que sería por lo único que estarían orgullosos —comenta quien podría ser el líder del grupo.

—¿A qué te refieres, imbécil? —inquire Layla con ira.

—¿Sabías que tu mami es una buena para nada? —Se dirige hacia mí un hombre con cabellera rizada, de gran estatura y robusto.

—Claro —respondo, haciendo que mi progenitora refunfuñe.

—No es momento para esto, Shayza. Sal de aquí, yo me encargaré de ellos —decreta, señalando hacia una puerta.

Corro a ella, comenzando a escuchar cómo conjuran hechizos y el sonido que estos hacen al ser lanzados, detrás de mí viene alguien, lo cual hace que corra con más fuerza. «Cómo desearía tener a Castiel aquí para que me ayudara». Doy la vuelta en un pasillo, resbalando en el suelo a punto de caer sobre mis rodillas (posee limo y esto dificulta hasta el andar), escucho al ser que va tras de mí diciendo algo que no llego a comprender, pero el frasco que poseo me hala hacia la izquierda, haciéndome evitar el impacto, vuelve a ocurrir y esta vez me obliga a bajar la cabeza. Recuerdo el hechizo que Layla me enseñó, volteo sin detenerme e intento apuntar al hombre con mi mano temblorosa.

—*Exitium!* —exclamo, provocando que el conjuro dé contra una pared y caiga delante del hombre, interrumpiéndole el paso.

Paro en seco, intentado tomar aire, cuando logro recuperarlo, aprecio como si algo acabase de explotar, así que me cubro la cabeza y agacho. Siento diversas piedritas rebotar contra mi cuerpo y el polvo de esto cae sobre mis heridas, haciendo que me queje del dolor. Miro de dónde proviene el alboroto, viendo al polvo desvanecerse, pero entre él puedo ver unos ojos color rojo sangre y caigo sobre mi trasero al perder el balance. Sin entrar en estado de shock, me pongo de pie para seguir corriendo hacia un destino incierto.

El ser ruge de fondo, dándome a entender que quien me sigue ha liberado el alma de brujo como yo le llamo. Giro el rostro para verlo, la criatura resbala, adentrándose al otro camino, pero con torpeza vuelve a retomar su rumbo, hago mi vista hacia adelante topándome con otra alma de brujo.

—De-demonios —balbuceo, cambiando con torpeza de dirección.

A continuación, se escucha un choque y doy la vuelta, notando cómo ambas se sostienen de los hombros en un intento vago por repelerse. La segunda sombra logra agarrar a la primera y la lanza al final del pasillo. Corre hasta ella, seguido de esto, escucho la voz de Edriel llamándome.

—¡Edriel! —grito, indicando dónde me encuentro.

—Oh, estás viva —comenta feliz, rodeándome con sus brazos.

—Es sorprendente que lo esté sabiendo que llegó hasta aquí con mi hermana. No son momentos para abrazarse, debemos irnos —avisa Demetrio, empujándonos. «Si Demetrio sigue en su forma humana, ¿quiere decir que quien está luchando es Castiel?».

—¿Qué pasará con Castiel? —pregunto, intentando detenerme.

—Él puede con aquel imbécil discípulo de Kaibron —responde Demetrio, sujetándome con fuerza del brazo—. Si no te saco de este lugar con vida, a quien matarán será a mí.

—¿No puedes usar algún tipo de portal? —cuestiona Edriel.

—Si pudiéramos ya lo habríamos usado —comenta Demetrio.

A medida que avanzamos, los rugidos se hacen más fuertes, no me da un indicio de quién es quién y eso me preocupa. Entre el ajetreo pareciese que el lugar se va a desplomar, el suelo tiembla, dificultando el caminar y sobre nosotros empiezan a caer trozos del techo. De repente, el collar me hala hacia un costado, al no estar preparada para ello, caigo siendo arrastrada, viendo cómo los dos hombres me siguen para intentar ayudar.

—¡Shay! —exclama Edriel con preocupación.

Sujeto el cordón para evitar ser estrangulada con él, intento agarrarme a lo primero que encuentro, sin embargo, es imposible, la fuerza es mayor a la de hace un rato. «No sé si quiere matarme o ayudarme a salir de aquí». Mientras sigo en esta situación, aprecio en uno de los pasillos a las almas que pelean entre sí, una de ellas ya no tiene un brazo, lo que me hace rogar que no se trate de Castiel. Quien aún tiene sus brazos, agarra y lanza en mi dirección a su oponente.

Abro los ojos sorprendida, pero el frasco aumenta su velocidad, impidiendo que se estampe con mi cuerpo, el alma atraviesa la pared, obstruyéndole el paso a Demetrio y a Edriel. Intento conseguir el nudo o quizás el broche para poder liberarme del frasco, pero comprendo que no tiene ninguno, estar tanto tiempo así hace que comience a sentir cómo mi cuello y dedos queman, el aire empieza a faltar en mis pulmones, provocando que lo busque con desesperación. La vista empieza a nublarse, siento cómo el rostro se calienta, pataleo y veo mis uñas crecer para incrustarse en el suelo, dejando hileras a mi paso y doy un último suspiro, sintiendo que me desvanezco.

XXXIX

Falso amor

Shayza

Despierto de golpe, jadeando por el calor que siento sobre cada centímetro de piel y rápidamente llevo mi mano al pecho, apreciando que sube y baja. Las manos tiemblan, las gotas de sudor caen por mi frente y percibo cómo la ropa permanece húmeda, pero desconozco si es por ello.

—Hace calor —expreso con la boca seca. Demetrio, Layla, Edriel y Castiel permanecen a mi alrededor, haciéndome sentir asfixiada. Gateo para alejarme sin importar lo que piensen—. Denme un respiro.

El calor es tanto que, sin una pizca de pudor, comienzo a quitarme la blusa y los pantalones.

—¡Señorita, no! —exclama Castiel, acercándose a mí para evitar la humillación que en un futuro sentiré.

—Layla, ¿qué tiene ella en el frasco y cómo ocurrió esto? —cuestiona Demetrio a nuestras espaldas, mientras lucho con Castiel.

—¿Cómo qué tiene en el frasco? Es obvio que es para mantener sus poderes a raya —responde con un poco de desagrado.

—Ese frasco la jalaba del cuello y no podía quitárselo —avisa Edriel, haciéndome voltear a verlo y, por raro que suene, dejo de sentir que ardo en llamas.

—Así fue, además había dos almas de brujo luchando entre sí —anuncio poniéndome de pie, me ven como si ya hubiera perdido la cordura—. Sé que uno era Castiel y el otro quien me seguía...

—A ver —me interrumpe Layla—. Solucionemos esto cuando las olas se calmen, ahora nuestra prioridad es huir de aquí —advierte, empezando a caminar.

Castiel se ofrece a cargarme, me niego rotundamente a ello pues no soy una princesa. (Es decir, hay una posibilidad de ser la causante del fin del mundo, pero tampoco es para recibir tal trato). Llevamos un largo rato caminando, hasta he pensado que estamos dando vueltas en círculos, mis piernas comienzan a doler y decido sentarme sobre una roca. Edriel se sienta a

mi lado mientras que Castiel se coloca junto a nosotros, atento a cualquier cosa que pueda ocurrir.

El humano juguetea arrancando los pétalos de las flores que están en el suelo, miro su melena y, sin quererlo, mi mano se mueve por sí sola para acariciarla. Levanta la mirada, al ver sus labios, lo beso, escucho cómo Cass se aleja gruñendo de rabia, pero no importa.

—Ríndete, Layla —dice Demetrio, obligándome a levantar la mirada para ver qué ocurre—. Estamos atrapados, Kaibron lo tiene todo planeado.

Layla niega con la cabeza, haciéndole honor a su terquedad de mula, le toma ambas manos a Demetrio, él la ve irritado y ambos cierran los ojos, sus bocas se mueven rápidamente, mientras que de ellas salen palabras inentendibles. En el suelo, alrededor de ellos corre una llama hasta encerrarlos en una especie de barrera, sus cabellos empiezan a levitar a la vez que una especie de cúpula se hace presente rodeando el perímetro. Me pongo de pie para acercarme a Castiel, quien los ve atentamente con los brazos extendidos hacia los costados de su cuerpo y expresión fría.

—¿Qué hacen? —indago.

—Invocan a sus antepasados para romper la cúpula que evidentemente es la que nos tiene dando vueltas en círculos —responde con seriedad.

Levanto la mirada hacia las paredes que nos rodean, apreciando cómo se agrietan de a poco, al otro lado comienzan a salir del suelo un centenar de almas con su ropa desgastada, piel llena de tierra y oscura, sus cuencas permanecen vacías (esto le daría miedo a cualquier humano). Veo de reojo a Edriel, quien observa la escena con la boca semi abierta, (se podría decir que impresionado). Los seres inclinan sus cabezas hacia atrás, abren la boca, dejando salir un grito agudo el cual hace que cubra mis oídos al igual que Edriel. De sus bocas sale una ráfaga de luz que llega hasta el cielo oscuro, gracias a seguirla, noto que la luna cambia de su color natural a un rojo sangre, esto me hace recordar el dije que Layla utilizó para un ritual. Las grietas cada vez son más, de un momento a otro, se escucha el ruido de cristales rompiéndose. Bajo la cabeza, protegiéndola con mis manos y alguien me protege con su cuerpo.

—¿Está bien? —pregunta Cass. Sintiéndome decepcionada por creer que se trataría de Edriel, asiento con la cabeza, buscando al chico que despierta algo en mí. Permanece en cuclillas cubriendo su cabeza con los brazos, camino hasta él poniéndome a su altura.

—Ya pasó —digo, golpeando levemente su espalda.

—¡Por fin hice algo bien! —exclama Layla, levantando ambos brazos en señal de victoria. Entrecierro los ojos, poniendo una cara de incredulidad.

—Si soy quien te ayuda, está más que claro el triunfo —comenta el otro rubio.

Demetrio la toma de la nuca, arrastrándola a su paso, Cass avanza al igual que Edriel y yo. Miro a mi alrededor, queriendo que mi pregunta interna sea respondida. «¿Dónde demonios estamos?». Es un bosque, pero no parece al de Puerto Rico ni a alguno de Rosewhite. Un escalofrío recorre mi espalda cuando siento que soy observada, giro con rapidez hacia donde viene ese sentimiento; no veo nada, así que me pongo de puntillas, intentando abarcar más terreno con la vista.

—¿Dónde estamos? —indaga Cass para sí mismo.

«También quisiera saberlo».

—Cass, alguien nos sigue —aviso en voz baja para no alertar a Edriel.

—¿Lo vio? —Se detiene, tomándome del hombro.

—No, pero puedo sentir que nos observa desde algún lado. —Miro más allá de su espalda para luego dirigir mi vista a sus ojos. Viendo mi gesto da media vuelta por si logra visualizar algo, pero al final vuelve a verme, negando con la cabeza.

Muerdo mi labio inferior, retomando nuestro camino. «Desde aquel día en el hospital con Edriel, el sentimiento de terror comenzó a escasear, pero hoy ha vuelto o simplemente el dueño de esa mirada es el único que logra provocarlo». Caminando por una llanura, Layla se detiene recibiendo una flama en su brazo derecho, Demetrio y Castiel se ponen en posición de ataque, mientras de las manos empiezan a emerger flamas de sus respectivos colores. Layla gime de dolor al tiempo que una especie de líquido corre por su ropa, provocando un sonido como si la quemase a su paso y dejando una estela de humo. Giro mi vista hacia el atacante, topándome a Ezequiel con la mano elevada y una sonrisa de oreja a oreja que deja ver sus afilados dientes, Kaibron y quien creo es Bram, caminan detrás de él.

—Bien, Bram, cayeron en la trampa tal y como lo dijiste —comenta Ezequiel animado.

—Era más que claro viniendo de él —expresa Kaibron, apoyando el bastón en el suelo con cada paso que da.

—Fue muy bonito para ser verdad —expone Layla, revolcando su cabello con desesperación, dirige su vista hacia nosotros, dejándonos al tanto cómo sus irises han cambiado de color.

—Solo entrégala —exige Kaibron como si me tratara de un objeto.

—¡No! Me la quitaste una vez, ¡una! Y lucharé por ella así tenga que matarte —señala Layla con rabia, mientras aprieta sus afilados dientes, haciéndome creer que podría partirlos.

—Layla, sabes que no podrás controlarla cuando yo muera o cuando se fusione con su gemela —advierte Kaibron con serenidad.

—Celia ya no está —aviso, haciendo que todos volteen a verme, en el rostro de Kaibron comienza a formarse una sonrisa de lado a la vez que levanta una ceja, de la nada empieza a reírse y chasquea sus dedos como una señal para Bram. Castiel se interpone en su camino para protegerme.

—Quítate —ordena Bram, haciendo hacia un lado el cuerpo del pelirrojo, me voltea a ver fijamente a los ojos para seguir caminando hasta donde estoy. Aprieto mis puños, mirándolo con el ceño fruncido, esperando un ataque por su parte—. Ella se encuentra allí. —Apunta hacia mi pecho, bajo la mirada, notando que el frasco salta con desesperación, él lo toma y de un tirón lo desprende de mi cuello.

Por alguna razón siento como si me hubieran golpeado la espalda, esto hace que caiga de rodillas al suelo. Abro la boca buscando aire, de ella comienzan a salir quejidos, aprecio que me están estrangulando. Bram da la vuelta, girando el objeto en su mano. Ya cerca de su jefe, lo estampa contra el suelo, haciendo que unas partículas color azul celeste broten de la yerba y de a poco aparezca la figura de aquella mujer que vi en mi alucinación cuando estuve en el hospital, pero esta vez se encuentra dentro de una jaula con barrotes.

A medida que los segundos pasan, la sensación de estrangulación se desvanece, me froto el cuello con una mano, intentado ponerme de pie, pero es imposible, así que caigo nuevamente, tratando de recuperar el aire.

—Me atrevo a decir que supusiste que el frasco era algo con lo cual podrías ayudarla a controlar su magia, sin embargo, ya ves que no era así —comenta Kaibron, dirigiéndose a Layla.

—Eres un maldito hijo de puta —expresa Layla, caminando hasta él, pero Ezequiel se coloca en su camino.

Ella, sin previo aviso, saca sus garras para golpearlo en la cabeza y con esto Demetrio saca una daga de su cinturón comenzando a correr tras de Bram, Castiel corre hasta mí para protegerme, pero a Layla se le escapa una flama que viene directamente a donde estoy, Edriel se abalanza sobre mí recibiendo el impacto. Al abrir los ojos siento cómo se vuelve más liviano.

—No puede ser —balbuceo, incrédula por lo que mis ojos están siendo testigos.

Ese hombre del que creí que comenzaba a enamorarme siempre se trató de Eliot. Eliot acaba de protegerme con su vida. Alguien me lo quita de encima, Cass lo tira contra el suelo para colocarse sobre él y comenzar a golpear su rostro repetidas veces a una velocidad casi alucinante. Mientras en el fondo solo se escucha la risa de mi gemela, los conjuros, golpes secos, quejidos y demás, corro hasta mi protector para detener su masacre contra el humano.

—¡Ya basta, Castiel, lo vas a matar! —exclamo, intentado sujetar uno de sus brazos.

—¡Es lo que quiero! —avisa, dándome la cara, dejando ver sus ojos inundados de ese color rojo que da indicios a que está renunciando a la capacidad de controlar sus emociones.

—Una vez te... dije que te protegería con mi vida —dice Eliot con dificultad, mientras la sangre escurre por cada centímetro de su cara. Empujo al pelirrojo con una fuerza increíble que no sé de dónde saco.

—Eliot, maldita sea, ¿por qué lo hiciste? —Sujeto su ropa, intentado controlar el sentimiento de traición por su parte.

—Desde aquel día en la villa, cuando... fui a buscarte, sentí algo, no puedo explicarlo. Soy un estúpido humano que se ha enamorado de una bruja, de la hija del jefe —revela con voz entrecortada.

Observo cómo sus ojos se cierran momentáneamente, mi pecho duele por tenerlo así y sentirme tan confundida. Me he enamorado de un humano quien creí conocer, no me equivoqué diciéndolo de esta manera, simplemente lo conocí en otro cuerpo, otro momento y de otra forma. Todo esto daba a entender que por fin di con alguien diferente, cuando la realidad era otra.

XL

Quizás el final de una guerra

Shayza

Recorro su rostro con la yema de mis dedos, conteniendo el dolor. Abre los ojos, regalándome una sonrisa, esto es suficiente para que las lágrimas se escapen en una lucha de ver cuál llega primero al final.

—¿Cómo pasó? —indago con los labios temblorosos—. ¿Quién te ayudó a armar esta falsa?

—Bram... cuando separó a Celia de tu cuerpo, dejándote fuera del muro porque tus poderes no habían despertado, me eligió a mí para entrar a su clan. —Toma aire—. Solo necesité una poción para tomar la apariencia de Edriel, simplemente se me dificultó un poco la manera de hablar, pero aun así lo intenté, más allá de un trabajo, quería estar cerca de ti.

—Sabía que no debía fiarme de ti. ¡Debí dejarte morir! —grita Castiel.

—Castiel, ya cállate —ordeno con dolor al ver su cara llena de odio.

Basta un mísero segundo para ver que la luz de Eliot se ha ido, cierro sus ojos con la ayuda de mis dedos, y todo mi interior se derrumba. Sollozo, poniéndome de pie, observo al resto que permanecen luchando entre sí; de cierto modo, siento que estoy en una guerra creada por un grano de arena, ninguno habla, solo buscan pleitos hasta por lo más mínimo. Quien me ha cuidado durante años intenta acercarse con sus manos ensangrentadas, lo aparto de un empujón. Miro a Celia, quien disfruta la situación en la que nos encontramos, para ella todo esto es un juego. Realmente somos muy distintas.

De reojo noto algo que se mueve a gran velocidad, trato de seguirlo, pero veo una sombra que se escabulle entre todos, ésta da un salto, dejando ver sus ojos amarillos y piel morena, en su mano derecha lleva una especie de daga con cristales rojos, por quedarme paralizada al recordar los ojos que suelen seguirme a donde quiera que voy, tardo en reaccionar para alertar a Castiel.

—Cuidado —susurro, haciendo que se dé la vuelta lo más rápido posible.

La daga atraviesa su mano, el atacante retrocede viendo cómo el pelirrojo se deshace del arma para comenzar a regenerar el tejido desgarrado. Empuña el objeto, intentado incrustarlo al contrincante, pero éste esquivo sus ataques

con movimientos ágiles.

—¡Shayza, mata a Celia! —ordena Layla forcejeando con Ezequiel.

Me encuentro delante de una batalla donde aún desconozco quién es el bueno y quién es el malo, Demetrio salta por los aires estampando conjuros y esquivándolos con Bram, Castiel lucha contra el hombre de ojos amarillos y Layla contra Ezequiel, mientras Kaibron solo se dispone a observar la escena como si de alguna película se tratase. Sin saber lo que debo hacer, algo pesado cae sobre mis pies, bajo la mirada encontrando un cuchillo con la punta en zigzag.

—Señorita, incrustelo en el pecho de Celia —ordena Castiel, siguiendo con su misión de atacar a aquel hombre.

Tomo el arma, girando a ver a mi gemela, ella permanece con una sonrisa cínica como si comprendiera que no soy capaz de hacerle daño ni a una mosca. «Si fusionarme con ella calma un poco las aguas, lo haré. Yo solo deseo detener esta lucha innecesaria, quiero hacerle un funeral a Edr... Eliot, necesito regresar a mi vida normal». Aferro el arma a mí, apreciando cómo se calienta, la levanto en el aire notando que el fuego se apodera de ella sin quemarme por poseerla. Camino hasta Celia provocando que su sonrisa se borre.

—¿Lo-lo harás? —pregunta temerosa, alejándose de los barrotes.

—Eres tú o yo —aviso, pasando la punta del cuchillo por los tubos que se desvanecen a su paso.

Ese sentimiento de culpa, temor o lo que sea, ya no es parte de mí. En este momento estoy vacía, (como si alguna especie de ser me hubiera arrebatado todo lo que me hace ser quien soy, lo que me distingue del resto). Apunto su garganta con el filo, esperando que diga sus últimas palabras, pero deja de fingir pavor para volver a reírse de mis acciones.

—Deberías irte con ellos, podrán ayudarte, yo también pensé que Layla sería mejor que Kaibron, pero se encuentra a años luz de ello.

—Ellos me mintieron —aclaro, colocando el cuchillo en su garganta, dejando que una hilera rojiza se deslice por ella.

—De hecho, todos. Hasta nuestro preciado Castiel —comunica, haciéndome verla sin comprender a dónde quiere llegar—. Viendo tu cara puedo deducir que no me comprendes, te mostraré ese recuerdo por el cual moriste una vez.

—No quiero vivir de mi pasado —expreso, antes de que pueda hacer algo, levanto el cuchillo en el aire y se lo incrusto en el centro del pecho.

Ella gime de dolor mientras una especie de viscosidad oscura sale de la herida y su boca. A medida que lo incrusto, mi cabeza palpita, la vista se nubla e intento parpadear para recuperarla, pero por más que lo haga, menos logro verla.

—Error, es nuestro pasado. —La oigo decir con su voz distorsionada antes de desvanecerme.

Abro los ojos cuando escucho cómo una mujer grita y jadea mientras otros le ordenan que siga pujando. Frente a mí yace Layla dándonos a luz, la primera en salir es Celia, con su melena platinada, pero no respira. Castiel la toma en sus brazos, intentando reanimarla a la vez que la lleva lejos de su madre. Un nuevo grito agudo me hace girar la vista a Layla para ver cómo yo llego a la vida, me toma entre sus brazos tratando calmar la respiración, busca a Castiel por la habitación preguntándole dónde se encuentra Celia, que por qué no llora. Comienzo a sentir su dolor cuando la pregunta es respondida, es como ser apuñalada en cada centímetro de mi cuerpo.

Como si debajo de mí se hubiese abierto un portal, caigo a la nada. Levanto la mirada, logrando ver una casa en llamas, hay una pequeña niña con un gato entre sus brazos; el olor a carne, madera y hierbas quemadas inunda mis fosas nasales, me acerco a ella hasta quedar paralizada al notar que se trata de mí, pero con una mirada inquietante, digna de un ser despreciable. Retrocedo, tropezando con una rama y, con esto, el escenario cambia al bosque donde siempre me escondía. A lo lejos escucho los gritos desesperados de una joven, miro a todos lados para encontrarla, mi pecho se aprieta a medida que los gritos de ayuda incrementan, al darme cuenta de que, quien grita soy yo, percibo cómo soy golpeada desde el interior de mi ser por ese término llamado traición.

Delante de un árbol hay varios compañeros de clase haciéndole cosas inimaginables a mi cuerpo, mientras una chica los ve y da órdenes. Corro hasta ellos intentado golpearlos, pero sus cuerpos se esfuman como si fueran polvo. Mi yo joven permanece inmóvil, temblorosa y llorosa. «¿Es esto a lo que se refería Celia?». Detrás escucho unos pasos, giro mi rostro para toparme a Castiel con una mirada de angustia. Rompo en llanto al darme cuenta de la razón por la cual odia tanto a los humanos. «Además de quererme, él se sentía culpable por no impedir esta desgracia».

Hecha un saco de decadencia, miro hacia el cielo encontrando a Celia.

—Eres un peligro, hermanita, eres la llave de una guerra que se aproxima. De ahora en adelante deberás cambiar tu forma de ser, ya no habrá una niña

buena e inocente dentro de ti. Todo lo que creíste ser desaparecerá como las palabras a los oídos sordos. Tú eres la nueva criatura a la que tanto temen nuestros mundos, una combinación de desgracia, avaricia, sed por la sangre y venganza, y, claro, la conexión de todo lo que conocemos.

Un golpe en el pecho provoca que abra los ojos de repente, encontrándome desorientada mientras soy observada por Layla y las lágrimas corren por mis mejillas, seguido de temblores en mis extremidades. Se abalanza sobre mí para abrazarme con firmeza, inundándome con su tranquilizante olor a lavanda. Su ropa permanece ensangrentada, lo cual me hace verla en busca de alguna respuesta, a medida que mi audición regresa, aprecio el mismo sonido de fondo, la lucha de nunca acabar.

Siento alivio al ver vivo a Castiel, sin embargo, lo miro con reproche por ocultarme algo tan fuerte, sin contar lo que le ha hecho a Eliot. «Sé que no hubiera aguantado esa experiencia, pero enterarme por parte de la ilusión de Celia... No tengo las palabras adecuadas para describir el sentimiento». Cierro los ojos con fuerza a la vez que suelto todo el aire acumulado en mis pulmones, los abro otra vez para visualizar la masacre.

Demetrio sigue esquivando los ataques de Bram, pero ahora Ezequiel es otro cadáver más en el suelo y Kaibron ya no se encuentra por los alrededores, parece que ha aprovechado para huir cual cucaracha. Repelo a Layla, recordando que fue ella quien desenmascaró a Eliot, quien nunca ha podido hacer algo bien. Busco a Celia, dándome cuenta de que nos hemos vuelto una. Analizo mis manos, esperando percibir algo diferente, una energía superior o algo por el estilo. Sin embargo, no me siento distinta ante nada.

Me pongo de pie al igual que ella, pensando lo que podría hacer a continuación para detener todo esto, Demetrio toma una daga y perfora su pecho hasta llegar al corazón, así liberando su alma de brujo. Bram retrocede e imita el acto del rubio, pero con un dedo llega hasta su corazón.

La lucha entre ellos derrama sangre por doquier, se arrebatan extremidades y las recuperan al cabo de segundos, rugen sin desenfreno, se lanzan por los aires mientras el suelo tiembla por sus movimientos tan bestiales. Miro a Castiel, por casualidad él hace lo mismo y este segundo es suficiente para que el hombre, con el que luchaba antes de que me fundiera en un sueño, separe su brazo del cuerpo. Intenta detener la hemorragia con los conjuros que conoce, corro torpemente, pero Layla se abalanza sobre mí, impidiendo mi posible muerte.

El moreno intenta arrebatarle la cabeza a Castiel, pero él logra esquivarlo

con cierta dificultad cayendo de rodillas, forcejeo con Layla para ir a socorrerlo, no necesito una pérdida más. Recuerdo el cuchillo que utilicé con Celia, palpo el suelo en su búsqueda, al encontrarlo se lo lanzo a Cass para que tenga con qué defenderse. El arma cae a metros del pelirrojo, se arrastra con desesperación para tomarla, al casi tocarla con sus dedos, el contrincante coloca su pie en la espalda de él, impidiendo que siga avanzando. Sujeta su cobriza cabellera, con fuerza bruta y velocidad le arranca la cabeza de un tirón.

Me quedo sin aliento al ver la sangre chorrear de su cuerpo como si se tratase de una fuente, el cuerpo se contorsiona, ensuciando todo a su paso. El hombre lanza la cabeza a varios metros sin importarle que soy testigo de tal barbaridad. Adentro mis dedos en el suelo, gritando entre lágrimas el nombre de mi protector con el estúpido pensamiento de que eso lo podrá revivir.

De a poco siento cómo la última pizca de cordura se esfuma, cómo la ira recorre por mis venas, cómo mis sentidos se opacan ante ella sin dejarme pensar con claridad. «Aquello por lo que temí acaba de ocurrir, el día de hoy perdí a dos personas importantes para mí. Si no hago algo para detenerlos, esto no tendrá fin». Golpeo a Layla, haciendo que caiga a lo lejos, llevándose toda la tierra a su paso, con mi infierno ardiente me pongo de pie sin quitarle la vista al próximo en caer.

—Pequeña, debes venir con nosotros —expresa con un hilo de voz.

—¿Pequeña? —inquiero sin comprensión por recordar a quien me crió—. ¿Quién te ha dado permiso para llamarme así?

—Sé que esto no es fácil, pero debes venir con nosotros —anuncia, retrocediendo a cada paso que doy, de la nada y a gran velocidad lo tomo del cuello sin tiempo a que reaccione.

—Mataste a Castiel y por nada del mundo iré con ustedes, perdí a dos personas por sus conflictos de niños pequeños.

—Perdiste a una —avisa—. Eliot tenía como orden darte una poción de amor a través de un beso para que de esta manera fueras sensible ante cualquier cosa que le pasara, pero también le dimos una a él para que se enamorara de ti y no fuese tan evidente.

Rio al igual que una maniaca, comprendiendo la habilidad que tienen estos hombres para mentirme. Suspiro, intentando concentrarme en lo que haré a continuación.

—Ahora entiendo todo —aviso, sin expresión en el rostro antes de arrancarle el corazón y exprimirlo en mi mano, salpicando mi ropa con su

sangre.

En mi interior hay una guerra de emociones, las que quiero sentir y las que no. Los pensamientos que me parecen una locura y los que están más cuerdos que yo en este preciso instante. Camino hasta la cabeza de quien alguna vez fue mi protector y la tomo en mis manos cerrando sus ojos, la junto con su cuerpo dándole un beso en la frente. Al observarlo con detenimiento, noto que en uno de sus bolsillos algo brilla, adentro mi mano para tomarlo; se trata de una pequeña bolsa y dentro de ella hay un collar en forma de estrella. Lo acerco a mi pecho antes de colocarlo en mi cuello como recuerdo.

—Castiel, perdóname por nunca darme cuenta de lo que sentías por mí. Por a veces causarte problemas, hacer que me ocultaras cosas horribles, hacerte sentir esa agonía en tu interior, dejar que dieras tu vida por la mía. Sin embargo, te juro que hallaré la forma de traerte a la vida una vez más, así me tome mil años. —Estas palabras son suficientes para llorar otra vez, para dejarlo salir todo por una última ocasión.

Ha pasado un mes desde que Demetrio derrotó a Bram y casi su vida se va en ello, de cuando descubrí que los sentimientos hacia Edriel o bien Eliot fueron otra mentira más por parte de mi progenitor. Un mes en el que sigo pensando una manera en la cual pueda traer de vuelta a Castiel, por las noches lloro su ausencia, extraño tenerlo cerca y sus caricias, que se preocupe por mi bienestar. Ya estoy vacía.

Aquella vez en la que todo este mundo era algo nuevo y solo le tenía confianza a él, cuando creí que lo perdería fue doloroso, pero ahora que se ha vuelto realidad es como estar en el centro del infierno, siendo quemada por dentro y por fuera.

Sin embargo, entre toda esta locura he aprendido que jamás podré escapar sobre quien soy en realidad. No importa a dónde vaya, de quien me esconda, a quien le mienta. Soy la hija de una inútil bruja que posee el apellido Viktish, hija de un hombre con varias identidades que se dedica a los negocios ilícitos, y debo aceptarlo, pero demostraré que puedo llegar a ser mejor que ellos.

Sentada en un banco del nuevo instituto de Layla, sumergida en mis pensamientos, percibo cómo alguien toca mi hombro. Ilusa, volteo, esperando que de alguna manera se trate de Castiel, para mi sorpresa hay un hombre de pie. El dueño de aquellos ojos penetrantes de color amarillo, quien

seguramente disfrutaba de verme a lo lejos se encuentra tocando mi piel, alertando una vez más cada uno de mis sentidos. Me pongo de pie, casi tropezando con mis movimientos, lo analizo por completo con las manos en el pecho y temor en mis ojos.

—Encantado de conocerte, Shayza Viktish. —Lleva su mano derecha al pecho, extiende el otro brazo, cruza sus pies y hace una pequeña reverencia.